



*Isabella
Marin*

LIBRO 2

INSACIABLE

MI VENENO ERES TÚ

Insaciable II

Mi veneno eres tú

Isabella Marín

© Isabella Marín, julio 2017

Diseño de la portada: Alexia Jorques

Foto: Fotolia

Primera edición: septiembre 2017

Corregido por Correctivia

“No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

ÍNDICE

Prólogo

Parte 1. Inocencia perdida...

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Parte 2. Sombras

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Parte 3. Oscuridad

Capítulo 1

Capítulo 2

Parte 4. Terrible, terrible veneno

Capítulo 1

Capítulo 2

Parte 5. Mil pedazos de invierno

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Epílogo

Lo que empezó con una chispa,
desató un auténtico infierno de llamas.

*Nada es veneno,
Todo es veneno:
La diferencia está en la dosis.
(Paracelso)*

Prólogo

Actualidad, Austin, Texas

Unas sordas pisadas resuenan a lo lejos, acompañando los débiles murmullos de dos voces masculinas, que se acercan hasta volverse del todo nítidas. No hay luz natural aquí dentro, el fluorescente está apagado, y yo estoy arropada por la grisácea penumbra que solo me permite distinguir los contornos del escaso mobiliario que tengo a mi disposición. Mi padre ha conseguido un trato privilegiado para su única hija, aunque no una ventana. Es igual. No echo de menos la claridad. Siempre he sido una criatura nocturna.

Los dos acostumbrábamos a serlo. Nos ocultábamos entre sombras durante interminables horas, amándonos como si no hubiera un mañana. A veces tengo la terrible sensación de que ha transcurrido toda una vida desde aquello, tan lejanos parecen esos besos, y el sonido de todas esas risas que de vez en cuando aún resuenan dentro de mi mente, solo para recordarme que lo he perdido todo.

Ahora no me queda nada más que oscuridad. ¿Y qué? Es mejor así. De todos modos, ¿a quién le preocupa la estúpida luz? A mí, desde luego, ya no. Me he obligado a que no me importe, día tras día, tras día... Y por fin ha dejado de doler.

Desde que estoy aquí, privada de toda libertad, he tenido mucho tiempo para reflexionar, y he llegado a la conclusión de que no me arrepiento de nada de lo que he hecho, de ninguna de las decisiones que he tomado. Arrepentirse es algo despreciable. Y ser despreciable va en contra de mis principios.

Llevo interminables horas recostada en esta incómoda cama, sumida en un dulce sopor, y ni una sola vez me he inquietado por la situación en la que me hallo. Al contrario. Tengo momentos en los que defiendo que no sería tan mala idea quedarme eternamente atrapada en la quietud de esta negrura. Sé que es una locura lo que estoy diciendo. Debería estar asustada. Pero no lo estoy. Las personas que no tienen nada que perder, ya no temen a la muerte. Ya no temen nada. Debe de ser cierto, porque en este momento estoy tan congelada que he dejado de sentir cualquier cosa.

Dejar de importarte es cuestión de perseverancia, en realidad. Mera disciplina. Te pones una meta y la persigues. Así de sencillo. Por supuesto, hay toda clase de obstáculos empeñados en desviarte del buen camino. Tienes que identificarlos y eliminarlos. Es el único modo.

Y hablando de obstáculos...

—No deberías estar aquí —susurra uno de ellos, tan pronto como se detiene delante de las rejas que nos separan—. Sabes que va en contra de las normas. Son las diez y media de la noche.

—Me importan una mierda las normas. ¡Jones! Abre la puerta. Me debes un favor, ¿recuerdas?

—Como si dejaras que algún día me olvidara de ello... —refunfuña Jones para sí.

—Entonces, abre. No hagas que te lo pida por tercera vez. No pienso ser tan agradable como hasta ahora.

Tumbada en la cama y con las manos entrelazadas por debajo de la nuca, curvo los labios en una débil sonrisa. Siempre tan exigente, tan tajante. Está sujeto a debilidades, como cualquier otro ser humano, pero él sabe mantenerlas muy a raya. Y obra sabiamente. Si la gente huele debilidad, la aprovecha a su

favor. En un mundo de gigantes y monstruos, no hay lugar para los débiles, y nadie lo sabe mejor que nosotros dos.

Tal y como adiviné que haría, Jones enciende la luz del pasillo y abre las rejas, que chirrían un poco al ser empujadas. El sonido de pisadas penetrando en mi celda hace que el latir de mi pulso se vuelva más fuerte. Dejo de respirar por unos momentos, mientras toda la sangre de mi cuerpo afluye al corazón. No necesito levantar los párpados para saber quién es el que acaba de entrar. Instintivamente, lo sé. Sus movimientos son suaves y tranquilos, tan aplomados que sería capaz de reconocerlos en un cuarto lleno de gente. Y todo eso, manteniendo los ojos cerrados.

—¿A qué hora hay cambio de turno?

—Cinco de la mañana.

—No te preocupes. Estaré fuera mucho antes de que eso pase.

—Bien. De lo contrario, me meterás en un lío de los gordos, abogado.

—No lo haré. —Se produce una pausa, tras la cual las pisadas del hombre que se había mantenido en el pasillo se alejan—. ¡Ah!, y... ¿Jones? —Las pisadas se detienen por unos instantes—. Gracias, tío.

—No lo hago por ti, lo hago por ella. Me cae bien. Es la única de por aquí que recuerda mi nombre.

Vuelvo a sonreír, sin poder evitarlo. El bueno de Jones. Los demás le llaman Janice, Janita, Jeanelly... solo para mofarse, porque exhibe un talante un tanto afeminado. Yo le llamo Jones. Siempre le llamo Jones. No me gusta mofarme de la gente.

Los pasos de Jones se alejan por el largo corredor. Apenas reparo en los irritantes chirridos que producen las suelas de sus zapatos. Solo soy consciente de las patas metálicas de esa silla que se arrastra por las baldosas de cemento, hasta detenerse al lado de mi cama. Oh, y de la electricidad; esa maldita corriente que fue mi perdición.

Ni un solo sonido brota a través de nuestros labios. No tenemos nada de lo que hablar esta noche. Con todo, no me siento incómoda. Es más, disfruto mucho con su silencio. ¿Hay algo más reconfortante que el sonido del silencio? ¿Algo más tranquilizador que el sosiego que te envuelve justo antes de que se desate la fuerte tempestad, aquella que tú sabes de antemano que arrasará con todo cuanto conoces? No. No existe nada más hermoso que un caos disfrazado de aborrecible quietud.

Los momentos se suceden más lentos que nunca. Puedo notar cada vez más la presión de sus ojos, clavados en mí como un hierro candente empeñado en atravesar los bloques de hielo que me cercan; hielo tan indomable y asfixiante que me empiezo a cuestionar cuánto tardaré en congelarme por completo, tal y como le pasó a mi madre y a Chris. Supongo que no demasiado. Me siento cerca. Muy cerca. Esta vez, la transformación es casi completa. Probablemente, irrevocable. O eso espero. Me he esmerado mucho para que así sea. Horas y horas y horas, cautiva en la oscuridad, apagando mis sentimientos, uno a uno. Sin vacilación. Sin clemencia. Sin ninguna especie de remordimientos. No se pueden tener remordimientos cuando haces lo correcto, ¿verdad? Imagino que no.

—Cuando era pequeña, me contaron una historia sobre un buen hombre que se pasó la vida huyendo de una bestia —comento de pronto, sin abrir los ojos—. Huyó, y huyó, y huyó, durante interminables décadas. Nunca tuvo una familia, nunca amó, porque no hacía más que dejarlo todo atrás. Siempre se alejaba de un lugar justo cuando estaba a punto de echar raíces. ¿Sabes cómo acaba ese cuento?

Hay un espantoso momento de silencio, antes de que él me conteste en un susurro:

—No. Nunca me lo han contado.

—En el acto final, el hombre descubre que la bestia era él mismo, y entonces enloquece por completo, porque entiende que ya no puede huir ni luchar contra algo que forma parte de sí mismo. ¿Qué te parece?

—Que es un cuento espantoso —sentencia, con tono siempre mesurado y voz dolorosamente suave.

—Me temo que todos los cuentos son espantosos, letrado —acoto con acerbo humor.

—Mmmm. No, no lo creo. Hay cuentos bonitos, como el que tú me contaste ayer; un cuento sobre una chica que conoce a un chico del que se enamora perdidamente.

Una sonrisa amarga roza mis labios durante una milésima de segundo. Después, muere, como todo lo demás a mi alrededor.

—¿Bonito? Mi cuento no tiene nada de bonito. Es atroz. Impregnado de muerte —una ligera contracción de dolor tuerce mi rostro de un modo apenas perceptible—. *Todo* lo que yo amo *muere*, letrado. Esa es mi maldición.

Él hace una larga pausa, que concluye con un suave soplido. Por un tiempo, solo se escucha el sonido de su respiración, trabajosa y difícil. Quizá esté nervioso. Hay veces que se siente nervioso en mi presencia. Cuando pasas mucho tiempo cautivo en la oscuridad, se te agudizan los demás sentidos de tal modo que percibes cosas en las que los demás raras veces reparan. Aunque, por el otro lado, yo no llevo tanto tiempo en la oscuridad.

—No acudiste a nuestra cita de esta mañana —me reprocha al cabo de un rato.

—¿Era una cita? —quiero saber, con voz indiferente.

—Claro que era una cita, Adeline. Y me ha disgustado mucho no verte ahí. Pensaba que... —suspira, hace una breve pausa, y añade en un murmullo— vendrías.

La derrota que hay en esa simple palabra, en ese *vendrías*, se me clava en el corazón como un dardo envenenado. «*Obstáculos, obstáculos, obstáculos...*»

—Mmmm. Lo siento.

—No, no lo sientes.

Mi rostro se distiende en una sonrisa.

—Llevas razón. No lo siento en absoluto. Solo pretendía parecer educada.

—Hagamos un trato. Dejarás de intentar parecer educada conmigo. A partir de ahora, seremos siempre sinceros el uno con el otro, ¿de acuerdo? Nada de mentiras.

—Bien, si es lo que te hace feliz...

—Lo es.

Me quedo en silencio mientras una terrible lejanía se apodera de mi mente. Anoche tuve un sueño extraño. Soñé que era libre. Casi rozaba la libertad con las puntas de los dedos. Al igual que mi madre, siempre sueño con lo que nunca tendré. Esa es otra de mis maldiciones. Para mí no habrá libertad ni salvación. Estoy muerta. Aun así, mi corazón late. Es todo muy confuso.

—¿Cuándo es el entierro? —pregunto en un impulso irreprimible—. Nadie me ha informado todavía acerca de este aspecto.

—Pasado mañana. Están haciéndole la autopsia, aunque no sé para qué. La causa de la muerte ha quedado clara. Una única bala, penetrando el centro de su corazón. Excelente puntería, ya que lo estamos comentando.

—Gracias. Supongo.

—No era un cumplido para ti.

—Ya lo sé. No eres dado a halagar a los asesinos, ¿eh?

—No eres una asesina.

Bufo una sonrisa.

—El resto del mundo opina todo lo contrario, me temo. ¿Nos has leído los periódicos últimamente? ¿Acaso ignoras lo que dicen sobre mí?

—¿Crees que me importa lo que digan los jodidos periódicos? ¿O lo que piense el resto del mundo? Ellos no te conocen como yo.

—Tú tampoco me conoces —rebato con gelidez.

—Sin embargo, empiezo a hacerlo. Empiezo a adentrarme en tu mente para, ya sabes, comprenderte.

—No te engañes. Mi mente es completa y absolutamente impenetrable. Es como una hermética caja fuerte cuya combinación desconoces. ¿Crees que me conoces? Te equivocas. Tú no ves más que las partes que yo quiero desvelarte. En realidad, estoy mucho más jodida de lo que parezco, y, ¿sabes qué, letrado? Resulta que tengo secretos que nadie sospecharía. ¿No te resulta eso preocupante?

—En absoluto. Me basta con aquellas partes que tú me dejas ver. En base a eso puedo sacar mis propias conclusiones. Además, Adeline, recuerda que alguien sabio dijo una vez que nunca viene mal un poco de misterio.

No tengo manera de retener mi carcajada.

—Cierto. Lo dijo. Letrado...

—¿Mmmm?

—¿Crees que me dejarán ir al entierro?

—¿Quieres ir? —repone, y me doy cuenta de que su voz suena un poco ronca al plantearlo.

—Esa pregunta sobra. Claro que quiero ir. El hombre al que van a enterrar era mi marido.

—Bien. En tal caso, haré todo cuanto esté en mis manos para conseguirlo.

—Te lo agradecería.

—Ya. —La silla chirría de nuevo, indicio de que se acaba de poner de pie—. Buenas noches, Adeline. Descansa. Te esperan días duros. No quisiera hallarme en tu piel ahora.

Dejo que se aleje unos cuantos pasos.

—Letrado... —musito, y el ruido de pisadas cesa.

—¿Adeline?

Necesito un momento para reunir las fuerzas necesarias y abrir la boca.

—¿Por qué estás aquí?

Se produce una pausa tan larga que, por un momento, temo que se haya ido sin más.

—Para asegurarme de que estás bien —contesta con voz suave—. Me preocupó tu ausencia de esta mañana.

Abro por fin los ojos y lo busco a través de la penumbra. Se ha girado de cara a mí y me contempla desde la puerta, con mirada ausente y las manos hundidas en los bolsillos de unos *Levi's* viejos, descoloridos. Luce barba de dos días, y es evidente que lleva un tiempo sin dormir, ya que hay unos oscuros círculos enmarcando sus hermosos ojos. Su aspecto es un poco desastrado. Aun así, emana la misma poderosa masculinidad de siempre.

—¿Letrado...?

—¿Sí?

—¿Por qué estás *realmente* aquí?

Frunce el ceño y se toma unos momentos para reflexionar.

—No lo sé —susurra sinceramente, al cabo de un tiempo.

Lo miro y él me mira a mí, con esa terrible tristeza devorando sus hermosos iris. Lleva un jersey ancho color vainilla, que se amolda a sus recios hombros y deja adivinar su cuerpo, delgado, aunque muy bien cuidado. La oblicua luz, proveniente del pasillo, acaricia las puntas de un cabello oscuro y alborotado, bajo cuyos rebeldes mechones brillan unos ojos de un increíble tono de azul. Parece más joven, comparado con ayer, cuando iba todo trajeado y severo. Esta noche parece joven y sexy. Lo más sexy que he visto en mucho tiempo.

—No importa —digo con un hilo de voz. Siento la boca seca—. Me alegra verte, de todos modos.

Apenas sonrío. Pese a sus más que evidentes esfuerzos, no consigue despojarse de esa tristeza. Resulta casi doloroso ver lo atormentado y solo que parece esta noche. Horriblemente atormentado y solo. Como

yo...

—El sentimiento es mutuo, Adeline. Me alegra saber que todo va bien; que sigues viva y todo eso. —Me mira unos instantes más, como si no supiera qué añadir. Su pesadumbre aumenta gradualmente, hasta que ya no soporto seguir mirándole y desvío los ojos hacia la oscuridad de un rincón—. Te veré mañana, suponiendo que no volverás a dejarme plantado.

Tiene intención de marcharse, y, por primera vez en mucho tiempo, me siento vacía y desolada; por primera vez en meses, siento algo, aparte de esta abominable indiferencia que me ha congelado hasta el tuétano.

—¿Te marchas tan pronto? —pregunto como si no me importara demasiado.

Su ceño se arruga un poco más.

—Pensaba que...

—¿Qué? —interrumpo, moviendo la mirada hacia la suya—. ¿Que quiero dormir? Sufro insomnio desde la muerte de Giselle. No podría dormir ni aunque lo deseara.

—¿Quieres que me quede esta noche? —pregunta despacio.

—¿Quieres quedarte? —repongo, sin dejar de atravesar sus ojos con una mirada de lo más concentrada.

Hace una pausa deliberada. Mantiene las manos hundidas en los bolsillos y se balancea sobre los talones. Actúa con timidez e incomodidad, y eso me reconforta un poco. Estoy harta de hombres que muestran control.

—Sabes que esa pregunta sobra —musita, al cabo de unos segundos de inaguantable silencio.

—Entonces, no te vayas. ¿Por qué has de irte? Además, tengo una historia que contarte. ¿O no?

Sonríe con nerviosismo, desanda el camino y vuelve a ocupar la silla.

—Como gustes, Adeline.

Cierro los ojos, con una sonrisilla de satisfacción en las comisuras de la boca. No sé a qué estoy jugando ni sé por qué le he pedido que se quedara. Quizá lo haya hecho porque, después de tanto tiempo, he notado algo, una ligera emoción removiendo los rescoldos del interior de mi corazón. Creo que no estoy dispuesta a renunciar a ella tan pronto. A veces me parece que el dolor es más gratificante que la nada, por ello me he sumido en una perpetua persecución del sufrimiento. Debo de ser una de esas personas que, pese a haberse quemado una vez, siguen introduciendo la mano dentro de una hoguera, una y otra vez, porque, en la hondura de sus dañadas y corrompidas almas, aún adoran la sensación de arder.

—No recuerdo en qué punto de la historia lo dejamos —miento. Claro que lo recuerdo. Lo recuerdo todo. ¿Cómo iba a poder olvidar nada de *aquello*? Ojalá pudiera. Pero alguien dijo una vez que no puedes olvidar algo que forma parte de ti; que no puedes *matar* algo que forma parte de ti. Todavía desconozco si él llevaba razón o no.

—Ayer mencionaste a unos demonios —su voz registra una nota un tanto dubitativa, aunque sigue pareciéndome cálida y suave—. Háblame de ellos. Por favor.

—Ah, sí, los demonios... Supongo que estarían encerrados en algún lugar profundo, esperando a ser desencadenados.

—¿Y quién los desencadenó?

—La pregunta no es *quién*, sino *qué*.

Parte 1
Inocencia perdida...

¿Boda en las altas esferas?

«Fuentes del entorno personal de Robert Black afirman que Adeline Carrington-Van Buren y el abogado más famoso de Manhattan están a punto de contraer matrimonio. Nos preguntamos qué opinará el senador Carrington acerca de esta inquietante noticia. Debe de estar tan desolado como las modelos de *Victoria's Secret...*» *Page Six*

Black se niega a declarar

«El “abogado del Diablo” ha sido interceptado por los *paparazzi* esta mañana en el juzgado, pero nadie ha conseguido arrancarle ni una sola frase a Robert Black acerca de su supuesto compromiso con la niña rebelde de Long Island. Eso sí, con una no demasiado elegante peineta sí que nos ha obsequiado el hermano menor de Nathaniel. ¿Será genético?» *Page Six*

El silencio continúa

«Hace meses que nadie ve a Adeline Carrington, y hace meses que Robert Black no acude a ningún evento de gala, de modo que es imposible confirmar la noticia de su compromiso. No obstante, toda clase de rumores azotan las redes sociales y mantienen en jaque tanto a las damiselas casaderas de la Gran Manzana, como al señor Josh Walton, que, a juzgar por el estado de borrachera en el que se encontraba este sábado, no parece haber superado aún su ruptura de Adeline Carrington». *Page Six*

¿Un senador carismático aunque travieso?

«Edward Carrington, el senador más conservador de todo el Capitolio, fotografiado en Milán en compañía de una jovencita rubia que NO era su hija. Carrington se ha apresurado a declarar que solo era una amiga. *Ejem, ejem*». *US Weekly*

El príncipe “negro” fotografiado comprando rosas blancas

«Sale a la luz el lado más romántico de Robert Black cuando unos *paparazzi* le sorprenden en una floristería del Upper West, comprando un enorme ramo de rosas. ¿Quién será la afortunada?» *US Weekly*

Capítulo 1

Un año y ocho meses antes, ciudad de Nueva York, Nueva York

A pesar de unas densas nubes, que suponen un claro augurio de tormenta, la media luna lucha por ganar terreno en el cielo de Nueva York, y, así, anegar las calles desiertas con su nívea y helada luz. La quietud de la gélida noche de finales de febrero envuelve la Gran Manzana de este al oeste. No hay estrellas. No hay nada. Parece todo demasiado apacible, como si el mundo entero estuviera adormecido bajo este brillante manto de hielo. Tengo la siniestra sensación de que no hay vida en ninguna parte de esta enorme ciudad.

La limusina negra en la que viajo avanza a paso lento por un callejón por el que apenas cabe a causa de lo angosto que es. Las limusinas negras deberían ser empleadas solamente para entierros. Se me antojan objetos demasiado solemnes para cualquier otro evento.

En una noche tan cenicienta como esta, el alargado coche exhibe un aspecto un tanto lúgubre mientras desgarrar la oscuridad del callejón. Imágenes de lápidas, ataúdes y rosas blancas adquieren contorno dentro de mi mente, y son representaciones tan obsesivas que no puedo rehuir.

Dos muros altos, llenos de grafitis, se alzan a ambos lados de la calle, vallándola. Mi claustrofobia empieza a descontrolarse hasta tal punto que siento que me falta el aire. Para distraerme con algo, retiro un pequeño espejo del bolso, lo abro con absoluta elegancia y me retoco los labios con una barra de color rojo, que contrasta fuertemente con el negro de mi vestido. Me ahueco la melena, rubia y ondulada, y me lanzo una última mirada para asegurarme de mostrar un buen aspecto. La imagen lo es todo, ¿verdad? Da igual que estés roto por dentro. Por fuera has de parecer deslumbrante.

Inquieta, lanzo una mirada por la ventanilla. El coche ralentiza de nuevo el paso. Un gato negro corre despavorido para esconderse detrás de una bolsa de basura, que yace tirada en la acera. Una sonrisilla tierna tuerce mis labios. Me gustan los gatos, y si son negros, aún más. Hay culturas que los asocian con la mala suerte. Con todos mis respetos, esa es una soberana gilipollez. ¿Qué tendrá que ver una pobre criatura con la suerte de uno? Nadie, salvo el individuo mismo, es culpable del conjunto de sucesos que determina el desarrollo de aquello que, estúpidamente, denominamos *destino*.

«*Nadie, sino uno mismo...*»

¿Cuántas veces habré escuchado aquello de *se lo ha hecho con sus propias manos*? Porque es cierto. No se le puede culpar al destino. Ni a la suerte. Nos pasa lo que nos pasa porque nos lo hemos hecho con nuestras propias manos. Quizá por inconsciencia. Quizá por arrogancia. Quizá incluso movidos por un irreprimible y terrible amor. Da igual el porqué del asunto. El caso es que uno siempre recibe su merecido, y esta noche la rueda se ha girado de tal forma que, irremediabilmente, me tocará a mí.

He intentado tranquilizarme desde que salí de casa, he intentado buscar una explicación razonable, pero todos mis esfuerzos han resultado inútiles. La sombra de una asfixiante duda me envuelve la mente como torbellinos de niebla, a la vez que un sentimiento difícil de catalogar cobra vida en lo más profundo de mi ser, sin que pueda hacer nada para refrenarlo. La sospecha es infinitamente peor que la confirmación de un hecho. Es enloquecedora; un demonio al que no se le puede plantar cara; una idea que incide en tu paranoia hasta que te destruye la psique por completo. He averiguado hoy que una simple sospecha puede resultar más peligrosa que una *Glock* cargada de plomo.

«No pienses en ello. No pienses en ello».

En un inútil intento por eludir el aluvión de imágenes que tanto me atormenta, alzo la mirada hacia los halos de luz que contornean esa hilera de farolas esparcidas en línea recta a lo largo de la acera. Con la mente un poco más serena, contemplo abstraída las polillas que danzan alrededor de ese círculo luminoso. ¿No deberían ocultarse bajo tierra a estas alturas del invierno?

Pulso un botón para bajar la ventanilla y así verlas mejor. Quizá sean polillas de invierno. Su vuelo es grácil e hipnótico, y yo me quedo mirándolas embelesada, tratando de descifrar la clave de su comportamiento; todos esos patrones por los que se rige la mente de una hermosa mariposa de la noche. Tan pequeñas, tan frágiles, tan inconscientes... ¿Qué ideas se debatirán en esas cabecitas tuyas? ¿Qué hacen circunvolando los miles de vatios? ¿Acaso sus madres no les han hablado del peligro que eso supone? ¿No saben que podrían quemarse?

A lo mejor no consiguen resistirse, demasiado atraídas por el magnetismo, esa maldita promesa de una vida diferente a todo cuanto ellas conocen. La luz es pura pasión para alguien a quien solo le han dado oscuridad. La luz es peligro. Es misterio. Es aventura. Locura en estado puro y, a la vez, inevitable destrucción. Sobre todo destrucción, porque el “destino” no puede eludirse. No es posible hacerlo, así que es inevitable que las polillas ardan. El mundo entero sabe que las polillas siempre arden en llamas, ¿verdad?

Y cuando eso suceda, regresarán al punto de partida de sus patéticas vidas. La oscuridad las envolverá de nuevo entre sus garras, pues nadie puede escapar de la oscuridad. No *realmente*.

Dicen que una historia ha de acabar tal y como comienza, de modo que, lo que ha nacido en las entrañas de la oscuridad, solo puede morir enterrado en sombras. ¡Qué estupidez!

Resoplo, subo la ventanilla deprisa y me refugio de nuevo en un rincón. Estoy harta de la condenada oscuridad que tanto reclama mi alma.

—Mario, ¿podríamos ir más deprisa? —le suplico al chófer que Robert ha contratado para mí, hasta que decida sacarme el carné de conducir.

Aún me siento cabreada, y tengo ganas de pasármelo bien con mis amigos. Es la primera vez que salgo desde la muerte de mi madre, hace casi tres meses, y, encima, para añadir más presión, Robert y yo hemos discutido antes de que saliera de casa. La convivencia no siempre es fácil, supongo. Como cualquier otra pareja, algunas veces nos enfadamos por tonterías. Esta noche, en concreto, hemos discutido por esa habitación de nuestra nueva casa, esa estúpida buhardilla que Robert ha cerrado con llave, negándose a mostrármela. Si nada tiene que ocultar, entonces ¿por qué no me ha dejado verla?

Cuanto más pienso en ello, más me hundo en la miseria. Mi mente me propone toda clase de respuestas inaguantables para mí, desde contratos de confidencialidad hasta látigos y otros artilugios sexuales. Todo un escenario de objetos empleados en el sadomasoquismo desfila por delante de mis ojos, horrorizándome. ¿Acaso conozco yo a este hombre tan bien como creo? ¿Acaso me conoce él a mí?

No, claro que no. Robert Black y yo no somos sino dos perfectos extraños. ¿Por qué me estoy engañando a mí misma pensando lo contrario? Me digo que él y yo tenemos mucho en común, cuando lo cierto es que lo único que nos une a Robert Black y a mí es este amor irracional e inexplicable, esta pasión avasalladora que no concede ni un solo segundo de paz a nuestras atormentadas almas. ¿Pero es el amor suficiente, o basta con un simple secreto para destruirlo? Si es así, entonces, sospecho que lo que Robert Black y yo tenemos es un amor muy endeble, tan quebradizo que una sola llave echada en una sola cerradura podría reducirlo a pedazos.

«Oh, esa estúpida, estúpida habitación», pienso, dejándome vencer por la ira una vez más. «¡Debería dar media vuelta ahora mismo y derribar la maldita puerta!»

Esa idea se abre paso hasta los cimientos de mi ser, brindándome un extraño consuelo. Si desisto de

ponerla en práctica es solo porque no quiero que Robert piense que me he vuelto loca. No quiero que él advierta las inquietantes grietas y desconchaduras que se entrevén en la hondura de mi alma, tan malditamente empeñadas en convertir mi vida en un infierno. No quiero que sepa lo terribles que se han vuelto mis pensamientos, o que sus comportamientos más banales me provocan dolorosas incertidumbres, y celos tan injustificados y tan difíciles de domar.

Si regresara y le exigiera de nuevo explicaciones, sé que se lo tomaría como una falta de confianza. Y no es que confíe en él, porque no lo hago, no confío en nadie, pero no puedo admitirlo sin más. Robert se desquicia cuando doy muestras de desconfianza o cuando intento huir de él, de modo que no puedo hacer ni una cosa ni la otra. Solo puedo comerme la cabeza y atormentarme a mí misma con este imparable flujo de dudas que no dejan de brotar en mi interior.

Es la primera vez que me siento celosa. *Realmente* celosa; loca de celos, más bien. Sí, esa es la palabra adecuada: *loca*. Me siento loca. Algunas veces me he torturado a mí misma pensando en decenas de mujeres sin rostro acercándosele cada vez que sale de casa, pero nunca de este modo tan enfermizo.

Y no es que sospeche de nadie en concreto. Lo único que tengo es a un fantasma al que no le pongo ni cara ni personalidad. Lo cual constituye el *quid* de la cuestión: el no saber a quién me enfrento. ¿Y si en esa habitación oculta algo que pertenece a *Ella*?, ¿algo que le recuerde a su amor?, ¿algo que solo ellos dos compartan? Ha de ser terrible si no me deja entrar ahí.

Le he puesto nombre a mi fantasma. Creo que alguien que ocupa tanto lugar y tiempo dentro de mi mente se merece tener un nombre. Así que la he llamado *Ella*, con mayúscula, porque debió de ser alguien muy importante para él. De lo contrario, no me la habría mencionado aquella noche cuando estaba borracho. Sobrio no quiere hablar del tema, por mucho que yo haya intentado sonsacarle algún detalle en las últimas semanas, y ese mutismo no hace más que disparar mis inseguridades, elevando a *Ella* a la categoría de deidad.

Voy a casarme con un hombre que estuvo enamorado de una mujer de la que se niega a hablarme, y eso me vuelve loca. He llegado a la conclusión de que es mucho mejor conocer a tus rivales y ponerles cara. De lo contrario, solo puedes imaginártelos, y la imaginación humana es tan despiadada como un monstruo que te desgarras las entrañas.

—¿Está segura de que es esta la dirección? —la voz de Mario hace que el fantasma de *Ella* se esfume de mi mente. Por enésima vez, su imaginario rostro se desintegra como meras partículas de niebla. Porque *Ella* no es sino eso: oscura, asfixiante, aterradora niebla, que no puedo sacarme de la cabeza—. No parece un sitio al que usted iría.

Respiro hastiada y desplazo los ojos hacia la ventanilla para ver de qué me está hablando. Estamos en la periferia, delante de una casa destartada. La música se escucha desde la acera, y hay varios jóvenes borrachos tambaleándose en el jardín. Vasos de cartón rojo cubren el pequeño cuadrado de césped amarillento que se extiende delante del desvencijado porche, y unas cuantas parejas se dan el lote en la fila de coches aparcados a lo largo de la calle. Me da igual que no sea mi estilo de fiesta. Necesito salir un poco de casa, de esa prisión llamada *Edén*, que parece estar empujándome hacia la insania. No quería dejar el piso de Manhattan, pero Robert no me dejó elección. Lo cierto es que con Robert Black nunca he tenido elección. De un modo u otro, siempre acabo siguiéndole.

Tres días atrás, al regresar del trabajo, se sentó en el sofá con aire ausente y me informó de que nos mudábamos.

—He comprado una casa. La zona de East Egg. Te va a gustar. Esta noche hay que empaquetar nuestras cosas. Lo básico. Luego compraremos lo que haga falta. Estoy ansioso por empezar una nueva vida contigo, gatito.

Punto. No dijo nada más. Las parejas normales van y miran varias casas. *Juntos*. Robert Black,

directamente, la compra y da por hecho que yo debo estar conforme con eso.

—¿Has... has comprado una casa? ¿Por qué?

Intenté en vano disimular lo pasmada que me sentía.

—¿Por qué no? —repuso, sonriendo.

Satisfecho por la trascendencia de nuestra conversación, se levantó y empezó a preparar sus cajas, a empaquetar cosas de índole personal. Cuando se me pasó un poco el impacto inicial, me ofrecí a ayudarlo. ¿Qué iba a empaquetar yo, si siempre he viajado tan ligera de equipaje? Sin embargo, Robert no quiso que yo tocara nada, y eso me molestó porque desde el principio di por hecho que éramos un equipo.

—Aquí hay información clasificada, Adeline. Cosas del trabajo, ya lo sabes.

«¡Y una mierda!»

Sin más opciones, esta mañana nos hemos instalado en la exuberante propiedad, la cual encontré enorme y tan suntuosa como un panteón, toda ella de mármol, espacios enormes y detestable opulencia. Robert la apodó *Edén*. Me asfixia el *Edén*. ¿Por qué quiere una casa tan grande sino para apartarse de mí?

O, quizá, el único problema que tenemos es que yo me estoy volviendo loca imaginándome cosas que no son ciertas. En las últimas semanas me he vuelto más consciente que nunca de la sangre Van Buren que recorre mis venas. Durante toda mi vida me he negado a ser como ellos. Pero ¿y si lo soy? ¿Y si no puedo luchar contra algo que forma parte de mí? Robert pretende poner el Paraíso a mis pies. ¿Nunca se le habrá ocurrido pensar que quizá yo podría encajar mejor en el Infierno?

No, claro que no. Él nunca ha visto mi lado oscuro. Aún no. Él solo ve inocencia y pureza. Por eso compró un *Edén*. ¡Qué ingenuo!

—¿Esa enorme construcción de ahí es tu *Edén*? —me extrañé esta mañana, cuando el coche de Robert giró por el camino bordeado de árboles que conducía a una magnífica mansión que habría escandalizado incluso a Fitzgerald.

—¿Verdad que parece el hogar de los ángeles?

Tan pronto como aparcamos delante, me llevó a la parte de atrás, para enseñarme las bellas vistas.

—¿Has visto lo bonita que es la bahía? Es un Paraíso, ¿no te lo parece, Adeline? Cuando era pequeño, soñaba con tener una casa así. Jamás pensé que la conseguiría.

Me quedé mirando el otro lado de la bahía con una aborrecible expresión de lejanía. No pude replicar. Ese *Edén* me recordaba demasiado a mi casa, y mi casa nunca ha sido un hogar para nadie, sino un despiadado monstruo que jamás se cansará de devorar almas.

—Adeline, ¿paramos aquí? —insiste Mario, y es ahora cuando me doy cuenta de que ni siquiera he contestado a su pregunta, tan perdida estaba en los sucesos de esta mañana.

De vuelta al presente, agito un poco la cabeza, intentando despojarme de la pesadumbre.

—Sí, pero quédate cerca —le pido con aire distraído—. Por si acaso. No creo que me quede demasiado por aquí.

—De acuerdo. Llámeme si necesita cualquier cosa.

—Lo haré. Gracias.

Una ráfaga de viento me azota el rostro cuando bajo. Me ajusto los botones del abrigo negro, cruzo la calle y apresuro el paso hacia la puerta abierta. Hace demasiado frío. Tiritando, oculto las manos dentro de los bolsillos, para resguardarlas de la gelidez de la noche. A causa del deshielo, los tacones se me hundieron en el césped. No era dada a llevar tacones antes de conocer a Robert. Ahora, por alguna razón, mi modo de vestir ha cambiado por completo. Supongo que una parte de mí quiere parecer bonita; que él me encuentre bonita. Toda esta inseguridad es absurda, casi roza lo patético, lo sé, pero no puedo evitar

sentirme así. Soy consciente de que lo único que hay entre nosotros es amor, y si ese amor muere, yo moriré con él, pues no creo que soportara la idea de que Robert Black no me ame.

Un chico borracho tropieza conmigo y casi me estampa contra el muro. No tengo demasiado equilibrio con estos tacones tan altos. Aún me estoy adaptando a la nueva yo. Al perder a la chica rockera, me he perdido a mí misma, y ahora cuesta bastante encontrarse.

—Eh, mira por dónde andas, rubita.

Correspondo a su amplia sonrisa con mi mejor mala cara.

—Y tú también, *rubito*.

Me mira ceñudo, luego suelta una carcajada y se aleja tambaleándose.

—Estúpido niño de papá —gruño para mí mientras cruzo la puerta.

La fiesta estudiantil está en su apogeo cuando entro en el salón. La música es ensordecedora, y hay demasiada gente para un espacio tan pequeño. No sé a quién pertenece la vivienda, ni me importa. Consigo un vaso de alcohol, por cómo huele, vodka con arándanos. Me lo bebo de un solo trago, me deshago de él, lanzándolo a un cubo repleto de basura, y me voy a buscar a mis amigos.

Los encuentro en la cocina. Josh, como siempre, se ha autoproclamado rey de la fiesta. De pie, detrás de una barra improvisada, insta a todas las chicas a probar los chupitos que él mismo va preparado. No quiero saber lo que contienen. La última vez que los tomé, estuve borracha durante tres días seguidos.

—¡Pero si es la futura señora Black! —se ríe Lily, claramente ebria—. ¡Rubia! Josh, no me dijiste que había vuelto al rubio.

Josh deja la botella de vodka encima de la encimera y se queda mirándome ensimismado. No puedo evitar pensar que, en este momento, Josh Walton me contempla tal y como lo hace Robert Black todos los días de mi vida: como a una obra de arte, algo inesperado que le fascina, le seduce, le desconcierta, todo por igual.

—Porque no lo sabía. ¡Vaya! Estás... estás... diferente, Adeline.

Le sonrío con timidez.

—Gracias. Supongo que lo estoy —miro a mi alrededor, escrutando cada una de esas caras de pocos amigos. Es un momento bastante incómodo. Las chicas que rodean a Josh no se muestran demasiado amables conmigo. Debo de parecerles una clara competencia—. Bonita fiesta, por cierto.

—Bueno, es... —Josh se encoge de hombros, lo que hace que su jersey blanco se levante un poco, desvelando un cuerpo firme y mucho más fuerte de lo que recordaba—. Ya sabes, nada especial. Ven. Vayamos a sentarnos. ¿Cómo estás?

—Bien, mejor que nunca —miento, cogiendo la mano que ofrece. ¿Qué sentido tendría compartir mis inquietudes espirituales? Nadie lo entendería. Ni yo misma me entiendo a veces.

Los dedos de Josh se curvan sobre los míos, pero yo no siento nada. No hay electricidad, no hay chispas... ¡No hay nada! Me pregunto cómo he podido vivir tantos años sin experimentar todo lo que Robert me hace sentir cada vez que me toca. He debido de tener una existencia muy vacía antes de él. Estaba muerta y, aun así, viviendo. No me cabe duda de que después de él, volveré a lo mismo. Todo luto. Todo negro. Todo muerte.

«No vayas por ahí, Adeline. No vas a perderle».

—Te echaba de menos, Del. Ha pasado mucho tiempo.

Gracias a Dios, Josh me devuelve al presente. Me preocupa el rumbo que estaban tomando mis pensamientos.

—Sí, unos cuantos meses —coincido, sonriendo con torpeza—. ¿Qué tal las cosas en el otro lado de la bahía?

Me conduce al salón, con Lily siguiéndonos muy de cerca. Está muy rara. Tengo la sensación de que

no se encuentra cómoda con mi presencia aquí.

—Como siempre. Tu padre...

Un discreto carraspeo y una mirada incómoda. No necesito más para saber qué ha hecho mi padre ahora.

—¿Tiene una novia muy joven? —le echo un cable.

Josh, avergonzado, se rasca detrás de la oreja.

—Bueno, no es su novia. Dice que es su asesora de... no sé qué.

—Claro. Como no. Edward siempre es tan políticamente correcto, ¿verdad? —Mi boca se curva en una sonrisa de lo más tensa, a la que Josh contesta con un gesto similar—. ¿Y qué hay de ti, Josh? ¿Cómo te trata la vida? No sé nada de ti desde que me fui de casa.

Nos sentamos los tres en un sofá color crema que se acaba de liberar. Los demás jóvenes bailan, beben, ríen. Nosotros, en cambio, nos mantenemos inhibidos, tensos. Fuimos los mejores amigos durante años y, sin embargo, ahora es como si no tuviéramos nada en común; nada que contarnos.

—Bien. Bien. Como siempre. Ya sabes. Como siempre... —Suelta un suspiro fastidioso y tamborilea los dedos.

Nos miramos unos segundos más de la cuenta, Josh y yo. No sabemos qué decirnos. Lily finge leer un mensaje en el móvil. Ella tampoco sabe cómo comportarse en este momento.

«¿Qué diablos hago yo aquí?»

Me invade el impulso de levantarme y volver a casa. No al *Edén*, sino a casa, allá donde él esté. Mi hogar no lo forma un lugar en concreto, sino una persona a la que siempre sigo. Eso es un tanto inquietante, ¿verdad?

—¿Quieres bailar?

Lo niego despacio. Esta fiesta es un rollo. Quizá en otro tiempo me lo hubiera pasado bien, pero ahora ya no encajo aquí. Sé que en el fondo solo he venido para fastidiar a Robert, y en este momento ni siquiera recuerdo muy bien por qué quería fastidiarle. ¿Qué era aquello tan horrible que me ha hecho? Ah, sí. Se ha negado a abrir una puerta cuando yo se lo he exigido. Ya, ¿y qué? Tal vez yo me había sobrepasado y él solo intentaba darme una lección. Dios sabe que si hay alguien que necesite comprender que no siempre se puede salir uno con la suya, esa soy yo. Me he comportado como una niña mimada e imbécil, ahora lo veo con claridad, y me siento avergonzada por haberle mostrado esa faceta mía.

—¿Quieres darle un trago a mi vaso? —pregunta Josh de nuevo, para aflojar el agarre del silencio.

Lo rehúso con un gesto de cabeza y me limito a contemplar con aire meditabundo todo cuanto me rodea.

—¿Y cómo es que el señor Black no te acompaña? —quiere saber Lily, que deja el móvil en el regazo y se digna a mirarme por primera vez desde que nos sentamos.

—No veo a Robert Black en un lugar así —me río, pero mi risa es vacía. No hay nada aquí que me divierta—. Él no encajaría.

—Ni tú tampoco encajas con tus nuevas pintas. Pareces mucho más mayor de lo que eres. Me recuerdas a una de esas *señoritas* que tanto detestabas, con tu ropa de alta costura y tu pelo perfectamente arreglado.

Me inclino un poco para mirarla, ya que el macizo cuerpo de Josh me tapa la visión. Está siendo mordaz. ¿Por qué? ¿Qué le he hecho yo a ella?

—Si tienes algo que decirme, Lily, suéltalo de una vez. No te guardes el veneno solo para ti. Espárcelo, anda.

—Chicas... —advierde Josh, sentado en el medio.

—No tengo nada que decirte, Adeline. Ese es el problema. Has estado desaparecida del mapa durante

tantos meses, y ahora vuelves como si nada y esperas que todo sea como antes.

—Yo no espero una mierda. He venido porque Josh me ha invitado. Siento si eso te molesta.

—Lo que me molesta es que no nos hayas presentado a tu novio aún. Le tienes demasiado guardado. ¿No será que temes sacarlo a pasear por si alguna te lo sopla?

La miro perpleja. Vaya. Conque así están las cosas entre nosotras. Es curioso cómo se da cuenta uno de que carece de amigos precisamente en los peores momentos de su existencia. Cuando las cosas te van bien, todo el mundo quiere ser amigo tuyo. Pero cuando algo se tuerce, es como si no te conocieran en absoluto. A eso le llamo yo hipocresía.

—¿Qué? —la miro sin poder disminuir mi incredulidad, y ella me dedica una estúpida sonrisa de triunfo.

—Dime que no es cierto, y sabré que mientes. ¡Vamos, Adeline! Es evidente. No quieres a ninguna otra chica cerca de ti y de tu perfecto novio, porque tienes miedo a que te lo quiten.

—Mi amor por Adeline es tan sólido como la Gran Muralla China, con lo que no hay peligro alguno. Y no soy su novio. Soy su futuro marido. Hemos pasado a la fase dos de nuestra relación, aunque no veo que eso la concierna a usted, señorita.

Me quedo congelada al escuchar su voz, trepidante a causa de la ira. De un modo u otro, sin siquiera proponérselo, él siempre rescata a las damiselas en apuros.

Me vuelvo y ahí está, evaluándome con la mandíbula prieta y gesto serio, como si intentara calibrar mi reacción. Creo que nunca me he alegrado tanto de verle. No encaja aquí, entre todos estos niños de papá. Parece fuera de lugar, como una aparición de otro mundo. Desde luego, ningún hombre de este mundo tendría este aspecto. Está guapísimo, con unos *jeans* desteñidos y una sencilla camisa blanca, arremangada por debajo de los codos; es el hombre más guapo de toda la maldita fiesta. Y es mío.

Ser consciente de que Robert Black me pertenece en este momento, hace que me sienta poderosa. De un modo blasfemo, me siento más poderosa que el mismísimo Dios. Nadie debería alzarse tan alto. No cuando la caída podría resultar tan devastadora.

—Hola, desconocido —susurro, y le sonrío. Le sonrío para que sepa lo mucho que me alegro de verle.

La dureza de sus aristados rasgos se suaviza poco a poco. Sus labios se destensan lo bastante como para permitir que una débil sonrisa se materialice en las comisuras de su boca. Estamos juntos, y lo demás no importa, porque cada vez que Robert Black y yo nos hallamos en la misma habitación, el mundo entero arde en llamas, incendiado por el fuego que consume las oscuridades de sus pupilas.

—Hola, preciosa mía.

Me levanto del sofá, me acerco, y él tira de mí y me abraza. Hunde la cabeza en mi cuello y me estrecha tan fuerte que parece que llevemos milenios sin vernos. Delante de mis amigos, me coge por la nuca, me abre la boca y me besa con una pasión abrumadora, que los deja tan avergonzados que se levantan y se retiran en silencio.

—Lo siento —susurra, cuando al fin somos capaces de despegar nuestros labios—. No sabes cuánto lo siento. Sé que no me querías aquí, pero no he podido mantenerme alejado de ti esta noche. No después de lo que ha pasado.

Desliza el dedo índice por mi cuello, con ternura, y yo lo cojo y se lo beso. Después de esa estúpida pelea, necesito al Robert tierno, y esta noche parece que lo tengo solo para mí.

—Me alegra que no lo hayas hecho. Te echaba de menos.

—Y yo te echaba de menos a ti, Adeline. No sabes cuánto. Nunca sabrás cuánto. Dios, detesto discutir contigo.

Sonrío y le acaricio el centro de los labios, magullados a causa del viento. De no haber sido tan

testarudo, le habría echado un bálsamo anoche, pero se negó tajantemente. Las cremas no son para gente como él, dijo, y tuve que admitir que Robert Black es demasiado masculino como para andar echándose potingues. Prefiere sufrir, porque eso es de tíos duros.

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

—Llamé al chófer.

—¡Qué astuto!

—Así soy yo. Don Astuto.

Me río, y él vuelve a besarme, tan intenso, desesperado y agresivo como siempre. Nuestros labios se funden, nos impregnamos el uno del otro, siempre anhelando más, siempre traspasando los límites... todas las barreras. No podemos separarnos, ni podemos eludir la tempestad que ruga entre nosotros, atrayéndonos inevitablemente hacia la oscuridad.

La lengua de Robert es cálida e insistente, y marca un ritmo que no puedo hacer más que seguir. Siempre me ha resultado desgarrador su modo de besarme.

—¿Estás enfadada conmigo por lo de antes?

Le cojo la cabeza entre las manos y arrastro los dedos por su rostro, tan hermoso y querido. No puedo apartar los ojos de los suyos. El mundo oscurece hasta que no puedo ver nada que no sea a él.

—No. Ya no.

Apoya la frente contra la mía, cierra los ojos y mueve la cabeza despacio.

—Solo son cosas de trabajo, gatito. Nada más —insiste, por quinta vez esta noche.

—Lo sé.

Abre los ojos para analizar mi mirada. Aún parece receloso.

—¿En serio?, ¿lo sabes?

—Sí, claro que lo sé.

Me besa los párpados y me dedica una sonrisa dulce.

—¿Confías en mí, entonces?

—Sí, claro que confío en ti.

—¿Me quieres?

—Sí, te quiero.

No sé da cuenta de lo mecánico que parece todo lo que brota de mis labios. Todo lo que digo me suena tan falso como un discurso mal ensayado. Salvo, por supuesto, la parte en la que le digo que le quiero. Eso, por desgracia, es real.

—Bien, porque estamos juntos en esto.

—Juntos. Tú y yo. Para siempre —repito como una autómatas. El mismo mantra, una y otra vez. Es algo privado, íntimo, algo que solo él y yo entendemos.

—Para siempre, amor mío. ¿Me concederás este baile?

Ni siquiera había reparado en que ahora suena una canción lenta. Los estudiantes deben de estar demasiado borrachos como para seguir pegando saltos, así que prefieren meterse mano al ritmo de esta música.

—Sabes más que de sobra que te concedería todos los bailes del mundo.

Me mira fijamente, y luego esboza su típica sonrisa astuta.

—Y eso nunca debe cambiar. Todos los bailes del mundo has de concedérmelos a mí y solamente a mí.

Hay veces en las que capto algo escalofriante en su mirada, como si en esos momentos estuviera pensando en hacerme cosas muy malas. Aunque eso solo dura unos instantes. Después, sus ojos cambian de expresión y lo único que desvelan es ternura. Infinita, infinita ternura.

—Nunca cambiará, Robert.

—Más te vale, jovencita.

Me hace colocar los brazos alrededor de su cuello, me rodea la cintura y empezamos a movernos. Cierro los ojos, aspiro su olor y sonrío. Olerlo me reconforta siempre. Cuando no está en casa, visto sus camisas porque me calma sentirlo cerca de mí.

—¿Cómo lo llevas? —me acaricia la oreja con la punta de su nariz y me habla al oído, con esa voz rasgada que tanto me seduce, da igual las palabras empleadas—. Es tu primera salida en público después de... eso. ¿Estás bien?

—Sí, teniendo en cuenta las circunstancias, diría que lo llevo bastante bien.

—Mi chica fuerte. —Me levanta la barbilla y me obliga a sostener la inmensidad azul de su mirada—. Te quiero. No conoces la magnitud de mi amor por ti, pero esta noche voy a demostrártelo.

Antes me sentía abrumada en su presencia. Con Robert Black, las cosas siempre fueron intensas, explosivas; demasiado serias la mayoría de las veces. Desde el principio tuvo claro lo que quería: que fuera suya con todo lo que eso conllevaba. A las dos semanas de conocerme, me estaba hablando de vivir juntos. Durante un tiempo me superó un poco esta relación. Había momentos en los que sentía que me consumía. Él siempre ha necesitado controlarlo todo, controlarme a mí, porque no sabe ser de otro modo. Y cuando no consigue controlarme, se desquicia.

Robert Black odia dos cosas en el mundo: que se le lleve la contraria y que yo intente apartarme de él. Por desgracia, en el pasado he intentado hacer ambas cosas. Y el resultado ha sido espantosamente doloroso para ambos. Nos separamos. Sin embargo, tras lo de Giselle, volví a él y dejé que cuidara de mí, porque en ese momento entendí que era todo cuanto me quedaba. De haberle perdido a él, lo habría perdido todo. Mi mundo entero se habría hundido, y no quería que eso pasara. Porque, perdiéndole a él, me habría perdido a mí misma por completo.

Supongo que ser consciente de esto hizo que me obsesionara con Robert Black y que mis celos se dispararan de este modo tan complicado de manejar. Desde luego, cambié por completo después de lo de mi madre. Me he vuelto tan acaparadora como él. Ahora me enferma la idea de perderle. Es algo que, sencillamente, va más allá de mi control.

Hasta esta noche, nunca habíamos discutido de este modo, aunque he de admitir que tampoco me había dado razones para hacerlo. Robert es el novio ideal, lo ha sido durante todos estos meses. Sin embargo, una vez dijo que los peores villanos empiezan siendo caballeros, así que no sé si es este su verdadero rostro o tan solo una de las múltiples fachadas que exhibe. ¿Es Robert Black un villano? ¿Un héroe? No lo sé. Aún no lo he descubierto. ¿Cómo hacerlo si no lo conozco en absoluto?

Llevo meses intentando descifrarlo poco a poco, trocito a trocito, como a un mensaje encriptado. Siempre que baja la guardia, me apresuro a ojear detrás de sus muros para ver al Robert Black que él no quiere que yo vea. Pero nunca es suficiente.

—Quiero llevarte a casa y hacerte el amor en cada pequeño rincón del *Edén* —me susurra al oído, su áspera mejilla contra mi mejilla, sus fuertes y cálidas manos en mi cintura—. Al principio, suave. Y después, duro. Fuerte, aunque pasional, como tú y yo sabemos que te gusta.

Oh, mi castigo por haber dudado de él. Va a follarme. Probablemente, duro, para demostrarme, y demostrarse a sí mismo, que aún posee el control. En ese aspecto, Robert Black y yo somos iguales. Nos consumimos el uno al otro, y encontramos un inquietante placer en hacerlo. Siempre requerimos más de lo que se nos ofrece. Ninguno de los dos desea lo que puede obtener. Sería demasiado fácil para depredadores como nosotros.

—Suena bien —contesto, porque realmente así me lo parece. Él quiere el control, y yo estoy dispuesta a dárselo. Durante una temporada, al menos.

Para demostrárselo, lo vuelvo a besar, y me siento maravillosamente bien entre sus brazos. Pero entonces, sin previo aviso, algo cambia dentro de mí, como un cristal que se agrieta y, poco a poco, esa grieta avanza hasta adquirir un ritmo y una intensidad desbordantes. Me siento exactamente como si estuviese a bordo de un deportivo de lujo sin frenos; como si en cualquier momento fuera a estrellarme.

Los engranajes de mi cabeza se activan el uno detrás del otro, y, aunque intento resistir, soy incapaz de frenar la destrucción. Estaba convencida de que *aquello* había acabado, ¿pero cómo va a acabarse algo que ni siquiera ha empezado del todo?

He oído que la mente humana es muy compleja, como un precipicio cuyo final nadie conoce; que hay estímulos que desatan poderes jamás vistos, poderes incontrolables. Las personas aparentemente normales, podrían no serlo.

—He acabado, la pistola echa humo... —balbuceo con aire abstracto. El aire entra y sale de mis pulmones *muy* despacio.

—¿Cómo dices, amor?

Dejo de moverme y cierro los ojos mientras esas palabras se propagan a través de cada fibra de mi ser, al son de la música. *Lo hemos perdido todo... El amor se ha ido...* No puedo detenerlas ni puedo detener la devastación que traen consigo. Solo puedo apartarme y contemplar cómo me vuelvo a romper en millares de pedazos.

Lo veo todo, lo revivo como si estuviera sucediendo otra vez, solo que ahora se desarrolla de un modo mucho más intenso y más desgarrador. Estoy indefensa, delante de un caleidoscopio de imágenes que desfilan a gran velocidad por delante de mis ojos, sin ofrecerme ninguna posibilidad de que pueda apartar la vista.

Oigo mis pasos vacilantes, veo mis trémulos dedos girando el pomo de la puerta, siento su sangre traspasando la tela de mis vaqueros, empapando mis rodillas. Lo veo y lo siento todo, porque estoy ahí de nuevo, y esta vez sé que no podré marcharme. No soy más que una prisionera, atrapada en el momento y el lugar exactos, como un ratón en una trampa.

Deliberadamente, me detengo en el umbral, una vez más, y, lo más despacio que puedo, alzo la mirada hasta cruzarme con sus ojos, que están clavados en los míos. ¡Una vez más!

Y entonces profiero un grito, pues sus ojos no son más que globos fríos, demenciales, ojos tan muertos como su corazón, y no me dejan otra opción que seguir mirándolos.

—No. No. No. No —me resisto, y mi cuerpo empieza a temblar como si estuviera sufriendo las convulsiones de la muerte. Separo los labios para respirar por la boca, pero el aire no acude a mí, cada vez volviéndose mayor la sensación de asfixia—. Haz que pare, haz que pare... por favor. ¡Páralo! No puedo escuchar esta canción. —Las lágrimas se me escurren por todo el rostro como un arroyo desbocado, y yo me cojo la cabeza entre las manos. No puedo controlar nada de lo que está pasándome—. ¡Haz que pare, Robert! ¡No lo soporto! ¡Dios, no lo soporto! ¡Duele demasiado!

Robert, desesperado por tranquilizarme, emplea la fuerza para obligarme a soltar los mechones de pelo a los que se han aferrado mis dedos. Necesita un tiempo, ya que yo no doy muestras de querer colaborar en esa tarea.

Cuando por fin lo consigue, me rodea la cabeza con las palmas, obligándome a aguantar su mirada.

—Mírame, Adeline.

Como una autómatas, obedezco. Lo miro, *intento* mirarle, pero solo puedo verla a ella. Esos pozos azules y gélidos no están dispuestos a dejarme escapar. Y nunca van a estarlo. Lo sé con férrea certeza, tal y como sé que los otoños suaves siempre preceden a inviernos demasiado despiadados.

—Adeline, mírame —ordena, sacudiéndome un poco.

Sus preciosos ojos azules me atraen como un hechizo. Pero ni siquiera ellos son capaces de

devolverme al mundo real. Porque hay otro par de ojos azules interponiéndose en su camino, y yo solo puedo seguirlos a ellos.

—No... no... no... no puedo... haz que pare... haz que pare...

—Cariño, solo es una canción.

—No, Robert, ella está ahí, ¡está ahí! ¡Sus ojos! ¡No puedo dejar de mirar sus ojos! No puedo, no puedo, no puedo. ¡Haz que pare! ¡No lo soporto más!

Todo el mundo nos está mirando. Al entender que no va a conseguir hacerme entrar en razón, Robert me coge en brazos, me saca al exterior y ahí se deja caer de rodillas, sujetándome en un fuerte abrazo mientras intenta sosegar me con dulces palabras de consuelo susurradas en mi oído.

Desde el patio ya no se escucha la canción, alguien ha tenido la consideración de cerrar la puerta, aunque da igual. La canción sigue resonando dentro de mi mente, obsesivamente, como si estuviera atrapada en un círculo que de ningún modo se puede quebrantar. Nunca conseguiré sacármelas de la cabeza, ni la canción ni la fría mirada de Giselle. Ambas cosas van a perseguirme como un fantasma por el resto de mis días. Haga lo que haga, no me permitirán encontrar la paz.

—Adeline, chissssss. Tranquila. Tranquila, cariño. Chissssss. Estoy contigo. Yo cuidaré de ti. Siempre cuidaré de ti.

Sacudo la cabeza con desesperación. ¿Cómo puede pretender que me tranquilice? ¿Es que no ve esos ojos?

—Robert, no puedo tranquilizarme. ¡No puedo! No puedo dejar de escuchar esa canción.

—Chissssss. Ya pasó. No estamos ahí. No escuchas la canción.

—¡Sí que estamos!

—Calla. No, pequeña, no. Estamos en la azotea del Flatiron, y desde aquí solo se escucha el viento.

—No, eso no es cierto —sollozo—. Sigo aquí ¡y duele demasiado! Duele... Por favor, haz que pare. Apaga el equipo y cierra esos ojos. ¡Oh, esos terribles, despiadados, demenciales ojos! ¿Por qué no dejan de mirarme? ¡¿Por qué no dejan de mirarme, eh, dime?!

Mis frenéticos ojos buscan una respuesta en los suyos. Robert, compasivo, me arropa entre sus brazos y me estrecha con tanta fuerza que apenas puedo respirar.

—Escúchame, Adeline —me dice al oído—. Estamos en la azotea del Flatiron. No hay ojos demenciales aquí. Nadie te está mirando. ¿Recuerdas el Flatiron?

—Sí que me miran. ¿Es que no puedes verlos?

—Cariño, préstame atención. No hay nadie. Porque estamos en el Flatiron. Si miras hacia abajo, ¿qué ves?

—Nada, no veo nada... —Hundo la nariz en su cuello, lo niego con la cabeza y sigo sollozando mientras su mano me acaricia el cabello— Duele... duele mucho.

Su agarre se vuelve de hierro cuando retrocede y me sacude con bastante vehemencia.

—¡Adeline! ¡Céntrate! Mira de nuevo. ¿Qué ves?

Su autoritaria voz, de algún modo, repercute en las raíces de mi ser y hace que algo dentro de mi cabeza empiece a reaccionar. Cierro los ojos e intento buscar esa imagen a través de mis recuerdos. Me lleva un tiempo atravesar la densa negrura que anega mi cabeza, pero finalmente doy con ese momento y ese lugar.

—No lo sé. Veo... veo Broadway. Y la Quinta. Veo un paso de cebra... un cruce, gente, coches atascados. Alguien pita.

Las manos de Robert me echan el pelo hacia atrás. No puedo dejar de temblar.

—¿Y qué me dices del viento? ¿Lo notas?

Con los ojos cerrados, intento recordar qué se sentía al recibir la caricia del aire en el rostro. Era

reconfortante. Era... plácido. Hacía que me sintiera tranquila. Viva, incluso.

—Sí...

—¿Y mis labios en tu cuello?

Sonrío, porque también los siento, al igual que he sentido el roce del viento.

—Sí.

—Entonces, dime, princesa, ¿dónde estamos?

Sonrío de nuevo, sin abrir los ojos. Robert Black es un bálsamo para mi alma atormentada. Solo él mantiene juntos los pedazos de mi corazón.

—En la azotea del Flatiron. Tú me abrazas y tienes los labios apoyados contra mi cuello. El viento me remueve el pelo. Y solo se escuchan los pitidos de los coches. Porque estamos ahí. *Arriba*.

—Exacto. Estamos en una azotea, así que quédate conmigo. No se te ocurra precipitarte hacia abajo. Ya sabes que eso me cabrearía mucho. ¿Es que pretendes cabrearme, Adeline?

Abro los ojos, del todo serena, y lo miro. Me está contemplando en silencio, con esa arruga de preocupación cruzándole la frente.

—No, claro que no.

—Entonces no me dejes solo, preciosa mía. No te lances al vacío —susurra, cogiéndome por el mentón para atraer mi mirada hacia la suya—. No te lances sin mí. No soportaría perderte. Esa es una idea que me pone enfermo.

Con los ojos cegados por las lágrimas, intento sonreír para aplacar su intranquilidad, y coloco la palma contra su mejilla.

—Nunca te dejaré —le digo, y hablo en serio. Me quedaré con él siempre y cuando me desee, aun siendo consciente de que no soy buena para él. Me quedaré porque, en ocasiones, el amor puede ser terriblemente egoísta. Pesadas caderas de frío acero, eso es el amor.

—¿Me lo prometes? —murmura, con la mirada oscilando entre mis ojos y mis labios.

Le sonrío de nuevo.

—Te lo juro. Sabes que nunca te dejaré.

Permanecemos sentados en el césped, cada uno perdido en la mirada del otro. La actividad en derredor nuestro es constante. Sin embargo, la percibimos tan borrosa y lejana que ni él ni yo reparamos en ella. No veo nada, salvo esos zafiros en llamas. Parece que esta noche unas aguas oscuras y amenazadoras se han propuesto ahogarme, pero no van a conseguirlo porque el hombre de ojos azules me mantiene, como siempre, anclada en tierra firme.

—Brote psicótico —sentencia una hora después el psicólogo personal de Nathaniel Black.

El doctor Zagers es un hombre tosco de mediana edad. Por debajo de un ralo flequillo negro, salpicado de canas, lleva unas gafas gruesas que pasaron de moda en la década de los sesenta. Parece un perverso, uno de esos que siempre intentan ofrecer bombones a los niños en un parque. Físicamente, es una especie de Woody Allen con traje de pana. Aun con todos esos puntos en su contra, Zagers es un buen hombre, ya que ha accedido vernos pese a la hora que es. Sospecho que sus honorarios deben de ser un auténtico escándalo, como compensación por las molestias causadas.

—¿Y ya está? —Robert no parece en absoluto conforme con el diagnóstico—. ¿Tan pronto? ¿Le hace usted unas cuantas preguntas y ya llega a estas conclusiones?

Le doy un apretón a su mano, para tranquilizarlo. Sus rasgos semejan la dureza del acero, su mirada echa chispas. Temo por la seguridad de la nariz del doctor. Black tiene predisposición a perder los

papeles cuando las cosas no salen como a él le gustaría que saliesen. Y algo me dice que un brote psicótico no encajaba en sus planes para la velada.

—Me avalan treinta años en esta profesión, señor Black. Confíe en mí. Su prometida ha sufrido un brote psicótico. Indudablemente. De algún modo, usted ha conseguido estabilizarla, y he de decirle que ha hecho un excelente trabajo, pero aún es pronto para cantar victoria, porque esto no ha hecho más que comenzar. Debemos iniciar cuanto antes un tratamiento a base de antipsicóticos, para evitar futuros daños. Lo mejor sería ingresarla en...

—Nada de ingresos en ninguna parte —lo frena Robert con agresividad—. Haré que un médico se haga cargo de ella en casa. Lo importante es que Adeline esté cómoda y tranquila, y eso no lo vamos a conseguir encerrándola en un hospital de locos.

Zagers le mira con una leve expresión de disgusto.

—Como quiera.

Robert deja escapar un suspiro y se arrellana en su asiento, aún sujetando mi mano con fuerza. Nunca lo he visto tan tenso como ahora. Él siempre tiene el control de la situación, y creo que esto le supera un poco.

—Háblenos de los brotes psicóticos, ¿quiere?

Zagers coloca una pierna encima de la otra y empuja la montura de sus gafas sobre la prominencia de su nariz.

—Claro. Según sabrán, un brote psicótico es una ruptura de la realidad, algo temporal y bastante sencillo de detectar. Ya ha visto cómo se manifiestan. Durante estos episodios, el paciente se abandona a un absoluto estado de alteración. No puede controlarlo de ningún modo, lo cual le impide comportarse con normalidad dentro de su entorno. Según la gravedad de la ruptura, los brotes psicóticos van seguidos de alucinaciones o delirios, de ahí la importancia de ingresar al paciente y someterlo a tratamiento...

—NO ingresaremos a la paciente, ¿de acuerdo? —brama Robert, mirándolo con fiereza.

El doctor alza las manos en actitud conciliadora.

—No era más que una sugerencia.

—¡Pues deje de sugerírmelo, maldita sea! —ladra—. Mi respuesta es, y siempre será, no. ¡Joder! ¿Cómo quiere que se lo diga? —Me mira, y yo le sonrío brevemente. Para calmar su ira, se lleva mi mano a los labios y me besa los nudillos—. Ella se quedará en casa, *conmigo* —resuelve, un poco más sosegado, mirando de nuevo a Zagers—. Yo cuidaré de ella, como siempre he hecho.

—Sí usted piensa que está cualificado...

Robert pasa por alto el sarcasmo.

—¿Conocemos las causas de esta caída nerviosa? Dispéñeme, doctor, pero yo prefiero el término de *caída nerviosa*.

—Creo que está claro que nos enfrentamos a un trauma reprimido —anota el psicólogo, desviando por un segundo la mirada hacia el reloj de pared. Un objeto curioso. Tiene forma de pene. ¡Pervertido!

Robert se peina el cabello con los dedos, y un suspiro silencioso escapa sus labios. No se ha fijado en el reloj con forma de pene.

—No tiene sentido. El trauma no es tan reciente —expone—, y Adeline se ha comportado con normalidad en todo este tiempo. ¿Está usted seguro de haber acertado en su diagnóstico?

El doctor, sin duda disgustado por la desconfianza de Robert, vuelve a colocarse las gafas.

—Por enésima vez, estoy convencido de ello. Adeline ha pasado por un delicado proceso de aislamiento afectivo, lo cual, a usted le ha hecho creer, *erróneamente*, que se encontraba bien.

Robert frunce el ceño. Está tan inmerso en esto que ni se ha dado cuenta de que el doctor ha subrayado, una vez más, su ineptitud para con estos asuntos.

—¿Qué es un aislamiento afectivo? —interroga con aire distraído.

—Mediante este proceso, el individuo separa en su mente las ideas de los sentimientos que estas le provocan, de modo que se mantiene aparentemente a salvo, ya que se aparta de los componentes afectivos asociados a un episodio traumático. No ignora lo que ha pasado, sigue apegado a los elementos cognoscitivos. Sin embargo, esos recuerdos no parecen afectarle. No como debería.

—Entiendo. Quiere decir que su dolor, de algún modo, se había congelado, y ahora está descongelándose.

—Bueno, si lo prefiere, sí. Podría decirte que es exactamente lo que le está pasando.

—¿Y por qué se ha desatado ahora mi locura? —abro la boca por fin, lo que hace que tanto Robert como el doctor Zagers muevan sus miradas hacia mí.

—La canción —explica Zagers—. Un brote psicótico suele tener un detonante, y ese ha sido el tuyo. Esa música, que tu mente asocia a un momento en concreto, ha permanecido clavada en tu subconsciente más profundo y, al escucharla, fue como apretar el botón de un mecanismo que te catapultó a esa noche, para que la vivieras una vez más.

—Pero ahora ha sido mucho más terrible que la primera vez —declaro.

—Porque la primera vez estabas en tal estado de *shock* que no percibías la realidad tal y como esta se mostraba.

—¿Y estas cosas pasan así, de repente? —quiere saber Robert—. ¿Podría yo haberlo evitado si me hubiese dado cuenta de que algo iba mal?

—Hay síntomas, claro que los hay —aclara el hombre—. Descuido de la apariencia, por ejemplo. —Se queda mirando lo emperifollada que voy, y sacude la cabeza, rechazando esa idea—. Aunque no veo que sea el caso de Adeline. También está el aislamiento social, el absentismo escolar, una elevada suspicacia...

—¿Suspiciacia? —repito.

Los oscuros ojos de Zagers me enfocan, y, por primera vez desde que estoy aquí sentada, reparo en las enormes bolsas que hay bajo sus párpados.

—Sí. *Suspiciacia*. El sujeto tiende a preguntar el porqué de todo, suele volverse agresivo si las respuestas no le satisfacen, dando por hecho que los demás hacen lo que hacen con el único fin de fastidiarle, y porque le ocultan cosas.

Miro a Robert, que frunce el ceño aún más.

—Ya veo.

—¿Os ha sucedido algo parecido recientemente? —pregunta Zagers, no sin cierta susceptibilidad.

Traslado la mirada hacia su huraño rostro y me encojo de hombros.

—Bueno, esta noche hubo un... ejem... incidente con una puerta. Digamos que me he desquiciado y he acusado a Robert de estar mintiéndome. Lo hice porque estoy loca, ¿verdad?

—Tú no estás loca —gruñe Robert entre dientes—. Ha sido culpa mía.

—Por supuesto que no estás loca, Adeline. Has pasado por un trauma muy fuerte y has salido adelante.

Los miro sin dar crédito. ¿Es que hemos entrado en un universo paralelo en el que yo no me he desquiciado en una fiesta de cincuenta personas solo porque el *DJ* tuvo la osadía de pinchar *You Lost Me* de Christina Aguilera?

—Eh, ¿hola? ¡He sufrido un jodido brote psicótico! —les recuerdo, a gritos.

—Adeline, cuida las palabrotas, haz el favor. Sabes lo mucho que me irrita eso.

Giro la cabeza hacia él solo para dedicarle una mirada de basilisco. ¿Por qué ha de hacerme sentir siempre como si fuera una niña maleducada?

—Si quiero decirlas, las diré. ¡Demándame!

Black entorna los ojos, exasperado por tal terquedad. Sin embargo, no contesta, se queda contemplándome con ese brillo atormentado que a veces consume su mirada. Hay algo rondando su mente, lo veo en sus ojos; veo esa chispa de culpa que no debería estar ahí.

Robert se siente culpable por todo esto, y yo me siento aún más culpable por hacerle pasar por algo así. Él se merece algo mucho mejor que yo. ¡Pero yo le amo, maldita sea! No soy buena para él, sé que no lo soy, pero le amo. Irrevocable, inevitable, indudablemente, le amo. Nadie, jamás, le amaré con tanta intensidad como le amo yo.

Sin encontrar las palabras, extendiendo el brazo y le rozo la mandíbula, gesto ante el cual Robert compone una sonrisa cuya tristeza resulta devastadora.

—Si llego a saber esto, te habría abierto la jodida puerta —susurra—. Tal vez hubiésemos evitado...

—Robert, las palabrotas —lo imito con gesto serio.

—Ha sucedido lo que tenía que suceder —interviene Zagers con bastante brusquedad, supongo que cansado de tantas ñoñerías—. No es momento de mirar hacia atrás para buscar culpables, sino de hablar sobre recuperación. Al menos permitirá usted que haga terapia, ¿verdad?

Robert mueve la mirada hacia él y le dedica un gesto seco. No parece de humor para más ironías.

—La llevaré yo mismo.

—Excelente. Os daré cita para la semana que viene.

Hago una mueca enfurruñada. No quiero ir a terapia otra vez, he hecho terapia durante casi toda mi vida, pero no me atrevo a protestar. No con Robert Black mirándome de este modo, con la severidad de un padre, la pasión de un amante y un amor que no se puede expresar en palabras, todo eso a la vez. Su modo de mirarme me deja demasiado confusa, de modo que me limito a asentir sin demasiadas ganas.

—Claro. Iré a terapia y a lo que haga falta.

El doctor habla sobre la importancia de una rápida recuperación, sin advertir que yo he desconectado por completo. Prefiero dedicar el rato a examinar con verdadera fascinación al guapísimo hombre que tengo a mi lado. Muy en contra de mi voluntad, mis pensamientos empiezan a divagar de tal modo que no escucho absolutamente nada acerca de mi recuperación. Recuerdo cuándo lo conocí, cómo me miró, cómo le miré yo a él. Supongo que desde el principio estaba claro que Robert Black era el único para mí.

Al cabo de algunos minutos, debe de sentirse observado, porque mueve la mirada hacia mí y me sonrío. No puedo evitar preguntarme qué hace un hombre como él al lado de alguien tan jodido como yo. El amor debe de ser muy ciego si Robert no es capaz de ver que yo no soy buena para él.

—Te quiero —me susurran sus labios.

Ignorando deliberadamente al doctor, que sigue exponiendo sus argumentos, Black coloca una mano encima de la mía y la aprieta fuerte, tal y como hizo la primera vez que me tocó. Lo miro, y él me mira a mí como si no hubiera nada más en el mundo, y creo que es ahora cuando realmente comprendo que sus sentimientos hacia mí son verídicos. No supe que me amaba la noche en la que se acostó conmigo por primera vez. Tampoco la noche en la que me pidió matrimonio. Lo sé ahora, nada más sufrir un brote psicótico. Porque en este momento entiendo que él ha visto lo peor de mí, y así y todo, sigue aquí, impertérrito como una roca; una roca a la que aferrarse para dejar de hundirse. Y le amo por ello, le amo como nunca antes le había amado, con una devoción que jamás he conocido hasta esta noche.

Capítulo 2

—¿Iglesia o jardín? ¿Día o noche? ¿Vestido blanco o de color? ¿Primavera o verano? ¡Dios mío, hay tanto por decidir! ¿Por qué no dices nada?

Catherine, emperifollada con un vestido de cuello alto, cuyo tono de verde musgo intensifica el color de sus hermosos ojos, está sentada detrás del escritorio de Robert y hojea una de las cuatro carpetas que acaba de depositar ruidosamente delante de mis narices.

Los hermanos Black están los dos hundidos en el sofá de cuero marrón que hemos traído de la otra casa por puro capricho de Robert (es el sofá donde él y yo dormimos abrazados aquella noche en la que se cogió una cogerza, por tanto, tiene valor sentimental para él). Apenas nos prestan atención a Catherine y a mí. Están muy entretenidos jugando a la *PlayStation* un juego de zombis, mazmorras y tías buenas con enormes metralletas. El asunto de la boda no va con ellos, por lo visto. A decir verdad, conmigo tampoco.

Catherine, en cambio, se muestra de lo más entusiasmada ante la idea del inminente evento. Se ha autoproclamado organizadora oficial de la “boda del milenio” (palabras textuales suyas), y desde entonces no hace más que darme la tabarra con todas estas chorradas.

—No sé, Catherine. Como quieras.

—Eso es exactamente lo que dijo Nate cuando nos casamos —acota, sin levantar la mirada de esos papeles que tan ensimismada la tienen—. Y permíteme que te diga que me esperaba más de ti, Adeline. Tú no eres una Black, así que muestra un poco más de interés, si te place.

Resoplo, agarro una carpeta y la abro de muy mala gana, solo para complacerla. Resulta ser precisamente la de los vestidos de novia, que miro de paso, ya que ninguno me convence del todo.

—No son de mi estilo —resuelvo, cierro la carpeta y miro a Catherine—. ¿Qué crees que debería llevar?

Suelta el grueso fajo de papeles que tiene entre las manos y me examina pensativa.

—No te veo como novia clásica, así que yo te pondría un vestido griego, color heliotropo, por ejemplo, y te haría un peinado informal. Algo desenfadado, en todo caso.

—¿*Heliotropo*? —Nathaniel mueve el cuello hacia atrás para mirar a su mujer—. ¿Ese qué color es, amor?

—Violeta —contesta distraído su hermano mientras le dispara a una tía buena que se acaba de convertir en un zombi.

Nathaniel le dedica un gesto seco a Robert.

—Tío, ¿se puede ser más gay? Déjalo. No te molestes en contestar. Y pásame el mando ya, ¿quieres? Me toca a mí. ¿Cuándo vas a comprar dos mandos?

—Nunca —Robert le ofrece el mando sonriendo maliciosamente—. He pensado que si tenía solo uno, dejarías de venir cada dos por tres a mi casa.

—¡JA! No tendrás esa suerte, hermano. No te figuras el inquietante placer que me produce darte estas palizas de muerte.

—¿Palizas de muerte? —Robert parece escandalizado—. De eso nada, chaval. Díselo, Adeline. ¿Quién gana siempre?

Entorno los ojos. ¿Por qué me meten en sus riñas cada vez que tienen una? Muy a menudo, por cierto.

—Tú —refunfuño, con el único fin de satisfacer su ego, de por sí elevado.

Nathaniel me lanza una mirada llena de reprobación.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo llamas a esto? Toma, toma, toma —grita mientras, con movimientos frenéticos de los dedos, aniquila a todos los zombis, incluido a su compañero de equipo y hermano. No me cabe duda de que eso último lo ha hecho porque le ha producido un alarmante placer—. Y el ganador es... —dominado por un malvado regocijo, levanta las manos en el aire—, adivina... ¡Nathaaaneeeeel Black! Tienes que practicar más, hermanito.

Robert compone una mueca entre disgustada y fastidiada, y le da un buen trago a su cerveza.

—Tengo mejores cosas que hacer —escupe.

Nathaniel me mira con ambas cejas en alto. Hay una expresión de lo más pícara entre sus angulosos rasgos.

—Ya te digo que tienes mejores cosas que hacer —me guiña un ojo con socarronería, y yo no puedo evitar reírme.

Así que esto es lo que se siente al tener una familia. Me gusta esa tranquilidad. Nadie grita, nadie rompe nada.

«Nadie llora...»

—¿Y Cathy? —pregunto de manera inesperada, al darme cuenta de que en esta bonita estampa familiar solo falta un bebé. O varios.

Catherine levanta la cabeza, con la punta del lápiz apoyada contra el papel. Dirijo una mirada rápida a su cuaderno y advierto que ha empezado a dibujar un modelo de vestido de novia que tiene bastante mejor pinta que todo lo que he visto en esas revistas de moda. ¿Habrá algo que se le dé mal a esta tía? Lo dudo.

—¿Cathy? —se asombra—. Oh, está con su tía Emms y con su tío Gage, viendo la nueva de *Los Juegos del Hambre*.

Sonrío al pensar en Cathy, pequeña, sonrosada y risueña. Cathy, que nació el mismo día en el que falleció mi madre.

—¿*Los Juegos del Hambre*? Vaya. ¿No es algo joven para eso?

—Tranquila, no se entera de nada —asegura Nate, lanzándome una mirada—. Solo mira la pantalla y ríe. Es más adorable...

Catherine frunce el ceño.

—No estoy del todo de acuerdo con eso. Yo creo que sí se entera. El otro día vimos una película en la que el personaje de Nate, el sargento Greyson, moría, y Cathy se echó a llorar. ¿Qué pensáis que significa?

—Que la película era mala de cojones —indica el "sargento Greyson" con humor, antes de llevarse a la boca un puñado de almendras fritas, que mastica con tal sonrisa de autosuficiencia que finalmente consigue que su mujer le lance el lápiz a la cabeza.

—¡Eso no es cierto! —protesta ella—. Fue una de tus mejores actuaciones.

—Así las cosas, solo hay que imaginarse las demás —se ríe Nate.

Catherine no parece estar de acuerdo.

—¡Bah! Ni caso. Ahora le ha dado por ser modesto —me explica—. Es una fase, como lo de ser vegetariano. Se le pasará.

Nate gruñe algo acerca de que tiene principios firmes. Todo el planeta sabe que no es cierto.

—¿Qué tal si hacemos algo esta tarde? —propone Robert de repente, dejándole el mando a su hermano, ya que le toca. ¿De dónde diablos salen todos esos zombis, y por qué ellos tienen que aniquilarlos? ¡Qué juegos tan sanguinarios!

—¿Algo como qué? —pregunto, siguiéndolo con la mirada mientras viene hacia mí.

Me encanta verle descalzo y así de relajado como está hoy, joven y sin demasiadas inquietudes espirituales. Hoy parece feliz.

Cuando ya está a mi lado, se inclina sobre mí y me da un beso en la coronilla. Entrecierro los ojos al sentir su maravilloso olor invadiendo mis fosas nasales. Es increíblemente reconfortante.

—Podríamos visitar algún museo o algún edificio histórico, o acudir a algún concierto de jazz.

—Me parece...

—¡Gay! —se me adelanta Nate, a gritos—. ¡Tío, venga ya! Adeline tiene veinte años. No quiere ir a museos.

Robert, claramente contrariado, se vuelve hacia su hermano.

—¿Y a dónde la llevarías tú, listillo?

—A una carrera ilegal de coches —se mofa Catherine, y sé de inmediato que ahí es donde debió de llevarla Nathaniel en alguna de sus citas anteriores al matrimonio.

—¡Por favor! —bufa él—. No soy un inconsciente, amor. Está lloviendo. No pondría su vida en peligro. Las carreras bajo chaparrones se las dejo a los conductores expertos como yo.

—Dijo el que se estrelló varias veces con el coche —señala Catherine distraída.

Nathaniel se queda mirándola con mala cara. Luego, al darse cuenta de que ella no le está prestando la más mínima atención, por lo tanto no va a entrar en una polémica con él, sacude la cabeza en señal de rendición.

—Voy a hacer como que no he oído eso. Esta mujer siempre me provoca —susurra para sí, al mismo tiempo que mueve sus azules ojos hacia los de su hermano—. Y contestando a tu pregunta, la llevaría a un partido de los Knicks. ¿Puede haber algo mejor que eso? Quizá, tan solo, un concierto de Metallica.

—Soy de los Lakers, aunque coincido contigo en lo de Metallica. No hay nada mejor que un concierto de Metallica.

—Oh, claro que lo hay. La Orquesta Filarmónica de Viena, pero a vosotros, gente de América, no os debe de sonar de nada.

La expresión de Nathaniel es de pura y absoluta indignación, sospecho que por lo de mi equipo de baloncesto favorito. ¿Cómo no iba a ser yo de los Lakers, si Robert lo es?

—¡¿Los Lakers?! —Me mira contrariado, haciendo oídos sordos de la pulla de Catherine—. Mira que me caías bien, Adeline, pero ya no sé si quiero que seas mi hermana. Ya bastante tenía con un hermano de los Lakers.

Me río. Algunos hombres se toman eso del deporte muy en serio. Los Black forman parte de esa categoría.

—Te fastidias, Black. Estamos empatados. Ya tienes a Catherine, que seguro que es de los Knicks, como tú.

—Del Arsenal —me corrige ella, sin dejar de dibujar.

—¿Eh?

—Nació en Londres —susurra Nathaniel conspirativo, y yo me río de nuevo—. No sabe distinguir entre fútbol y baloncesto, pero *chiss*, no le digas en qué consiste la diferencia. Me gusta estar más informado que ella, aunque sea solo en deportes.

Me lo paso muy bien con ellos. Tienen chispa, y siempre se ponen a prueba el uno al otro. En eso consiste lo suyo, en cabrearse mutuamente. Deben de tener una existencia de lo más entretenida.

—¿Por qué no salimos los cuatro? —propongo—. Hay una cafetería en Greenwich Village que me gustaría visitar. Organizan juegos de mesa. Tal vez puedas ayudarme a mejorar en el póker, Nate. No sé me da demasiado bien, y he leído en una revista que eres tan buen jugador que la semana pasada

desplumaste a un pez gordo de Hollywood que presumía de ser el mejor del país. Y lo hiciste estando borracho.

—¿Este? —Robert suelta una risotada malévol—. Pero si hace trampas.

—Yo no hago trampas —se defiende su hermano, escandalizado por las acusaciones.

—¿Ah, no? ¿Y cómo te explicas que siempre ganes?

—Mmmm, no sé, ¿porque soy asombrosamente bueno en todo lo que emprendo?

—¿No estaba en plan modesto? —le susurro a Catherine.

—Ya te dije que se le pasaría, aunque juró que jamás pensé que iba a pasársele tan pronto. Este hombre nunca dejará de asombrarme.

Suelto una carcajada, me levanto del sillón y abrazo a Robert por detrás. Él coloca las manos encima de las mías, y los dos nos quedamos mirando como Nathaniel aplasta a los zombis y detiene el apocalipsis. No me importaría pasarme toda la vida así, abrazada a su fuerte espalda.

—O podemos quedarnos en casa, hacer cacao con leche y... salvar el mundo —les sugiero.

Curiosamente, a todo el mundo le parece una idea estupenda, así que eso es lo que hacemos el resto del día. Al cabo de un par de horas, Catherine y Nathaniel se marchan. Tienen que ir recoger a Cathy, que le está montando una rabieta a su tía Emma.

—¿Habéis tomado alguna decisión? —quiere saber Robert en cuanto nos quedamos a solas.

Se deja caer en el sofá del salón, coge el mando de la tele y empieza a cambiar de un canal al otro. Yo me siento a su lado, de cara a él.

—Que iré vestida de morado.

—Heliotropo —me corrige distraído, con los ojos clavados en la enorme pantalla, donde un debate acerca de una crisis financiera en Europa atrae toda su atención.

—Eso, *heliotropo*. Ah, y que Nate me llevará al altar.

De pronto pendiente de esta conversación, Robert baja el volumen de la tele y me lanza una mirada confusa.

—¿Mi hermano? ¿Es que no vas a invitar a tu padre?

—¿A Edward? No.

Sus ojos azules adquieren una expresión extraña.

—Adeline, creo que deberías decírselo.

—¿Por qué?

—Es tu única familia ahora.

—Tú eres mi única familia ahora —rebato, un poco cabreada de que no lo sepa a estas alturas.

Sonríe débilmente, con esos atrayentes hoyuelos formándosele en las mejillas.

—Lo soy, pero aun así, creo que deberías invitar a Edward.

No entiendo nada. ¿Por qué no me apoya como siempre ha hecho?

—¿Por qué eres tan bueno con él? Siempre te ha tratado como si fueras basura.

—Porque es tu padre y se merece mi respeto.

Me quedo sin réplica. ¿Cómo rebatir eso? Robert no es tan vengativo como yo. Tiene sus arrebatos, pero nunca guarda rencor. Él es un buen hombre. Sé que lo es.

—¿De verdad piensas que debería invitarle? —empiezo a ceder al cabo de unos cuantos momentos de reflexión.

—Sí, de verdad lo pienso. Iremos a verle en breve, si te parece, y se lo decimos.

—¿Vas a acompañarme?

Debe de notar confusión en mi voz, porque me coge suavemente por el mentón para que lo mire a los ojos.

—¿Qué pregunta es esa? Siempre iré adonde sea que tú vayas, Adeline.

Le muestro una sonrisa vacilante, y asiento.

—De acuerdo.

—Bien. ¿Qué más?

Se refiere a la boda, a si Catherine y yo hemos decidido más cosas juntas. No voy a negar que a una parte de mí le gustaría verle más involucrado. Desde que Catherine se puso al mando de la situación, Robert se ha desatendido casi por completo del tema. Ciertamente es que, en cuanto Catherine se marcha, siempre me interroga sobre los progresos alcanzados. Pero no es lo mismo. O, al menos, para mí no lo es.

—¿Qué te parece octubre para casarnos? —propongo, e intento sonreír como si todo lo anterior no tuviera importancia; como si no me molestara su falta de implicación.

Me coge la mano y me acaricia el dedo pulgar, y su roce hace que me sienta un poco mejor.

—El mejor mes del año, y mi primera opción. No hace calor, y aún no hace frío, de modo que podríamos casarnos en el jardín.

Me parece bien. El jardín no es demasiado grande, pero sí lo bastante para los invitados que tengo en mente.

—Excelente. Entonces, ya tenemos fecha: octubre. En octubre cumpliremos un año juntos y, probablemente, antes de que eso suceda, ya estaremos casados.

Se queda mirándome de ese modo tan suyo, tan concentrado; tal y como me miró por primera vez. Sus palabras aún resuenan en mi mente: «*Estás preciosa cuando te ruborizas. Deberías hacerlo más a menudo. Soy Robert, por cierto*». ¡Cuántas cosas nos han sucedido desde esa noche, hace tan solo cuatro meses! Aquella me parece ahora otra Adeline, una muy diferente a la nueva persona en la que me he convertido. Y él también parece otro Robert. Es increíble lo mucho que han cambiado las cosas en tan poco tiempo.

—Me muero de ganas por casarme contigo, preciosa —me sobresalta su susurro.

Hago un esfuerzo físico por regresar al presente. Dicen que es peligroso anegarse en las aguas del pasado. Hay que mirar hacia el futuro. Siempre hacia el futuro. «*Solo si el pasado no fuera tan embriagador...*»

—Yo también. Lo único que queda ahora es decírselo a nuestros padres —señalo.

Robert entorna los ojos.

—Qué ganas. Habrá que ir a Pensilvania, a invitar a mi padre y a su marido, Bud, pero eso ya lo haremos en verano. No hay prisa. No me apetece hacerlo en este momento. Además, estoy a tope de trabajo. Este debe de ser el mes de la delincuencia en las altas esferas.

—Llevas razón. Trabajas demasiado, Robert —me quejo—, y estás muy tenso. Deberías tomártelo con más calma. No quiero un marido estresado. Entretanto, podrías presentarme a tu madre.

Se ríe al percibir mi nerviosismo. Voy a casarme con un hombre cuya madre aún no conozco. Es todo tan precipitado... Apenas sabemos nada el uno de otro, y, sin embargo, aquí estamos, a unos meses de contraer matrimonio.

—Descuida, la conocerás en breve. Es posible que venga a Nueva York para el cumpleaños de Cathy. Aún no ha confirmado nada, ya sabes cómo es mamá. No se puede contar con ella para nada. En todo caso, si no es para el cumpleaños de Cathy, será más adelante. Quizá en primavera te lleve a Atlanta para que conozcas los humildes orígenes de tu futuro marido.

Enarco una ceja.

—¿Cumpleaños de Cathy otra vez? ¿Es que Catherine y Nate piensan celebrar el cumpleaños de Cathy cada mes?

—Hasta que la criatura cumpla un año, sí.

Me río solo de imaginármelo. No he ido a los anteriores cumpleaños de Cathy porque en esa época solo salía de casa para acudir al cementerio. Catherine y Nathaniel entendieron que estaba de luto, y no insistieron, así que Robert acudió solo.

—Son un tanto excéntricos, ¿verdad?

Robert me rodea con un brazo, me acerca a su costado y me insta a colocar la cabeza en su pecho.

—Lo que les pasa es que están profunda y absolutamente enamorados de su hija. Como lo estoy yo de ti —añade, y su voz baja unas octavas al decirlo.

Busco sus ojos, que resplandecen desde ese hermoso rostro suyo, descompuesto de excitación.

—¿En serio lo estás?

No dice nada; alarga las manos y me coge suavemente por la nuca, acercándose a sus labios. Y yo lo sigo mirando a los ojos mientras su boca está cada vez más cerca, y más cerca, hasta que se posa sobre la mía.

Durante unos momentos, no se mueve. Tan solo cierra los ojos y mantiene intacta la unión de nuestros labios. Después, se hunde en mí con un gruñido, y su beso se hace lento, íntimo y muy especial. Me derrite. Poco a poco me derrite y hace que me olvide de todo. Adoro esa sensación de ignorar todo cuanto me rodea; todo, salvo a él.

Las manos de Robert se cuelan por debajo de mi sudadera gris y me despojan de ella. Sin dejar de besarme, hace otro tanto con los vaqueros. Me quedo delante de él con mi conjunto negro de encaje, encantada de ver cómo me devora con ojos candentes. Toda chica debería ser mirada así, al menos por una vez.

—Preciosa mía... —susurra embelesado.

Las puntas de sus dedos apenas me rozan la clavícula, pero me estremezco igualmente. Cualquier roce, por muy débil que sea, me trastoca de un modo alucinante.

—Toda una vida no me bastaría para saciarme de ti —vuelve a susurrar, y su boca se tuerce en una sonrisa triste.

—No te sacies nunca —suplico, negándolo con la cabeza.

Su sonrisa se torna más triste, si cabe.

—Si dispusiera de cien años para estar a tu lado, aún me parecerían pocos, princesa.

Mis manos suben por su cuello y se arrastran por la barba que cubre su bellísima cara. Robert deja caer los párpados y los mantiene así.

—A mí también me parecerían pocos —musito.

—Desearía hacerlo *todo* contigo —continúa, abriendo los ojos para poder mirarme—. Lo cual me hace recordar que hay algo que quiero que hagamos ahora mismo.

—¿Ah, sí? ¿El qué?

—Ven. Tengo una sorpresa para ti.

Me coge de la mano y me arrastra en dirección a la escalera.

—Me gustan las sorpresas —señalo, entusiasmada.

Robert me dedica su sonrisilla más tierna.

—Lo sé. Cierra los ojos.

Los cierro y dejo que me guíe escalones arriba.

—¡Qué nervios!

—Con cuidado. Levanta el pie. Hay otro escalón, esta vez para bajar —bajo el escalón y nos detenemos—. Abre los ojos.

Obedezco de inmediato. Levanto los párpados y miro en derredor nuestro con una sonrisa que no

puedo reprimir. Estamos en la buhardilla. Es una habitación pequeña, bastante íntima, envuelta en madera. Me fascina el tragaluz de tres ventanales que hay en el techo. No veo papeles de trabajo ni informaciones confidenciales. No hay látigos, ni reliquias de *Ella*. No es más que una habitación, un espacio que él ha creado para pasar tiempo juntos aquí dentro. Me he vuelto loca por nada, porque él no había hecho nada malo. Todo eso pasaba dentro de mi mente, como siempre. No sé qué sentir al respecto. ¿Alivio al descubrir que Robert me ha dicho la verdad? ¿Preocupación a causa de mi creciente locura, que me ha impedido creer en él? Ambas cosas se debaten en mi alma, y son sentimientos bastante poderosos, a la vez que contrarios.

—¿Qué te parece?

Me observa como si fuese yo un complejo anagrama que necesita resolver de inmediato.

—Es... una buhardilla.

Ríe entre dientes.

—Claro que es una buhardilla. Eso ya te lo dije ayer.

«*Ojalá te hubiese creído*».

—Cuántos libros —remarco, ausente.

Una de las paredes sostiene una biblioteca enorme, repleta de títulos, que va del suelo al techo. Aparte de eso, no hay más muebles, salvo una mesa redonda, con dos butacas a su alrededor. Muy *vintage* todo. Este lugar ni siquiera parece formar parte de nuestra nueva casa. El contraste viejo-nuevo entre la buhardilla y todo lo demás es impresionante. Entrar aquí es como retroceder ochenta años en el tiempo.

—No quería que lo vieras sin el tragaluz, y lo instalaron anoche mientras estábamos en la fiesta —me explica—. Por eso no te abrí la puerta. Lo siento. Ha sido estúpido comportarme así. Dime que me perdonas.

Me quedo sin palabras, con ganas de llorar. Aunque no lo hago, sobre todo porque lloriquear no es mi estilo. Me vuelvo de cara a él, sin decir nada, y me aferro a su cuello. Robert hunde el rostro en mi pelo y me rodea entre sus brazos.

—¿Te gusta? —me susurra al oído.

Asiento despacio.

—Muchísimo.

—Bien. Espero que lo usemos, Adeline. Realmente, espero que lo usemos. He comprado unos cuantos libros viejos. Los tienes que mirar y decirme qué te parecen. Ah. Y tengo algo más para ti. No te muevas. Ahora vuelvo.

Advierto su entusiasmo en el brillo fulgurante de sus ojos y en su infantil sonrisa de felicidad. A veces, pese a la edad que tiene, me parece ver en él al niño que debió de ser hace veinte años, un muchacho apasionado, despreocupado, divertido. Ojalá ese niño nunca hubiese madurado. Ojalá la vida no hubiese corrompido la pureza de su alma.

Planta un beso fugaz en mi mejilla y sale por la puerta corriendo. Cuando regresa, trae un regalo, envuelto en papel dorado, y me lo ofrece.

—¿Qué es? —inquiero con una pequeña sonrisa.

—Un adelanto para tu cumpleaños.

—Pero si aún falta más de un mes.

Sonríe travieso.

—Lo sé. Vamos, ábrelo.

Lo cojo, rasgo el papel y retiro el contenido, todo esto sin ser capaz de decir nada.

—¿Y bien? ¿Qué opinas? —pregunta ansioso.

Lentamente, levanto la mirada hacia esos preciosos ojos azules; el azul más etéreo que jamás he visto.

—Debe de valer una fortuna. Es una primera edición, ¿verdad?

Abro el libro y chilló al ver que viene con una dedicatoria escrita por el mismísimo Oscar Wilde. Robert ríe.

—Sí, es exactamente lo que parece.

—*La única manera de escapar de la tentación es dejarse arrastrar por ella. Oscar Wilde* —toco esas letras una y otra vez. No me lo puedo creer; no puedo creer lo bien conservado que está el ejemplar; no puedo creer que esté en mis manos en este momento—. Dios mío, esto es... es... ¡increíble! —Lo miro y veo que sonrío—. Pensaba que no quedaban primeras ediciones de *El Retrato de Dorian Grey*; que habían sido extraviados en la Biblioteca Británica.

—Y no te equivocabas al pensarlo.

—¿Entonces, cómo es posible?

—Mercado negro... chico listo y rico... Ata cabos, dulce Adeline.

Me lanzo a su cuello y le doy mil besos en el rostro.

—Gracias, gracias, gracias, gracias.

Riéndose, me envuelve la espalda entre sus fuertes brazos. Su calor me incendia la piel desnuda. Instintivamente, sé que durante años voy a recordar esta sensación; la felicidad de este momento. Voy a atesorarlo en las profundidades de mi memoria, así, cada vez que la cosas que pondrán feas para nosotros dos, podré recordar esto... recordar el hombre que es en realidad y perdonarle por todos sus fallos.

—Si llego a saber que ibas a reaccionar de este modo, te lo habría regalado antes.

Me río, me aparto de él y dejo el libro encima de la mesa.

—¿Sabes lo que creo? —Me tomo un momento y después me giro con estudiada parsimonia—. Creo que has sido un buen chico, Black. Hace tiempo ya que eres un buen chico.

Enarca una ceja lentamente. La atmósfera ha cambiado con asombrosa rapidez, cargándose de lujuria, y mi corazón se acelera a cada segundo que pasa.

—¿Lo he sido?

—Mm-mm. ¿Y sabes qué más creo?

Se cruza de brazos y, si bien lo intenta, es incapaz de disimular su sonrisa de autosuficiencia.

—¿El qué?

—Que los chicos buenos como tú se merecen una recompensa.

—Mmmm. Interesante. ¿Y vas a recompensarme tú, Adeline?

—¿Quieres que te recompense?

Asiente lentamente.

—Oh, sí. No habrás pensado que he hecho todo este esfuerzo por pura bondad, ¿verdad?

—¿No ha sido así?

Agita la cabeza.

—Nada más lejos de mi intención.

—¿Y por qué lo has hecho si no?

—Bien, porque quiero algo a cambio.

Alzo una ceja, manteniendo en todo momento mi actitud de *femme fatale*.

—¿Y qué quieres a cambio?

Sus ojos bajan por mi cuerpo y vuelven a subir de un modo tan lento que siento su caricia en mi piel. Hay algo extremadamente sexual en su mirada.

—Saca tus inteligentes conclusiones, Carrington.

—Ya las he sacado.

Una sonrisa lobuna curva sus labios.

—¿Y cuáles son?

—Estas —respondo, sin más.

Lo miro a los ojos mientras, con el dedo índice, dejo caer el tirante derecho de mi sujetador. Esta noche me siento ebria de lujuria. Robert traga saliva, y yo sonrío complacida al ver que soy capaz de afectarle tanto como él me afecta a mí.

Sin interrumpir el contacto visual, hago exactamente lo mismo con el tirante izquierdo. Me llevo las manos a la espalda, desabrocho el cierre y dejo que el sujetador se deslice al suelo. Robert ahoga un gemido al mismo tiempo que se le frunce el ceño. Es uno de esos hombres con tendencia a fruncir el ceño demasiado a menudo. Da igual si está enfadado o excitado, él frunce el ceño igualmente.

S sonrío de nuevo, y me bajo las bragas por los muslos de la forma más sensual de la que soy capaz. El hambre devora sus ojos, que se arrastran por todo mi cuerpo, bajando y subiendo una y otra vez. Su modo de mirarme me excita mucho. Todo ese aplomo que exhibe, cuando yo sé que se muere por perder el control, es impresionante.

—¿Qué te parece este precio?

La esquina derecha de su boca se alza, aunque de un modo apenas perceptible.

—Me parece que... puedes hacer más que eso. Está bien para empezar, pero... ¿qué más tienes para ofrecerme?

Así que estamos jugando duro. De acuerdo. No me importa jugar.

—¿Qué más? —frunzo la boca en plan meditabundo—. Veamos qué se me ocurre, señor Black.

—A ver, señorita Carrington. Asómbrame.

Me acerco a él. Miro la erección que empuja contra la cremallera de los vaqueros, miro su mandíbula tensa y después lo miro a los ojos.

—Mmmm, se me ocurre que... —Cojo su mano, hago que doble todos los dedos salvo el índice, que me llevo a la boca y lo chupo. Sus ojos centellean cuando lo arrastro por mi labio inferior.

—¿Qué? —musita.

—Que tú podrías hacer...

Se inclina sobre mí, clava los dientes en mi labio y tira de él con suavidad.

—¿Qué? —vuelve a preguntar, esta vez con voz áspera y sexy.

Bajo el dedo por entre mis pechos, lo conduzco a mi vagina y lo empujo hacia dentro, sin demasiados preámbulos. Robert entrecierra los ojos, aprieta la mandíbula y empieza a respirar más deprisa.

—Esto —gimo con una expresión carnal que parece afectarle más de lo que me imaginaba—. ¿Qué te parece esto, señor Black? ¿Estás asombrado?

Jamás podría describir con palabras la excitación que hay en sus ojos.

—Mucho.

—Estupendo. Estupendo —repito, contoneándome contra su mano—. Sigue, entonces. No te detengas.

Dejo de guiarlo y empiezo a desabrocharle los botones de la vieja camisa a cuadros que lleva. Lo miro a los ojos mientras me penetra con el dedo. Le bajo la prenda por los hombros y se la quito. Después, dirijo mi mano al bulto de su entrepierna. Coloco la palma encima y froto despacio. Robert da un respingo, acerca la boca a la mía y separa los labios como si me fuera a besar. Aunque no me besa. Se limita a mirarme, con los ojos nublados de pasión y el rostro devastado. Su respiración es brusca y profunda, y se estrella contra la mía.

Con movimientos lentos, le bajo la cremallera. Se muerde el labio inferior cuando meto la mano dentro de sus vaqueros.

—¿Por qué no me quitas el pantalón? —propone, flexionado las caderas hacia las mías.

—Porque no me da la gana, básicamente. ¿Alguna otra cuestión a la que yo pueda contestar, mi señor? Retira el dedo y me penetra con dos, sin permitirles a mis ojos que eludan su contacto.

—Unas cuantas, señorita, aunque este no es momento para charlas.

—Coincido contigo.

—Ven. Date la vuelta.

Me hace girar sobre sus dedos, hasta que le doy la espalda.

—Estás preciosa, te mire por donde te mire.

—Mmmm...

Me inclina un poco hacia delante y me insta a apoyar los codos contra la mesa. Retira los dedos y me los lleva a la boca. Cuando están bien húmedos, los introduce en mi ano, al principio uno y después, con mucha suavidad, el otro.

—Algún día... —amenaza con voz gutural.

Impulso las caderas hacia atrás. Lo quiero dentro, y lo quiero ya. Y, por supuesto y como siempre, Robert Black me da lo que demando. Se baja un poco el vaquero y me atrae hacia su miembro expectante. Cojo aire en los pulmones y lo contengo ahí mientras él bombea fuera y dentro.

—Qué bueno... —murmura a mis espaldas cuando mi interior se tensa a su alrededor y lo exprime fuerte.

Sus dedos se clavan en mis caderas con más intensidad y me atraen hacia él. De repente, no soy más que deseo. Va a ser el polvo más corto de la historia, lo veo venir. Robert se hunde con precisas e irresistibles acometidas rectilíneas, y yo tengo que apretar los labios para contener el grito que asciende por mi garganta.

—Dime que estás preparada.

Aunque digo que sí, su palma toma en su cuenco mi sexo y lo acaricia para asegurarse de ello.

—Quizá una de estas noches te espose a nuestra nueva cama y te posea de modos que no puedes ni imaginar —amenaza mientras me suelta la cadera para poder retorcerme un pezón—. ¿Qué opinas?

—Quizá te espose yo a ti, Black —rezongo, al borde del orgasmo.

Ríe entre dientes.

—Esa es mi nena.

Sus caderas chocan con fuerza contra mí, y yo me muerdo el labio cada vez que él golpea bien adentro.

—O quizá te haga algo aún peor... —repone, y da una estocada que me hace gritar de puro éxtasis. Siempre sabe tocar las fibras exactas en mí. Robert Black me lleva a sitios con los que la mayoría de la gente ni siquiera sueña—. ¿Sabes qué es lo mejor de todo?

—¿Qué? —gruño exasperada. ¿Por qué no se deja de cháchara?

—Que eres mía y puedo hacer contigo todo lo que me plazca.

Entorno los ojos.

—Y eso te la pone dura, ¿a que sí?

—Peligrosamente dura, señorita Carrington, según queda demostrado. —Su pecho se pega a mi espalda, y sus labios, en mi oído, me susurran—. ¿Hago que te corras ya?

Este hombre es el Diablo. En serio. Lo es.

—Por favor.

Vuelve a introducir un dedo en mi ano, a la vez que me penetra, y ya no puedo más. Profiero un grito mientras caigo, y caigo, y caigo, hundiéndome en profundidades violentas y aterradoras y tan placenteras.

Por un instante, pienso que el corazón me va a estallar. Robert jadea y siento cómo su sexo empieza a palpitar dentro de mí.

—Qué jodidamente bueno —jura cuando mis músculos internos se aferran a él y lo estrujan con vigor—. ¡Joder! —ruge al estallar.

A medida que se vacía, aumenta la presión que sus dedos ejercen sobre mis caderas. Estoy convencida de que mañana veré las marcas, y también de que Robert besará cada una de ellas y se disculpará por haber sido un bruto. Siempre se disculpa, como si no supiera ya que a mí me gusta fuerte.

Su pecho se desploma sobre mi espalda, sus brazos se colocan por debajo de mi estómago, y él me abraza como si su vida dependiera de ello.

—Voy a tener que marcharme durante una semana —dice sin más, al cabo de un rato.

Me tenso inevitablemente. ¿A qué demonios viene eso ahora?

—¿Qué? ¿Por qué? —intento en vano enmascarar la ansiedad que transmite mi voz. La idea de que él se marche me es inaguantable.

—Requieren mi presencia en la sede de Los Ángeles. Sé que es el peor de los momentos, teniendo en cuenta tu delicado estado mental, pero te garantizo que todo va a salir bien. Haré que el médico venga a diario, y también mi hermano o Catherine.

No me gusta esto ni un pelo. No quiero que se marche. No necesito médicos ni amigos. Solo lo necesito a él, el único que tiene el poder de disparar mi locura, para luego hacerla disminuir.

—¿Hace cuánto que lo sabes?

—Una semana.

Empiezo a cabrear. ¿Qué demonios? ¿Por qué no me lo ha comentado nada más conocer la noticia? ¿Por qué esperar toda una semana?

—¿Y no me lo dijiste hasta hoy porque...?

—Hemos estado ocupados con el asunto de la mudanza y la boda, y lo de anoche, y yo... supongo que no encontré el momento.

Lo saco a la fuerza de mí para poder mirarle a la cara. Su semen, aún caliente, chorrea entre mis muslos, aunque apenas reparo en ello.

—¿Qué tal durante el sexo? *Adeline, abre las piernas. Por cierto, he de irme a Dios sabe dónde, por solo Dios sabe qué razones.* ¿Qué te parece eso, Black?

Su suspiro es más bien un gemido agraviado.

—Te lo acabo de contar durante el sexo, Adeline —repite con voz forzada, como si estuviera luchando mucho para no perder los estribos conmigo.

—¡Una semana después! Te comportas de un modo raro. ¿Qué te pasa? ¿Tienes algo que contarme?

—Nada en absoluto —contesta, mostrándome un rostro imperturbable.

—¿Ah, no? ¿Y entonces por qué estamos aquí?

—Porque quería que vieras la bu...

—¿Por qué estamos en East Egg? —le interrumpo, impaciente—. ¿Por qué hemos dejado Manhattan para mudarnos a esta casa?

—Ah. Pues... —suelta otro soplido hastiado—. ¿Recuerdas cuando te dije que ojalá pudiera encerrarte en una alta torre para mantenerte a salvo del mundo entero?

—Sí —susurro, un poco desconfiada.

Mantiene un largo y perturbador silencio, al cabo del cual susurra:

—Esta es la torre, Adeline.

Me quedo mirándolo sin saber qué replicar. Si quiere mantenerme a salvo de algo, es porque hay algo que teme, algún secreto bien enterrado, alguna persona del pasado que haya regresado a su presente. ¡Hay algo! Estoy convencida de que existe un porqué para todas sus acciones. Robert Black es un hombre calculador y controlador que nunca hace las cosas sin una razón. Ojalá confiara en mí lo suficiente como

para decirme qué sucede en realidad.

—Pero esta torre no me mantiene a salvo de ti, Robert —digo por fin, y en mis palabras se percibe un ligero deje de derrota. ¿Qué importa el mundo? El mundo no puede destruirme. Él, sí.

Robert baja su hermosa mirada al suelo.

—No, por desgracia no lo está haciendo —musita con un hilo de voz—, pero es lo único que puedo ofrecerte ahora mismo.

Suspiro, me abrazo a su torso y me quedo así, anclada a él, mientras él me pone una cálida mano en la espalda. Lo voy a echar de menos, más de lo que él jamás sospechará.

Mi amor por Robert Black, más que una debilidad, está convirtiéndose en una enfermedad; una cruel, despiadada y letal enfermedad que, tarde o temprano, va a arrastrarme a la tumba. Nadie debería amar y necesitar a otro ser humano de este modo.

Una semana parece poco tiempo, pero *poco* puede significar *demasiado* en algunas circunstancias. En esta vida, todo es circunstancial, ¿no es así? No hay nada definitivo, o fijo. Todo es relativo. Relativo y circunstancial.

Al día siguiente, Robert se va, llevándose con él una pequeña parte de mí misma. Me quedo en el porche, en bata y con mis enormes zapatillas de peluche, y lo despido con la mano. Hace muchísimo frío. El sol no ha salido aún, y quedan pequeñas porciones de nieve en el jardín, esparcidas ahí y allá, como unos andrajos blancos. Me abrazo a mí misma mientras contemplo cómo la niebla matutina engulle las luces traseras del Maserati. Cuando estas desaparecen de mi campo visual, suspiro, doy media vuelta y me meto dentro de casa. Me siento vacía y desamparada.

Como no me apetece dormir más, subo a la buhardilla para ver mi nuevo regalo una vez más. Me dejo caer en la butaca, abro el libro y empiezo a hojearlo.

«*La única manera de escapar de la tentación es dejarse arrastrar por ella*».

¿A quién se lo dedicó Wilde? ¿Y por qué ha elegido Robert precisamente ese libro, con esta dedicatoria? ¿Ha sido fortuito o premeditado? ¿Intenta acaso trasmitirme algún mensaje subliminal? No lo sé. Hay tantas cosas que no sé sobre Robert Black... Y siempre me vuelvo loca intentando descifrarlo a través de las pequeñas pistas que va dejando allí y allá. ¡Ojalá no fuera tan complicado todo!

—La única manera de escapar de la tentación es dejarse arrastrar por ella... —musito meditabunda—. Interesante.

Cierro el libro, le busco un lugar en la biblioteca, entre *La Divina Comedia* y *Crimen y Castigo*, y decido ir a ver a Catherine. Los Black se acaban de mudar a dos calles de distancia. Catherine se niega a que su hija se críe en el Upper East, el lugar donde los ricos son escandalosamente ricos y los pobres... bueno, los pobres se quedan en el lado oeste de la isla. Siempre lo dice con estas mismas palabras, como si guardaran algún significado especial para ella.

Cuando llego a la mansión de dos plantas de mis cuñados, ya vestida con unos vaqueros viejos y una sudadera blanca, forrada, Nathaniel Black está sacando el coche del garaje.

—¿Te marchas tan pronto? —grito para asegurarme de que me escucha.

Nate baja la ventanilla y me sonrío. Cada vez que sonrío, se le arruga un poco la zona de los ojos. Aunque eso no hace más que añadirle atractivo al actor más guapo de todo Hollywood.

—¡Adeline! ¿Qué haces zascandileando a estas horas, con el frío que hace?

—Vengo a tomar café con tu mujer.

Mi enérgica respuesta le arranca una carcajada.

—Sois como dos amas de casa de las afueras, que se juntan para cuchichear en cuanto sus maridos se van a trabajar.

—Es que somos dos amas de casa de las afueras, Black. Mira a tu alrededor.

Se vuelve a reír, cabecea divertido y saca por fin el coche del garaje, saludándome antes de marcharse con dos dedos llevados a la sien. Parece un caballero victoriano y todo. Divertida por esa idea, ya que, según las malas lenguas, mi cuñado no tiene mucho de caballero, subo los pocos escalones hasta el porche y llamo a la puerta.

Catherine está preciosa cuando abre, envuelta en una bata corta de seda, cuyo color hueso aporta un brillo especial a su piel, recién bronceada bajo el sol de Egipto. Su cabello castaño, ondulado, se muestra un poco despeinado esta mañana. Obviamente, Catherine no se ha arreglado aún. Yo tampoco. No pienso hacerlo hasta que Robert vuelva. ¿Para qué, si no hay nadie que vaya a verme?

—Me voy a pegar un tiro —es lo primero que me dice, y, como ruido de fondo, escucho la risita de Cathy desde el salón.

—Buenos días a ti también, Catherine.

Entramos y avanzamos por el largo pasillo.

—Para mí ni siquiera son buenas noches. Esta criatura no me ha dejado dormir en las últimas doce horas.

Cathy está tumbada boca abajo en el suelo, encajada entre unos cojines, y hay una oruga mecánica moviéndose a su alrededor, por eso la pequeña suelta todas estas risitas contagiosas.

—¿No estará mala otra vez? —Me angustio, recordando que hace tan solo una semana, nada más regresar los Black de sus vacaciones por Egipto, tuvieron que llevar a la pobre Cathy a urgencias por una infección de orina.

—No, no está mala. Tan solo es malvada. Ha salido al padre, claramente.

Me río. Catherine siempre afirma que todo lo malo que tiene su hija lo ha heredado del padre, ya que ella es perfecta.

—¿Qué ha pasado, a ver? ¿Qué ha hecho el angelito Cathy esta vez? —pregunto mientras me agacho para besuquear esos mofletes rosados y regordetes. Voy a ser la tía de esta criatura, y me parece alucinante. Nunca he estado tan cerca de un bebé, y ahora adoro la sensación. De hecho, me he ofrecido a hacer de canguro de Cathy, y Nate ha asegurado mandármela de vez en cuando para que él y su mujer puedan seguir mejorando la técnica de producir bebés. Con esas mismas palabras lo ha especificado, y yo me he ruborizado, por supuesto.

—A su alteza no le da la gana de dormir —explica Catherine mientras recoge unos cochecitos del suelo, supongo que comprados por su marido para la cría. Catherine le compraría princesitas, no cochecitos—. Y por esa razón nos ha tenido despiertos hasta el amanecer, para atender todos sus caprichos. Estoy muerta de sueño, y su padre también, pero al menos él puede aprovechar el vuelo para descansar un poco. Yo tengo que lidiar con este trasto de niña por el resto del día. ¿Café?

—Sí, por favor.

Se asegura de que Cathy esté bien, antes de irnos a la cocina.

—¿Adónde ha ido Nate? —pregunto, dejándome caer en una silla alta que retiro de debajo de la isleta central.

—L.A. —contesta mientras prepara unos *espresso*—. Está nominado a unos premios que conceden a las series vampíricas que más éxito han tenido en los últimos veinte años. Ya sabes que antes de hacer todos estos papeles importantes, Nate era el vampiro más sexy de las pequeñas pantallas.

—Ah, sí, en mi adolescencia veía su serie.

—¿Por qué? —A Catherine le parece inadmisibile aquello—. ¿Por qué alguien vería ese culebrón?

Suelto una carcajada.

—Vamos, Catherine, no estaba tan mal.

Sirve dos tazas de café bufando.

—Por favor. Yo también vi un par de capítulos. ¿A eso le llaman argumento literario? Aparte del torso desnudo del protagonista, no tenía nada de interesante.

—¡Claro que sí! También estaba su rostro, con esa mandíbula firme y esos ojazos azules que te hacían soltar interminables suspiros. Drake ha sido el mejor vampiro de todos los tiempos, y el más cañón. En mi instituto estábamos todas coladitas por tu marido.

Catherine suelta una carcajada.

—Eso no lo pongo en duda.

—Robert también está en Los Ángeles —comento después de tomar un sorbo de café—. Quizá coincidan.

Catherine desvía la mirada con lo que a mí me parece nerviosismo.

—Quién sabe. Quizá. Aunque, con lo grande que es la ciudad, no sé yo...

La evasiva de sus palabras me hace fruncir el ceño. ¿Robert me está ocultando algo? ¿O me lo estoy imaginando de nuevo? Ya no sé lo que es real y lo que no, y eso es desquiciante. A veces me siento como si Robert Black fuera un hermoso e inalcanzable sueño que se está desvaneciendo poco a poco delante de mis ojos, sin que yo pueda hacer nada para retenerlo.

Ella se sienta a mi lado y tomamos el café a sorbitos, las dos calladas durante un rato.

—Vayamos a ver a Cathy —me dice de pronto—. Me inquieta que esté sola.

Nos levantamos y regresamos al salón. Encontramos a Cathy donde la habíamos dejado, aun riéndose por la oruga.

—Es el bebé más mono que he visto jamás —le digo a Catherine, tan pronto como nos instalamos en el sofá.

Su boca dibuja una sonrisilla tierna. Sospecho que eso es orgullo maternal.

—Yo pienso igual. Es tan mona...

—¿Siempre quisiste ser madre?

—¿Pero qué dices? ¡Nunca quise ser madre! Hasta que sujeté a Cathy en brazos. A partir de entonces, no fui capaz de soltarla nunca más. Es curioso cómo cambian las cosas cuando te conviertes en la madre de alguien. Sientes un amor... aplastante. No hay nada comparado con ese sentimiento, te lo garantizo, Adeline. Algún día lo descubrirás tú sola.

Eso me hace pensar en mi propia madre, y sentirme muy desgraciada. Me pregunto si Giselle experimentó algo parecido al sujetarnos a Chris y a mí por primera vez. Y en tal caso, ¿cuándo cambiaron las cosas? ¿Por qué?

—¿Estás bien?

—¿Qué? Ah —asiento con la cabeza—. Claro. ¿Miramos las muestras de tela para el vestido? —propongo, para alejar mis nubes de tristeza.

Catherine sonrío, se levanta y regresa al cabo de unos instantes con una carpeta blanca entre las manos.

—También tienes que mirar los modelos. He hecho varios dibujos, a ver cuál te gusta más.

Como yo no digo nada, se queda mirándome con una expresión de extrañeza en el rostro.

—¿Seguro que estás bien, Adeline?

—Sí, es solo que... —alzo la mirada hacia la suya y hago una larguísima pausa—. Creo que me gustaría que Giselle estuviera aquí —musito, y una lágrima se escurre por mi mejilla, enterneciendo a Catherine, que se sienta a mi lado, me coge la mano entre la suyas y la frota despacio.

—Cielo, claro que te gustaría que tu madre estuviera aquí —me dice, compasiva—. Pero ¿sabes qué? Estoy convencida de que, donde quiera que esté, te está viendo ahora y se siente muy orgullosa de la mujer en la que te has convertido.

Quiero sonreír, pero no puedo hacerlo. Hay una angustia increíble batallando en mi interior, como un pájaro que, encerrado entre las paredes de mi pecho, aletea violentamente para salir de ahí.

—¿Te importa que hagamos esto otro día? Me gustaría ir a verla.

Los ojos de Catherine se humedecen.

—Claro que no me importa. Hay tiempo de sobra. ¿Quieres que te acompañe al cementerio?

—No, tú tienes que hacerte cargo de Cathy. Además, me gusta estar sola cuando voy a verla.

—De acuerdo.

Sin decirnos nada más, nos ponemos en pie y caminamos en dirección al pasillo.

—Espera. —Doy media vuelta y achucho un rato a Cathy, antes de enderezarme y atravesar la estancia hacia donde aguarda Catherine—. Ahora sí puedo irme.

Beso su mejilla y me marcho, con la esperanza de que un poco de aire fresco haga disminuir mi tristeza.

Al volver del cementerio, me doy un larguísimo baño relajante, hablo con Robert un par de veces y, después, pierdo el resto del día en nimiedades, como siempre hago. Sobre las once de la noche, le llamo por última vez, para desearle buenas noches.

Robert Black posee un piso en Los Ángeles, un piso al que nunca me ha llevado, ya que él y yo aún no hemos salido de Nueva York juntos. Como llevaba años trabajando gran parte del tiempo en la Costa Oeste, y detesta los hoteles, se compró un pequeño estudio en la zona bohemia de la ciudad, según la llama él, porque todos sus vecinos son famosos músicos o actores.

Me preocupo un poco al ver que no me coge el teléfono, aunque no le concedo más importancia de la que tiene. Me imagino que estará aún reunido. Esta mañana ha mencionado algo de una reunión, seguida por una cena de negocios, y sé que esa clase de eventos siempre se prolongan. Es la primera vez que se va de la ciudad. No pienso hacer un drama de ello, de modo que me voy a la cama sin hablar con él.

Se me hace raro. No estoy acostumbrada a dormir sola en una casa tan grande que apenas conozco; una casa que mi mente no cataloga aún como mi hogar. Además, no he escuchado su voz, y no hay nada aparte de su voz que me reconforte en mis momentos de soledad. Pero esto es lo que hay.

Resignada y vestida con la camiseta que Robert llevaba anoche, y que yo he rescatado del cubo de ropa solo porque aún conservaba su olor, me meto bajo las sábanas frías y me duermo.

Me despierto entre gritos tan desgarradores que necesito un tiempo para comprender que son los míos propios. Asustada, enciendo la luz de mi mesilla, y entonces advierto unas pequeñas manchas de sangre en la camiseta, y me doy cuenta de que, mientras dormía, me he estado rascando violentamente la parte interna de los antebrazos, sobre todo las muñecas, todas aquellas venas azules que se transparentan bajo la pálida piel.

—¿Pero qué...? —Me rozo esa zona y suelto un aullido. ¿Cómo puede alguien hacerse algo así a sí mismo y no despertarse?

Nunca me ha pasado nada igual. En mi adolescencia sucumbí a esa clase de comportamientos un par de veces, a causa del estrés elevado, según nos explicó a mis padres y a mí el psicólogo que me diagnosticó un trastorno por descontrol de impulsos, conocido también como rascado compulsivo. Pero ni de lejos resultó aquello tan feroz como ahora. Ahora tengo toda esa zona en carne viva.

Me levanto angustiada, corro al baño y, delante del lavabo doble, me echo alcohol en las heridas.

—¡Joder! —rujo, soplando aire para calmar el escozor.

Al cabo de unos minutos, me pongo unas vendas, torpemente, ya que estas cosas se me dan fatal, y regreso a la cama jurando entre dientes. Son las dos de la madrugada, y no hay ni rastro de Robert Black. Ni me ha llamado ni me ha escrito. Y eso me preocupa, lo cual hace que mi ansiedad se dispare por completo. ¿Por qué Catherine estaba tan rara esta mañana? ¿Sabe algo que yo no sé? ¿Acaso Robert me ha mentado y no está en Los Ángeles? ¡Dios, siento que voy a perder la razón ahora mismo!

Incapaz de controlarme, cojo el teléfono y le llamo. Me da igual lo que vaya a pensar. No soporto más esta zozobra.

No me contesta, así que le escribo.

Yo:

¿Todo bien?

Cuando recibo por fin respuesta, son casi las cuatro de la madrugada. No me he dormido aún. Sumida en un estado de perpetua agitación espiritual, me he dedicado a toda clase de menesteres insignificantes, como cortarme las uñas y colocar las estanterías del baño. No puedo dormir. Porque cada vez que cierro los ojos, ahí está ella, tendida en el suelo, en un enorme charco de sangre, con sus ojos dilatados y gélidos siguiéndome con obstinación. Son sus ojos los que tanto me aterran. En mis sueños, no puedo dejar de mirar sus ojos.

Me precipito hacia el móvil en cuanto este vibra en la mesilla.

Robert:

Todo bien. ¿Por qué estabas despierta hace dos horas? ¿No habrás salido por ahí sin mí?

Su respuesta me cabrea. Y si hubiese salido, ¿qué? ¿Quién es él para demandar explicaciones? ¿Y por qué diablos no me ha contestado hasta las cuatro de la mañana, hora de Nueva York? ¿Dónde ha estado todas estas horas? ¿Por qué no duerme ahora? Pese a la diferencia horaria, no son horas para que esté por ahí. Por el amor de Dios, ¡sí en Los Ángeles dan la una de la madrugada!

Yo:

¿Y tú? ¿Por qué no duermes, Black?

Mil preguntas dan vueltas por mi mente, y todas ellas plantean terribles cuestiones. La respuesta llega de inmediato.

Robert:

¿Sigues despierta?

Yo:

Es obvio que sí. ¿Y bien?

Robert:

Estaba reunido, y no estoy seguro de si me gusta el tono de tu mensaje.

¡Ni yo estoy segura de que me guste que esté reunido a las tantas de la madrugada! Además, es domingo. Me cuesta creer que la gente ponga reuniones un domingo por la noche.

Yo:

¿Reunido? ¿En serio? ¿¿Con quién??

Robert:

¿Ya estamos con las dudas, Adeline?

Yo:

¿Vas a contestar hoy?

Robert:

Solo si vas a dejar de comportarte así...

¡Y encima me pone una carita sonriente! No me lo puedo creer. Le llamo de inmediato. ¿Quién coño se cree que es este tío?

—Has tardado siete segundos en descolgar —es lo primero que le digo.

—¿Los has contado?

—Pues sí.

—Vamos, Adeline. ¿Qué te pasa?

—¿Qué diablos te pasa a ti, Robert? ¿No crees que me merezca una explicación?

—Te la acabo de dar.

Su aplomo me saca de quicio. ¿Acaso no puede ver que estoy perdiendo la razón? ¿Cómo puede sentirse tan tranquilo ahora, cuando yo tengo toda esta inquietud corroyéndome hasta convertirme en alguien completamente diferente y, quizá, abominable; en una de esas mujeres posesivas a las que nunca he deseado parecerme?

—¿Estabas reunido a las once de la noche y no has acabado hasta la una?

—En efecto. Las cenas de trabajo a veces se descontrolan, y se te olvida la hora que es, y...

—Basura —le acallo con un gruñido.

—Adeline... —me reprende con cierto cansancio—. Aún no llevo ni veinticuatro horas fuera. No puedes comportarte así cada vez que salgo, amor.

—Vaya si puedo.

—No, no puedes —me dice paciente—. Voy a irme muy a menudo. Mis socios me quieren aquí, lo acabamos de hablar. He desatendido mi trabajo durante todo este tiempo, por ti, amor, pero no puedo hacerlo más. Soy un hombre ocupado. Tienes que entender eso, ¿de acuerdo?

—No tengo que entender una mierda —escupo mientras me esfuerzo por no gritarle—. Y si estás tan ocupado y tienes que trabajar desde la Costa Oeste, ¡entonces me iré contigo a la jodida Costa Oeste!

—Esa no es una opción.

—¿Por qué no?

—Porque no. Voy a estar todo el tiempo ocupado con reuniones. No voy a tener tiempo para que estemos juntos. Además, acabo de comprar una mansión en Nueva York para ti. Ahí estarás a salvo.

—¡¿A salvo de qué?!

Hace una pausa y suspira hastiado, antes de susurrar:

—De todo.

—¡No quiero estar a salvo, maldita sea! —le grito—. Quiero estar contigo.

—Adeline... No podemos estar juntos cada instante de cada momento de cada hora de cada día.

—¿Por qué no?

—¡Porque no es sano! Necesitamos un espacio propio.

¡Y yo sin enterarme de ello! ¿Desde cuándo necesitamos un puñetero espacio propio?

—No quiero un espacio propio. Te quiero a ti.

—Y yo te quiero a ti, preciosa mía, pero esto es necesario, confía en mí.

—¿Por qué es necesario estar lejos el uno del otro? Haz el favor de explicármelo, porque yo no lo entiendo en absoluto.

—¿Recuerdas lo que le pasó a tu hermano?

Separo los labios en una mueca de horror al recibir ese golpe tan bajo. Precisamente de él. No me lo esperaba; no me esperaba que volviera aquello en mi contra. Qué lejos me parece ahora la noche en la que le decía a Zagers que él cuidará de mí, como siempre había hecho. Qué rápido se le ha olvidado eso. Qué rápido se ha cansado de tener una novia demente.

—¿Insinúas que vas a dejarme y que voy a perder la chaveta del todo, como hizo Chris? —pregunto despacio, con auténtica ira vibrándome en la voz—. ¿Es eso lo que intentas decirme?

—¿Qué? No. ¡No! Nunca te dejaría. ¡Te amo! Lo que intento decir es que te estás obsesionando como hizo tu hermano, y eso no es sano para ninguno de los dos. Estás enganchada a mí, y tienes de desengancharte poco a poco y tener una vida más allá de nuestra relación. Todo tu universo no puede resumirse en mi persona. Sería demasiado egoísta por mi parte pretender algo semejante. Y yo no puedo ser egoísta con alguien a quien amo tanto como te amo a ti.

Me tiendo en la cama, cierro los ojos y resoplo hondo. Vaya mierda todo. La gente que conoce tus debilidades siempre las usa en tu contra, ¿verdad?

—Así que pasamos demasiado tiempo juntos y te asfixio, y te has ido a Los Ángeles porque necesitabas respirar y tener un espacio propio, lejos de la loca de tu novia, a la cual ahora desearías haber ingresado en ese manicomio cuando te ofrecieron la posibilidad de hacerlo —afirmo con todo el sarcasmo del que soy capaz.

—Oye, ¿qué te pasa? Estás sacando las cosas de quicio. Me he ido porque tengo trabajo pendiente, y sabes que adoro pasar mi tiempo contigo. Es solo que...

—Te asfixio —insisto, obstinada.

—Jesús... —resopla irritado—. Eres dura de pelar, jovencita. Se me había olvidado cuánto.

Mi corazón se encoge dolorosamente. Jovencita... Me gusta eso de jovencita. Siempre me ha gustado escuchárselo. Y lamento profundamente que él no me eche de menos tanto como yo le echo de menos a él. Lamento que le moleste mi llamada. Lamento que sea capaz de irse a la cama sin mí, cuando yo, claramente, no lo consigo. Lo lamento todo, pero lo que más lamento es que Robert Black no me quiera de este modo tan enfermizo como le quiero yo a él; lamento no ser capaz de consumirle lenta e inexorablemente, tal y como él me consume a mí.

—Voy a colgar, Robert —digo mientras arrastro furiosa las silenciosas lágrimas que se escurren por mis mejillas. Ese hombre me ha convertido en una condenada *drama queen*.

—¿Estamos bien, entonces? —susurra con una voz tan cálida y tan suave que me entran ganas de sollozar.

Tengo que respirar hondo para poder hablar sin que se me note el llanto.

—Cojonudamente.

—No creo que exista ese adverbio.

—Ahora sí. Buenas noches, Black.

—Buenas noches, preciosa.

Estoy a punto de colgar, cuando susurra:

—Te quiero, Adeline.

Cuelgo sin más.

Robert:

¿Tú no me quieres a mí?, tecléo al cabo de dos segundos.

Yo:

No. No quisiera asfixiarte con tanto amor.

Y después apago el móvil.

¡A la mierda todo!

Capítulo 3

Paso tres noches seguidas sin dormir. Estoy destrozada, física y mentalmente, así que me voy a ver a Zagers de urgencia, para que me chute algún tranquilizante, cualquier cosa que sirva para frenar esta creciente locura. Robert ha intentado contactar conmigo varias veces a lo largo de este tiempo, sin embargo, no he contestado a ninguno de sus *mails*. En cuanto al móvil, lo mantengo siempre apagado. No quiero caer en la tentación de coger alguna de sus llamadas. Dios sabe que yo soy débil cuando se trata de ese hombre.

Al verse en la imposibilidad de localizarme, para asegurarse de que estoy bien (viva), envía a Catherine a verme. Ni siquiera le abro. Le digo a través de la puerta que estoy perfectamente, pero que no cuento con el humor necesario como para recibir visitas. Catherine lo entiende y se marcha, sin insistir demasiado. Supongo que luego contacta con Robert para explicarle lo sucedido. No me importa. Si quiere saber si estoy bien, haber venido él mismo.

El psicólogo está convencido de que sufro un trastorno delirante. ¡Más trastornos! Al parecer, soy una chica verdaderamente trastornada. Zagers sigue defendiendo que debería hallarme en un centro especializado, no por ahí andando suelta. No lo dice con esas mismas palabras, aunque resulta obvio por sus reiteradas insinuaciones.

—Del tipo celotípico —especifica cuando pregunto por la naturaleza de este nuevo trastorno diagnosticado.

—¿Que en cristiano significa...?

—Delirio de que el compañero sexual del individuo está siendo infiel, también conocido como *Síndrome de Otelo*.

—Cojonudo. —Me echo hacia atrás en el sillón y subo los pies encima de la mesa. Zagers, regiamente sentado en el otro lado del sólido escritorio de madera, frunce las cejas en una expresión de severidad, aunque se mantiene callado—. Brotes psicóticos, trastornos delirantes... Soy la joya de la corona, ¿eh, doc? —intento que suene desenfadado, como si no me importara demasiado.

—Los he visto peores.

—No me cabe duda. Treinta años tratando con locos son muchos años. ¿Y qué pasa con el insomnio?

—Pacientes, no locos. Nunca los llamamos locos. En cuanto a tu insomnio, te voy a recetar unas infusiones. No creo que haga falta un tratamiento más fuerte que eso. Solo es estrés, nada más. Necesitas un relajante.

—¿Relajante? Lo que necesito es echar un buen polvo, no nos engañemos —grazno, malhumorada.

La cara que pone me transmite su discrepancia.

—¿Es que en esa familia sois todos iguales?

Frunzo el ceño, sin saber de qué me está hablando.

—¿Por qué lo dice?

—Tu cuñado defiende la misma teoría de que los problemas mentales se arreglan mediante el sexo. Te diré lo que le dije a él: no, señor, el sexo no arregla nada. Probemos suerte con las infusiones, a ver qué tal te funcionan. Sé buena chica y tómatelas, ¿de acuerdo?

Escribe una receta y me la ofrece.

—Está bien —asiento a regañadientes, cogiéndola—. Si tanto se empeña...

—La semana que viene me cuentas cómo te ha ido.

—Seguro que mal.

—¿No hemos hablado ya del pesimismo? Esa no es la actitud, Adeline.

—Sí, sí, le he oído las primeras treinta veces.

—Estupendo. Antes de irte, habla con mi secretaria para que te dé cita.

Miro la hora y me pongo en pie. La sesión ha acabado.

—Lo haré.

Zagers busca algo entre las carpetas que retira de una bandeja verde.

—Ah, y dile a tu cuñado que no me traiga más familiares, porque no pienso tratar a ninguno más.

Contigo y con Nathaniel Black de pacientes, el que va a acabar en un manicomio voy a ser yo, me parece.

No sé si lo ha dicho a modo de broma, pero consigue hacerme reír.

—¡Vamos, doc! ¡Anímese un poco! No sé por qué está tan gruñón. ¡Si Nate y yo somos encantadores!

Al fin parece haber encontrado lo que estaba buscando, porque abre una carpeta con aire de regocijo.

—Sois el sueño de todo psicólogo —contesta, irónico, sin levantar la mirada de los papeles—. Adiós, Adeline. Cierra la puerta a tus espaldas.

—Adiós, doc...

Por la noche se confirma mi teoría de que las infusiones de Zagers no sirven de absolutamente nada, a diferencia del sexo con Black, lo cual sí me deja inerte. Duermo unos quince minutos, antes de despertarme sobresaltada, en medio de una sangrienta pesadilla.

Es la cuarta noche que paso en vela. Cada vez que me rindo ante el sueño, la veo. La misma escena de siempre: la puerta, la música, sus ojos abiertos, la sangre. No puedo revivir el suicidio de mi madre cada vez que cierro los ojos. Sencillamente, no lo soporto más. La única solución que se me ocurre es dejar de dormir.

Y eso hago.

Son las tres de la mañana, y yo estoy en el salón, acurrucada en una butaca, bebiéndome a morro el *bourbon* de Robert. Empiezo a pensar que no sería tan mala idea ir a un manicomio.

Scorpions canta algo acerca de un amor perdido, y yo decido llamar a Robert. Le echo de menos más que a nada. Dios, soy tan patética ahora, aquí, a oscuras, bebiendo, escuchando canciones ñoñas y pensando en él.

Tarda en contestar, y cuando lo hace, tiene la voz ronca.

—¿Sí? —carraspea, aturdido de sueño. He llamado al hijo, para asegurarme de que está en casa.

—¿Dormías? —susurro.

—¿Adeline? ¿Estás bien? —se le nota la ansiedad en la voz. Obviamente, ha estado preocupado por mí, aunque no lo bastante como para dejarlo todo y regresar a casa conmigo.

—Perfectamente —respondo con cierta acidez.

—No vuelvas a hacerme nada parecido. *Nunca*. ¿Me has oído?

—Ya veo que estás muy arrepentido por haber sido un capullo integral.

Suelta un suspiro airado.

—Lo estoy, aunque más que arrepentido, he estado preocupado por ti. Pensé que...

—¿Que iba a dejarte? —le sugiero.

Hace una pausa que se me antoja eterna.

—Quizá... —dice por fin, en un murmullo.

Su inseguridad me entenece. Un poco.

—Soy adicta a ti, ¿recuerdas? No puedo dejarte. ¿Cómo podría sobrevivir sin un chute de mi veneno favorito?

—Eso espero. —Se produce una pausa, que él acorta al resoplar—. ¿Adeline? Lo siento mucho. Muchísimo.

Trago en seco y me quedo mirando los arañazos de mis muñecas.

—¿El qué, Black?

—Haber sido un capullo integral. No tenía que haber dicho lo que te dije. Había tenido un día duro, y sé que no sirve de excusa... —Hace una pausa y espera a que yo diga algo. Sin embargo, me mantengo callada, así que añade en un susurro—: Te echo de menos.

—¿Ya no te asfixio?

—Vamos, Adeline...

—Está bien —cedo, con una sonrisa amarga temblando en las comisuras de mi boca—. No te he llamado para seguir discutiendo contigo. Yo también te echo de menos.

—¿Ah, sí? —su voz baja unas cuantas octavas—. ¿Qué llevas puesto?

—¡Ni se te ocurra! —mi chillido le arranca una carcajada—. Sigo enfadada contigo, así que nada de guarradas.

Vuelve a reír, y ese sonido suave ahuyenta todos mis demonios durante un rato. Echo de menos su risa. Y sus abrazos. Su olor... Su modo de acurrucarme entre sus brazos por la noche... Maldita sea, echo de menos todo de él.

—Está bien, está bien. Me lo merezco por haber sido un *capullo integral*. Pero espero que el lunes cuando vuelva seas algo más complaciente.

—Soy de todo menos complaciente, Black.

—Eso ya lo sé, señorita Carrington, pero tenía que intentarlo.

Me rio, y él se ríe. No hay más nubes, no hay más oscuridad. Solo estamos él y yo, envueltos en una asombrosa quietud.

—Mañana hablamos, ¿vale? —susurra de pronto.

Se me encoge el corazón. No quiero renunciar a esta paz tan pronto. Dios, me reconforta tantísimo hablar con él.

—De acuerdo. Te quiero, Robert.

—Y yo a ti, preciosa mía. Descansa.

«*Como si algo de todo eso fuera posible...*»

—Sí, lo haré. Tú también.

—Adiós...

Cuelgo y, ahí envuelta entre sombras, estrecho el móvil contra el pecho, como si fuera un valiosísimo tesoro. No voy a irme a la cama. Tengo demasiados demonios que no me dejan cerrar los ojos.

Al día siguiente me miro al espejo, para evaluar el desastre. Cuatro noches sin dormir. ¿Cuánto tiempo más voy a poder soportarlo? Tengo los ojos horriblemente rojos, y parezco diez años mayor de lo que soy en realidad, alguien decrépito y enfermizo. Mis manos no dejan de temblar.

Es jueves. Robert vuelve el lunes. De ningún modo puede encontrarme en este estado. Pensaré que me he vuelto tan chiflada como mi hermano. Y lo cierto es que así es como me siento. La tierra se me va de debajo de los pies, como si estuviera continuamente colocada, y tengo la cabeza echa un vaivén, la vista nublada y el estómago revuelto. Necesito hacer algo para dormir. Pero ¿qué? ¿Cómo relajarme cuando

Robert no está aquí?

Inclinada sobre el doble lavabo de mármol color salmón, me vuelvo a examinar en el espejo, usando las palmas para levantarme los pómulos y para estirar la piel de la frente. Me estoy marchitando. La falta de sueño puede afectarte de un modo espantoso. Incluso las personas cuerdas podrían perder la razón. Aunque yo nunca he sido una persona cuerda, ¿verdad?

Mi rostro se contorsiona en una mueca de dolor cuando me rozo las muñecas con las puntas de los dedos. Tengo que dormir, y tengo que dejar de revivir esa escena mientras duermo. Lo sé así de claro, por lo que decido hacer lo único que puede hacerse en tales circunstancias. Quizá no sea una idea demasiado acertada, pero es la única que tengo ahora. Necesito quedarme inerte y dormir sin sueños, y solo se me ocurre un modo de conseguirlo.

Saco el móvil del bolsillo, me lanzo otra mirada al espejo y, con un suspiro de total y absoluta derrota, marco el número de Darrow. Hace años, era el mejor amigo de mi hermano. Si hay alguien quién pueda ayudarme ahora, ese es Darrow Stanton, el vendedor de sueños al que llama todo niño rico que quiere fundir la fortuna de papá.

—Hola, Darrow. No creo que te acuerdes de mí. Soy...

—No me lo digas. ¡La pequeña Del! Vaya. De todas las personas del planeta, eres la única cuya llamada jamás pensé que recibiría.

—Lamento decepcionarte, entonces.

—Yo no. Me alegra hablar contigo. Adeline Carrington. Impresionante. ¿Cómo estás?

La voz de Darrow desvela una chispa de sarcasmo y un infinito desdén, todo eso a la vez. Nadie más puede conseguir algo así.

—No muy allá. Tengo un problema.

—Obviamente. De lo contrario, no me habrías llamado, princesa. Y déjame decirte que eso me ofende. ¿Por qué no llamar al pobre Darrow para preguntar *oye, Darrow, cómo te va la vida?*

Realmente no estoy de humor para charlas. Me va a estallar la cabeza en breve de lo fuerte que me laten las sienes.

—Mira, lo siento, pero yo no soy amiga tuya, así que pasemos de chorradas, si eres tan amable. Te llamo porque quiero algo de ti, no para preguntar por tu vida.

—¿Cuál es el problema? —se interesa, con repentina seriedad.

—No puedo dormir.

—Mmmm. Un problema de los gordos, ¿eh?

—Bueno, sí. Bastante. ¿Puedes darme lo que quiero?

—Lo que quieres y más, *Adeline* —susurra, enfatizando mi nombre con un deleite casi siniestro—. Mucho más.

No lo pongo en duda. Darrow vende sueños, humo, fantasía; nada; ¡todo! Vende lo que yo necesito en este momento.

—De acuerdo. ¿Dónde puedo verte?

—¿Dónde *quieres* verme?

—En mi casa, no.

Darrow suelta una risa lánguida.

—Eso ya lo sé, pequeña princesita. Nadie quiere quedar conmigo en su casa. Escucha. No suelo desplazarme demasiado, aunque por ser tú, haré una excepción, en honor a la amistad que nos une, aunque tú afirmes todo lo contrario. Te propongo algo. Veámonos en suelo neutral. ¿Conoces la casa donde quedábamos tu hermano y yo?

Chris me llevó ahí una sola vez, pero creo recordar cómo llegar.

—Estaba en el norte de Staten Island, ¿verdad?

—Exacto.

—Sí, creo que la conozco.

—Excelente. Llámame cuando estés delante.

Y me cuelga.

Me quedo ahí, delante del espejo, contemplándome a mí misma. Una luz ha de morir para mantener con vida la oscuridad, y dentro de mí se ha apagado una al acceder ver a Darrow. Así es la vida, por desgracia. Llegan momentos en los que se te acaban las opciones; momentos en los que tienes que bailar con el Diabolo para llegar a los resultados deseados.

Y eso es lo que yo tengo pensado hacer, danzar con el mismísimo Satanás. No me engaño a mí misma: Darrow Stanton supone la perdición para mí; la perfecta destrucción del cuerpo y de la mente, y quizá del alma también. Pero ¿acaso tengo más opciones? No, claro que no las tengo. La gente como yo no suele tener elección. Me lo dijeron desde el principio, solo que yo no me lo creí hasta esta misma mañana.

Al volver de mi cita con Darrow, bajo las persianas, me meto en la cama y cierro los ojos. Dieciséis horas más tarde, despierto de ese ligero estado de coma, pico algo rápidamente, lo bastante como para no morir de inanición, y me vuelvo a meter en la cama por otras veinte horas.

Cuando retomo la actividad física y mental, es sábado por la mañana, y yo me siento maravillosamente. Los arañazos de las muñecas apenas se notan ya. En caso de que aún sean visibles el lunes, le diré a Robert que he sufrido una alegría cutánea que me ha hecho rascarme en sueños. Hay que justificar de alguna forma estas marcas, y de ningún modo pienso admitir la verdad. Ni siquiera sé cuál es la verdad. ¿Que mi locura está fuera de control? ¿Que estoy demasiado jodida para alguien como él? Si admito eso, quizá le pierda. Y no quiero perderle. Es todo cuanto me queda.

No puedo volver a perder a alguien a quien quiero. Sería demasiado ahora mismo. Lo desee yo o no, tiene que haber secretos entre nosotros dos. Si algo bueno he aprendido de mi padre es que surgen momentos en la vida en los que los secretos te mantienen a salvo.

«*Los secretos son buenos, confía en mí. Lo que no desvelas, no puede destruirte*», me repito a mí misma, una y otra vez, como si eso lo justificara todo.

No tengo nada que hacer el fin de semana, así que decido buscar alguna actividad con la que llenar mi tiempo libre. Sin demasiadas ganas, subo a la buhardilla, pero leer ya no me satisface. Me siento diferente, mi cerebro inmerso en un absoluto estado de exaltación. No puedo concentrarme en la lectura. No puedo concentrarme en nada durante demasiado tiempo.

Cierro el libro, me tumbo en el suelo y me quedo mirando la quietud azul del cielo. En otro momento me habría relajado. Ahora me desespera la quietud, la del cielo, la de esta casa... Estoy demasiado intranquila como para estar aquí tumbada. Necesito hacer algo, algo que no sea esto. Hoy me parece ver el mundo con otros ojos. Es como si hubiera muerto el jueves con el único fin de renacer el sábado. Me he convertido en una persona con intereses mucho más fascinantes que la vieja Adeline. Leer, pasear, todo lo que solía hacer me parece estúpido ahora. ¿Quién hace eso a los veinte años, por el amor de Dios? Yo desde luego que no voy a hacerlo más.

Los venenos siempre son así, piensas que te alzas, cuando lo cierto es que estás derrumbándote. En un instante pisas la cima del mundo. Al siguiente, te has estrellado contra el suelo. Por eso el lado salvaje resulta tan atrayente para la gente como yo, porque ahí no hay nada previamente planificado. Nunca sabes cuándo vas a caer, ni lo peligrosa que va a resultar tu caída. Solo sabes que mientras te precipitas al

vacío, el reloj se detiene, todo lo que te rodea se vuelve opaco, tu corazón late como si fuera a estallar dentro de tu pecho. Rompes todos los esquemas y, al hacerlo, sientes lo mismo que sentiste al enamorarte por primera vez: *euforia*, un sentimiento que hace que todo esfuerzo valga la pena.

Euforia, eso es lo que te producen los venenos. Todos ellos, incluido el amor. Porque, a fin de cuentas, ¿qué es el amor sino otro veneno más?

Con una extraña sonrisa jugueteando en las esquinas de mi boca, salgo de la buhardilla, cierro la puerta a mis espaldas y, mientras desciendo la escalera, resuelvo no regresar ahí arriba nunca más. Yo ya no soy aquella Adeline que él pretende que sea. Jamás volveré a hacer lo que a él le gustaría que hiciera.

He cambiado mucho mi forma de ser desde que le conozco. He cambiado mi modo de pasar el tiempo libre, he cambiado mi modo de vestir, e incluso he cambiado mi modo de expresarme. Eso se ha acabado. Acabo de lanzar los dados que van a cambiar las reglas del juego. Lo he asfixiado, he sido dependiente de él desde la muerte de Giselle. Pues bien, no voy a serlo más. Romperé los lazos y las pesadas cadenas que me atan a Robert Black. Esta mañana me siento lo bastante fuerte, física y emocionalmente, como para conseguirlo.

Tan pronto como llego al salón, cojo el móvil y marco un número. Sé perfectamente cómo voy a pasar mi fin de semana: teniendo una vida más allá de él.

—No me digas que me echabas de menos tan pronto —jadea, con ese desinterés que tanto le caracteriza.

Me dejo caer en el sofá y me pongo cómoda, con los pies encima de la mesita de café.

—Voy a dar una fiesta esta noche —anuncio, entusiasmada. Nunca he dado una fiesta, pero me apetece mucho hacerlo—. ¿Tienes amigos interesantes para prestarme?

—¿Por qué no invitas a los tuyos? —propone con indiferencia.

—Es evidente que no son interesantes, Darrow.

—Oh, vaya, cuanto lo siento. Es triste que una chica como tú no tenga amigos interesantes.

Mi situación no le entristece, le importa una mierda. Lo sé por su tono de voz.

—Sí, sí, desolador —lo despacho, impaciente—. ¿Los tienes o no los tienes?

—Nena, ¿no te he dicho que tengo todo cuanto quieres y más?

—Maravilloso. Mándamelos a las nueve. Te escribiré mi dirección.

Suelta un implícito suspiro de fastidio.

—¿Que te los mande? ¿Es que yo no estoy invitado, princesa? Yo también puedo ser un amigo interesante.

Hago una mueca de aburrimiento.

—¿Quieres venir?

—¿Quieres que vaya? —su voz ha bajado y se ha vuelto un poco ronca.

—¡Me importa una mierda, Darrow! Haz lo que te venga en gana.

Suelta una carcajada.

—Iré, ya que tanto insistes.

Entorno los ojos, antes de colgarle sin contemplaciones. Esta vez soy yo la primera en colgar. Una nueva era acaba de comenzar; una era en la que Adeline Carrington cogerá el mando de las cosas y nunca más dejará que los hombres, consciente o inconscientemente, la conviertan en alguien que no es. Brindemos por ello.

Darrow tiene toda clase de amistades interesantes, según puedo comprobar unas cuantas horas más tarde,

cuando él y unas veinte personas más llaman al timbre de mi casa. Los que me cautivan nada más verlos son Hunter, un tío que ha escalado el Everest en su adolescencia, y ahora, a los treinta y seis años, es un reputado y famosísimo alpinista; Ewan, un músico que ha tenido el privilegio de tocar con los grandes del rock como *Bon Jovi* y *Aerosmith*, y Rita, la "nueva *Madonna*", según la apodaron los tabloides. Los tres perfectos, maravillosos, inalcanzables, ¡y se hallan sentados en mi sofá!

—Es increíble que estén aquí —le susurro a Darrow, que me guiña un ojo mientras coge mi mano, se la lleva a los labios y planta un beso en mis nudillos.

—Pide y se te dará, princesa —me dice al oído—. No hay nada que Darrow no pueda conseguirte.

Le sonrío a modo de respuesta. Siempre viene bien tener esa clase de amigos como Darrow. Nunca sabes cuándo podrían serte útiles.

—Adeline, ¿alguna vez has fumado hierba?

Busco con la mirada a Hunter, que está dando una larguísima calada a su canuto, ahuecando las mejillas.

—Unas cuantas —le contesto—. Mi hermano era un consumidor habitual. Él y Darrow solían quedar todos los sábados para ponerse hasta las cejas.

Darrow carraspea para indicarme que deje de desvelar asuntos personales. No parece demasiado cómodo en este momento.

—Pues estoy bastante seguro de que nunca has fumado nada parecido a esto. Toma. Pruébalo.

—No quiere probarlo —gruñe Darrow, apartando de un manotazo el cigarrillo que Hunter me ofrece. ¿Pero qué diablos pasa con él? Ni que fuera su hermana menor.

—Ni caso a Darrow. Sí que quiero. Dame un poco.

—No, no quieres —me contradice con dureza.

Le pongo mala cara, me alargo para coger el cigarrillo de las manos de Hunter y fumo un poco. Darrow aprieta la mandíbula de puro disgusto.

—Pues hala, fuma, si tanto te empeñas. Pero que sepas que no es lo que piensas.

—Ya te digo que no es lo que pienso. Sabe... diferente. Toma, Hunter.

Hunter suelta una carcajada, lo recibe de vuelta, fuma un poco y luego se lo ofrece a Rita.

—Sabe diferente porque conmigo *todo* es diferente, Adeline.

No sé qué quiere decir con eso, ni pretendo averiguarlo. Me limito a sonreírle, y él me devuelve la sonrisa. Está guapísimo cuando sonrío. Incluso yo, pese a mi obsesión por Robert Black, me he fijado en lo atractivo que es Hunter. Parece el dios griego absoluto: alto, moreno, fuerte, con pintas de querer aplastar a alguien. Su amigo Ewan es todo lo contrario: rubio, suave, tierno, pelazo largo; un bohemio, en definitiva. Me recuerda a Kurt Cobain.

En la Antigua Grecia, Hunter habría luchado en la arena. Ewan, probablemente, habría tocado el arpa y compuesto endechas a los pajarillos. En lo que respecta a Rita, no sé qué podría decir sobre ella, salvo que es, sin más, insuperable; una auténtica Afrodita pelirroja.

Mientras charlamos, los tres se pasan el cigarrillo de uno a otro mientras yo los observo con estúpida fascinación. De repente, al cabo de un buen rato, empiezo a notar los efectos de la hierba. Son brutales.

—¡Madre mía! Pega fuerte esta mierda.

Hunter ríe de nuevo.

—Ya te dije que nunca habías probado nada parecido.

—Lo que no le has dicho, capullo, es que no era marihuana.

Miro a Darrow con expresión de asombro.

—¿A qué te refieres?

—Era K2, Adeline —me explica, inclinando su rostro hacia el mío para mayor confidencialidad.

No sé por qué da por hecho que yo debo saber qué diablos es eso.

—¿Qué coño es la K2?

—*Spice*, o marihuana sintética, como quieras llamarla. Diez veces más fuerte que la marihuana normal, y mucho más potente que la cocaína. En unos minutos, se te irá la olla por completo. Sus efectos son similares a las *anfetas*, solo que más fuertes. ¿Has visto a ese tío de Miami al que abatieron a balazos porque estaba devorando la cara de un indigente? Iba hasta el culo de K2.

—¡No digas chorradas! No voy a devorar a nadie esta noche. No he dado más de unas pocas caladas.

Darrow me mira como si deseara estrangularme.

—¡¿No has dado más de unas pocas caladas?! —repite en tono de incredulidad—. No sabes nada, Adeline. Nada en absoluto. No estás preparada para formar parte de este mundo. No tienes control, y el control es algo fundamental aquí. Creía que eras como tu hermano, pero estaba equivocado contigo.

Darrow, por supuesto, tiene razón. Cada vez voy a peor. Se me acelera el ritmo cardíaco de un modo alucinante, y no me puedo estar quieta. Nunca en mi vida he estado tan colocada como esta noche. Aunque sigo sin tener deseos de mordisquear a la gente. Al menos se equivocó en cuanto a eso.

—¡Quiero bailar! —chillo al cabo de un rato, pegando un salto de mi silla, ya aburrída de seguir conversando sobre las montañas que ha escalado Hunter—. ¡Bailemos! Todo el mundo a bailar, y el que no quiera, ya puede irse a su puta casa. No toleraré aquí a gente que no sepa mover las caderas.

Rita me sigue riéndose. Nos vamos de la mano, dando pasos de baile, hasta el equipo de música de Robert, cuyo volumen elevo casi a tope. Darrow, Hunter y Ewan se quedan en el sofá, mirando cómo Rita y yo nos restregamos la una contra la otra.

Pasado un rato, noto unas fuertes y cálidas manos en mis caderas. Cuando me giro, me topo con uno de los mejores amigos de Darrow. No recuerdo su nombre.

—Hola, preciosa —me susurra al oído. Su aliento huele a alcohol.

—Hola, eh... —Me doy cuenta de que no me va a salir el nombre del muchacho, así que compongo una sonrisilla abochornada—. Hola. ¿Cómo estás?

—Estaría mejor si bailaras conmigo.

—Ya lo estoy haciendo.

El hombre medio sonrío y me pega a su más que obvia erección. Cierro los ojos y me contoneo contra él. Lo único que quiero esta noche es bailar y olvidarme de todo. Y eso hago, hasta que Darrow, fuera de quicio, aparta a mi acompañante de un empujón y me agarra por las muñecas para arrastrarme de ahí.

—Oye, ¿qué diablos haces? —ladro, empujándolo hacia atrás. No me gusta su actitud de hermano mayor sobreprotector.

—¿Qué diablos haces tú? Eric iba a follarte aquí mismo. Pensaba que tenías novio.

—¡Estoy prometida, gilipollas! —le grito.

—Entonces no te restriegues contra pollas ajenas —me grita de vuelta.

Abro y cierro la boca un par de veces. Puedo notar cómo se me incendia el rostro a causa de la vergüenza. ¿Eso era lo que estaba haciendo?

—Yo no me estaba... no me estaba...

—Sí que lo hacías. Y mañana te habrías arrepentido de ello. —Me lanza una mirada furibunda, se pasa la mano por sus gélidas y hermosas facciones, y luego intenta relajarse un poco—. De nada, por cierto.

—No te he dado las gracias.

—Ni falta que hace. Ven. He de hablar contigo. —Me coge por el codo con suavidad y me conduce a un lugar apartado—. Escucha. Deberías dar por concluida la fiesta e irte a la cama. Esto se está descontrolando, y no me gusta ni un pelo, porque detesto las cosas que escapan de mi control. No tenía

que haber traído a Hunter ni a Eric. Por alguna razón, se han encaprichado contigo. Me irrita cómo te miran.

—¿Qué?! Ni siquiera es medianoche. Y quiero bailar. Me da igual cómo me mire Eric. O Hunter. De hecho, Hunter me cae bastante bien. Quizá en otra vida, él y yo hubiésemos... no sé... sido buenos colegas.

Darrow, exasperado, se echa el cabello castaño hacia atrás usando ambas manos.

—Oye, Adeline, no eres tú misma ahora...

Coloco un dedo sobre sus labios para que se calle de una santa vez. Me está matando de aburrimiento este tío. Antes no solía ser tan censorador.

—Baila conmigo, aguafiestas. —Lo arrastro de vuelta, ya que estamos detrás de la escalera y aquí no puedo bailar.

—No quiero bailar contigo —protesta, aunque me abraza igualmente cuando nos detenemos en mitad del salón y yo coloco los brazos alrededor de su cuello.

Rita ha cambiado el CD y ha elegido una canción lenta para poder bailar aferrada a Ewan. Hunter los observa desde el sofá, fumando cigarrillo tras cigarrillo. Me fascina el modo en el que mira a Rita, el deseo devastador que consume el verdor de sus ojos. No me sorprende. Ella es perfecta. Claro que la desea.

—¿Con quién sale Rita? —le susurro a Darrow—. ¿Con Hunter o con Ewan?

Sus cálidas palmas descansan sobre mi cintura mientras bailamos muy pegados el uno al otro. Sin embargo, Darrow no parece en absoluto afectado por esta proximidad. No como el tío de antes, desde luego que no.

—Con los dos.

Me quedo mirándolo, incapaz de controlar el parpadeo de mis pestañas.

—¿Y ellos lo saben? —me asombro.

El pecho de Darrow vibra sobre el mío a causa de las carcajadas.

—Claro que lo saben. Viven los tres juntos. Mantienen una de esas relaciones retorcidas.

Me ruborizo un poco. Yo aún soy muy ignorante en ciertos asuntos.

—Ah. Vaya.

Darrow vuelve a reír.

—Rita no es tan... bueno, como tú.

Lo miro con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir con *como yo*?

Darrow busca mi mirada y sonrío, esta vez, sin el más mínimo rastro de ironía. Tiene unos ojos preciosos, oscuros como pozos sin fondo; ojos repletos de secretos.

—*Inocente*. Quiero decir que ella no es tan inocente como tú.

Echo la cabeza hacia atrás y suelto una carcajada.

—¡Dios mío! ¿Piensas que soy inocente?

—Estoy convencido de ello.

—Te equivocas. He hecho cosas. Cosas malas.

La sonrisa de Darrow es un tanto despectiva.

—Nada comparado con lo que hacen ellos, créeme.

Eso me mantiene meditabunda durante un rato.

—¿Se lo montan juntos? —pregunto de pronto.

—¿Tú qué crees?

—¡Madre mía!

Giro el cuello hacía atrás y los miro de nuevo. Entretanto, Hunter se ha juntado al baile. Está detrás de Rita, sobándole el trasero por debajo de su minúsculo vestido blanco. No parece en absoluto molesto al ver que ella besa apasionadamente a Ewan. Robert me habría retorcido el pescuezo de haber hecho algo similar delante de él.

—Increíble —susurro ensimismada.

Darrow me agarra el mentón con suavidad y me gira de cara a él.

—No quieres ser su amiga, Adeline —me susurra, con una voz tan cálida como la miel derretida—.

Te arrastrarán a un mundo diferente a todo cuanto conoces.

—¿Y qué te hace pensar que no es eso lo que busco?

—Oye, sé que no tienes la mente muy serena ahora, después de lo de Giselle...

—¡No me hables de Giselle! —me altero de inmediato—. No se te ocurra mencionar a mi madre.

Coge una honda bocanada de aire en los pulmones, la mantiene por unos segundos y después la deja salir casi con fastidio.

—Lo siento. Sé que es duro para ti.

—No tienes ni puta idea —gruño entre dientes.

Darrow aprieta la mandíbula, de por sí bastante rígida.

—Mi madre murió cuando tenía doce, así que, sí, Adeline, entiendo un poco del tema. A diferencia de ti, yo vi a la mía deteriorándose cada día que pasaba, muriendo poco a poco, hasta que ya no estaba. Hay días en los que me cuestiono si alguna vez estuvo, porque me parece haber vivido toda una vida sin ella.

Algo se encoge en mi interior al verle tan perdido, tan humano; tan vulnerable.

—Entonces, Allie... —mi voz se quiebra antes de que acabe la frase.

Darrow traga saliva.

—Madrastra —musita a modo de explicación.

—No tenía ni idea.

—Pocos lo saben. No voy por ahí contárselo a la gente. Lo sabía Chris y, bueno, ahora lo sabes tú.

Me quedo mirándolo, y asiento.

—Gracias por contármelo.

Compone algo parecido a una sonrisa, pero le sale un gesto tan atormentado, tan conmovedor que no puedo evitarlo: le rodeo entre los brazos y le doy un abrazo fuerte.

Darrow se queda rígido durante unos segundos. Después, entierra la cabeza en mi cuello y me estrecha fuerte entre sus brazos. No es mi amigo, nunca lo ha sido, pero en este momento, Darrow Stanton y yo tenemos algo, una conexión, un fuerte vínculo que nos une. Dos niños bien, nacidos en las más altas esferas, cuyas vidas no son lo que la mayoría piensa. Demonios, yo diría que Stanton y yo tenemos mucho más en común que la mayoría de los matrimonios de nuestro mundo.

—Siento lo de tu madre —le susurro al oído.

Darrow me suelta y retrocede unos milímetros. Nuestros rostros están tan cerca que cualquiera que nos esté observando ahora mismo podría llegar a pensar que vamos a besarnos. Nada más lejos de la realidad. No hay nada sexual entre Darrow y yo. Solo nos consolamos el uno al otro.

—Y yo siento lo de la tuya y lo de Chris. Aunque esa no es razón para comportarse así. Mándalos a casa, Adeline. Hablo en serio. Termina con esto ya. No cojas caminos que no sabes adónde te llevan. Y hagas lo que hagas, mantente alejada de Hunter. Es uno de esos depredadores que se cansan demasiado rápido de sus presas. No quieres girar dentro de su universo.

—Sabes, ya me han dicho eso antes. Otro hombre, otros tiempos, otro universo. Sin embargo, las mismas palabras.

—Entonces, haz caso al menos en esta ocasión —me coge la cabeza entre las manos, me besa la frente

y luego busca mis ojos—. Nadie salvo tú puede salvarte, Adeline. Créeme.

Miro su rostro, delgado, aristado, inquietantemente hermoso, y asiento. En mi fuero interno sé que Darrow lleva razón. ¿Qué diablos estoy haciendo? No tengo derecho a comportarme así por mucha ira que sienta en mi interior.

Voy a poner fin a la fiesta, la decisión está tomada. Sin embargo, no llego a ponerla en práctica, ya que alguien se me adelanta y desenchufa el equipo de música. Muevo el cuello para ver qué ha pasado, y entonces siento cómo la tierra empieza a girar demasiado deprisa. Y desde luego que no es por la condenada K2 que recorre mi sistema.

En el otro extremo del salón, hay un par de ojos azules, más oscuros que el mismísimo Infierno, y me fulminan con la mirada. ¡Porque estoy aún abrazada al cuello de Darrow y sus manos me sujetan la cabeza!

—Ay, mi madre —musito cuando Robert se encamina hacia nosotros a grandes zancadas—. Corre, Darrow. Mi prometido es propenso a...

El puño de Robert golpea a Darrow en toda su hermosa y aristocrática cara.

—...romper narices —concluyo la frase, demasiado tarde y con voz de fastidio.

Darrow jura entre dientes y se tapa la nariz con la mano para detener la hemorragia.

—A buenas horas me lo dices —gruñe con voz nasal.

—Lo siento. ¿Estás bien?

Robert no da crédito al ver que le ignoro deliberadamente para auxiliar a Darrow.

—Sí, estoy bien. Ve con él. Parece que espera explicaciones.

Asiento, y me giro hacia Robert. Sus ojos arden de pura, increíble y aterradora ira. Dos devastadoras llamas azules que se han propuesto calcinar el mundo entero esta noche.

—¿Por esto no contestabas a mis llamadas? —ladra—. ¿Porque estabas liándote con este gilipollas?

—Oye, tío, solo soy su amigo —se defiende Darrow.

—Luego lidiaré contigo —brama, apuntándolo con su dedo acusatorio. Como no reacciono de ningún modo, se abalanza sobre mí, me toma por los brazos y me sacude un poco—. ¡Contéstame, maldita sea!

Noto cómo la sangre se me hiela dentro de las venas. No tiene derecho a hablarme en este tono, ni a sacudirme, ni siquiera a tocarme. Todo eso es culpa suya.

«No... No es culpa suya, maldita sea».

Tengo que admitirlo, por muy complicado que me resulte. Es culpa mía, en realidad. Solo mía. Estoy perdiendo la cabeza. Se me va la olla como a Chris. Me he obsesionado con este hombre, y ahora no hay nada que pueda hacer para cambiarlo, salvo perder la razón del todo.

Estoy tan loca que solo hay una cosa en el mundo capaz de salvarme: él mismo, mi veneno y mi antídoto. Es así de fácil. Un chute de Robert Black al corazón y estoy viva otra vez. Es alarmante lo desprotegido que está uno ante el amor.

—No —le respondo con estudiado sosiego—. No contesté a tus llamadas para que no te sintieras *asfixiado*.

Me mira como si le hubiese abofeteado. Parece terriblemente herido e incrédulo. Deja caer mis muñecas, se pasa una mano por el pelo y derrumba de una patada la silla más próxima, para expresar de alguna forma la magnitud de su ira.

—¡Maldita sea, Adeline! He cruzado el jodido país solo para verte y estar contigo —se peina otra vez el cabello con los dedos y me lanza una mirada chispeante—. Y me encuentro con esto a la vuelta. ¿Esto ha sido lo primero que se te ha ocurrido hacer en mi ausencia? ¿Montar fiestas?

¿Pero quién se ha creído que es este tío para presentarse aquí, arruinar mi fiesta, pegar a mi amigo, y, por si fuera poco (que no lo es), gritarme de este modo?

—Te fuiste el lunes —le contesto con perfecto aplomo.

Una oleada de confusión cruza su bellísima cara.

—¿Y?

—Hoy es sábado. Obviamente, montar fiestas no es *lo primero* que he hecho.

Por un instante, tengo la sensación de que a Robert Black le gustaría hacerme algo muy malo.

—Está bien. ¡Todo el mundo fuera! —ruge para hacerse escuchar por toda la planta baja.

Rita se me acerca con aire de preocupación.

—Adeline, ¿estás bien? ¿Te está molestando este tío?

—¡FUERA! —estalla Black, con las venas del cuello hinchadas y los ojos azules dilatados y horriblemente aterradores. Nunca lo he visto tan cabreado, ni siquiera en sus momentos más oscuros.

—Dios mío, deberíamos llamar a la policía —me susurra Rita.

Sacudo la cabeza para tranquilizarla.

—No. Es mi novio, y esta es su casa, así que supongo que está en su derecho de echar a todo el mundo y de rugir como el increíble Hulk.

—Prometido —me corrige él a través de los dientes apretados—, y la casa es nuestra. ¡Y yo no rujo!

Entorno los ojos.

—Prometido —repito sarcástica—, y la casa es *nuestra*. Ah, y él no ruje.

Rita lo evalúa con ojo crítico durante unos instantes.

—Así que tu prometido, ¿eh? ¿No es algo mayor para ti? Me encaja más con alguien de mi edad.

Empieza a invadirme una tremenda turbación cuando comprendo que le gusta lo que ve. Esto me pasa por traer a casa a gente extraña. ¿Y sí a él le pone Rita? ¡¿Y sí le pone Rita más de lo que lo pongo yo?!

«Vale, tranquila. Respira. Respira. No pasa nada», intento tranquilizarme a mí misma, pero mis pensamientos son tan frenéticos que carecen de toda coherencia. «¡¿Que no pasa nada?! ¡Y una mierda! ¡Quiero cargarme a esta zorra pelirroja! ¿Por qué le mira así? ¡¿Por qué la mira él así?!»

—Tío, este no es modo de tratar a tu prometida —le dice ella, tomándose la libertad de tocarle el brazo, lo cual hace que mis pulmones, faltos de aire, se colapsen—. Hay otras maneras mucho más placenteras de que pasemos esta noche, mis chicos y vosotros dos.

Me ruborizo violentamente al comprender su propuesta. ¡Madre del amor hermoso!

—¿Qué? —Robert la mira perplejo, completa y absolutamente descolocado. Él también lo ha pillado.

—Piensa en lo interesante que sería... —prosigue ella en un susurro, demasiado cerca de su oído.

No sé si voy a sufrir otro brote psicótico o si voy a desmayarme. Estoy en tal estado de *shock* que aún no sé cómo va a reaccionar mi debilitada mente.

Empiezo a ver negro delante de los ojos cuando dos dedos de Rita empiezan a trepar por el hombro de Robert. Antes de que me dé tiempo a reaccionar, él los aparta de un manotazo, casi con asco.

—*Fuera* —subraya entre dientes, con voz baja, gélida y letal.

La ira reprimida que consume las profundidades de sus ojos hace que mis niveles de ansiedad disminuyan de inmediato. En este momento lo amo. Lo amo muchísimo. La mismísima Rita Sky le ha hecho una propuesta sexual de lo más escandalosa, y él la ha denegado con todo ese desprecio. Rita es la mujer que cualquier hombre desearía follarse de ese modo tan perverso, y, sin embargo, Robert Black la ha rechazado sin tan siquiera pestañear. Es el hombre más increíble que jamás ha conocido. No me cabe duda de ello. Y es mío. Él me quiere. Ahora sé que sí. ¿Cómo he podido dudar de él?

Al entenderlo, al comprender que Robert me pertenece, tal y como yo le pertenezco a él, mi boca se curva en una sonrisa tierna. Me da igual dónde estemos, que estemos peleados y molestos el uno con el otro. Todo me da igual. No puedo sino sonreír. Él es mío y yo soy suya. Lo demás, no tiene importancia alguna para mí.

Robert se queda atónito. Seguro que piensa que estoy loca de atar. No es que vaya descaminado, de todos modos.

—¿Por qué sonríes así?

Tuerzo la boca en un gesto despreocupado.

—Porque te quiero...

Poco a poco, la ira que nublaba sus hermosos ojos empieza a disiparse. Creo que en este instante, Robert Black siente lo mismo que siento yo en las honduras de mi alma: ese amor obsesivo, aplastante, incondicional e irreprimible. Nuestro amor es uno de esos terribles amores que arrasan con todo lo razonable. Ni él ni yo tenemos elección. Estamos juntos en esto, encadenados el uno al otro, y es para siempre.

—Y yo te quiero a ti, preciosa mía —murmura con voz ronca, al cabo de unos segundos de reflexión—, pero eso no cambia las cosas, amor. Has sido mala. Muy mala. Mira lo que has hecho.

Miro en derredor nuestro con aire de culpabilidad. La gente se está marchando. Cruzo una mirada con Darrow, que, antes de salir por la puerta, asiente con la cabeza, como diciéndome que todo está bien.

—Solo es mi amigo —susurro en tono de disculpa.

Quedamos Black y yo, ambos de pie, en mitad del salón, entre botellas, vasos y ceniceros repletos.

—Me da igual. No le quiero cerca de ti. Y a esa zorra de los tríos, mucho menos.

Entorno los ojos.

—Técnicamente, no se la puede llamar *la zorra de los tríos* porque quería un... —frunzo el ceño, confusa—. ¿Cómo se le llama cuando participan cinco personas?

Robert quiere mantenerse serio, pero hay una sonrisa luchando por materializarse en las esquinas de su boca; sonrisa que finalmente consigue asomarse, por mucho que él apriete los labios para reprimirla.

—Orgía —responde por fin, divertidísimo a causa de mi ignorancia.

—Ah. Pues eso. Quería una orgía. Y no es una zorra. Es una chica... diferente.

—Es una zorra, confía en mí —zanja, tan tajante como siempre.

—¿Estás muy enfadado conmigo? —musito con voz temblorosa.

Evalúo sus ojos en busca de una señal. No parece enfadado. Ya no.

—Colérico —miente, empeñado en mantenerse firme.

—Lo siento. Yo... —me encojo de hombros, sin saber qué más podría decir—. Siento todo esto. De veras.

—Oh, sé que lo sientes, aunque eso no me consuela demasiado.

—¿Y si hago pucheritos?

Se lo piensa y luego sacude la cabeza.

—No.

—¿Y si te preparo la cena?

—No pretendo morir envenenado esta noche, gracias —escupe con veneno.

Tiene razón. ¿A quién pretendo engañar? Soy nefasta en la cocina.

—Y si... y si...

—No y no. Hagas lo que hagas, seguiré estando colérico, jovencita. ¡¿Montar fiestas cuando no estoy?! ¿Tienes idea de lo viejo que eso hace que me sienta? ¿Tengo una prometida o una hija adolescente?

No se me ocurre ningún argumento de defensa, así que bajo la mirada al suelo y trago saliva.

—Lo siento mucho.

—Ya lo has dicho unas cuantas veces.

—Es que es cierto.

—Lo sé. —Se toma un momento y luego suelta un largo suspiro de capitulación que me hace sospechar que la pelea ha concluido—. Vayamos a la cama. Mañana recogeremos este desastre. Ahora solo quiero... —da un paso hacia mí y baja esos intensos ojos hacia los míos—. Solo quiero.... —traga saliva— darte un beso.

Me derrito por completo. Mi corazón pega un brinco, y en mi mente solo queda una idea: besarle. Es el veneno más tóxico y adictivo que jamás he probado. Nunca voy a conseguir sacarlo de mi sistema.

—¿No vas a reñirme más?

Enarca una ceja con aire severo. Es muy intimidante en este momento. Me siento como una niña a punto de ser castigada por haber hecho una terrible maldad.

—¿Volverás a hacer algo así la próxima vez que me vaya?

Sacudo la cabeza con aire de verídico arrepentimiento.

—Nunca más.

—Entonces, he acabado con los reproches. Además, detesto la redundancia.

Me coge por la cintura, me acerca despacio a él y me besa, tierna, suavemente. Es el beso más dulce del mundo. Un beso que ni de lejos me merezco.

—A la cama, jovencita —susurra, con los labios aún pegados a los míos.

Me da un azote en el trasero, y yo me río, antes de seguirlo por la escalera. Las nubes de tormenta, que en los últimos días se habían ceñido sobre nosotros, se acaban de desvanecer.

—¿Cómo es que estás hoy aquí? ¿Has acabado el trabajo tan pronto?

—No. De hecho, tenía una cena de negocios esta misma noche.

—¿Pero...?

Se detiene en el último escalón, se gira de cara a mí y me mira a los ojos. Me estremezco bajo la intensidad de esa mirada. Me mira exactamente como Hunter ha mirado a Rita: me devora con los ojos, como si quisiera absorber mi alma.

—Los he mandado al Infierno a todos y he cogido el primer vuelto de vuelta a casa.

—¿Y por qué has hecho tal cosa, Robert? —susurro con la voz quebrada, mientras acaricio con la mirada la arruga de su frente.

Una sonrisa débil tiembla en la comisura de su boca. Extiende el brazo y me roza el mentón con un dedo. Es un gesto de lo más tierno.

—Para verte —contesta en una exhalación, y su rostro se tuerce de agonía; la agonía que le provoca este amor tan enfermizo que tanto nos domina.

Su tormento supone una perdición para mí. Me lanzo a sus brazos, y él presiona su mejilla, rasposa a causa de la barba, contra la mía. Y es ahora cuando, por primera vez a lo largo de esta semana, me siento feliz. Me siento realmente feliz. Y a salvo. Es curioso cómo te sientes a salvo cuando la verdad es que estás precipitándote hacia la nada.

—Te he echado mucho de menos —le digo, aferrada a los tensos músculos de su espalda—. No sabes cuánto.

—Oh, sí que lo sé, nena, porque yo también te he echado de menos a ti. —Se aparta y me coge de la mano—. Ven. Tengo un plan.

Su tono es bajo, cautivador, tan gutural que reverbera por todo mi cuerpo. Oh, me tiene loca en este momento. Haría cualquier cosa que él me pidiera. Cualquier cosa que necesitara.

—¿Ah, sí?

—Yo siempre tengo un plan, cariño. *No tener un plan es cosa de idiotas.* Y yo no soy ningún idiota, ¿a que no?

Agito la cabeza rápidamente.

—Eres el hombre más listo que conozco. Y el más guapo.

—Y el mejor en la cama, sin duda —añade, complacido.

Suelto una risita.

—Me temo que no tengo criterio para evaluar esa afirmación.

—Mmmm. Eso es lo mejor de todo, que no puedes llevarme la contraria.

Me atrevo a buscar sus ojos, y constato que el azul marino ha adoptado un tono mucho más oscuro de lo habitual. Si esta va a ser su reacción cada vez que meto la pata, entonces fastidiaré las cosas más a menudo.

—¿Cuál es tu plan? —musito, poseída por un deseo que mi mente ni siquiera es capaz de definir; un deseo oscuro y peligroso. Salvaje. Completamente demencial y salvaje.

—Este... —murmura Robert.

De improvisto, me coge con una mano por la nuca y con la otra por la parte baja de la espalda, y estrella mi boca contra la suya, besándome como si hoy fuera nuestro último día en la tierra.

Mi mente está nublada. He bebido alcohol, he fumado algo que ni siquiera era hierba y, encima, tengo delante a la droga más peligrosa de todas: Robert Black. Cualquiera diría que no sé lo que estoy haciendo, pero lo cierto es que sí lo sé. Que no me importe no quiere decir que no sea consciente de lo que está a punto de suceder.

Dominada por un arrebató de pasión que, ni puedo ni tengo ganas de controlar, lo empujo hacia atrás para pegarlo contra la pared del pasillo. Sin separar la boca de la mía, él me levanta en brazos como si fuera una muñeca, me hace rodear su cintura con las piernas y se gira, de tal modo que la que está ahora atrapada soy yo. Robert siempre sabe cómo dar la vuelta a las situaciones para tenerme exactamente dónde quiere tenerme: a su completa y absoluta disposición.

Después de lo de Giselle, se ha comportado como un caballero conmigo. Me ha cuidado y protegido cuando más vulnerable he estado. Pero todo eso está a punto de acabar. En mi fuero interno sé que esta noche no va a ser ningún caballero. He sido mala con él, y ahora me lo hará pagar. He de admitir que esta idea me produce una peligrosa excitación.

—No puedo contenerme cuando estoy contigo —me susurra casi con ira, y su abrasadora boca baja por mi cuello y se arrastra por mi escote.

—No te contengas —le suplico yo, tirando de su rostro para que me vuelva a besar.

Cuando estamos los dos solos, Robert Black es alguien completamente diferente. Quizá no sea un buen hombre, quizá tenga sus propios demonios. ¡Al cuerno, los tiene! Sin embargo, es el hombre que yo necesito a mi lado.

—Sácame la polla, Adeline —gruñe, y yo, con dedos trémulos, bajo la cremallera de su pantalón y obedezco, mientras sus manos se deshacen deprisa de mi ropa.

El beso se torna más violento. La atmósfera cambia. La oscuridad es profunda y más temible que nunca. No quiero que esta noche acabe nunca.

Sujetándome por las caderas, Black me empuja de nuevo, ruidosamente, contra el muro.

—No tienes ni idea de lo que desearía hacerte ahora mismo —murmura contra mis labios.

En silencio, nos miramos a los ojos. Nunca he visto una expresión tan feroz como la que muestran sus ojos esta noche.

—¿Y por qué no lo haces? —musito.

—Porque no debo —susurra, y su boca se aplasta contra la mía una vez más.

No tiene cortesía, me rasga las bragas con urgencia y me toma de golpe, ahí, contra la pared. Profundo, duro, castigador...

—Eres...—da otra estocada, todo lo adentro que puede— mía. *Tú eres mía*. Dilo. —Como no abro la

boca, se detiene y frunce el ceño—. Dime, ¿por qué me atormentas tanto? Me privas de todo autocontrol, y ni siquiera te importa.

—Sí que me importa.

—Entonces, dímelo. Tengo que escucharlo. —Respirando fuerte, cierra los ojos, los mantiene así por un segundo y luego los abre para lanzarme una mirada desesperada—. *Necesito* que lo digas.

Extiendo las manos y le acaricio las comisuras de la boca.

—¿El qué, Robert? ¿Qué es lo que necesitas oír?

—Que eres mía... —dice con voz apenas audible.

Miro sus ojos, miro la tormenta que se centra en esos hermosos pozos azules, miro el torbellino de pasión, insaciable y devastador, que amenaza con engullirme si me atrevo a no obedecer. Lo miro, mas no formulo las palabras que él desea escuchar. Al contrario. Lo que hago es empujarlo hacia atrás y obligarlo a retirarse.

—¿Pero qué haces?

Está completamente descompuesto. Yo nunca ha hecho nada igual, así que supongo que es normal que me mire de este modo, con los ojos fuera de órbitas.

—Yo también tengo un plan, Black. Ven.

Lo cojo de la corbata gris y tengo que arrastrarlo, ya que no me quiere seguir si no explico mi actitud de inmediato.

—¿Quieres decirme qué estás haciendo?

—¿Quieres seguirme sin rechistar?

Tirando de él como si fuera un perro con una correa, abro la puerta de nuestro dormitorio, lo empujo dentro y lo dejo en mitad de la habitación. Seguida por su mirada atónita, me dirijo al enorme vestidor, del que retiro un pañuelo de seda. Un pañuelo blanco. Nunca olvidaré su tacto, ni su olor. Siempre lo conservaré en mi memoria, porque una parte de mí sabe que este pañuelo supone el principio del fin para nosotros dos; la puerta que acabará liberando toda la oscuridad que hay en mí. Al sujetarlo entre mis dedos, soy plenamente consciente de que este pañuelo blanco acabará matando toda la inocencia de nuestro amor. No importa. Esto es lo que necesito ahora. Oscuridad. Total y absoluta oscuridad.

Y sé que él puede dármela.

Me doy la vuelta con el pañuelo entre las manos y me acerco a Robert. Camino despacio. Sin prisas. Medio sonriendo. No soy más que una presa que se encamina hacia su propia ejecución, acontecimiento que la hace muy feliz, en lugar de aterrarla. Soy una esclava de mis horribles debilidades.

—¿Adeline? —musita inseguro.

Me detengo delante de él. Me muerdo el labio, sonriendo ante la confusión que oscurece sus pupilas.

—Me preguntaste hace tiempo si confiaba en ti. Te contesté afirmativamente, pero lo cierto es que mentía. Nunca he confiado en ti, Robert. No es nada personal. Es simple y llanamente que yo no confío en nadie, ni siquiera en mí misma.

Frunce el ceño y sus labios se entreabren un poco. Se toma unos instantes antes de hablar. No sabe qué decirme.

Por mi parte, me quedo mirándolo a los ojos, empapándome en él. Me siento ebria. Tan mareada y tan loca de amor como siempre. Mi cabeza da vueltas sin control cada vez que estoy con Robert. Sé que nadie, jamás, me hará sentir igual.

—¿Por qué me dices esto ahora? —murmura por fin.

—Porque ahora todo ha cambiado —me rodeo el cuello con el pañuelo y le ofrezco a él ambos extremos—. Toma. Cógelos. *Confío* en ti.

Sacude la cabeza despacio cuando entiende de qué va esto. Aun así, balbuce, como buscando la

confirmación de algo que, sencillamente, es incapaz de creer:

—¿Qué quieres que haga con esto? —sus ojos, dilatados y llenos de horror, se alzan para estudiar los míos en silencio.

Hago una pequeña pausa. Después, sonrío con toda la ternura de la que soy capaz.

—Respiraré cuando tú me lo permitas, y dejaré de respirar cuando consideres oportuno. Querías mi confianza. Ahí la tienes.

Soy consciente de la inseguridad y el terror que agobia su corazón en este instante. Los ojos de Robert se han transformado en un espejo encantado, un portal que, por primera vez desde que lo conozco, me deja penetrar hasta los recovecos más oscuros de su alma, para vislumbrar lo que oculta ahí.

—No quiero hacerte esto.

—Tú mismo dijiste que es bestial.

—Sí, pero... ¡No debo hacerte esto, Adeline! Tú no sabes lo que me estás pidiendo.

Me paso la lengua por los labios reseco. Es de locos que ahora tenga que convencerle yo a él.

—Sé perfectamente lo que te estoy pidiendo. Te pido que cojas mi confianza.

Lo niega con la cabeza.

—¿Confianza?! ¿Acaso ignoras que esto es control?

Una esquina de mi boca se alza en una sonrisilla. Ya mantuvimos esta conversación una vez, y no acabó demasiado bien.

—Es *confianza*, Robert. Quizá retorcida y, vale, ¡enfermiza!, pero no deja de ser *confianza*. Y es tuya. Así que cógela.

Vuelve a agitar la cabeza.

—No. No la quiero. No así. Ya no. Las cosas han cambiado mucho desde entonces. Esa noche no sabía lo que estaba diciendo. Había tomado dos copas de más, y estaba cabreado. No sé cómo se me ocurrió pedirte algo así. Yo ya no soy así, Adeline. No lo soy. Contigo *todo* es diferente.

Agarro su cara entre las manos, su hermosa, amada cara. Se lo daría todo, no solo mi confianza, sino el mundo entero de ser capaz. Mi alma, mi corazón, todo lo bueno que hay en mí, le pertenecen. Robert Black tiene y siempre tendrá la llave del cofre que contiene todo eso. Haga lo que haga, eso nunca podrá cambiarlo.

—Dime una cosa, Robert —susurro contra sus labios—, ¿qué harías si supieras que se te está acabando el tiempo?

Me mira a los ojos como si intentara descifrarme, encontrar en las motas marrones la clave de todo esto.

—Ya sabes lo que haría —dice con voz un poco más áspera de lo normal.

Sonrío.

—¿Y a qué esperas, letrado?

Estamos tan cerca, su rostro está inclinado sobre el mío, y las oleadas de calor que su proximidad desata en mí me dejan inerte. Me siento como un naufrago en busca de tierra firme donde asentar los débiles huesos. Él es esa tierra firme que tanto anhelo.

—No quieres *realmente* hacer esto, Adeline.

Rechazo esa afirmación con un gesto de cabeza.

—Oh, sí que quiero. Yo también desearía hacerlo todo contigo. ¿Me escuchas? ¡*Todo!* No hay nada en el mundo que no quisiera hacer contigo.

—Esto no.

Lo miro a los ojos. Es un momento demasiado intenso como para no mirarlo a los ojos. De modo que lo miro mientras le cojo la polla, la acaricio hasta que se vuelve a endurecer y la conduzco a mi interior,

a través de la carne húmeda, empujándola hasta el lugar donde realmente debe estar en este momento.

Un gemido profundo brota de su garganta, sus labios se entreabren y su rostro se contrae de agonía, una agonía que indica lo mucho que intenta contenerse.

—Estás jugando con fuego, Adeline —advierte.

Pese a ello, coge el pañuelo para complacerme y tira un poco de sus extremos, lo bastante como para dejarme sin aliento por unas milésimas de segundo. Lo excitante es que lo hace al mismo tiempo que flexiona las caderas hacia las mías. Sé que una parte de él intenta luchar contra lo que ambos sabemos que desea. En cambio, su otra parte... no es capaz de resistirse.

—Eres tan inocente... No sabes lo que estás haciendo.

Entrecierro los ojos, clavo las uñas en sus bíceps y me abandono al delirio del momento.

—Me da igual. Hazlo. Quiero que lo hagas. *Necesito* que lo hagas. Necesito saber que esto es para siempre.

—Lo es.

Se retira y vuelve a entrar de golpe, aún más profundamente. Sostengo su mirada, dejando que esas llamas azules me dominen, mientras experimento de nuevo esa terrible sensación que me hace pensar que el mundo entero está en llamas por encima de nosotros dos; esa sensación de que nada más importa. Somos *tan* felices ahora... El mundo puede consumirse. ¿A quién diablos le importa el estúpido mundo?

La pasión de este momento es devastadora e irracional. Completamente insaciable. La oscuridad y la nada se empeñan en cobrarse mi alma, pero yo no las temo. Sé que estoy a salvo entre sus brazos.

«*A salvo mientras mueres...*», me susurra una terrible voz, que solo puede pertenecerle a la chica del espejo, esa que yo nunca he sabido quién es, si es buena o mala para mí.

—Estás... jugando... con... fuego —vuelve a gruñir a través de los dientes apretados, mientras entra y sale, tira suavemente y enseguida afloja el pañuelo que obstruye mi garganta.

—Entonces, déjame arder, Black. Déjame arder...

Parte 2

Sombras

*Encuentra lo que amas,
y deja que te mate.*
(Charles Bukowsky)

Capítulo 1

El mundo se muestra completamente ceniciento por encima de los árboles que contemplo desde mi ventana. Lluve de un modo infernal, y yo estoy aún en pijama, perdida en las lágrimas que se deslizan por el cristal. Es como si el cielo estuviera llorando hoy.

En la radio suena *Back to Black*, una canción que hace que mis pensamientos vuelen inevitablemente hacia Robert Black. Le echo de menos. Siempre le echo de menos cuando no está conmigo. Hace dos días que se marchó a Los Ángeles. «*Mucho trabajo*», argumentó. Insistí, sin embargo, no quiso llevarme con él. No pude hacerle comprender que me falta el aire cada vez que él no está; que no soy capaz de dormir si él no duerme conmigo. No entendió nada de lo que me está pasando, sobre todo porque nunca se lo he expresado con palabras.

Mi estúpido orgullo me impidió contarle que los celos hacen mella en mí desde hace más de un mes; que, cada vez que sale por la puerta, me imagino a todas y cada una de las mujeres que se cruzan en su camino... cómo lo miran... cómo las mira él a ellas. Quizá tal y como solía mirarme a mí. ¡Ojalá le hubiese dicho que cada vez que se marcha, algo muere poco a poco dentro mí! La bondad, la ternura, la cordura... cada vez tengo menos de aquello, y más y más obsesión. Más locura. Más falta de control. Más amor enfermizo.

Esta tarde tenía que haber ido a terapia, pero no lo he hecho. No tengo intención de volver a hacerlo. El psicólogo no me sirve de ayuda. Solo hay dos cosas en el mundo que me pueden ayudar a estas alturas. Esto se me está yendo un poco de las manos. Cuando Robert no está conmigo, llamo a Darrow con más y más frecuencia. Solo el vendedor de sueños puede reconfortarme durante las ausencias de mi prometido. Y Robert se ha marchado dos veces en el último mes.

Estoy a punto de colapsarme, y lo sé. Veo sombras por todas partes, incluso en las cosas más sencillas. Sombras que acechan, tan amenazadoras e imposibles de controlar; tan empeñadas en atraerme hacia ellas. Darrow siempre me lo ha advertido: no cojas caminos que no sabes adónde te llevan. Lo que Darrow no sabe es que estoy obligada a caminar eternamente por el borde de este precipicio. No tengo elección.

Pierdo el norte cada vez que Robert me deja sola. Lo peor de volverse loco es que, al principio, antes de que la locura se desborde, eres consciente de lo que te está pasando. Ves las grietas en tu psique, solo que no eres capaz de frenarlas a tiempo, con lo que esas grietas van a más y más, avanzan hasta que tu mente se rompe como un globo de cristal, en pequeños, minúsculos trocitos. Esa es la peor crueldad de todas: que mientras pierdes la razón, eres consciente de ello.

Yo quiero ser feliz, realmente lo intento. ¿Pero qué es la felicidad? ¿La perfección del amor? ¿La satisfacción de haber alcanzado las metas deseadas? ¿Existen las personas felices?, ¿felices de verdad? ¿O es que la felicidad no es sino una nube de polvo que nadie consigue alcanzar? ¿Es la felicidad ilusoria, como un estúpido cuento de hadas? No lo sé. Nunca lo he sabido. Ojalá lo supiera, para así dejar de atormentarme a mí misma con este concepto que a mí me está vedado.

El sonido del timbre me hace pegar un brinco delante de la ventana. Ojeo la hora y me doy cuenta de que no puede ser Robert, ya que su avión aterriza a la una de la madrugada y aún no son ni las seis de la tarde. No se me ocurre nadie que pudiera visitarme hoy, así que bajo para averiguarlo.

Cuando miro por el monitor que hay encima del telefonillo, veo que Hunter y Rita aguardan en su coche a que yo les abra la enorme verja de hierro. No digo nada, no pregunto el motivo de su visita; solo aprieto el botón y abro la puerta de la entrada, intrigada por tan inesperada compañía.

Solo tardan unos segundos en alcanzar el porche, los dos alarmantemente hermosos, aunque gélidos y diferentes a la noche en la que los conocí. Hoy detecto algo inhumano en las profundidades de sus ojos, algo vacío, carente de esencia. Quizá sean de esos recipientes vacíos de los que me hablaba mi padre.

Rita luce un vestido negro muy ajustado, gafas de sol y una enorme pamelita, para resguardarse de los *paparazzi*, me imagino. Es el colmo de la elegancia, todo lo contrario que Hunter, que no hay modo de sacarle de su chupa de cuero y sus botas moteras.

—Adeline, mi querida, queridísima amiga —canturrea Rita con aire teatral, inclinándose para besarme ambas mejillas—. Nos tenías preocupadísimos.

La miro con aire confuso, pues no veo razón para despertar angustia en ella.

—Oh, ¿y eso?

—Hola, nena. Estás muy guapa. Me gustas mucho más así, sin todo ese maquillaje tan oscuro.

Hunter me coge por la cintura, me aprieta contra su macizo cuerpo y planta un beso ¡en mis labios! Me aparto con una mueca de horror, lo cual le hace guiñarme un ojo con socarronería.

—La última vez que te vimos —Rita hace caso omiso de Hunter, me rodea la espalda con un brazo y me insta a caminar hacia el salón—, ese novio tuyo tan huraño te estaba gritando, y yo me quedé preocupada por el asunto. Espero que no haya ido a más.

—Hace más de un mes de todo eso —le recuerdo en tono hosco—. De haberme matado, te habrías enterado. Los escándalos siempre viajan a la velocidad de la luz. Además, Robert ni siquiera me estaba gritando. —Entorno los ojos al darme cuenta de que no estoy siendo del todo sincera—. Es decir, vale, sí, me estaba gritando, pero no es lo que piensas. No es como si estuviera sometida a maltratos, ni nada por el estilo. Es simplemente que le cabreó verme abrazada a Darrow. A todo el mundo le pasaría eso.

Ella, desdeñosa, alza los hombros.

—Si es lo que crees, está bien. Pero, Adeline, en serio, nunca permitas que ese tipo se sobrepase contigo, ¿me has oído? Nunca. Porque te mereces algo mejor que él.

Suelto una carcajada cargada de incredulidad.

—¿Algo mejor que él? Imposible. Es lo mejor que me ha pasado nunca.

—Y no sabes lo mucho que me inquieta oírte decir algo así —repite ella, con gesto afectado—. Pero no estamos aquí para regañarte. Para eso están los padres. Hunt y yo hemos venido porque te echábamos de menos. Nos pareciste muy... entrañable la vez pasada.

Arrugo la nariz, sin saber muy bien si eso es algo bueno o malo. Desde luego, no parecen la clase de personas que anden buscando compañías entrañables.

—¿Queréis tomar algo? —pregunto, un tanto incómoda, tan pronto como tomamos asiento en el sofá.

Hunter se deja caer a mi lado y coloca la enorme palma en mi rodilla. Tragando saliva, mantengo la mirada clavada en esa mano fuerte, de dedos largos, delgados y hábiles, que no me atrevo a apartar. Por alguna razón, ha empezado a darme mala espina este hombre. Está guapísimo, incluso más que la vez pasada, todo él vestido de negro, pero hay algo en su modo de contemplarme que me inquieta. Robert también me mira en ocasiones como si quisiera hacerme cosas malas. Sin embargo, no tan malas como Hunter Dios-sabe-su-apellido. Darrow tenía razón al advertirme acerca de él.

—¿Tienes *bourbon*? —quiere saber, buscando mis ojos—. Tengo debilidad por el *bourbon* y unas cuantas cosas más.

Vuelvo a tragar saliva ante la oscuridad de su mirada, y me levanto, deshaciéndome en sonrisillas tensas. A decir verdad, agradezco la distracción. Así no me veré obligada a permanecer a su lado, en ese

sofá.

—¿Y tú, Rita? ¿Quieres también un poco de *bourbon*?

—Ella beberá de mí —contesta Hunter con una sonrisa espeluznante.

Me ruborizo de inmediato. ¿Qué diablos ha querido decir con eso?

—Oh. Claro. Claro.

Como un conejillo apresurado, abro la puerta del armario donde Robert guarda los licores, agarro un vaso de doble fondo, echo hielo y vierto alcohol dentro. Regreso adonde Hunter está sentado y se lo ofrezco. Al cogerlo, retiene mi mano unos cuantos segundos más de lo estrictamente necesario. La tensión se respira en el aire y congela el ambiente, o eso me parece a mí.

—Gracias —murmura, y por fin me suelta.

Enarca una ceja al ver que me dejo caer en la butaca más apartada. Sabe que lo he hecho aposta, para no tener que sentarme a su lado. Con una sonrisa de chico malo jugueteando en las esquinas de su ancha boca, alza el vaso como si estuviera brindando conmigo y lo vacía de golpe, sin que sus ojos verdes liberen los míos. Acto seguido, agarra a Rita por la cintura y la besa, vertiendo la mitad de la cantidad de alcohol dentro de su boca. Claro. Así es cómo *bebe* de él.

Decido ir al grano y librarme de ellos cuanto antes. Ya no me gustan tanto como la vez pasada.

—¿Y qué os trae por aquí?

Los gruesos labios de Hunter se alzan en una sonrisa socarrona.

—No me digas que no te alegras de vernos. Destrozarías nuestros corazones.

—Muy gracioso. En serio. ¿Qué os trae por aquí?

Nadie se digna a contestar. Es como si no me hubiesen escuchado. Rita retira una bolsita de plástico del bolsillo de la chupa de cuero de Hunter, la abre y esparce un polvo blanco por la mesilla de cristal naranja, que va a juego con nuestro nuevo sofá. Se inclina, se tapa uno de los agujeros de la nariz y esnifa una cantidad escandalosa. Después, deja que Hunter haga lo mismo.

—¿Quieres, Adeline? —aún inclinado sobre la mesa, Hunter levanta los ojos hacia los míos, mirándome por debajo de la frente arrugada.

—No, gracias.

Se encoge de hombros.

—Tú te lo pierdes. Es buena de cojones. Darrow siempre sabe cómo entretener a sus clientes.

—¿Os manda Darrow?

Hunter suelta una risa desganada.

—¡Sí, claro! —se mofa, como si hubiese escuchado un buen chiste—. Ese tío nos ha prohibido expresamente que nos acerquemos a ti.

—¿Entonces, qué hacéis en mi salón?

—¿Está siendo desagradable? —se lo pregunta Rita, con súbita inquietud, a Hunter.

Él planta un beso en su frente para tranquilizarla.

—No, nena. Nadie está siendo desagradable aquí. Adeline, ¿a que no estás siendo desagradable con mi nena?

Noto un enorme nudo en la garganta y cada vez más oleadas de nerviosismo recorriendo mi espina dorsal.

—No, claro que no. Es solo que me sorprende veros aquí. Nada más.

—Escucha, nena —Hunter se inclina sobre Rita, le lame el cuello y luego retrocede un poco para buscar sus ojos—, ¿por qué no te vas al coche y me esperas ahí? Tengo que hablar una cosa con Adeline.

Rita lo mira con aire quejumbroso.

—¿Vas a follártela?

Abro los ojos de par en par. ¿Cómo diablos ha llegado esta mujer a tamaña conclusión?

—No, nena, no —la tranquiliza él, acariciándole el rostro con sus grandes manos—. No voy a follármela. Solo vamos a hablar.

Rita se me queda mirando como si quisiera verme muerta antes del atardecer.

—¡Eres una zorra! —escupe, y, de manera inesperada, estalla en llantos.

Me tranquiliza averiguar que hay gente más chiflada que yo.

—Pero... —Me quedo paralizada por un segundo, y luego pego un salto de mi butaca—, ¿qué coño os pasa a vosotros dos, gente? Venís a mi casa, sin que os haya invitado, por cierto; os ponéis hasta el culo de cocaína en mi sofá, y ahora esto. Largo de aquí. ¡Los dos! Estoy harta de gilipolleces.

Rita empieza a sollozar aún más alto. ¡Y querían ingresarme en un manicomio a mí! ¡JA! Debo de ser la más cuerda de por aquí.

—¡Te dije que estaba siendo desagradable! —le reprocha a Hunter entre hipos entrecortados.

Mis ojos dan una vuelta casi completa sobre sus propias órbitas.

—Escúchame, nena, ve al coche —la insta con voz suave, como si estuviera dirigiéndose a un niño—. Hablaré con ella. Es tu amiga, ¿vale? Adeline es tu amiga. Díselo. Dile que eres su amiga.

Me lanza una mirada desesperada, pero me mantengo firme.

—¿Qué? Ni hablar. No pienso decirle nada.

—Por favor, díselo —implora, y yo empiezo a ablandarme ante su expresión tan suplicante. Quizá me haya precipitado al juzgar a Hunter. No puede ser tan mal tío si se preocupa tanto por su novia, ¿verdad? Su actitud protectora me recuerda un poco a la de Robert. En el fondo, ellos dos son muy parecidos.

Cojo una enorme bocanada de aire, la suelto, hastiada, y desplazo la mirada hacia Rita. Intento por todos los medios disminuir el aire irritado que debe de desvelar mi rostro.

—Soy tu amiga —le dijo, sin demasiadas ganas.

Hunter le limpia los lagrimones, planta un beso en la punta de su nariz y le sonrío con ternura.

—¿Lo ves, nena? Es tu amiga. Te lo dije.

—¿En serio? Gracias. ¡Gracias! Me vendría bien una amiga ahora. Me siento tan sola... —se acerca y me envuelve en un abrazo.

Al cabo de unos segundos, dejo de estar tan tensa y le rodeo la espalda con los brazos.

—Tranquila. Yo soy tu amiga, ¿vale?

Por encima de su pámela, miro a Hunter con una ceja alzada, y él levanta los hombros como disculpándose.

—Vale —musita, sorbiéndose las lágrimas.

—Nena... —insiste Hunter con voz suave—. Ve al coche, cariño. Ahora salgo yo.

—Está bien —farfulla Rita dócilmente—. Me iré. Para que podáis hablar y todo eso. ¿Cuándo volveré a verte, Adeline?

«Con suerte, nunca».

—Pronto. Muy pronto. Te llamaré.

Exhibiendo una sonrisa un tanto perturbadora, Rita extiende el brazo y me acaricia los labios.

—Eres muy guapa. Me gustas. ¿Has estado alguna vez con una mujer y dos tíos a la vez?

—No. No me va eso. Lo siento. Soy mujer de un solo tío.

Hace pucheritos. Está colocadísima. Supongo que ya venía colocada desde su casa.

—¡Qué pena! Ese novio tuyo no sabe nada, créeme. Deberías probar al menos una vez hacerlo a mi modo. Te sorprenderías. —Sus dedos me acarician los labios otra vez, pero en esta ocasión los aparto, gesto que le arranca una sonrisilla astuta a Hunter.

—Gracias, pero paso, al menos de momento. Voy a casarme con el hombre de mi vida. No puedo ir

por ahí poniéndole los cuernos.

—Qué aburrido.

—Así soy yo, me temo. Doña Remilgada y Aburrída.

—Nena —interviene Hunter de nuevo, ahora con menos suavidad que antes—. ¿Qué te tengo dicho?

Rita, con aire enfurruñado, me coge la cabeza entre las manos y planta un beso en mis labios.

—Bueno, adiós...

—Adiós, Rita —musito, siguiéndola con la mirada mientras arrastra los tacones en dirección a la salida.

Hunter no habla hasta que se cierra la puerta.

—Oye, lo siento. Está muy colocada. No suele ser así, pero está sufriendo una recaída brutal. Solo necesita un poco de cariño.

Me vuelvo para encararle y, así, ponerle mala cara.

—Y una clínica de rehabilitación. Indudablemente. ¡De las caras, *Hunt!* —subrayo su nombre intentando imitar la voz afectada de Rita, solo que con algo más de sarcasmo.

Hunter ríe, exhibiendo su dentadura blanca y recta. Se me acerca con las manos hundidas en los bolsillos de los vaqueros negros.

—Así que te casas con él, ¿eh? —susurra al detenerse delante de mí.

—Sip.

—¿Cuándo?

—Este otoño.

—Vaya. Una pena.

Aprieto la mandíbula, me tomo un momento, y luego exhalo hondo.

—¿Hunter, qué quieres?

Apenas sonriendo, me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. Es un gesto muy tierno. No debería estar tocándome de esta forma.

—Bueno, te diré lo que *no* quiero.

Levanto la mirada hacia la suya y sostengo esos ojos verdes, rebosantes de peligro; tan candentes que podrían conseguir que el mundo entero estallara en llamas. Solo hay otro hombre sobre la faz de la tierra cuyos ojos muestren esa misma expresión. Y ese hombre es Robert Black.

—¿Y qué es lo que *no* quieres? —me obligo a preguntar.

—No quiero que te cases con él, nena —vuelve a susurrar, al mismo tiempo que su pulgar me roza el centro del labio inferior.

—¿Qué? ¿Por qué?

Coge mi cabeza entre las manos, acerca su rostro al mío, y me susurra:

—Porque me gustas, ¿no es evidente?

Y, sin más miramientos, me besa. Su boca se hunde en la mía, y él, sencillamente, ¡me besa! Lo peor de todo es que yo tardo unos instantes en empujarlo hacia atrás.

—¡Hunter! —chillo, limpiándome furiosa la boca con la manga—. ¡No puedes presentarte aquí y besarme!

Me mira como un niño perdido, con ojos enormes y resplandecientes.

—¿Por qué no? —musita, su ceño fruncido a causa de la confusión.

—Pues porque... porque... ¡Porque no! Estoy prometida, y amo a Robert. Yo no hago esta clase de cosas.

—Pero...

Lo acallo con un gesto de la mano.

—Por favor, márchate y no vuelvas por aquí.

—Pero...

—Hablo en serio, Hunter —advierto, ya que sacude la cabeza una y otra vez.

—¿Es que no te gusta? —vuelve a musitar, y me parece tan vulnerable y herido que no sé qué decirle durante algunos segundos.

—¡Amo a Robert! —repito, a gritos, para que lo entienda de una santa vez—. *Siempre* amaré a Robert.

Traga saliva y me mira largo rato. Luego asiente y vuelve a tragar saliva.

—Está bien. Lo entiendo. No soy tu tipo, ¿eh?

¿Y ahora por qué diablos me da pena? Quizá porque parece tan perdido y tan frágil que me entran ganas de darle un achuchón. A duras penas me abstengo de no hacerlo.

—En otra vida, quizá. Pero ahora estoy enamorada. Lo siento.

—No, lo pillo, en serio. Te ponen los estirados con traje de marca.

Le dedico un gesto seco.

—Robert no es ningún estirado con traje de marca.

—¡Oh, venga ya! —bufa, en claro desacuerdo—. Tiene un palo bien metido por el culo.

—¡Hunter! —lo riño contrariada.

Levanta las palmas en gesto de disculpa. Algo me dice que solo está burlándose, pues no parece en absoluto sentir arrepentimiento.

—Lo siento. Lo siento. Es tu novio. Debería mostrar más respeto y hacer unas cuantas reverencias —dice con sorna, antes de volverse serio—. ¿De verdad quieres que me marche?

—Por favor —apremio.

—Muy bien. Me iré. Pero déjame que te bese una vez más. Y esta vez, correspóndeme.

—¡¿Qué?! —me escandalizo—. ¡No voy a besarte! ¿Has perdido la razón?

Su boca se alza en una sonrisilla traviesa.

—Vamos. Solo es un beso. Si realmente amas a ese otro tío, no tienes nada por lo que temer. Porque este beso no va a afectarte, ¿verdad?

Pongo cara de desconfianza.

—Verdad —le doy la razón, al cabo de unos segundos de reflexión.

—Entonces, bésame.

—Yo no...

No puedo acabar la frase. Hunter me rodea la parte baja de la espalda con los brazos, busca mi boca con la suya y me besa.

Y yo lo beso a él para que se marche de una vez, consciente de que siempre lamentaré haberlo hecho, porque, al besar a Hunter, lo que realmente hago es traicionar la confianza del único hombre que vale la pena.

En cuanto cierro la puerta a sus espaldas, rompo a correr por la escalera e irrumpo en el baño que Robert y yo compartimos; baño al que se accede desde nuestro dormitorio. Con manos trémulas, abro el grifo de la ducha, me meto dentro y me quedo debajo, tal y como estoy, con el pijama puesto. Pasado un tiempo, me acurruco en un rincón del suelo, doblo las rodillas y me abrazo a mí misma, mientras todos esos chorros de agua casi hirviendo se estrellan contra mi cabeza. Sin poder reprimir las lágrimas, me froto el rostro con violencia para borrar las marcas dejadas por esos labios y esas manos que han estado

tocándome, contaminando el recuerdo de Robert. Arrepentirse de lo que has hecho es algo despreciable.

Al cabo de toda una eternidad, apago el grifo, salgo, me deshago de la ropa mojada y me envuelvo con una toalla. Aferrada al lavabo, me inclino hacia adelante, dejo caer la cabeza y resoplo hondo. ¿Cómo he llegado a esto? ¿Cuándo me he desviado del camino? ¿Por qué?

Levanto la cabeza, paso la mano por el espejo, para quitar el vapor, y me miro a mí misma. No me reconozco en esta imagen. ¿Quién soy yo? Durante toda mi vida me he hecho esta pregunta. ¿Soy Adeline, la chica que mi padre quiere que sea? ¿Soy Adeline, la chica que Robert quiere que sea? ¿Soy Adeline, la chica que yo quiero ser? ¿O soy Adeline, esta Adeline, esta terrible chica del espejo cuyos pensamientos me aterran a veces? No lo sé. Nunca lo he sabido.

Con expresión ansiosa, me estiro los pómulos, intentando ignorar ese brillo tan extraño que oscurece mis pupilas... intentando no mirar a la chica del espejo. Sin embargo, acabo haciéndolo; levanto la mirada y me fijo en ese aire lejano que trasparenta su rostro.

—¿Quién eres? —le susurro, horrorizada por el vacío que veo en su mirada.

Me siento como si el techo estuviera a punto de derrumbarse por encima de mí. Supongo que lo que se está derrumbando no es el techo, sino mi vida entera.

Agotada, dejo caer los parpados y apoyo la frente contra el gélido cristal, húmedo a causa del vaho. Se me está yendo de las manos. Mi vida, esta relación, todo se me está yendo de las manos. Siento que voy a perder la razón. Cada vez que él se marcha, las dudas se ciernen sobre mí como oscuras nubes de tempestad. No puedo dormir, no puedo comer. Los celos me consumen, y lo peor de todo es que soy consciente de que no tengo ni una sola razón para sentirme de este modo. Sé que todo pasa en mi cabeza, que nada es real. Pero no puedo luchar contra esta angustia que me devora el alma. No hay peor demonio que los celos sin fundamento.

—¿Quién eres? —vuelvo a susurrar, como siempre, sin recibir respuesta.

Me siento horriblemente mal, el estómago me duele a causa de las pastillas que he tomado mezcladas con alcohol, y tengo la psique destrozada; más débil que nunca.

Regreso al dormitorio, me pongo una camiseta blanca de Robert y me hago un ovillo en la cama, sin moverme hasta que, interminables horas después, escucho la puerta de la entrada abriéndose. Está en casa. Robert está en casa, y todo lo demás ya no me importa. Respiro aliviada, y finjo estar durmiendo. Su mera presencia aplaca mis celos enfermizos. Porque, si está aquí, quiere decir que no puede estar con otra en este momento.

Arropado por el silencio de la noche, Black camina suavemente hasta detenerse en el lado derecho de la cama. Espero unos segundos y después separo un poco los parpados y lo miro a través de las pestañas. Tiene las dos manos hundidas en los bolsillos de su pantalón, la cabeza ladeada hacia la derecha, y me contempla sonriendo con ternura.

Como no he bajado las persianas, la luz de las farolas del jardín se derrama por la ventana e ilumina parte de su hermoso rostro. La otra mitad se mantiene sumida en penumbra. Él siempre parece estar debatiéndose entre la luz y la oscuridad.

Convencido de que estoy durmiendo, extiende el brazo y me roza el pelo con las puntas de los dedos. Sonríe al sentirme bajo su piel. Solo hay amor en sus gestos, y eso hace que me sienta todavía más culpable. Él me quiere, y yo estoy jodiendo lo nuestro.

«Amor mío, ojalá las cosas no fueran tan complicadas».

—Eres muy bella —musita con voz casi inaudible—. Te he echado de menos.

Se pone en cuclillas, por lo que puedo verle mejor el rostro. Paseo la mirada por sus esculpidas facciones, acariciándole esos carnosos labios, curvados en una débil sonrisa. No puedo reprimir las lágrimas, y tengo que apretar los parpados con fuerza para evitar que se me escurran por las mejillas.

—Duerme, mi ángel —susurra.

Se inclina sobre mí y apenas me roza el pelo con sus labios. A duras penas retengo un sollozo cuando su olor a tierra mojada me envuelve. Me gustaría recuperar lo que teníamos al principio, cuando yo no estaba tan jodida como ahora, ni había tantos secretos entre nosotros dos. Yo tengo los míos, y una parte de mí sabe que él guarda los suyos, bien encerrados en las raíces de su ser. Casi temo el día en el que se olvide de girar la llave dentro de esa cerradura. Temo lo que pueda encontrarme ahí. Tiene que ser algo terrible. Seguro que es algo terrible...

«*Terrible, terrible, terrible...*»

Se quita la ropa en silencio y, tras dejarla caer encima de una butaca francesa, se mete en la cama, a mis espaldas, y me abraza. Ahora sí puedo llorar. Puedo apretarme contra él y dar riendas sueltas a las lágrimas, al dolor y a la culpa. Esta noche lloraré, para poder sonreír mañana. Porque mañana será como si nada de todo esto hubiese tenido lugar. Mañana será un nuevo comienzo para nosotros dos. Mañana dejaré atrás los celos y toda esta locura que me inunda la mente. La pregunta es: ¿me dejarán ellos a mí?

—Te quiero.

Parpadeo, consciente de que hay unos labios arrastrándose por la línea de mi mandíbula.

—Hola —musito adormilada, e intento sonreírle. Está inclinado sobre mí, vestido con una camiseta blanca que intensifica el azul de sus preciosos ojos. Tiene las dos manos apoyadas a ambos lados de mi cabeza. Aún es de noche.

—Hola, preciosa mía. Estoy en casa. ¿Y sabes qué?

—¿Qué?

Me sonrío con ternura.

—No voy a irme en una temporada.

Mi corazón da un brinco de júbilo. No habrá más celos y no me atormentaré más a mí misma pensando en lo peor. Esas son excelentes noticias.

—¿En serio?

La mano de Robert se cuela por debajo de mi camiseta y me acaricia el abdomen. Me entran ganas de llorar al sentir la calidez de su piel.

—Ajá. Estaré contigo hasta que te canses de mí.

Lo cojo por la nuca con una mano y lo insto a que me bese.

—Nunca me cansaría de ti, Robert Black —musito, y sello nuestras bocas en un beso cargado de emoción.

Sus labios se curvan en una sonrisilla, y enseguida su lengua se abre camino hacia las profundidades de mi boca. Gimo cuando se encuentra con la mía, y empieza a acariciarla y a provocarla.

—Nos hemos repartido el trabajo, Jordan y yo —me explica mientras su mano se cuela dentro de mis bragas—. Mmmm. ¿Me echabas de menos? —susurra, pasando el dedo por la resbaladiza entrada.

—Siempre. ¿Quién es ese tal Jordan?

—Mi socio, el que va a llevar a partir de ahora la filial de la Costa Oeste. Yo necesito quedarme en Nueva York.

Me arqueo cuando su dedo se hunde en mí. Entreabro la boca, y él también la entreabre y me mira con ardor. Siempre disfruta viendo lo que provoca en mí. Cada vez que sus dedos están bien dentro de mí, sus ojos se mantienen fijos en los míos, para estudiarme. A Robert Black le encanta estudiarme como si fuese yo un objeto curioso que su mente tuviera la necesidad de entender.

—¿Por qué necesitas quedarte en Nueva York? —jadeo.

Me mordisquea el labio inferior, antes de contestar.

—Alguien tendrá que cuidar de ti, princesa. ¿Y quién mejor que yo?

Su boca se aferra a mi cuello, haciendo que mis ojos se entrecierren. Su sexo, expectante, empuja contra mi muslo. Me gustan estos despertares.

—Gracias.

El movimiento de su dedo se detiene y sus ojos se alzan para analizar a los míos.

—¿Por?

—Cuidar de mí...

Su rostro sube hasta estar a la altura del mío, y entonces me besa, me besa con hambre y ansias.

—Siempre. Siempre cuidaré de ti, Adeline —me promete, acariciándome la mejilla con los nudillos—. Ven. Ponte encima.

Me quita las bragas, se deshace de su camiseta y me toma sin dejar de besarme. Con la mirada clavada en la suya, levanto las caderas y permito que su boca se alimente de la mía, entregándole todos y cada uno de mis soplos de aire.

—Te quiero, princesa. Siempre te he querido, siempre te querré.

Todo lo que he deseado oír, me lo está diciendo esta noche. Cierro los ojos y dejo que Robert guíe mis movimientos, acorde a sus deseos. ¿Esto es control? No lo sé. No me importa. Lo único que sé es que necesito absorberlo, y que no quiero que esto acabe nunca. Lo demás, no tiene importancia alguna para mí. El bien y el mal no existen cuando él y yo estamos juntos. No hay luces ni oscuridad. No hay blanco ni negro. No hay nada. Solo una violenta e insaciable pasión.

—¿Tú no me quieres a mí, Adeline? —vuelve a decir, al ver que me mantengo callada. Asiento mientras me muerdo el labio para retener el sollozo que asciende por mi garganta—. Entonces, dímelo. Necesito escucharlo de tus hermosos labios.

Coloco las manos encima de la rigidez de su pecho, para poder moverme sin perder el equilibrio.

—Te quiero, Robert. Sabes que te quiero.

Robert me penetra con esfuerzo, con el rostro descompuesto, llegando hasta lo más profundo de mí. Me resisto durante unos momentos, para no ceder ante el orgasmo y poder prolongar así esta dulce agonía, pero cuando él roza con un dedo el vibrante tallo de mi clítoris, me dejo vencer y empiezo a sacudirme con violentas convulsiones.

—Ahora sí sé que me quieres —murmura, su boca encima de la mía—. ¿Quieres que te muestre cuánto te quiero yo a ti?

Asiento enérgicamente y él me guiña un ojo.

—Ya lo verás. Date la vuelta.

Obedezco, aunque entre protestas.

—No irás a hacer lo que yo pienso que harás.

Su mano me acaricia el trasero, se mueve en círculos y luego me da un pequeño azote.

—No sé en qué estás pensando tú, Adeline. No soy adivino.

La sorna de sus palabras me resulta irritante.

—Sabes perfectamente en qué estoy pensando —grazno, moviendo el cuello hacia atrás justo a tiempo de detectar la sonrisilla malvada que juguetea en sus labios.

—Ya te dije que algún día lo haría.

—Sí, pero hoy no es *algún día*. Hoy es hoy, así que olvídalo.

Sin que su mano deje de acariciarme, suelta una carcajada.

—Vamos, Adeline, hemos hecho cosas peores y mucho más peligrosas que el sexo anal.

—No es no, Black. No insistas.

Alza las manos en señal de rendición, al mismo tiempo que su boca se tuerce en un gesto de desdén.

—La señorita siempre manda. Aunque, para que conste, no era eso lo que tenía en mente.

Frunzo el ceño. ¿Me estaba tomando el pelo?

—Entonces, ¿por qué hemos mantenido esta conversación?

Hace un gesto pícaro con los ojos. Me recuerda a su hermano cuando hace eso.

—Disfruto inquietándote.

Antes de que me dé tiempo a replicar, sus fuertes manos se agarran a mis caderas y él se hunde dentro de mí, de una potente embestida. Enreda la mano en mi pelo, tira de mi cabeza hacia atrás y me besa en la boca, mientras entra y sale pausadamente.

—¿Ves cuánto te quiero? —murmura, empujándose con fuerza—. Te quiero mucho. Muchísimo.

Dejo caer los párpados y me centro en lo que está haciendo, en lo que esto me hace sentir. Cuando estoy con Robert Black, es como si estuviera colgando del techo. Siempre estoy mareada, me falta el aire, mi corazón siempre late con esta incontrolable rapidez, y siempre es por culpa suya.

Con cada instante que transcurre, Robert comienza a moverse de un modo aún más salvaje. De vez en cuando, me gira el rostro hacia atrás para besarme con ternura. Me siento especial, él siempre me hace sentir especial, como si fuera lo más valioso que tiene en el mundo.

Desliza su dedo por mi sexo y acabo corriéndome de nuevo. Cubre mi boca con la suya y también se deja llevar, empujando su semen en mi interior.

—Dios, qué bien sienta estar en casa.

Me hace volverme por debajo de él y me insta a rodearle las caderas con las piernas.

—Te he echado de menos —le susurro, cuando se pecho se desploma sobre el mío, aplastándome bajo su dura presión.

Pasa la mano por mi cabello y lo alisa con suavidad. Yo lo estrecho entre las piernas y los brazos, fuertemente aferrada a él.

—Y yo a ti, preciosa. Duerme, amor mío. Aún falta para que salga el sol.

Soy consciente de que está aquí. Notaría su presencia incluso en un espacio lleno por cien personas. La habitación está repleta de esa electricidad estática que es típica en él. Debe de estar mirándome. Siento su intensa mirada recorriendo mis facciones. Aun así, me niego a abrir los ojos. Estoy demasiado cansada. Solo duermo cuando él está conmigo, o cuando tomo pastillas.

—Sé que estás despierta —susurra.

Gruño. Me da igual que lo sepa. No pienso abrirlos.

—Respiras de modo distinto cuando estás despierta, así que no finjas estar durmiendo. He pasado tantas noches contemplándote mientras dormías que es imposible que me engañes —se detiene por unos instantes y resopla, exasperado—. Adeline, abre los ojos.

Refunfuño algo inaudible y por fin los abro. Está de pie al lado de la cama. ¡Y lleva ropa de montaña!

—¿Vas a esquiar? —murmuro, con voz ronca y los ojos hinchados, desvelando vestigios del sueño.

—No, no voy a ninguna parte. *Nos vamos*. Quiero llevarte a un sitio especial.

—Y tiene que ser a las... —bostezando, le lanzo una mirada al reloj de mi mesilla de noche—. ¡Jesús! ¡¿Cinco y media de la mañana?! ¿Has perdido el norte?

Suelta una risita y me lanza a la cabeza unas prendas de esquiar. Tengo que apartar las mangas de la chaqueta para poder mirarlo a través de la tela, y hago todo esto con gestos lentos, de mujer aún dormida.

—¿Esto era realmente necesario? ¿No podías, sin más, dejarla encima de la cama?

—Habría resultado menos dramático, ¿no crees? Vamos, Blancanieves. Tienes tres minutos para vestirte. Y pienso contarlos.

El sarcasmo resulta irritante a estas horas.

—Y media hora para desayunar, supongo.

—Supones mal. Tenemos prisa. Desayunaremos por el camino.

Me levanto gruñendo.

—Menudas horas para levantarse una. ¡Y, encima, pretendes matarme de inanición! ¿Qué te hice en otra vida?

Sus carcajadas resuenan desde el pasillo a modo de respuesta. Me visto lo más rápido que puedo, me lavo los dientes y me hago una trenza. Supongo que esto valdrá. Voy lo más presentable que puede ir una cuando la sacan del calor de su hogar a las cinco de la mañana. ¡Sin desayunar! Este hombre es mi principio y mi fin. Lo sé. Acabará conmigo.

Me arrastro escalera abajo como una serpiente moribunda. Esta ropa pesa demasiado. Y yo estoy demasiado debilitada. ¿Cómo se le ocurren esta clase de aventuras? ¡¿Y con el estómago vacío?!

Mientras yo refunfuño sobre el sueño que tengo y lo cruel que es la vida, Robert carga cosas en el maletero de su coche. Como no me deja colaborar en esa tarea, me instalo en mi asiento, me hundo en él y sigo con la sarta de lloriqueos. Parezco Amber, la hermana de Josh. Al darme cuenta de eso, me callo de pronto. No quiero ser un incordio como Amber.

Al salir del garaje, descubro que, por primera vez, Black y yo vamos a ver el amanecer juntos.

—¿Has acabado con las protestas? —me pregunta Robert sonriendo.

Me coloco sus gafas de sol encima de la nariz y me cruzo de brazos.

—Sí, he acabado —contesto malhumorada.

—Bien. Ahora sí que vamos a tener un viaje agradable.

Lo miro de reojo. A estas horas apenas hay tráfico, y Robert está muy relajado. Se nota lo mucho que disfruta conduciendo. No para de sonreír. Algo está tramando. Espero a que salgamos de Nueva York, antes de abrir la boca.

—¿Vas a decirme adónde vamos con tantas prisas?

Sus labios se tuercen en una sonrisa que indica que él sabe algo que nadie más conoce. Pues claro que sí: ¡el destino del puñetero viaje!

—Es una sorpresa.

—Vaya por Dios. Tantas sorpresas conseguirán que acabe odiando las sorpresas. ¿Cuándo has comprado la ropa que llevo puesta? No me suena haberla visto en mi armario.

Su mirada se cruza con la mía por unos segundos.

—Porque no estaba ahí. Te la he conseguido hace —desvía los ojos hacia el reloj— una hora. Más o menos.

Lo miro incrédula.

—¿Una hora? ¡¿Has ido a comprarme ropa a las cuatro de la madrugada?!

Hace una mueca.

—No digas tonterías, Carrington. Las tiendas no abren tan temprano. A las cuatro, incluso la ciudad que nunca duerme, ¡está durmiendo! La ropa es de Catherine —indica, como si fuera lo más normal del mundo ir a casa de su hermano y pedirle ropa prestada a su cuñada. ¡A las cuatro de la madrugada!

—¿Has despertado a tu cuñada para pedirle ropa de esquí?

—¡Claro que no! —exclama ofendido—. ¿Por quién me tomas? ¡Ni que fuera yo un loco! He despertado a mi hermano para pedirle prestada su cabaña de Texas —dice, como si eso lo cambiara

todo—. Catherine se ha despertado sola. Dijo que si íbamos en estas fechas, necesitarías ropa. Tuve que darle la razón, porque ya sabes que ella siempre la lleva. Se ofreció a prestarte lo que llevas puesto y... —me señala con la mano— *voilà!*

Puedo imaginármelo llamando como un desquiciado al timbre de su hermano, a las cuatro de la madrugada, para pedirle las llaves de su casa de Texas. ¡Qué hombre más neurótico!

—De modo que vamos a Texas —anoto, satisfecha por haber averiguado, al menos, el destino de este viaje tan precipitado.

Abre y cierra la boca un par de veces, mirándome completamente consternado.

—¿Cómo diablos lo has sabido?

—¡Porque acabas de decirlo! —grito exasperada.

«¡*Neurótico!*»

—Ah. Es verdad. Ya veo que prestas atención a todo lo que te digo. Buena chica. Pero, para que conste, no pienso desvelarte nada más.

—¡Oh, no! —me burlo con gesto teatral—. No sé cómo le voy a sobrevivir a la incertidumbre.

—Adeline, no me toques las narices o no detengo el coche hasta el estado de Alabama. ¡Ni siquiera para que vayas al servicio!

Con lo loco que está, me lo creo.

—¿Sabes qué es lo asombroso? —empiezo de nuevo, tras unos minutos en silencio.

—¿Lo guapo que luzco esta mañana? —me propone con las dos cejas arqueadas.

Le pongo mala cara.

—Que yo haya entrado en la ropa de Catherine. Ella viste como... talla y media menos que yo.

—*Vestía* —apostilla—. Has perdido peso desde... en fin, lo de Giselle. Ahora usas una 36.

Bajo la mirada y me examino a mí misma. Será eso.

—¿Y tú cómo sabes qué talla visto? ¡Ni que fueses mi sastre!

—¿Porque llevo algo así como... tres meses comprándote la ropa? —me sugiere—. *¿Hello?*

He de darle la razón. Desde la muerte de Giselle, yo me he vuelto muy rarita. Casi nunca salgo de casa. Ni siquiera voy a comprarme la ropa. No estoy preparada para enfrentarme al mundo exterior. Por ello, Robert se ha hecho cargo de la situación desde el principio. Es él quien fue a Long Island a recoger mis cosas el día siguiente al entierro, y desde entonces, siempre ha sido él quien se ha ocupado de cubrir mis necesidades básicas, como la compra de champú, mascarillas y, en fin, esas cosas de chicas.

—¿No te avergüenza ir a comprarme sujetadores? —pregunto de pronto—. Seguro que las dependientas te miran raro.

Sus dientes se asoman por debajo de su sonrisa. Sé que va a decirme algo malicioso.

—Nop. Aunque fruncen el ceño cuando les digo que voy al probador para asegurarme de haber cogido la talla correcta —bromea—. No me explico por qué...

—Estás loco —le digo entre risas.

—¡Ja! Te has reído. Últimamente apenas ríes, princesa. Estás demasiado angustiada, y yo haría cualquier cosa por escuchar el sonido de tu risa.

Me quedo mirándolo con aire serio. Robert sonrío con una ternura que me derrite, y luego se centra en la conducción. Kilómetros y kilómetros de campos grises y helados vuelan a ambos lados del coche, mientras canciones de AC/DC rellenan el silencio. Se supone que la primavera está a punto de instalarse, aunque se hace de rogar este año. Debe de ser cierto eso de que nos enfrentamos al invierno más gélido de los últimos cien años. Cuando piensas que va a desaparecer la ola de aire glacial que barre la atmósfera, resulta que llega otra aún más duradera. Aunque no me quejo del frío. Siempre y cuando haya fuego a mí alrededor, el frío no me molesta.

El coche no se detiene hasta Washington. En cuanto cruzamos la frontera, Robert empieza a disminuir la velocidad. Gracias a Dios. Hemos viajado a 190 kilómetros por hora. El concepto de “velocidad máxima permitida” no va con él.

—Voy a parar ahí para que desayunemos, ¿de acuerdo? —me indica un desvío donde, a lo lejos, puedo vislumbrar lo que parece un restaurante de carretera.

—Está bien.

Sale de la autopista, se mete en una especie de semicírculo, toda una maraña de carreteras sobrepuestas, y después aparca delante del establecimiento. Cuando me bajo del coche, tengo que tomarme un momento para calmar el mareo que me invade.

—¿Te encuentras mal? —se inquieta, y al instante noto sus brazos a mi alrededor, rodeándome en un gesto de lo más protector.

—No. Es solo que al bajar de tu coche, me he dado cuenta de que la tierra gira. A esas velocidades de vértigo, solo soy consciente de la aguja del velocímetro.

Ríe entre dientes, me coge de la mano y camina por el aparcamiento en dirección a la pequeña cafetería, muy rustica, toda ella de piedra y madera. No me suelta la mano ni siquiera para abrir la puerta, prefiere empujarla con la punta de la bota. Apenas hay gente dentro, solo una familia con tres niños traviosos, además de una pareja de ancianos dormitando en un rincón. Sonrío al ver que elige la mesa más cercana a la imponente chimenea, cuya vívida llamarada calienta todo el salón. Sabe que me gustan las chimeneas y el fuego.

Nos quitamos las chaquetas, y Robert se queda en jersey, un jersey ancho color vainilla, que le sienta de vicio. Me dejo caer en una silla de madera, frente a la suya, y lo observo sonriendo, la nariz rectilínea, la mandíbula firme, el ceño permanentemente fruncido. Todas las mujeres aquí presentes se le quedan mirando. No es muy habitual encontrarse a hombres como Robert Black en un sitio así.

No llevamos más de medio minuto sentados cuando se nos acerca una camarera de mediana edad, una mujer de trato muy agradable, para tomarnos el pedido.

—¡Café! —suplico desesperada—. Por favor. Necesito despertar.

La mujer ríe.

—No te preocupes, bonita, aquí hacemos un café tan fuerte que despierta hasta a los muertos.

—Eso suena muy bien. Muy, pero que muy bien.

—Otro para mí —pide Robert, examinando la carta—. Y huevos revueltos para los dos —aparta el menú y me mira—. Quieres huevos revueltos, ¿no?

Cómo me conoce este hombre.

—Con extra de bacón —puntualizo, con una sonrisa de oreja a oreja.

Él sonríe, le devuelve a la camarera nuestras cartas y se queda mirándome fijamente.

—Estás muy guapa esta mañana.

Pongo los ojos en blanco.

—No llevo maquillaje, y esta ropa es tan gruesa que parezco un pingüino.

La mirada que desvelan sus azules ojos indica discrepancia.

—Bobadas. Eres la cosa más bonita que he visto jamás.

No puedo evitar sonreír. Y ruborizarme.

—Siempre tienes la réplica adecuada para las chicas, Black.

Me guiña un ojo.

—Pues claro. Antes de conocerte, era un reputado *playboy*.

—Cierto. Lo *eras* —enfatico—. Ahora nadie publica nada escandaloso sobre ti, desde hace meses —remarco, con mis oscuros ojos fundiéndose en ese interminable azul.

—Porque no hago nada escandaloso desde hace meses.

Arqueo una ceja. ¿Porque no hace nada escandaloso, o porque nadie le pilla haciéndolo?

«No vayas por ahí, Adeline. Él te quiere. Con eso debería bastar. Deja de buscar fantasmas dónde no los hay».

—Y eso ¿por qué? —me obligo a preguntar mientras intento ahuyentar mis estúpidos temores.

Sus anchos hombros se alzan con ensayado desdén.

—Estoy enamorado —contesta, como si fuese evidente—. Solo tengo ojos para ti.

Esta vez, el rubor se expande por todo mi cuerpo. Noto cómo se me eleva la temperatura corporal, y agito la tela de mi jersey para que entre un poco de aire fresco. Mi inquietud le arranca una sonrisa lenta a Robert Black.

—Café para mis chicos —canturrea la camarera.

¡Bendita sea! El dios moreno de ojos azules que está sentado frente a mí estaba mirándome de un modo tan intenso que me notaba a punto de desmayarme. Siempre consigue dejarme sin aliento con una sola mirada o una simple sonrisa. Es muy inquietante el control que este hombre posee sobre las funciones más básicas de mi cuerpo. Bueno, y sobre las menos básicas, también. Se supone que debería estar acostumbrada ya a él. Llevamos meses juntos. Pero no es así. Aún me intimida y me hace ruborizarme como el primer día.

Agarro mi taza de café y le doy un buen trago. Solo haciendo un extraordinario esfuerzo consigo reprimir las ganas de escupirlo, y luego chillar y blasfemar como una cualquiera. ¡Está ardiendo!

—No lo bebas —le advierto a Robert, cuya taza está a punto de rozarle los labios—. Está más caliente que el caldero de Satanás.

Suelta una risa. Y bebe...

—Me gusta *caliente*, Adeline. Parece mentira que no lo sepas aún.

Y ni de lejos se refiere al café.

Mientras yo me recupero de la quemadura, nos sirven el desayuno. Por supuesto, como todo lo grasiento, está buenísimo.

—Me encanta el bacón —comento, tan pronto como acabamos de comer.

Los ojos de Robert se iluminan de pura diversión.

—No lo había notado. Teniendo en cuenta que lo comes a diario...

Le dedico un gesto de fastidio.

—¡El bacón mola, Black!

—Ya, díselo a tus arterias.

Le saco la lengua.

—Eres un viejo cascarrabias.

—Y tú, una niña insumisa.

Nuestras risas inundan toda la cafetería.

—¿Y eso te inquieta?

Tuerce la boca en señal de indiferencia.

—¡Qué va! La insumisión me excita mucho. Si haces todo lo que yo quiero que hagas, cuando yo quiero que lo hagas, ¿dónde diablos estaría la diversión?

Me río y tomo un sorbo de café que, entretanto, se ha enfriado un poco.

Hace tiempo que hemos acabado de desayunar, pero ninguno parece dispuesto a moverse de aquí. Se está muy bien al lado del fuego. Todos los clientes se han ido marchando, y ahora solo quedamos nosotros dos. La camarera está trasteando en la parte de atrás, con lo que podría decirse que estamos completamente solos.

—Robert...

Levanta la cabeza y me mira. Estaba jugueteando con su mechero, absorto por sus propios pensamientos.

—¿Mmmm?

—¿Por qué me llevas de viaje?

Se encoge de hombros.

—Necesitas un cambio de aires. Y salir de casa. Y... alejarte un poco de Nueva York. Me he cogido toda la semana libre, así que no vamos a regresar hasta el próximo domingo. Quiero que retomes tu vida poco a poco, Adeline. Que este sea el comienzo de tiempos nuevos y mejores.

Suena bien.

—¿Cómo es que tu hermano tiene una cabaña en Texas?

—Texas, por alguna razón, es un estado muy importante para Nate y Catherine. No sé por qué. Solo sé que mi hermano pagó medio millón de dólares por comprar una cabaña de madera, ¡de cuarenta metros cuadrados!, en una zona silvestre. Vamos, lo que tú y yo llamaríamos en mitad de la nada.

Dejo escapar un silbido.

—¿Medio millón?! ¿El interior es de oro macizo, o qué?

Sacude la cabeza.

—Nop. El propietario se negaba a venderla. Nate se empeñó muchísimo y al final la consiguió. Eso sí, pagando una fortuna por algo que no vale casi nada. Fue su regalo de bodas. Pensé que Catherine iba a pedirle el divorcio por haberse gastado esa friolera en una cabaña, cuando hay millones de personas pasando apuros económicos. Ella es muy solidaria —explica al verme fruncir el ceño—, y siempre intenta reprimir las excentricidades de mi hermano. Pero en esa ocasión dijo que era la cosa más bonita que alguien había hecho por ella jamás.

—Puede que tenga valor sentimental —señalo, acariciando el colgante que adorna mi cuello—. Hay cosas por las que vale la pena pagar millones —añado, ausente.

Robert asiente despacio.

—Desde luego que las hay, princesa —murmura, con los ojos clavados en los míos.

*Me envolvió tu pasión desmedida,
Las llamas del amor fueron inmensas.
(Frida Kahlo)*

Capítulo 2

Al día siguiente llegamos a Texas, en medio de una tormenta de nieve. A veces pienso que nunca va a llegar la primavera. La cabaña de los Black realmente está en mitad de la nada. Desde donde dejamos el coche, hay que ir andando como media hora, cruzando bosques y valles. No me imagino a Catherine por aquí, con sus taconitos y sus modelitos de alta costura. Me cuesta visualizarla, y, cuando lo intento, me entra la risa.

—Es evidente por qué Catherine se ha empeñado en que vista como un esquimal. Esto parece Siberia. ¿A qué altura estamos?

Robert ríe y gira la cabeza hacia atrás para mirarme.

—No tengo ni idea. No sé cómo puede nevar en marzo.

—El cambio climático, Black. Hay que reciclar más.

—Yo reciclo.

—Pero el resto del mundo, no.

Estamos caminando a lo largo de un estrecho sendero, Robert cargado de maletas, y yo con las manos en los bolsillos. Me he ofrecido a llevar algo, para sentirme útil, pero el caballero andante se ha negado.

Al cabo de un rato, cuando el bosque desemboca en una amplia pradera, Robert deja caer todas las maletas al suelo y se toma un momento para recuperar el aliento. Hemos tenido que subir una cuesta, y él debía de llevar unos treinta kilos encima.

—Ya está. Esa de ahí es la cabaña.

Se inclina hacia delante y apoya las manos contra las rodillas. Miro a mi alrededor, fascinada por estos campos tan helados. Está todo cubierto por una buena capa de nieve. A unos cuantos metros de distancia, hay una pequeña casita de madera, con porche y un enorme balancín blanco, que emite un siniestro ruido cada vez que se mueve, empujado por el viento.

Delante de la propiedad, llego a la conclusión de que no puede valer más de veinte mil dólares. Ni siquiera tiene acceso en coche, por el amor de Dios. Ha de tener un valor sentimental inmenso para que el chico malo de Hollywood, por muy excéntrico que sea, haya pagado tanto dinero por ella.

—¿Qué te parecen los alrededores?

Me giro de cara a Robert. Está con las manos en jarras, aún jadeando.

—Esto es como un paraíso helado.

Ríe.

—Lo es. ¿Tienes frío?

—Nop. Pero espero que tengamos un buen suministro de madera. El cielo se torna cada vez más oscuro. ¿Has chequeado la previsión meteorológica?

—Sí. Va a nevar.

Entorno los ojos. ¡Es obvio que va a nevar!

—Eso ya lo veo, Black, ¿pero cuánto va a durar esta ola de frío?

—Doce días, han dicho. América se está congelando, preciosa, pero tú no te inquietes por ello —se me acerca y me coge por la cintura para pegarme a él—. Estás a salvo conmigo. Tu hombre siempre te calentará.

Lo miro con los ojos entornados.

—No es eso lo que me preocupa. ¿Llevamos bastante comida en esas maletas?

Me dedica una mueca repleta de orgullo masculino.

—Nena, estás hablando con un *boy scout*. Por supuesto que venimos preparados.

—¡No! —exclamo, sin poder creérmelo—. ¿En serio? ¿Fuiste *boy scout*?

Parece muy orgulloso.

—Mi hermano lo fue. Yo no iba a ser menos. Siempre estábamos compitiendo de pequeños.

Me echo a reír. Robert Black es una caja llena de sorpresas. Todos los días descubro algo nuevo acerca de él.

—¡Madre mía! ¡Fuiste *boy scout*!

Me mira con mala cara al darse cuenta de que empleo un tono burlón.

—Y tú, *cheerleader*, así que estamos en paz.

Le saco la lengua, por segunda vez hoy, y me encamino hacia la cabaña. El interior es tal y como me lo esperaba, de madera, muy sencillo. Las estancias están separadas por sólidas columnas; nada de muros o puertas. El espacio que, supuestamente, es el salón, tiene un enorme sofá, con una lámpara de pie al lado, una pequeña mesa de madera, dos sillas y una chimenea de piedra. Encima del suelo oscuro, se extiende una bonita alfombra de pelo marrón. En el dormitorio no hay más que una cama doble, nada de mesillas. Y en la cocina, me encuentro una zona para guisar, un pequeño horno de leña, una mini nevera y poco más. Todo práctico, limpio y muy básico.

—Me encanta —sentencio, dejándome caer en el sofá—. Por una vez en mi vida, voy a vivir como la gente normal. Nada de lujos, ni comodidades. Por cierto, ¿hay baño?

Robert ríe entre dientes.

—¡Qué va! Vas a tener que ducharte en el lago y hacer pis detrás de los árboles —me contesta maliciosamente.

Le dedico una mueca seca, por lo que me señala una puerta de madera con un gesto de cabeza. Al ser del mismo tono que el resto del interior, no había reparado en ella.

—Hay una bañera ahí dentro —me dice mientras, agachado delante de la chimenea, intenta encenderla—. Lo bastante grande para los dos —añade, guiñándome un ojo.

Cuando consigue prender fuego a la madera, saca de una maleta una botella de vino tinto. Se desplaza a la zona de la cocina, de dónde regresa con dos copas. Me sirve una.

—Salud, princesa.

—Salud, Black.

Me agarra por la nuca, con dedos gélidos, y me besa fuerte. Acto seguido, se deja caer a mi lado y me cobija entre sus brazos, instándome a volverme y así apoyar la nuca contra su pecho. Subo los pies al sofá, doblo las rodillas y tomo unos sorbitos de mi copa, con los ojos ausentes, clavados en las llamas.

—Te fascinan las chimeneas —comenta en tono cálido y cercano, sin que sus dedos dejen de jugar con mi pelo.

—Me relaja ver el fuego.

—A mí también. Pero solo si tú estás entre mis brazos.

Coloca una mano en mi estómago, y yo busco sus ojos y le sonrío, antes de mover la mirada hacia el resplandor que ilumina la estancia.

—Adeline...

—¿Sí?

No dice nada. Permanecemos callados, mirando cómo las llamas consumen la madera. Apenas hay luz aquí dentro. El cielo se ha oscurecido casi por completo, y nosotros no hemos encendido la lámpara, con

lo que lo único que ilumina el espacio es la chimenea.

—Te quiero —dice al fin.

Muevo la mirada hacia su rostro y me doy cuenta de que, en algún momento, ha dejado de mirar las llamaradas para contemplarme a mí.

—Yo también te quiero —susurro.

Un atisbo de sonrisa acaricia sus labios.

—Lo sé.

Me quita la copa de las manos, la deja encima del suelo y me gira de cara a él. Con las manos rodeándome la nuca, acerca su rostro al mío, sin que nuestros labios se toquen. Permanecemos así unos minutos, él mirándome a los ojos y yo mirándole a él.

—¿Piensas alguna vez en el futuro? —susurra. Digo que sí con un gesto de la cabeza, lo cual le hace sonreír un poco—. ¿Y qué ves, Adeline?

—A ti.

En esta ocasión, a diferencia de la primera vez en la que me planteó esa pregunta, no vacilo en absoluto. Solo lo veo a él. Solo puedo pensar en él. Para mí, no hay un mundo más allá de él y de nosotros.

—¿Y tú? —musito, acariciándole las puntas del cabello—. ¿Tú me vez a mí en tu futuro?

—Te vi en mi futuro desde el primer momento en el que clavé mis ojos en ti, princesa.

Me parece muy sincero. Y muy enamorado. Su modo de mirarme es... increíble. Toda mujer se merece ser mirada de esta forma. No estoy muy segura de si él es bueno para mí o no. Toda su persona me confunde. Está su pasado, mis celos, las prácticas sexuales extremas, ese demencial deseo de quedar sin aliento, literalmente, mientras los hacemos (nunca hemos hablado de lo que pasó esa noche; nunca hablaremos de lo que pasó esa noche), y luego está *Ella*. Tampoco hemos vuelto a hablar nunca de ella.

Sin embargo, pese a todo eso, si miro más allá, si me fijo en cómo se comporta cuando estamos juntos, en cómo me toca y me besa; en cómo me contemplan sus ojos, entonces no tengo ni la más mínima duda: él es bueno para mí. No solo por lo que es cuando estamos juntos, sino por lo que soy yo cuando estoy a su lado. Él hace que yo quiera ser mejor. Saca un lado bueno que no sabía que tenía.

—Quiero besarte, Adeline...

—Entonces, bésame.

Los tentadores labios de Robert se posan sobre los míos, y yo dejo de analizar si esto es bueno o malo. Como siempre, cualquier concepto carece de importancia. ¿A quién diablos le importa? Lo importante es esto, que él y yo estamos juntos. Aquí. Ahora.

Estoy flotando. La cabeza está dándome vueltas sin control. Cada vez que me besa, tambalea todo mi mundo desde los cimientos. Solo que esta vez no me besa. Lo que hace ahora es fundir su boca con la mía. Realmente, me despoja de toda mi esencia, para fusionarla con la suya. Es algo extraordinario. Tan increíble me parece nuestra conexión que estoy convencida de que no podría tener esto con nadie aparte de él.

—Abre los ojos y mírame —susurra.

Al hacerlo, choco con unos ojos azules en cuyas pupilas arde un profundo deseo. Por mí.

—Esto es para siempre —vuelve a susurrar. Y, por primera vez, me parece creíble.

—Esto es para siempre —repito sonriendo.

Coge mi mano y la coloca encima de su pecho, a la altura del corazón.

—Para siempre, angelito.

Y vuelve a besarme.

Una de sus manos me rodea un pecho, y de inmediato me recorre un escalofrío que me hace

estremecer. Sonríe, y su cuerpo se pega al mío para hacerme saber que no soy la única excitada. Su erección es bastante evidente, y cuando me roza la mano con ella, dejo escapar un gemido.

Sin despegar nuestros labios, me despoja de la ropa, antes de hacer lo mismo con la suya. Mis manos se pasean por todo ese perfecto y firme cuerpo suyo, motivada por el deseo que leo en su rostro. Él se tumba en el sofá, hunde la mano en mi pelo y me sostiene así mientras mis labios se apoderan de cada centímetro de su piel. No me dejo nada sin besar o sin lamer. Con la punta de la lengua, dibujo el contorno de cada músculo de su abdomen, uno a uno, despacio, tomándome todo el tiempo del mundo para sentir su sabor. Al igual que el olor que desprende su piel, su sabor es increíble.

Sus manos se tensan en mi pelo cuando mis labios rodean su miembro y empiezan a acariciarlo despacio.

—No cierres los ojos —susurra—. Mírame.

Alzo los ojos y me encuentro con una mirada muy pasional, un azul nublado de deseo.

—Eres increíble —susurra de nuevo.

Vuelvo a bajar la vista y me centro en lo que estaba haciendo. Me encanta darle placer. Me encantan los sonidos que suelta, los espasmos que recorren su rostro, lo tensos que se vuelven sus músculos. Es muy sensual todo.

—Ven aquí, preciosa.

Noto sus brazos a mi alrededor; me da la vuelta y se me coloca encima. Sus labios en mi cuerpo hacen todo lo posible por plasmar la intensidad de sus sentimientos hacia mí. Desde luego, si juzgo por sus besos y sus caricias, esos sentimientos son increíblemente profundos.

—Robert, bésame...

—Te estoy besando —murmura, sin dejar de arrastrar los labios a lo largo de mi cuello.

Se lleva uno de mis pechos a la boca, lo lame y después empieza a succionarlo despacio. Una de sus manos se introduce entre mis muslos, los separa un poco y aparta la tela de mi lencería de encaje, para poder trazar eróticos círculos alrededor de mi sexo.

Sus manos tiemblan un poco mientras se deshacen de la única tela que se interpone entre nuestros cuerpos. Su lengua se desliza por mi abdomen y baja cada vez más. Admitir lo buena que es su técnica me cabrea, porque sé que ha debido de practicar mucho para conseguirlo, y, como siempre, ese pensamiento me enferma.

Afortunadamente, cualquier idea pierde contorno dentro de mi mente cuando Robert cierra las palmas sobre mis pechos, a la vez que da lentos lametazos alrededor de mi clítoris. Los pezones se endurecen bajo su roce, y yo me arqueo y me froto contra él, lo cual le hace sonreír. Empiezo a temblar y a tensarme, pero no se detiene. Estoy convencida de que sabe interpretar a la perfección las señales de mi cuerpo. Sabe lo que estoy experimentando, solo que se niega a parar.

—Robert...

—Suéltate, amor —me susurra.

Y me suelto, tal y como hice la primera vez. Cojo su cabeza entre las manos y empujo la pelvis contra su boca, gritando al liberarme.

—¡Dios mío!

Sus hinchados labios están de nuevo sobre los míos, y su lengua recorre las profundidades de mi boca con mucha maestría. Me froto contra él, siempre demandando más de lo que está dándome.

—Ya voy —murmura contra mi mentón.

Con un único movimiento de caderas, se introduce en mi interior. Me coge ambas muñecas, me las coloca por encima de la cabeza y me las sostiene así mientras entra y sale de mí.

—Te quiero —murmura.

—Y yo te quiero a ti.

Manteniéndome inmovilizada bajo sus manos, me penetra tan hondo como le resulta posible. Su lengua se hunde dentro de mí y me besa fuerte, casi al mismo ritmo de las embestidas. Se acerca a mi oído y me susurra lo que piensa hacerme, lo mucho que me ama.

—Eres mía.

—Tuya...

Se detiene, asiente, y luego vuelve a entrar, muy despacio, con los ojos azules clavados en los míos y los largos dedos deslizándose entre mis piernas. A su alrededor estallo y me rompo en miles de pedazos, pero él los recoge y los une, para así poder volver a romperme. Robert Black y yo somos iguales. Siempre deseamos más de lo que se nos ofrece.

A la mañana siguiente, me despierta el olor a café recién hecho.

—Para desayunar hay tostadas —informa Robert, al verme ya incorporada y envuelta en una camisa suya que me ha traído de casa a modo de pijama. Sabe que prefiero su ropa antes que la mía, por el simple hecho de que huele a él.

Está en la mini cocina, vestido solo con un vaquero que le cuelga sobre las caderas. Trastea algo con unas sartenes.

—¿Qué haces?

—Prepararte huevos y bacón —dice como si fuese evidente.

Frunzo el ceño y me acerco a él para darle un beso de buenos días. Está guapísimo, con su pelo alborotado, su más pícaro sonrisa y sus ojos azules brillando de júbilo. Le sientan muy bien las vacaciones. Cuando trabaja, está más estresado y, por lo tanto, más gruñón.

—Pensaba que había tostadas.

—Y las hay, pero también voy a hacerte unos huevos. Sé lo mucho que te gustan. Así podrás comer tostadas y huevos. ¿Qué te parece?

Me dejo caer en una silla de madera que cruje bajo mi peso.

—Que te estás tomando demasiadas molestias para un desayuno.

—No es ninguna molestia. Es placer. Como todo lo demás.

Su guiño me hace sonreír.

—¿Qué planes has hecho para hoy? —indago, levantándome para buscar dos tazas dentro de un armario.

—Día de trineos.

Suelto una risita.

—¿Trineos? ¿En serio? Llevo sin montar uno desde los cinco años. La última vez salió mal.

—¿Por?

Cojo la pequeña cafetera, sirvo dos tazas de café humeante y le ofrezco una a él. La coge, le da un sorbito y me contempla con la frente arrugada y las cejas en alto.

—Bueno, mi padre se negó a montar conmigo y me estrellé contra un árbol. Casi me desmayo cuando empezó a sangrarme la frente.

La expresión de su rostro se vuelve tan dura como un bloque de acero.

—Tu padre es un cabrón capullo hijo de puta.

Su lenguaje me deja estupefacta.

—¡Robert! —protesto en tono de indignación.

—¿Qué? ¡Es cierto! Yo nunca dejaría que montaras sola. Y menos a los cinco años.

Sacudo la cabeza con reprobación.

—Estoy convencida de que tú serás mejor padre que él. Eso sí, con una boca muy sucia... —añado como para mí misma, antes de llevarme la taza a los labios.

Mi comentario le hace reír.

—Huevos para *madeimoselle* y tostadas para mí —anuncia con orgullo masculino.

—¿Solo tostadas?

—Bueno, aquí no puedo salir a correr, así que... —deja la frase en el aire, y yo asiento.

—Es jodido mantenerse tan cachas —comento mientras empiezo a devorar el desayuno a grandes bocados, con ese apetito que a Robert le encanta—. Casi nunca comes lo que te apetece. Y eso de hacer tanto ejercicio, ¡que estrés! Yo no podría.

Sonríe como un felino malvado.

—Conozco unos ejercicios que podrías practicar. Conmigo. Es un juego de equipo. Si quieres, te lo cuento.

Me atraganto con el café.

—Gracias, Robert —gruño, tosiendo—. Lo tomaré en cuenta. Aunque no hace falta que me lo cuentes. Ya me lo figuro.

—Seguro que no —murmura para sí, tomando un poco de café.

Me esfuerzo por acabarme el desayuno, pero esa conversación me ha dejado sin apetito. Solo puedo pensar en esos "ejercicios" que él y yo podríamos estar practicando ahora mismo. ¡Madre mía, qué locura! Con razón han clasificado la lujuria como un pecado capital.

—¿Preparada, *madeimoselle*?

Al levantar la mirada, me encuentro unos hermosos zafiros examinándome con fascinación.

—Preparada, *monsieur*. No quiero más. Iré a vestirme.

Mira mi plato medio lleno con el ceño fruncido. Sin embargo, no dice nada.

Cuando regreso, me lo encuentro en el salón. Se levanta del sofá, cruza la habitación y, después de echar un tronco a la chimenea, me sostiene el abrigo. Tapados hasta las orejas y con las botas de nieve puestas, salimos al exterior.

—¡Brrrr! ¡Qué ventisca!

Me coge de la mano y me arrastra por la nieve.

—Vamos, angelito. No es para tanto. ¿Qué harías si el día de mañana me toca defender a algún delincuente de Laponia?

—Eh... no sé... ¿quedarme en Malibú? —le propongo.

Ríe, agarra la cuerda del trineo (no sé dónde ha conseguido un trineo) y se adentra en el bosque, sin soltar mi mano. Caminamos aproximadamente unos veinte minutos, hasta que llegamos a lo alto de una colina. Abajo, el valle está lleno de majestuosos pinos, cuyas ramas se elevan orgullosas hacia el grisáceo cielo. Sospecho que habrá más tormentas de nieve en breve.

—¿Qué te parece? ¿No te sientes la reina del mundo?

Me quedo contemplando el gélido paisaje que se extiende ante nosotros, para luego encogerse a lo lejos.

—Detesto decepcionarte, pero solo siento vértigo.

Estalla en unas carcajadas cuyo eco regresa al cabo de unos segundos.

—Sentir vértigo es excitante. Yo siento vértigo siempre que estoy contigo. Ven. Siéntate aquí.

Se coloca en el trineo y me indica que me acomode entre sus piernas. En cuanto lo hago, me rodea con los brazos. Por supuesto, aprovecha la proximidad para pegar los labios contra mi nuca y quedarse así

durante unos instantes, los dos atrapados en nuestro momento especial.

—Está bien. Tirarse en trineo es muy simple —me explica como un aplicado profesor—. Consiste en deslizarse cuesta abajo y no estrellarse contra los pinos. ¿Preparada?

—Pues vaya mierda de clase teórica. Ya sé que no hay que estrellarse contra los pinos, Black.

—Entonces, sabes todo lo que sé yo. Enhorabuena, Carrington. Estás al nivel del maestro.

Le pongo mala cara y miro hacia abajo. ¡Madre mía, qué abrupto está esto! No sé si quiero tirarme desde esta altura.

—¿Preparada?

—¡No! —grito—. ¡Esto es una locura rayana en el suicidio!

Ríe, coge impulso y nos lanza precipicio abajo. ¡Qué cabrón!

—¡Ay Dios, como sobrevivas a esto, te mato yo misma! —grito.

A medida que bajamos, adquirimos cada vez más velocidad. No quiero mirar.

—Relájate, angelito. Estás conmigo —sus manos me agarran el estómago con más firmeza, para recordarme que siempre me sostendrá—. Nada malo va a pasarte. Sabes que yo cuidaré de ti.

Coloca los labios en mi nuca y me da un beso. De algún modo, eso me calma lo bastante como para abrir los ojos. Los rieles metálicos del trineo apenas parecen tocar la nieve, tan rápido nos deslizamos. Pero ya no tengo miedo, a pesar de que el corazón late como loco dentro de mi pecho. El hecho de saber que él está aquí, y que siempre va a cuidar de mí, es muy tranquilizador.

Bajamos la cuesta al menos quince veces más, riéndonos como dos chiflados, hasta que empieza a nevar y el cielo se vuelve tan encapotado que no nos deja otra opción que regresar a casa.

Durante todo el día siguiente nieva como si fuera a acabarse el mundo, y ya no podemos salir al exterior. La cabaña no cuenta con tele, ni ninguna clase de tecnologías modernas, con lo que no hay mucho que podamos hacer para entretenernos. Salvo lo evidente. Pero incluso nosotros necesitamos un descanso vez en cuando.

—Podemos leer —me propone Robert, tumbado a mi lado en la cama.

Estamos con los ojos clavados en el techo, contando las telarañas. Yo juraría haber visto cuatro. Robert insiste en que son seis. No nos ponemos de acuerdo de ningún modo.

—No hay libros —rebato, empeñada en encontrar las dos telarañas que me faltan.

—¿Has mirado en tu maleta?

Suelto un chillido de alegría, le beso y salgo corriendo hacia las maletas. Él me sigue con la mirada. No puede dejar de sonreír. Abro la cremallera, aparto unos vaqueros y ahí descubro dos libros escondidos. El primero es *Crimen y Castigo*, de Dostoievski, y el otro...

—¿*Memorias de una geisha*?! —pregunto incrédula, con el tomo en la mano—. ¿En serio?

Su mirada se pasea por mi rostro lentamente.

—Te va a encantar.

—Y yo que fantaseaba con que el que se lo iba a leer ibas a ser tú... —me mofo.

Ríe y coge el otro libro que le ofrezco.

—No es mi estilo. Lo lamento.

—¿Y *Crimen y castigo*, sí? —pregunto, arqueando una ceja.

—Por razones evidentes, sí.

Entorno los ojos, abro mi libro y empiezo a leer. Solo ojeo unas cuantas páginas, antes de volver a centrar toda mi atención en él. Parece muy absorto en su lectura. Es el momento idóneo para molestarle.

Es casi inquietante lo mucho que disfruto dándole la tabarra a este hombre.

—Sabes, Robert, a mí me pasó lo mismo que a esta chica.

—¿Un día decidiste hacerte *geisha*? —gruñe, sin levantar la nariz del libro, sin duda molesto por mi interrupción.

—Nop. Pero ella dice que cuando conoció al señor Tanaka, la fascinó. Mira.

Robert desvía la mirada y lee el párrafo que le señalo con el dedo. Dice, textualmente, que el olor a pescado de sus manos le parecía perfume.

—Ajá. Muy bonito.

—A mí me pasó lo mismo cuando te conocí a ti, Black —comento, soñadora.

Frunce el ceño.

—¿Por qué? ¿Mis manos también olían a pescado?

Exploto en carcajadas al verle tan desconcertado.

—¡No, bobo! Pero me sentí igual de fascinada por el aura de misterio que te rodeaba.

—¿En serio? —cierra el libro, de repente interesado en esta conversación—. ¿Y qué más te gustó de mí, aparte del aura de misterio?

Me vuelvo seria. Lo cierto es que me gustó todo de él.

—Tus ojos. Tus labios.

—¿Miraste mis labios? —parece divertido.

—Ajá.

Me muestra su sonrisa más traviesa.

—¿Y qué pensaste?

—Que me gustaría probar su sabor. Y que tus besos debían de ser muy intensos.

Siento sus brazos alrededor de la espalda, atrayéndome hacia él. Me tumba, me coloca bajo su cuerpo y se pega a mí, instándome a rodear sus caderas con las piernas. Su corazón late deprisa contra mi pecho. Lleva una mano a mi barbilla y la sostiene, para que nuestros rostros estén a la misma altura.

—¿En serio? —musita, con toda la intensidad de su mirada centrada en mi boca.

—Sí —susurro—. Pensé en cómo sería besarte.

—¿De verdad? Pues resulta que yo pensé exactamente lo mismo. Pensé en hacer esto... —El dedo pulgar de la mano que me sostiene la barbilla recorre el perfil de mis labios—. Y esto... —Vuelve a repetir la operación, solo que esta vez emplea la punta de su lengua—. Pero sobre todo, pensé en hacerte esto. —Sus manos me rodean la cabeza y su boca se estrella contra la mía.

No es para nada cuidadoso, es exigente, bastante agresivo. Parece quererlo todo de mi boca. Mi última exhalación, pretende hacerla suya.

Esa manera de poseer me enciende. Empiezo a desabrochar el botón de sus vaqueros de estar por casa, y sonrío al ver que él no hace nada para impedírmelo. Tampoco me frena cuando introduzco la mano entre nuestros cuerpos, cojo su miembro y empiezo a acariciarlo. Como respuesta, gime en mi boca y golpea contra mi palma, lo que me anima a ponerle más ganas al asunto. ¡Menos mal que íbamos a leer!

La luz se apaga, imagino que a causa del viento, aunque Robert no parece darse cuenta de ello. Une nuestras bocas en un impresionante beso mientras sus manos dibujan círculos de fuego a lo largo de mis mulsos. Cada zona que roza, la prende en llamas.

—Nunca podría cansarme de ti —susurra, y su salvaje boca baja por mi cuello y tira de uno de mis pezones a través de la tela de mi ropa.

Nuestros jadeos y gemidos interrumpen el silencio de la noche. Ha dejado de nevar y, por la ventana, a través de los jirones de nubes, la luna desliza unos cuantos rayos radiantes. Ninguno ilumina el hermoso rostro de Robert. Es como si él estuviera evitando a propósito la luz; como si eligiera ocultarse en la

oscuridad.

Sus manos desabrochan los botones de mi camisa blanca, y su lengua se desliza por mi clavícula. Cierro los ojos, aferrada a los fuertes músculos de su espalda, que se tensan por debajo de su camiseta.

—¿Qué tal si te quitamos la ropa? —murmura.

Asiento en silencio. Le dejo que me baje la camisa por los hombros y me quite las bragas. Luego, lo miro extasiada mientras se desnuda. Me muero de ganas por tocarlo. Quiero deslizar la lengua por todo su cuerpo y probar cada una de las gotas de sudor que se le forman en la frente a causa del esfuerzo, sobre todo cuando lo hacemos duro.

—Haces que me ruborice cuando me miras de ese modo —susurra.

Sonrío.

—No puedo dejar de mirarte.

Me guiña un ojo.

—Ni yo a ti, preciosa.

Se pone de pie al lado de la cama y, mientras tiene una mano entre mis piernas, acariciándome, pasea la otra por la superficie de su miembro. Pienso que está preparándose para entrar en mí, por eso me sorprende cuando lo acerca a mis labios.

—Toma —musita.

Me incorporo, abro la boca y lo acojo dentro. Eso le arranca un gemido. Con una arruga de concentración en su frente, me rodea la nuca con ambas manos y empieza a embestir lentamente. Da unas cuantas arremetidas, antes de retirarse, inclinarse sobre mí y hundir la boca en la mía. Su lengua se desliza dentro y empieza a moverse con frenesí, recorriendo todos los rincones.

Sus manos me tumban, a la vez que sus rodillas me separan las piernas. Se toma su tiempo en acariciarme, con sus llameantes ojos que estudian mis reacciones. Sonríe ante los espasmos de excitación que recorren mi cuerpo cuando su pulgar empieza a acariciarme el clítoris, aplicando la cantidad perfecta de presión y la velocidad exacta. Se pasa la lengua por los labios, y yo solo puedo pensar en volver a besarle.

—Robert... —me estremezco violentamente bajo sus caricias, y me agarro a sus poderosos brazos.

Él, sin apartar los ojos de los míos, curva sus sensuales labios en una sonrisa ladeada.

—Nuestro amor es insaciable —susurra, moviendo la cabeza despacio, como dando fe de ello.

Se acerca a mi boca y me besa mientras apoya la punta de su grueso sexo en la resbaladiza entrada. Muevo las caderas y le hago entrar. Sin embargo, él retrocede. Suspiro, exasperada.

—Robert...

La advertencia que hay en mi voz le hace sonreír.

—Lo quieres todo de mí, angelito —acota con voz ronca mientras sus manos se agarran a mis pechos y sus ojos me observan como si fuera yo la cosa más adorable del mundo.

—Exacto. Todo —me muerdo el labio para reprimir el gemido que me provoca al retorcerme los pezones—. Tienes que dármelo todo.

Se detiene y alza de nuevo la mirada hacia la mía.

—Y te lo daré.

Su lengua se introduce en mi boca al mismo tiempo que la dureza de su virilidad me llena por completo. Se retira, vuelve a entrar y empieza a embestir cada vez con más pasión. Gimo en su boca y empiezo a buscar frenéticamente su contacto. Sus dedos encuentran el cúmulo de nervios de entre mis piernas y lo rozan, haciéndome gritar. La intensidad de este momento es devastadora. Todo a mi alrededor se incendia, hasta que tengo la sensación de que el mundo no es más que un enorme globo en llamas. No hay nada, aparte del fuego que nos consume a los dos. Hemos encendido la chispa de algo que

ahora no podemos controlar.

—¡Dios! —gruñe entre dientes—. ¿Cómo puedo estar tan loco por ti?

Sin salir de mi interior, se agarra con sus largos dedos a mis caderas y me hace sentarme a horcajadas sobre él. Sus tensos brazos guían mis movimientos, y su lengua se arrastra hasta mis pechos. No puedo cerrar los ojos mientras nos movemos, febriles. No puedo apartar la mirada de él.

—Te amo —susurra.

Otro violento estremecimiento contrae mi interior, con la velocidad de un latigazo. Nos buscamos, nos lamemos y nos besamos con incontenible desesperación.

—Yo también te amo.

Sus dedos, posesivos, se hunden en mi pelo. Sigo moviéndome, ahora sin la ayuda de sus manos, y él atrae mi rostro hacia el suyo. Me besa con un salvajismo que hace que una brutal oleada de excitación abraza mis entrañas.

—¡Robert! —grito.

Sus pulgares me rodean los pezones.

—Lo sé —susurra, pegado a mi boca.

Arqueo la espalda y comienzo a mover las caderas con más lentitud. Él me da un beso tan profundo que la presión crece en mi interior tanto que explota en miles de diminutos trocitos. Entonces, Robert, ardiente y duro, se tensa y, con un rugido animal brotando de su garganta, se derrama dentro de mí hasta la última gota. Noto su corazón latiendo violentamente contra el mío. Sus fuertes brazos están a mi alrededor, sujetándome y, gracias a eso, no me derrumbo.

Una lenta media sonrisa empieza a atisbarse en la esquina izquierda de sus labios.

—*Todo*. Siempre te lo doy todo. Solo a ti, mi ángel.

Yo también sonrío.

—Todo —repito, mirándolo ensimismada.

Capítulo 3

Cuando Robert y yo regresamos a Nueva York, una semana más tarde, tengo la sensación de que el mundo ha enloquecido. Después de esos días de tranquilidad absoluta, me resulta muy difícil acoplarme al ritmo de la gran ciudad.

Llegamos el domingo por la noche y solo nos da tiempo a deshacer las maletas, antes de irnos a la cama. Estamos los dos destrozados después de haber cruzado medio país en coche. Robert tiene que trabajar mañana, y yo pienso ir a la universidad.

He aprovechado estos días para reflexionar. Él llevaba razón, como siempre. Necesitamos tener un espacio propio. Lo amo hasta un punto difícil de entender, y cierto es que se ha convertido en una obsesión que requiere gran cantidad de tiempo, pero debo tener una vida más allá de él. No es sano que todo mi mundo se resuma a una sola persona.

Me he planteado muy en serio lo de ser una mujer cuerda a partir de ahora, y creo que puedo conseguirlo. No hay nada que una no pueda conseguir cuando realmente se lo propone, estoy convencida de ello. Al parecer, las vacaciones han cumplido su objetivo de encaminar mi vida hacia actividades menos... obsesivas.

El lunes por la mañana, Robert se marcha antes de que yo despierte. Me deja el desayuno preparado y una nota de despedida. Tenemos que contratar servicio para este mausoleo, pero como yo he estado en la parra hasta ahora, no me he podido hacer cargo de ello. Esta noche pienso hablar con Robert del tema. Tenemos a alguien que viene a limpiar varias veces por semana, sin embargo, necesitamos a una persona que esté aquí siempre, para que haga todas las cosas que yo no sé hacer. Como la colada, por ejemplo. Hace dos semanas, me las apañé para destrozarme todas las camisas de Robert Black. Por alguna razón, estaban teñidas de rosa cuando las saqué de la lavadora. Curiosamente, a él le entró la risa al ver el desastre, mientras yo le gritaba entre hipos entrecortados lo inútil que soy, y me desmoronaba entre sus brazos.

Esa noche, entre beso y beso, acordamos que yo no iba a tocar nada más, y no lo he vuelto a hacer. Es por ello por lo que me ha dejado preparado el desayuno esta mañana. Seguro que ha pensado que, teniendo en cuenta mi historial, el *Edén* acabaría en llamas si intentara hacerme un simple café.

En cuanto me meto bajo la ducha, parte de la tensión desaparece de mis músculos destrozados. Doy vueltas al asunto de la casa y luego pienso en la boda y en todo lo que eso conlleva. He estado tan desganada que no me he preocupado en absoluto por el asunto. Esta tarde pienso ir a hablar con Catherine. Pero todo a su tiempo. De momento, he de centrarme en retomar los estudios. Y en no prenderle fuego al *Edén*.

Me maquillo delante del espejo del baño, me pongo unos vaqueros y un jersey negro de cuello de pico, y salgo de casa. Ojalá pudiera ir en metro. Todo esto de moverse en limusina me parece un tanto dramático.

Estoy montándome en la parte de atrás, cuando el móvil vibra dentro de mi bolsillo. Es Josh.

—Solo me llamas una vez al mes, ¿o qué? —me río al descolgar.

—Oye, tengo que hablar contigo.

Parece muy serio.

—¿Qué pasa? Espero que no sea nada grave.

—¿Grave? No, solo quiero una charla en plan amigos de toda la vida, ya sabes. Solías ser mi mejor amiga, Del, antes de... en fin, de él...

Oh, no. No soportaría ahora que Josh me recriminara el haber cambiado después de conocer a Robert. Soy consciente de que eso es cierto, pero no me gusta que me lo digan. Parece que ahora toda mi vida se resume a antes o después de Robert. Él marca toda una diferencia.

—Sigo siendo tu mejor amiga, Josh, la misma Adeline de siempre.

—Pero nunca te veo.

—Bueno, pues me verás hoy —resuelvo, enérgica.

El coche sale del jardín y se incorpora a la carretera.

—¿Quedamos en el Serendipity? —propone Josh.

Miro el reloj.

—Tengo clase hasta las tres y cuarto.

—¿Qué tal a las tres y media?

—Venga, va. A las tres y media estaré ahí.

Intento parecer todo lo animada que me resulta posible.

—Bien. Esto... ¿Adeline?

—¿Josh?

—Vienes sola, ¿no?

No es un secreto que a Josh no le cae demasiado bien Robert. A Robert tampoco le cae bien Josh. Le llama “el gilipollas con mocasines”.

—Claro que sí.

Resopla aliviado.

—Bien, porque no me apetece hacerme una rinoplastia como Paul.

Suelto una carcajada.

—¡No! ¿Paul se ha hecho una rinoplastia?

—Tu novio le ha dado un puñetazo en la nariz, Adeline. ¡Claro que los Hamilton le han hecho una rinoplastia a Paul! Luego te veo.

Y me cuelga mientras yo sigo riéndome. Me imagino a Paul haciéndose una rinoplastia en algún centro de Bangkok, y no puedo hacer más que desternillarme.

Paso parte del viaje leyendo el *Page Six*, por si acaso sale algo de eso. No hay nada, así que llamo a Paul para salir de dudas. Y es entonces cuando descubro que Josh se estaba burlando de mí. La nariz de Paul está perfectamente.

—Tu novio no es tan fuerte como quiere hacerte pensar, Adeline —se ríe—. Por cierto, si te cansaras de él...

—Sí, sí, te llamaré a ti —aseguro antes de colgar.

Unas cuantas horas más tarde, entro por la puerta del Serendipity y corro para abrazar a Josh.

—Estás estupendo —chillo, colgada de su cuello.

—¡Y tú! Aún no me he acostumbrado a verte tan rubia y tan... Bueno, más... O sea, menos...

—¿Satánica? —le propongo, y Josh suelta una carcajada.

—Algo así. Ven. Sentémonos. ¿Quieres un batido?

—Sí, claro.

—¿Lo de siempre?

Asiento y le sonrío. Josh se ocupa de hacer el pedido, y yo me entretengo mirando el local. La última vez que estuve aquí, mi madre se estaba cortando las venas.

«*No vayas por ahí*».

Josh se acerca y ocupa la silla que hay frente a la mía. Me ofrece un enorme batido de chocolate con nata.

—Gracias —me esfuerzo por dedicarle una sonrisa y por acallar mis pensamientos.

—De nada. ¿Cómo estás? Te veo bien. Mejor que la vez pasada.

Me encojo de hombros.

—Bueno, la vez pasada estaba colapsándome mentalmente, así que supongo que se debe a eso. Ahora estoy bien.

El rostro de Josh cambia de expresión, se nubla de pronto.

—Algo de eso me han dicho, pero no me lo podía creer. ¿Seguro que estás bien?

—Oh, sí. Apenas veo duendes ahora —me mofo—. Creo que voy por el buen camino. Darrow me echa un cable.

Los ojos de Josh se oscurecen, y yo maldigo mi enorme boca.

—¿Darrow? ¿Estás quedando con Darrow? ¿Estás loca?

Hago una mueca de exasperación.

—Tranquilo, no es como si le comprara heroína. Solo me da unas píldoras para el sueño. Son legales y todo, pero no queda constancia de que las estoy tomando. Eso es lo bueno de tratar con Darrow. En un futuro, nadie podrá volverlo en mi contra.

—¡Adeline, eso es peligroso! ¡Darrow es un jodido camello! ¿Y a tu novio le parece bien?

—No digas tonterías. Él no lo sabe.

—¿Qué?! —Josh alza el tono, y luego mira a su alrededor con aire de arrepentimiento.

—Josh, Robert me tiene sobre un pedestal. No puedo hablar con él sobre esto. No lo entendería.

—¿Entender el qué, Adeline?

—Pues... que me estoy volviendo loca.

Me mira con súbita ternura en sus hermosos ojos verdes, que hoy lucen un poco más resplandecientes de lo habitual.

—Cariño, no te estás volviendo loca.

Hundo la cabeza entre las palmas y me quedo así unos instantes, antes de volver a mirarlo, con desesperación en mis pupilas.

—Claro que me estoy volviendo loca. A veces me horroriza todo lo que se me pasa por la cabeza. Tengo delirios, Josh. Veo cosas que no existen. De acuerdo, no veo duendes, pero sí veo a Giselle.

—¿Ves a Giselle?

—Sí. No como a un fantasma, sino dentro de mi mente, como una eterna y obsesiva imagen de la que no puedo huir. Y luego están los celos. Eso es lo peor de todo. Contra eso apenas puedo luchar.

Josh frunce el ceño.

—¿Celos?

—Cada vez que Robert sale de casa para ir a trabajar, mi mente me hace creer que está por ahí follándose a alguna —le explico, incómoda. Resulta incómodo admitir eso incluso delante de tu mejor amigo.

—¿Te da razones para que pienses algo así?

Sacudo la cabeza.

—No, pero estamos hablando de Robert Black. Tiene un pasado... complicado. Y, bueno, veo cómo le

miran las mujeres. Le miran tal y como lo miro yo. Cuando él entra en una sala, todo el mundo gira la cabeza para verle; todo el mundo quiere hablar con él. Las mujeres caen a sus pies, y eso me enferma.

Josh toma un poco de su batido de vainilla.

—¿Lo has hablado con él?

—No quiero perderle —resoplo—. Nadie quiere vivir con una loca que pierde el control de este modo y monta escenas de celos sin ninguna razón. Soy consciente de que el problema está en mi cabeza, pero no puedo hacer nada para impedir estos pensamientos y estas dudas. ¿Qué hago? ¿Lo encierro en alguna parte para que me pertenezca solo a mí? Eso es muy de psicópatas, incluso para alguien como yo.

—¿Por qué no pides ayuda profesional?

—Lo estoy haciendo —miento.

Nadie sabe aún que he dejado la terapia. A Robert le he dicho que prefiero ir sola, así que, una vez por semana, salgo de casa y me dirijo a la consulta del doctor Zagers. Sin embargo, no entro. Me paso toda la sesión encerrada en el baño del pasillo. Luego salgo como si nada, me monto en el coche y regreso a casa. Un día más, y yo tengo mi máscara y mi sonrisa. «*Todo va a salir bien*», me digo a mí misma, tantas veces que me lo acabo creyendo.

—Entonces, sigue con lo que estás haciendo, y deja de ver a Darrow —aconseja Josh, visiblemente preocupado por mí.

—Nunca lo veo cuando Robert está en casa. No lo necesito. Con él sí puedo dormir.

—Espero que no se marche, en tal caso.

Sonrío de oreja a oreja.

—No te preocupes. Está todo controlado. Ha prometido no hacerlo, así que estoy bien. Pero ya basta de hablar sobre mí. ¿Qué pasa contigo? Parecías raro por teléfono. ¿Hay algo que te gustaría decirme?

Me doy cuenta de que se siente incómodo, y no veo razón para despertar incomodidad en Josh. Nos conocemos desde siempre. Nuestra relación va más allá de eso. No tenemos secretos, nunca los hemos tenido. Hasta ahora, claro.

—Josh, ¿qué te pasa? —insisto, cogiendo su mano por encima de la mesa.

—Tengo que contarte una cosa.

—Pues habla.

—Estoy viendo a alguien.

Me enderezo en mi asiento y mi boca se curva en una sonrisa radiante.

—¿En serio? ¡Enhorabuena! Me alegro por ti.

Aprieta los labios.

—Ya. Hay más. Es... Lily.

Mis ojos se abren de par en par.

—¿Lily? —repito incrédula—. ¿Lily, la que tú y yo conocemos?

Josh, terriblemente incómodo, asiente. Me doy cuenta de que sus mejillas se han ruborizado.

—La misma. Yo... Ella... Verás, Adeline, después de lo nuestro, Lily y yo pasamos mucho tiempo juntos. Ella, de pronto, quería salir conmigo y todo eso, para alejar mi tristeza, supongo. Y una cosa llevó a la otra y...

—Te la follaste —acabo su frase, con voz más seca de la que pretendía. En el fondo, no estoy molesta. ¿Hay algo mejor que tus dos amigos acaben juntos?

Josh tose y me mira ruborizado.

—Sí. Lo cierto es que sí. Estábamos borrachos, y yo tenía el corazón partido, y ella me besó. Entonces, yo le quite la...

—Aaarrggg. Demasiados detalles, Walton —chillo, tapándome las orejas.

Josh ríe, un poco más aliviado.

—Entonces, ¿no te molesta?

Lo miro sin entender.

—¿Por qué diablos iba a molestarme?

Se encoge de hombros.

—No sé, como tú y yo hemos estado juntos y todo eso, pensé que quizá podría resultarte violento lo mío con Lily.

Me río.

—¡Por Dios, no! Pero dile que deje de comportarse como una zorra cuando estoy cerca de ti. Nuestra relación no tiene por qué verse alterada por vuestro romance.

Sonríe.

—Ella se siente amenazada por ti, Adeline. Siempre ha querido ser tú.

¡Esa sí que es buena!

—Dile a tu novia que ser yo es una puta mierda.

—Qué boca más sucia, Carrington —dice Josh con sorna.

—Ya me conoces, Walton. Nunca he sido una dama, me temo.

Nos miramos y estallamos en risas. Me hacía falta quedar con Josh. Con el Josh que es mi mejor amigo, no con el Josh que es mi ex novio. Quiero muchísimo a Robert, hasta la insania, pero es cierto que viene bien desconectar un poco de toda esa intensidad suya y de mis infundadas sospechas relacionadas con su fidelidad.

—¿Te apetece que vayamos a la bolera, o tienes prisa? —propone Josh de manera inesperada.

Miro el reloj. Son casi las cuatro, ya que yo me he retrasado un poco.

—Claro, pero déjame que me tome el batido antes. Está de muerte.

—Date prisa, Carrington. Hace mucho que no te doy una paliza.

Suelto una risotada.

—Ja. Más quisieras, tío. Prepara la pasta. Voy a por todas.

Josh suelta una carcajada y menea la cabeza con desaprobación.

—¿Así que quieres apostar y todo?

—Chaval, si no hay pasta de por medio, ¿dónde está la gracia?

Llego a casa pasadas las once. Ha sido una tarde estupenda. Me siento una persona nueva, más relajada, más joven. No puedo dejar de sonreír. Josh me hace bien. En su compañía me olvido un poco de Robert Black, y eso es bueno. A los adictos les viene bien apartarse de vez en cuando de su veneno favorito. La abstinencia hace que luego lo absorbas con más ansias aún.

Cuando entro, advierto una débil luz proveniente del salón. Hay algo extraño respirándose en el aire esta noche, y una parte de mí sabe de qué se trata, sabe que lo que siento en las raíces de mi corazón es ansiedad; esa agitación ya familiar que se apodera de mí siempre que él anda cerca.

Las manos me empiezan a temblar. Necesito mi dosis de inmediato. Más que nunca, el magnetismo me vence con su aplastante fuerza mientras camino con paso tranquilo hacia el salón. Solo este hombre puede hacerme sentir de este modo, tan desquiciada, tan loca de amor.

La imagen que me encuentro al entrar dispara los de por sí acelerados latidos de mi corazón. En el equipo, *Angie*, de los Rolling, que resuena por toda la casa. En la mesa del comedor, dos velas rojas encendidas, aunque desgastadas casi por la mitad. Deben de llevar bastante tiempo consumiéndose ahí.

Robert Black, mayor, guapísimo, ceñudo, se encuentra clavado en una silla, con la espalda muy recta y la mano derecha crispada sobre un vaso de lo que parece *whisky*. La mortecina luz de las velas se derrama sobre su alborotado cabello negro y sobre parte de su hermoso rostro. Se ha arremangado la camisa negra por debajo de los codos, desvelando unos antebrazos asombrosamente duros, cruzados de azules venas, hinchadas a causa de la tensión. Incluso desde la otra punta de la estancia, puedo percibir la rigidez en torno a sus hombros.

—¿Dónde has estado? —es lo primero que dice. Habla con aplomo y con voz baja, y eso asusta bastante, pues sus intensos ojos azules transmiten todo lo contrario al sosiego. En sus pupilas se consume una ira de proporciones apocalípticas, sin duda, dirigida a mí.

—Hola a ti también —contesto, tirando la mochila en el suelo, al lado de un buda metálico. Me quedo mirándolo desde el umbral, me embebo en él. Basta con solo verle para volverme ebria de amor.

—Pasemos de los formalismos, Adeline. No estoy de humor. Son las once de la noche. Tus clases acabaron a las tres y cuatro. Estaba muy preocupado. ¿Dónde has estado? —enfatisa, esta vez con una nota vibrante en su voz.

Enarco una ceja con estudiada lentitud. ¿Quién sufre el síndrome de Otelo ahora?

—¿Tienes mi horario?

—No. Llamé a tu universidad.

Tuerzo la boca, impresionada por su osadía.

—Vaya. ¿Y te dieron la información sin más?

—No tengo dificultad para obtener las informaciones que deseo.

Asiento con la cabeza y me encamino hacia él. Se cruza de brazos y espera, sosteniendo mi mirada con calma.

—Sí, ya sé que eres un hombre de recursos.

—Ciertamente. ¿Y bien? ¿Piensas decírmelo?

—¿Decirte el qué?

Los dos hablamos en voz muy baja y con mucho sosiego.

—Dónde has estado.

—Eso no es lo importante, Black.

—¿Y qué es lo importante, Adeline? —dice bruscamente.

—Lo importante es dónde estoy ahora —le susurro mientras me acuclillo delante de su silla, con los antebrazos colocados encima de sus rodillas y los ojos alzados hacia los suyos.

—¿Y dónde estás ahora? —musita, sus ojos bajados hacia mi rostro.

Le sonrío con ternura. Sin embargo, mi sonrisa no disuelve el reproche que leo en su mirada.

—Estoy en el único lugar en el que quiero estar: contigo.

Mis palabras le afectan, por mucho que intente disimularlo. Se le tensa la mandíbula.

—Estabas con tu ex novio —no lo pregunta, lo afirma.

Alzo ambas cejas.

—¿Me estás siguiendo?

Su perfecta expresión se descompone, sus ojos se tornan feroces y su mandíbula se contrae aún más. Queda claro que está haciendo un esfuerzo por controlarse.

—No necesito seguirte. Me basta con llamar al chófer para saber dónde diablos estás.

—Tendría que sacarme el carné, en tal caso —señalo con indiferencia.

Robert extiende el brazo, me alisa un mechón de pelo y me lo coloca detrás de la oreja. De no haber sido por la tormenta que ruge en sus ojos, me habría parecido tierno.

—Tendrías que hacerlo, claro.

Nuestros rostros están tan cerca que noto el temblor de su aliento en mi piel. Ojalá me besara. Ojalá volviera a hacerme sentir de ese modo tan especial, tan suya.

—Solo es mi amigo, Robert —murmuro a modo de explicación. No me gusta pelearme con él.

—Mmmm. Interesante. ¿Y él es consciente de ello?

Le dedico una mueca seca.

—Claro que él es consciente de ello. Está saliendo con Lily, mi amiga. No hay nada entre Josh y yo. Te quiero a ti.

—Y, dime, ¿quién ganó?

Mi expresión se llena de confusión.

—¿Quién ganó el qué?

—A los bolos, por supuesto.

Sonrío al darme cuenta de que lo sabe todo. No hay manera de engañarle. Es como un dios todopoderoso que conoce todos los movimientos que hago, todos los pasos que doy en falso.

—Gané yo —contesto con voz monótona.

Sonríe, aunque apenas.

—Esa es mi nena. Por cierto, te he preparado la cena, pero supongo que se habrá enfriado. Siempre cenamos a las nueve.

Dejo caer los párpados y mantengo los ojos cerrados. Me siento fatal. No debería hacerle esto. Sé que si él me lo hiciera a mí, perdería la razón.

—Lo siento. Me he quedado sin batería en el móvil y no he podido...

Coloca un dedo encima de mis labios para acallarme.

—Chisss —me susurra, muy tierno, y luego su dedo dibuja el contorno de mi boca—. No doy un comino por tus patéticas excusas. Se han desgastado incluso las velas. Llevo dos horas aquí sentado, esperándote como un gilipollas, con la cena y la estúpida música. Quería ser romántico, supongo.

—Lo siento tanto...

—Te he oído la primera vez. Ven.

Me hace levantarme del suelo, me estrecha entre sus brazos y me sujeta así durante un tiempo, con su áspera mejilla presionando contra la mía. Huele a alcohol.

—¿Qué vas a hacerme? —musito, cerca de su oído.

—No lo sé. Mostrarte un poco de disciplina, a lo mejor. Ya verás cómo la próxima vez no se te va a olvidar avisarme de que llegas tarde.

—Estaba sin bate...

—No me mientas, Adeline —interrumpe con dureza—. No me gusta cuando lo haces. Tenías batería, solo que no te dio la gana avisar de que te retrasabas, porque hoy te ha salido la vena rebelde.

Sus fuertes palmas me acarician el pelo mientras me mantienen con el rostro enterrado en su cuello. Por un instante pienso que va a usar las manos para aplastarme el cráneo. Pero lo único que hace es acariciarme.

—Llevas razón —admito al cabo de unos segundos—. Siento no haberte dicho la verdad.

—Mmmm —es lo único que dice.

Nos abrazamos y nos susurramos el uno al otro como si se tratara de un gesto romántico. Es un poco escalofriante que se comporte de este modo cuando sé que, en realidad, lo que le gustaría hacer es destrozar cosas y rugir como una bestia salvaje.

—Hueles bien —musito, y deslizo la lengua por su cuello. No puedo evitarlo. Cuando estoy cerca de él, pierdo las formas.

—Mmmm —repite, con el mismo aire imperturbable.

—Y estás muy guapo. El hombre más guapo que he visto nunca. Te sientan bien las camisas negras.

—Gracias.

—No me parece bien que me sigas, Robert —cambio de tema de un modo abrupto—. No seas uno de esos tipos acosadores.

—Ni a mí me parece bien que me mientas —repone, con los dedos masajeándome la nuca para despojarme de la rigidez—. No seas una de esas mujeres que mienten a sus parejas, Adeline. Mentirnos el uno al otro no es lo nuestro.

—No sabía cómo te ibas a tomar lo de Josh —me justifico con aire de culpabilidad.

—Mal. Tal y como debo tomármelo. Quiero que hagas tu vida, princesa. Quiero que salgas con gente que no sea yo. De hecho, insisto en que lo hagas. Pero no me apetece que tu cristiano ex prometido se pasee contigo de la mano por todo el jodido Manhattan. ¿Por qué no puedes tener amigos, como las niñas normales?

—Antes de que fuera mi prometido, era mi amigo —me defiendo—. Mi mejor amigo.

—Me la suda. Para mí es tu ex prometido. No vas a verle más.

—¿Por qué no?

Busco su mirada y me encuentro con unas pupilas oscurecidas por la ira.

—Porque yo te lo pido, Adeline.

Pese a la cólera, no pierde el aplomo, lo cual le hace aún más aterrador. Preferiría que me estuviera gritando.

—¿Me lo pides? Yo diría que me lo estás exigiendo —rebato, sin apartar la mirada de la suya.

—Te equivocas. Te lo estoy pidiendo. *Amablemente*.

Sí, claro. Lo que hace es imponer su voluntad. Lo que él quiere ha de prevalecer siempre.

—Me estás haciendo daño —le susurro, cuando sus brazos se tensan a mi alrededor.

—Y tú a mí. ¿Por qué disfrutas tanto volviéndome loco? ¿Tanto te pone trastornarme la mente?

¿En serio es eso lo que piensa que estoy haciendo? Porque, a mi corto entender, trastornar la mente es su especialidad.

—No disfruto volviéndote loco, ni trastornando tu mente. Al contrario.

—Oh, claro que sí. Adoras hacerlo. Baila conmigo. Hace mucho que no bailas conmigo.

A veces pienso que este tío está más chalado que yo.

—¿Ahora? —lo miro perpleja—. ¿Quieres bailar ahora?

—Ahora es un momento tan válido como cualquier otro, Adeline —musita, y presiona con suavidad sus labios contra mi pelo.

—De acuerdo. Bailemos, si es lo que te hace feliz.

—Lo es.

No me suelta ni siquiera un poco. Su enorme palma me mantiene con el rostro enterrado en su cuello. Empieza a moverse despacio. Aún suena la misma canción, supongo que está puesta en bucle.

—¿Sabes que estuve sopesando la idea de aparecer por ahí? —me susurra al oído, su respiración cosquilleándome en la oreja y provocándome escalofríos.

—¿Y romperle la nariz a Josh? —le propongo.

Su pecho vibra cuando suelta una suave risa.

—Y romperle la nariz a Josh —corroboro.

—Me habría enfadado mucho contigo si lo hubieses hecho.

—Oh, lo sé. Por eso no lo hice. Sé que no te gusta que pegue a tus amiguitos.

Intento levantar la cabeza para mirarle a la cara, pero esta vez hace fuerza para impedírmelo.

—¿Por qué te comportas así?

—¿Por qué me comporto cómo?

—Como un loco.

—Porque tú desatas mi locura, Adeline.

—Y tú a la mía, Black.

—Mmmm. Entonces, estamos en paz. Consumámonos el uno al otro. En una relación, siempre viene bien una chispa de locura.

—Nosotros tenemos toda una llamarada —rezongo secamente, y Robert ríe.

Sus poderosas manos me cogen la cabeza, me la levantan y acercan mi rostro al suyo. Sus labios chocan contra los míos y su boca me da un beso fuerte, uno de esos besos que no transmiten amor, sino profunda y absoluta ira. Su lengua recorre todos mis profundos recovecos, una y otra vez, cada vez más febril.

—¿Has fumado? —me dice al acabar el beso, con expresión medio ausente.

Me paso la lengua por los labios hinchados y escocidos. Me ha hecho daño al besarme con tanto empeño.

—Un poco —confieso, mirando esos preciosos ojos azules que bajan para sostener a los míos.

—Un poco —repite, como sopesando la situación—. ¿Qué te he dicho de mantenerte alejada de los venenos, Adeline?

En las esquinas de mi boca empieza a temblar una sonrisilla atormentada.

—Oh, te oí la primera vez, pero lo que no me has dicho es que solo hay un veneno en el mundo capaz de destruirme.

—¿En serio? —sus dedos siguen el trazado de las venas azules de mi cuello, y luego su ancha boca se acerca a mi oído y susurra con un deje jadeado—: ¿Cuál?

Manteniendo mi pecho pegado al suyo, hecho un poco la cabeza hacia atrás, para poder mirar bien su angelical rostro y empaparme de él.

—Tú, amor mío.

Con gesto derrotado, cierra los párpados. Deja de moverse, y permanecemos abrazados durante un tiempo inmensurable. En un gesto muy tierno, hunde la cara en mi cuello y suspira, mientras sus brazos me rodean con hercúlea fuerza.

—No quiero destruirte —musita—. No quiero más que amarte.

—Da igual lo que tú quieras, Black. Me consumirás igualmente, tarde o temprano. Lo que tú y yo tenemos, esta violenta e insoportable pasión que despedaza nuestras almas, va más allá de todo lo razonable. ¿Es que no ves lo terrible de nuestra situación?

Por un instante, sopeso la posibilidad de hablar con él sobre el pasado, sobre mis celos enfermizos, sobre la chica del espejo... ¡sobre todo! Hay muchas cosas que Robert no sabe sobre mí, sobre mi familia. Sin embargo, el espantoso miedo que se instala en las profundidades de mi mente me insta a mantenerme callada. ¿Y si él no puede amarme siendo quien soy en realidad? ¿Y si decide que no soy buena para él? Robert Black tiene una imagen sobre mí que no se corresponde con la realidad. Él ve lo que yo dejo que vea. Nunca ve la verdad. Nunca mi verdadero rostro. Tan solo la sombra que lo cubre: mi máscara. Lo que se esconde por debajo de ella es toda una incógnita para Robert Black, y quizá sea mejor así. De lo contrario, un hombre como él jamás amaría a alguien tan jodido mentalmente como yo.

—No quiero más que amarte —insiste con voz atormentada.

Cojo su rostro entre los dedos y beso sus cincelados labios con mucha suavidad.

—Oh, amor mío, ojalá las cosas no fueran tan complicadas —casi gimo, cerca de su oído.

—Las cosas no son complicadas, Adeline. Las estamos complicando tú y yo.

Mis ojos febriles evalúan su hermosa mirada.

—¿Y cómo las simplificamos, Robert? ¿Cómo simplificar las cosas en un mundo como el nuestro?

Se inclina sobre mí hasta que sus cálidos y magullados labios rozan la piel de debajo de mi mentón.

Mi gesto se tuerce.

—Bésame, amor, y no pienses en nada.

—¿Besarte? Besarte no arreglará las cosas, porque, al acabar nuestro beso, el mundo seguirá ahí, y el pasado, el mío y el tuyo, y...

—Que se joda el mundo —me acalla, con las manos cogiéndome con fuerza por la cintura para aplastarme contra su erección—. Que se joda el pasado. *El mío y el tuyo*. Cuando estoy contigo, el mundo entero desaparece, ¡el pasado desaparece! ¿Quién somos? ¿Qué somos? ¿A dónde vamos? ¿Qué hemos hecho? ¿A quién cojones le importa nada de eso, Adeline? Solo estamos tú y yo. Esta noche y nuestro momento. ¿Y sabes qué? Esto nunca va a desaparecer. Porque está clavado aquí —su dedo índice roza su sien—. En mi mente, y en la tuya. Y aquí —señala mi corazón y luego el suyo—. Sobre todo aquí. Clavado tan hondo que siempre va a perdurar, hasta el fin de los tiempos. ¿Y quieres sabes por qué?

Miro esos ojos que relucen con un profundo, oscuro, hermosísimo tono de azul.

—Porque estamos juntos en esto.

—Exacto. Juntos. Tú y yo. Y es para siempre.

—Lo es.

—Lo es —asegura, con una sonrisa de lo más tierna—. Y ahora, bésame. No pienso pedirte más veces.

—Ni yo necesito que me lo pidas.

Mis labios se estrellan contra los suyos en el beso más intenso que jamás nos hemos dado. Mi respiración se convierte en un jadeo violento mientras nuestras bocas chocan la otra a la otra sin la más mínima piedad. Siempre ansiosos, siempre deseándolo todo el uno del otro; siempre anhelado mucho más de lo que se nos ofrece. Nos hemos alzado demasiado alto. Siempre lo he sabido. Siempre he sabido que es peligroso amar a alguien, sobre todo si el amor es tan obsesivo y adictivo como lo es el mío. En una pareja ha de haber confianza, y en la nuestra, desde luego, la hay, aunque es una confianza un tanto retorcida. Dejar tu vida en manos de otra persona es retorcido.

Aun así, Robert Black y yo lo hemos hecho, porque, en el fondo, pese a todas las diferencias, él y yo somos iguales: unos seres acaparadores que disfrutan consumiendo a los que más aman en el mundo.

Me he engañado a mí misma diciéndome que lo que tenemos es un amor puro e inocente. No es cierto. Lo que tenemos es un amor tóxico que acabará con nosotros cualquier día de estos. Aunque, por el otro lado, ¿importan las consecuencias? ¿No será mejor haber ardidado en llamas a no haber sentido ni una sola vez el calor de sus labios?

La música sigue sonando, lejana y apenas audible para mí. Robert y yo nos besamos, nos lamemos, nos fundimos el uno con el otro. Nunca tengo bastante. La ansiedad nunca disminuye, por muchas dosis que él me chute al corazón. Siempre querré más.

—Adeline, cuidado —advierde, con un deje jadeado en su voz, tan gutural y tan enloquecedora—. Estás jugando con fuego otra vez.

Chocamos de nuevo, un cuerpo colisionando contra el otro, seducidos por esta tempestad tan peligrosa que ruga entre nosotros. La violencia de la pasión es insaciable. La adrenalina que chorrea por nuestras venas, adictiva.

—¿Qué me has hecho? —musito, con su cabeza entre las manos.

Deja de arrastrar la húmeda boca por mi cuello por unos segundos e intenta atrapar mi mirada, que se mantiene baja.

—Qué nos hemos hecho el uno al otro, querrás decir —vuelve a pegarse a mí y me levanta por las caderas—. Mírame —ordena con dulzura.

Busco sus ojos y los sostengo.

—Estoy mirándote.

La arruga que cruza su frente se acentúa.

—Tú y yo, contra todo.

—Contra todo —asiento, y él me vuelve a besar con fuerza. Se me hace difícil de explicar lo que Robert Black me hace sentir en este momento. Me siento amada, necesitada, y a la vez, tan increíblemente frágil, como si me fuera a romper en cualquier momento.

Entre sus brazos, con las piernas rodeándole las caderas, doy una vuelta por el aire, como en un carrusel que no para de girar hasta marearme. El mundo que nos envuelve se torna irreal, cada vez más lejano. Mi espalda se estrella contra un muro, consiguiendo que una lámpara de pie caiga al suelo y se convierta en añicos. Por alguna razón, las velas se apagan, y quedamos sumidos en sombras. De todos modos, él y yo pertenecemos a la oscuridad. No nos inquieta la falta de luz.

Sus manos son urgentes y tiemblan al rasgarme la ropa y acariciarme. Las mías, igual de ansiosas, se deshacen de sus prendas, barreras que se interponen entre él y yo. Me siento abrumada por la intensidad de mis sentimientos hacia este hombre que ha arrasado con todo cuanto conocía, con todo lo seguro y lo sensato, arrojándome a un mundo tan desconocido y peligroso; un mundo tan exquisito.

La resbaladiza cabeza de su sexo empuja para entrar. Me agarro a su nuca y levanto la pelvis para que pueda llenarme del todo. Robert entreabre la boca y su respiración pasa a ser brusca. Cuando ya está en las raíces de mi ser, se detiene y se queda quieto, mirándome como si fuera lo más valioso que hay en el mundo.

—Te quiero tanto —musita, y se mece despacio dentro de mí—. Estoy locamente enamorado de ti.

—Y yo...

Cojo una honda bocanada de aire en los pulmones y después capturo sus labios en un beso cargado de sentimientos.

—Dime que nunca me dejarás —musita de nuevo—. No soportaría perderte.

Levanto las pestañas para poder verle los ojos.

—Nunca me perderás. Esto es para siempre.

Reclama mi boca con una avaricia devastadora y me besa hasta dejarme sin aliento. Cuando sus labios se separan de los míos, me parece que está a punto de venirse abajo. Deja caer la frente contra la mía y cierra los ojos, con el miembro palpitando en mi interior.

—Prométemelo...

—Te lo prometo.

Le paso el pulgar por el centro del labio inferior y entonces abre los ojos y me mira.

—Haces que me sienta terriblemente débil en este momento, Adeline.

Frunzo el ceño.

—¿Débil? Eres el hombre más poderoso que conozco.

Da una estocada, con el rostro contraído.

—Contigo, no.

Me quedo mirando la arruga de su frente, la tensión de su cuello y de sus antebrazos, que me sostienen con tanta fuerza.

—¿Por qué conmigo no?

La agonía de su rostro me parte el alma en dos.

—Tú me hacer ser muy vulnerable, nena. Muy, muy vulnerable. Mira lo que me has hecho. ¿Qué voy a

hacer contigo?

Cierro los ojos y dejo escapar un gemido gutural cuando su erección, gruesa y dura, me atraviesa. Sé que espera una respuesta, pero no puedo hablar ahora.

—Oh, Dios, Robert...

—Te tengo —murmura su boca contra la mía, mientras se empuja dentro con más fuerza y roza el punto exacto, pero sin dejarme caer; siempre manteniéndome en lo alto de la cima—. Te tengo, preciosa.

Hundo la lengua dentro de su boca y mi cuerpo lo absorbe todavía más.

—Siempre me tienes ahí donde quieres tenerme.

—Siempre. —Me mordisquea los labios—. Pero no me has contestado aún. ¿Qué voy a hacer contigo?

Sus dedos se clavan con más fuerza en mi carne, me levantan y me vuelven a bajar a lo largo de su miembro.

—No sé qué quieres que te diga. ¿Qué harías si supieras que se te está acabando el tiempo?

Me baja al suelo, me aprisiona contra la pared y se hunde con fuerza dentro de mí. Sus antebrazos se colocan a ambos lados de mi cabeza y sus labios, húmedos y exuberantes, tan cerca de los míos, me exigen a gritos que les robe un beso.

—Esto. Haría esto —murmura, entrando y saliendo, trazando círculos con las caderas hasta llevarme a un estado de semiinconsciencia.

—Entonces, hazlo —suplico, aferrada a sus hombros—. Haz todo cuanto desees conmigo.

Con una mano, me agarra por la espalda y me atrae hacia él.

—No es suficiente —murmura en tono derrotado, dejando caer el pecho sobre el mío. Con una suave pasada de su lengua en torno al lóbulo de mi oreja, me hace gemir con fuerza—. Nunca me parece suficiente. Nunca parezco tener bastante.

Se detiene por un momento y me observa con sus resplandecientes ojos azules.

—¿No tienes bastante, de qué? —pregunto, apartándole un mechón de pelo para poder ver el hermoso rostro que se oculta en la penumbra.

—De ti...

*Todo aquello no fue más que humo, que el viento disipa;
ahora lo compruebo.
(Crimen y Castigo)*

Capítulo 4

No está aquí. Es todo cuanto sé. Un frío terrible se apodera de mí, de las raíces de mi corazón. ¿Dónde se ha metido? Me levanto, llena de desazón, y corro al baño, con la esperanza de encontrarlo ahí, pero el baño está deprimentemente vacío.

La ansiedad empieza a consumirme el alma como un incendio imparable que avanza y avanza hasta descontrolarse. Mis manos tiemblan, mi corazón late desembocado. No es normal que me sienta así cada vez que él se marcha. Mi obsesión está fuera de control.

—¿Robert? —musito, aterrada ante la idea de que se haya marchado tan pronto y sin despedirse de mí.

Me envuelvo con la camisa negra que llevaba anoche, y que aún conserva su maravilloso olor masculino, y bajo la escalera apenas rozando en suelo. Siento que el corazón me va a estallar dentro del pecho. Dominada por un irreprimible desasosiego, irrumpo en la cocina, abriendo la puerta de sopetón.

—Ah, buenos días, señorita. ¿A qué debemos este madrugón?

Me quedo mirándolo y sonrío estúpidamente. Verle siempre disminuye mi ansiedad. Está sentado en la pequeña mesa redonda que hemos colocado al lado de la ventana con el único fin de poder contemplar la bahía mientras desayunamos. Está guapísimo esta mañana. Siempre lo está. Tiene los ojos brillantes y viste una camisa blanca, arremangada, y unos vaqueros descoloridos.

—Estás ya vestido —musito, formulando las palabras con una tristeza devastadora. Si está vestido es porque se va a ir a sitios donde yo no podré seguirle.

—¿Te gustaría que estuviera desnudo? —me propone, y sus labios se alzan picarones.

—¡No! O sea, no me importaría, pero no me refería a eso.

Deja su taza de café encima de la mesa, se pone en pie y se me acerca. La tierra se mueve demasiado rápido cuando su ancha boca se acerca a mi oído y su olor invade mis fosas nasales.

—¿Y a qué te referías? —susurra.

Su voz es gutural, muy baja, muy ronca, con un leve jadeo y una excitante nota de peligro en ella. No puedo evitar estremecerme siempre que me habla al oído, y él me habla al oído muy a menudo porque es consciente de lo que eso provoca en mí.

—Me refería a si te vas a marchar a alguna parte.

«*Para ya. Puede marcharse si quiere. No es tu prisionero*».

—Es martes. La gente normal trabaja los martes, Adeline —murmura distraído mientras su pulgar arrastra hacia abajo mi labio inferior, haciéndome perder la capacidad de hablar.

—Pero no llevas traje —advierdo cuando consigo serenar un poco mi mente.

Sus rígidos antebrazos se colocan alrededor de mi espalda y me pegan a su pecho.

—Lo que quieres saber es si voy a marcharme a alguna parte sin ti, ¿verdad?

Me siento incómoda, como si estuviera interrogándole. En el fondo, es lo que hago cada vez que se marcha. Las mismas palabras, una y otra vez. ¿Adónde vas? ¿Por qué? ¿Por qué no puedo ir contigo? Y cuando él me contesta a toda esa sarta de preguntas, yo le suplico que no se marche, aunque nunca en voz alta. Suplico hacia mis adentros que se quede.

Pero él se va. Porque no sabe lo mucho que deseo que no lo haga. No lo sabe porque nunca se lo digo. Me guardo demasiadas cosas para mí, y a veces temo que un día vaya a estallar a causa de toda la

presión.

—¿Verdad? —insiste, con los ojos bajados hacia los míos.

—Sí —musito, cohibida.

Su aliento tibio estrellándose contra la piel de mis labios me hace entrar en ignición de inmediato. Ahogo un gemido cuando las puntas de sus dedos me rozan la mejilla al colocarme un mechón rebelde tras la oreja. Es increíble cómo, después de todo este tiempo, aún siento esas sacudidas eléctricas estallando en mi vientre ante el contacto de su piel.

—No. No voy a marcharme sin ti. Tenemos planes.

—¿En serio? —parpadeo con rapidez—. ¿Qué planes?

Un guiño es la única respuesta que recibo.

—Desayuna y vístete. Luego te lo cuento.

Me invade la decepción cuando él se aparta de mí. Ya echo en falta el calor de su cuerpo. Ojalá pudiera estar todo el día entre sus brazos.

—¿No hay beso de buenos días? —musito, sin poder evitar el tono lastimero.

Se detiene a unos pocos pasos de distancia y se toma un segundo, antes de volverse de cara a mí. Parece muy divertido, a juzgar por cómo tuerce los labios.

—¿Es eso lo que quieres?, ¿que te bese?

No puedo evitar sonreír.

—Oh, sí.

Ríe entre dientes.

—Ya veo que hemos hecho progresos. Ahora me estás diciendo la verdad.

Le dedico una sonrisa radiante.

—Solo digo la verdad cuando quiero obtener algo de ti.

Enarca una ceja lentamente.

—¿Y qué quieres obtener de mí, señorita?

—Tu alma —me burlo con aire siniestro y los ojos abiertos de par en par.

Me resulta sobrecogedora la expresión de tristeza que adopta su bellissimo rostro. Su sonrisa muere encima de sus labios, su ceño se frunce. Madre mía. ¿Qué he dicho? ¿Por qué le afecta tanto?

—Me temo que mi alma ya la tienes, preciosa —exhala—. Desde hace tiempo ya.

Una sonrisa agónica empieza a vibrar en las esquinas de mi boca. No soporto verle tan atormentado. No soporto saber que él sufre. Haría lo que fuera para ahorrarle el dolor. Daría todo cuanto tengo; sufriría yo en su lugar. Morir por la persona que más amas no es para nada difícil. No requiere ningún esfuerzo. Lo complicado es vivir a su lado y enfrentarse a diario a los celos y al rencor, a la incertidumbre de no saber dónde está o qué está haciendo; al demencial impulso de necesitar controlar su vida en cada momento.

—Entonces, si tu alma ya me pertenece, dame mi beso.

Tuerce la boca en un gesto de indiferencia.

—Conque tu beso, ¿eh? Siempre ha sido ese tu problema, Adeline.

Lo miro confusa.

—¿Cuál?

—Que deberías ser besada más a menudo por hombres como yo.

Se precipita sobre mí, acortando la distancia que nos separa, me coge por la parte baja de la espalda y hunde la boca en la mía. Me aprieta con fuerza contra su torso mientras me da un beso muy profundo.

—Ahora, que ya te he hecho una demostración de lo que es un beso de verdad —jadea en mi boca—, haz lo que te he pedido.

Me quedo en mitad de la cocina, con los parpados cerrados y la respiración brusca, escuchando el sonido de sus pasos alejándose por el pasillo. Cuando abro los ojos, ya no está aquí. Me obligo a ponerme en marcha y a engullir la tostada que me ha dejado preparada encima de un plato. Realmente, necesitamos servicio. No puede pasarte todas las mañanas haciéndome el desayuno. Yo soy una inútil.

Al cabo de unos minutos, regreso a nuestro dormitorio, me doy una ducha corta y me visto con unos vaqueros y una sudadera de *Metallica*. No me ha dicho adónde vamos, así que espero que esto me sirva para lo que tiene en mente. Al bajar, me lo encuentro en el salón, leyendo un aburrido periódico sobre finanzas.

—Ya estoy.

Alza sus hermosos ojos azules, resplandecientes de júbilo.

—Bonita trenza —remarca con voz gutural.

Oh, no. Ya me sé yo esta voz y esa mirada. Le gustaría hacerme cosas muy malas.

—¿Te pone? —me mofo, jugueteando con ella.

—Mucho, señorita Carrington.

Me muerdo el labio y me quedo ahí, en el umbral, esperando a que él mueva ficha. Sin embargo, él cierra el periódico, se pone en pie y se coloca las gafas de sol encima de la nariz. Parece un piloto sexy.

—¿Preparada?

—Depende de para qué.

Me lanza una mirada por encima de las gafas.

—Para vivir la aventura de tu vida.

—No sé yo... ¿Es peligroso?

—Oh, sí.

—¿Mortal?

Las esquinas de su boca se alzan lentamente en una sonrisa tan astuta con la de Satán.

—Sí no prestas atención, sí, ya lo creo que lo es.

—Entonces, ¿por qué vamos a hacerlo?

—Porque será divertido —dice como si fuera obvio.

Sacudo la cabeza con reprobación, cojo la mano que me ofrece y salimos juntos por la puerta. Abre el Maserati desde lo alto de la escalera de piedra y luego me lanza la llave. La agarro al vuelo.

—¿Qué quieres que haga con esto?

—Que conduzcas, Carrington. No preguntes obviedades.

Me pongo pálida.

—Que conduzca —repito sin nada de convicción, buscando una respuesta en su rostro.

—Tienes que sacarte el carné si quieres ocultarme a dónde diablos vas cada vez que sales por la puerta, así que me toca enseñarte a conducir como Dios manda.

No sé muy bien cómo encaja todo esto con su vena controladora. Debe de costarle mucho esfuerzo ofrecerme esta libertad. Adora controlarme tanto como adoro yo controlarle a él.

—Pero me dan miedo los coches —repongo, con la voz convertida en un chillido agudo.

—No te dan miedo si conduzco yo —me recuerda, y he de darle la razón. Lo cierto es que con él me siento valiente y poderosa. No hay nada que me asuste en el mundo. Salvo, por supuesto, la idea de perderle algún día. Ese pensamiento me mata.

—Eso es distinto. Confío en ti.

—Entonces, confía también en ti misma, Adeline. Vamos.

Cojo una honda bocanada de aire para envalentarme a mí misma y arrastro los pies de camino al coche. Nos montamos a la vez, y Robert me dice que me ajuste el asiento y los espejos.

—¿Y ahora qué? —preguntó mirándole.

—Arranca. ¿Te acuerdas de cómo lo hiciste la vez pasada?

—Sí. Con las manos temblorosas.

Suelta una carcajada.

—Pues haz lo mismo. Coge la palanca —cuando obedezco, coloca la mano encima de la mía, haciéndome estremecer—. Observa. Primera. Segunda. Tercera. Cuarta. Quinta. Sexta. Marcha atrás. ¿Lo tienes?

Lo miro con expresión de pánico. ¿Piensa que con mostrarme todo eso es suficiente?

—¿Robert, estás seguro de esto?

—¿Si estoy seguro de si me apetece dejar mi vida en tus manos? Sí, Adeline. Tú has dejado la tuya en mis manos más de una vez, ¿recuerdas?

Me ruborizo violentamente. Como para olvidar aquello.

—Esto es distinto.

—Esto es igual. Tira. Yo te ayudaré.

Sigo sus instrucciones en todo momento, y esta vez aprendo que no hay que mantener pisado el embrague todo el rato, sino cada vez que se necesita hacer un cambio de marcha. Tampoco es tan difícil. Al cabo de un tiempo, lo domino lo bastante como para ir en cuarta.

—Es asombroso —le digo mirándolo de soslayo.

Sonríe.

—Te lo dije. Sube la velocidad y mete quinta. Esto se te da mejor de lo que pensaba.

—Madre mía. ¿Crees que estoy preparada para tanto?

Las comisuras de su boca se elevan en una lenta media sonrisa.

—Oh, sí. Estás preparada para la fase tres, nena.

No sé qué quiere decir con eso, ni quiero saberlo. Meto quinta, y el coche vuela. Robert me baja la ventanilla. Hace un día soleado, y el aire húmedo de East Egg me golpea contra la cara. Lo de la trenza ha sido una idea acertada.

—¿Qué sientes, Adeline? ¿Qué sientes cuando tu pie roza el acelerador?

Sonrío, sin dejar de mirar hacia la carretera. Apenas hay tráfico hoy. Supongo que por eso Robert ha elegido esta zona tan poco transitada. A lo lejos está el océano, aunque no me atrevo a mirar hacia allí, no vaya a ser que pierda el control de este trasto. Me asusta un poco toda esta potencia, a la vez que me seduce. El coche es muy parecido a su dueño: potente, intenso, difícil de domar. Tan malditamente irresistible...

—Me siento... libre —me detengo al darme cuenta de que eso es cierto—. Por primera vez en mi vida, me siento libre —repito, más bien para mí misma.

Robert se arrellana en su asiento y se cruza de brazos, satisfecho por mi respuesta.

—Entonces, me complace saber que esta primera vez también ha sido conmigo.

Sonrío y aumento la velocidad un poco más. *Libre...* Así que esto es lo que se siente al volar lejos.

Robert, que siempre está en todo, pendiente de cada una de mis necesidades, se me ha adelantado y ha contratado a Maggie para que se haga cargo de la casa. Estoy encantada con su presencia. Por alguna razón, mi mente asocia a Maggie con una figura maternal. Siempre deseamos aquello que no tenemos, ¿verdad?

—Ha prometido enseñarme a hacer un pastel de chocolate cualquier día de estos —le digo a Robert

mientras, los dos desnudos, yacemos en la cama.

Las puntas de sus dedos se entretienen dibujando círculos en mi vientre.

—Eso es estupendo, si es lo que deseas —comenta distraído.

Ya es de noche, y ambos hemos tenido un día muy ajetreado. Al volver de nuestro paseo en coche, Robert se ha encerrado en su despacho y se ha pasado la mañana enganchado al teléfono. Yo aproveché el rato para conocer mejor a la agradable Maggie. Al concluir mi larga charla con ella, me fui a ver a Robert, pero estaba muy ocupado (y bastante gruñón), de modo que decidí ir al gimnasio para dejar de incordiarle. Nunca me ha gustado hacer ejercicio. Sin embargo, esta mañana sentía que me hacía falta quemar las energías negativas y liberar unas cuantas endorfinas. Estuve corriendo en una cinta durante cincuenta minutos, perdida en mis pensamientos. Cuando me quise dar cuenta, estaba al borde de un infarto.

—Me duele todo —me quejo.

Robert, con un brazo por debajo de mi cabeza, ríe.

—Seguro que no es para tanto.

—Para ti, seguro que no. Pero yo no estoy acostumbrada a tanto esfuerzo físico.

—Eso no es cierto. Cada día tienes más resistencia —remarca con voz ronca.

Hago una mueca de aburrimiento.

—No me refería al sexo, Robert.

—Yo sí.

—No me digas.

—Hablando de sexo... —Su pulgar se entretiene estimulándome los pezones—. Qué tal si...

—Lo acabamos de hacer —le recuerdo con los ojos entornados.

Sonríe.

—¿Y?

—Antes has dicho que estabas muy cansado.

Su rostro adopta cierto aire divertido.

—Cansado, sí. Pero no cansado de ti. Nunca estoy lo bastante cansado como para no desear follarte. Nunca.

Para hacer hincapié, su erección se frota contra mi muslo, y a mí se me contrae el estómago.

—Echo de menos aquellos tiempos en los que decías *hacer el amor*.

Su pecho vibra a causa de la risa.

—¿Es eso lo que quieres?, ¿que te haga el amor? —musita.

Sin esperar respuesta, su dedo se cuela en mi interior para tantear el terreno. Sonríe al ver que estoy preparada para recibirle. Se me coloca encima, con los ojos planeando sobre mi rostro, y su boca baja y cubre a la mía.

—Mmmm. Me da igual mientras te tenga cerca. ¿Mañana también trabajas desde casa? —interrogo, ajena a esos labios que bajan por mi cuello.

Robert retira el dedo, reluciente, y se lo lleva a la boca.

—Me gusta cómo sabes —cambia de tema. Detesto cuando hace eso. Cada vez que le pregunto algo serio, intenta distraerme con el sexo.

—¿Eso es que no? —insisto.

Suelta un suspiro airado, se aparta y regresa a su sitio en la cama, lejos de mí.

—¿Qué es lo que quieres, Adeline? —pregunta, con los ojos clavados en el techo—. ¿Que no vaya a trabajar mañana tampoco?

Vaya, ahora parece furioso. Se ha puesto a la defensiva. ¿Qué diablos le pasa? Solo era una pregunta.

—No, no es eso.

—¿Entonces, qué es lo que quieres de mí?

Coloco la palma encima de la suya y hago que nuestros dedos se entrelacen. Realmente no quiero estropear este momento. Si llego a saber que reaccionaría así, no le pregunto nada.

—Solo quiero conocer tus planes. No sé por qué te pones así.

—¿Mis planes?! —mueve el cuello con brusquedad para lanzarme una mirada chispeante—. ¿Quieres saber mis planes? ¡Pues te diré cuáles son mis jodidos planes! Echarte un polvo a primera hora de la mañana. Ir a trabajar. Ganar un jodido caso que me quita el sueño por las noches. Volver a casa. Follarte. Chocante, lo sé, pero solo puedo pensar en follarte. Es como si no pudiera arrancarme esa idea de la cabeza. Después, cenaría contigo. Te follaría por última vez, en la ducha, a lo mejor, y luego dormiría abrazado a ti. ¿Qué te parece eso como plan?

Sí, está cabreado conmigo. Seguro que piensa que le asfixio. Y quizá lo esté haciendo. Ojalá pudiera dejar de comportarme como una obsesa.

—Es un buen plan —contesto con un hilo de voz.

—Cojonudo. Buenas noches.

Planta un beso en la punta de mi nariz, apaga la lámpara de su mesilla y me da la espalda. Me deja descolocada. ¿Por qué se ha enfadado tanto? Él hace exactamente lo mismo conmigo. ¿Por qué le molesta tanto cuando la que quiere el control soy yo?

—No vamos a...

—No —rezonga—. Se me han quitado las ganas.

Dejo caer los párpados y los aprieto con fuerza. Está raro. No sé qué pasa con él. Es la primera vez que Robert Black me rechaza.

—Antes nunca se te quitaban las ganas —digo por fin, incapaz de suavizar el tono acusatorio.

Se gira de cara a mí con rapidez y me mira a través de la penumbra, con el rostro consumido de ira.

—¿Antes de qué, Adeline? —pregunta lentamente, con voz baja y masticando cada una de las palabras.

Veó en sus ojos el esfuerzo que está haciendo por no estallar.

—Antes. Antes de que te marcharas tanto a Los Ángeles. Antes de que te volvieras tan raro.

Se incorpora y enciende la luz de su mesilla. Está echando humo.

—¿Qué coño estás insinuando?

—Nada. Solo lo decía.

Se pasa una mano por el cabello y luego se lo mesa, mirándome como si estuviera agotándole la paciencia.

—Deberíamos dormir. Ha sido un día duro para ambos. Buenas noches.

No soporto todo este aplomo con el que me habla. ¡Me enferma su condenado aplomo! Le doy la espalda y me hago un ovillo en la cama mientras las lágrimas se escurren por mi rostro y se derraman sobre la almohada.

—¿Cuándo ha sido? —musito al cabo de toda una eternidad.

Robert deja escapar un suspiro agraviado.

—¿Cuándo ha sido, qué?

Mi rostro se tuerce de agonía.

—Cuándo has dejado de amarme...

Hace una terrible pausa, antes de musitar:

—Tienes días en los que estás inaguantable, en serio.

Me vuelvo de cara a él y lo miro con expresión herida.

—Vaya. Es muy bonito eso que acabas de decirme. Muy romántico todo. ¿Te parezco inaguantable ahora?

Abre la boca para decirme algo, pero acaba cerrándola. Coge una honda bocanada de aire, la retiene y luego la suelta lo más pausado que puede.

—Mira, ¿sabes qué? No estoy de humor para discutir contigo ahora mismo. He tenido un día de mierda.

—¿Ha sido un día de mierda por haberlo pasado en casa, conmigo?

Me lanza una mirada de basilisco; una mirada terrible que nunca había visto en sus hermosos ojos. Prácticamente pega un salto de la cama y se precipita hacia el vestidor. Me incorporo de inmediato, coloco las rodillas por debajo del cuerpo y me tapo con la sábana.

—Qu... ¿qué estás haciendo? —balbuceo.

—Irme.

Siento un nudo de pánico en la boca del estómago. La desesperación que me asalta es impresionante. No puede irse. ¡Le necesito!

—¿Irte? ¿Adónde?

—A dar una vuelta. A tomar algo. ¡No lo sé! He tenido un día jodido y solo quiero distraerme un poco. Cuando sepa lo que voy a hacer, te mandaré un informe por fax, para que sepas en todo momento dónde estoy y qué coño estoy haciendo.

Me quedo sin palabras ante su golpe tan bajo.

—¿Por qué cuando tú intentas controlarme está bien, pero cuando lo hago yo, te saco de tus casillas?

Vuelve la dureza de su rostro hacia mí mientras se abrocha los botones de la camisa y se pone unos gemelos plateados. Va demasiado guapo. ¿Adónde piensa ir tan arreglado?

—¿Qué te acabo de decir, Adeline?

Me quedo petrificada. Toda esta zozobra, instalada en la hondura de mi alma, me insta a deshacerme en agudos y desgarradores gritos. Pero no puedo hacerlo. Ni siquiera se me permite ese alivio. He de mantener la cordura, no vaya a pensar en ingresar en un condenado manicomio.

—No sé de qué estás hablando —me obligo a decir con una tranquilidad que no siento.

—Te he dicho que no estoy de humor para tus escenas de celos hoy. Buenas noches.

No hay ni una sola emoción en su voz. No hay nada en su mirada, ni en su rostro. En este momento, Robert Black parece completamente lejano a cualquier sentimiento humano. Sin más explicaciones, agarra una chaqueta y sale cerrando de un portazo.

—¿Robert? —musito, pero nadie contesta.

Pego un salto de la cama y bajo la escalera para correr detrás de él.

—Por favor, Robert. No te marches. Te lo suplico. ¡Robert! Habla conmigo.

Lo cojo del brazo para detenerle. Deja de caminar y tarda unos instantes en volver los ojos hacia mí. Al ver la ferocidad que arde en sus oscuras pupilas, le suelto el brazo y retrocedo un poco.

—Te amo —me dice entre dientes, con voz baja y letal—. Te amo tanto que me asusta, pero eso no parece ser suficiente para ti, Adeline. Te lo doy todo. Mi alma es tuya. Sin embargo, tú me exiges más, y a mí no me queda nada más para darte. ¿Lo entiendes?

Lo aferro por las muñecas, con una desesperación y una ansiedad que no puedo dominar.

—Por favor, no te marches. No me dejes sola ahora.

Me mira a los ojos durante mucho tiempo, y luego se libera con suavidad de las manos que le aprisionan. La lejanía de su mirada es desoladora.

—Necesito tiempo —dice, y se marcha, dejándome ahí, al lado de la puerta, desamparada y sin aliento.

Me llevo la mano a la cabeza e intento respirar, pero el aire no parece suficiente. ¿Necesita tiempo? ¿Para qué?, ¿para olvidarse de mí y de todo lo que una vez tuvimos?

—¿Robert? —musito aterrada. Cuando me doy cuenta de que nadie va a contestar, deajo escapar un sollozo.

Solo ha sido un roce estúpido. Uno de muchos. ¿Por qué se ha cabreado tanto esta vez? ¿Cómo ha podido irse así, sin más, pese a que le he suplicado que se quedara? ¿Por qué nunca se comunica conmigo? ¡¿Por qué nunca me comunico yo con él, maldita sea?! Presa de la ira, paso la mano por un pequeño aparador y arraso con todo lo que había encima.

Corro hasta el baño y ahí me aferro al borde del lavabo y respiro con fuerza varias veces. Me falta el aire cada vez que él se marcha. Tengo ganas de llorar, unas terribles ganas de llorar. Esto es inaguantable. No soy lo bastante estable como para enfrentarme a esto ahora. La mera idea de perderle eleva mi locura hasta límites imposibles.

Con manos trémulas, abro el cajón donde guardo mis pastillas y empiezo a revolverlo todo con nerviosismo. Las había dejado de tomar, pero ahora las necesito más que nunca. El veneno reclama mi alma, y yo estoy dispuesta a ofrecérsela en una maldita bandeja de plata.

—¿Dónde están? ¡¿Dónde coño están?! —rujo, y retiro el cajón para verter su contenido en el lavabo.

Al fin veo el bote marrón que me dio Darrow. Lo escondí en el botiquín para no levantar las sospechas de Robert. *Una sola píldora, y solo en casos extremos*; eso es lo que pone en la etiqueta. Estas pastillas deben de tener efectos alucinógenos, porque dicen que, con una sola dosis, vez las cosas tal y como te gustaría que fueran. Nada es real, ¿pero a quién diablos le importa eso? Mientras estás bajo sus efectos, no sientes nada, tan solo felicidad. O así debería ser.

Soy incapaz de dejar de temblar mientras me llevo a la boca una de esas píldoras blancas y redondas, que trago sin agua y sin nada. Solo quiero que me quite este dolor; este inaguantable sufrimiento que me desgarran hasta el tuétano.

Al cabo de un rato, empiezo a notar los efectos. Los venenos te alzan para poder derrumbarte, ese es su procedimiento habitual. ¡Malditos, malditos venenos! Ojalá me lo hubieran dicho antes. Ojalá alguien me hubiera advertido acerca de lo mucho que quema el fuego; acerca de la devastación que provoca el amor.

Levanto la mirada hacia la chica del espejo, para ver si a ella le pasa lo mismo que a mí. Sin embargo, ella sonrío, como si estuviera alegrándose de verme tan infeliz. Todo esto es culpa suya. Ella quiere el control, y cuando intenta cogerlo, lo destruye todo. Porque así es la chica del espejo: ella destruye todo lo que toca. Todo lo que ama... Por eso ella y yo nunca tuvimos nada. Por eso nunca tendremos nada.

Estoy temblando de rabia. Sin poder contenerme, agarro un bote de colonia de la estantería y lo lanzo contra el espejo. El cristal se resquebraja. Ahora hay diez pequeñas chicas del espejo mirándome y riéndose de mi locura.

—¡Estúpida! —le grito, para acallar las carcajadas que retumban dentro de mi mente. Me cojo la cabeza entre las manos y aúllo. Sin embargo, las risas no cesan—. Estúpida. Estúpida. Estúpida.

Agarro otro bote de colonia y golpeo el espejo una y otra vez. Los añicos caen al suelo, se me clavan en las palmas, me desgarran la piel. Me da igual el dolor. No puedo controlarme. No puedo detenerme. Nunca me he sentido tan furiosa.

—Todo esto es culpa tuya. ¡Estúpida! ¡Estúpida! ¡Estúpida!

Cuando ya no tengo fuerzas para seguir aporreando el espejo, me deajo caer al suelo y rompo en sollozos. He perdido completamente la cabeza por este hombre. Me enferma mi propia idiotez. Todo esto es culpa mía. He sucumbido a este voluntario ostracismo, he dejado que él tenga todo el poder sobre mi

vida. Ahora, simplemente, me estoy enfrentando a las consecuencias de todos los pasos en falso que he dado en los últimos meses. He construido un castillo de naipes en llamas, un castillo endeble que ahora se está derrumbando por encima de mí.

Me cojo la cabeza entre las palmas ensangrentadas. ¡Parezco tan patética! Suelto un alarido, de dolor o de ira, no lo sé. Ojalá pudiera verme ahora. ¡Si tan solo pudiera ver en lo que me ha convertido su estúpido amor! Ojalá estuviera aquí para verme tan loca y tan decrepita, tan desesperada; tan fuera de control. Lo miraría a los ojos y le diría *te lo dije*, y él me daría la razón.

Pero no puede verme. Porque no está aquí, y quizá, nunca vuelva. Esa es una posibilidad que me aterra. Porque, si no vuelve, tendré que aceptarlo y aprender a vivir sin él, y ni siquiera sé cómo hacerlo. No sé por dónde empezar. Solo sé que tengo que conseguirlo como sea.

Después de él, nada volverá a ser igual. Después de él, solo quedarán mil pedazos de esta patética persona en la que me ha convertido. Es curioso, porque eso lo supe desde el principio. Siempre supe que un hombre que tiene el poder de juntar los pedazos de tu corazón, tiene el mismo poder para volver a separarlos.

Ahora lo ha hecho, me ha vuelto a romper, y yo tendré que encontrar las fuerzas para abrir los ojos cada vez que salga el sol; las fuerzas para volver a cerrarlos cada vez que el día muera. Una parte de mí sabe que acabaré lográndolo. Yo no soy Chris. No soy como Chris, a pesar de todas mis obsesiones. A diferencia de mi hermano, entiendo que no puedes retener a alguien a la fuerza. No puedes obligar a alguien a que te ame. Tienes que pasar página, incluso si eso significa admitirte a ti mismo que el amor se ha ido. Siempre hay que mirar hacia el futuro, ¿verdad?

«¡¿Qué futuro?!»

Otro concepto estúpido que nada significa para mí. Sin Robert, lo que me espera es un futuro vacío, gris y deprimente, un futuro donde la nada me tragará en oscuras y peligrosas oleadas, hasta absorber toda mi esencia. La nada, de un modo u otro, siempre pretende apoderarse de tu esencia. Pero, por si sirve de consuelo, dicen que un futuro espantoso es mejor que ningún futuro. Ha de serlo.

Con la mente un poco más serena, miro a mi alrededor para analizar los hechos. El espejo se ha convertido en añicos, y he destrozado dos de las colonias de Robert. No importa. Es rico. Puede permitírselo. No me preocupan en absoluto los daños materiales, sino aquellos que no puedo ver y que están enterrados en las profundidades de mi alma. ¿Se puede enloquecer de amor? Oh, sí. Lo he visto más veces. He visto los añicos y la destrucción que causa el estúpido amor. Cuando conocí a Robert Black, supe desde el primer momento que me pasaría algo así algún día. Lo que no sospeché es que aquel temible “algún día” pudiera llegar tan pronto, porque, aunque me cueste admitirlo, “algún día” es hoy.

Una parte de mí siempre ha pensado que él llamaría. O que volvería. Pero ya es de día y Robert ni ha llamado ni ha regresado a casa. Solo se me ocurre un sitio en el que pueda encontrarle: su *loft* de Manhattan. Y ya estoy de camino hacia ahí. No he dormido en toda la noche. Me siento fatal por mi ataque de locura. Quizá deba volver a ver a Zagers. Cuando mi vida parecía encaminarse, resulta que se vuelve a descontrolar. Ahora que el efecto de la píldora ha pasado, veo las cosas con otros ojos.

—¿Mario, puedes dejarme aquí? —Es imposible avanzar en el tráfico matutino, y yo tengo muchísimas ganas de verle y aclarar la estúpida pelea de anoche. Me tragaré mi orgullo. Una vez más. Y le suplicaré que se quede.

«Una vez más».

El grandullón de Mario me mira por encima de sus oscuras gafas de sol.

—¿Aquí? ¿Está segura?

Compongo una sonrisa tranquilizadora.

—Sí, me apetece moverme un poco esta mañana —miento.

Tengo la esperanza de que caminar antes de verle haga disimular mi ansiedad. No puedo presentarme en su puerta con aspecto de persona loca.

—Está bien. Estaré dando vueltas por aquí.

—Gracias.

El coche se detiene en el arcén y yo me apresuro a bajar, ya que varios conductores pitan impacientes a nuestras espaldas. Saludo a Mario con la mano y me encamino en dirección a la Trump Tower, que se alza, tan poderosa como una fortaleza, hacia el cielo azul. Parece que ha llegado la primavera y por fin puedo disfrutar de mis manoleínas favoritas, de un conjunto vaquero bastante primaveral y de unas enormes gafas de sol con lentes azules.

Sí, sin duda, esta mañana veo el mundo con ojos distintos. Nunca más volveré a tomar esas pastillas. Me afectan demasiado. No me gusta lo que provocan en mí.

Decidida y sonriente, vuelvo la esquina. Y entonces es cuando le veo y algo se quebranta dentro de mí.

Robert está en la calle e intenta detener un taxi, aunque no es para él, sino para la mujer rubia que le acompaña. Freno en seco y me agarro al muro de un edificio para poder mantenerme en pie. El corazón me late a toda velocidad, tanto que por un momento pienso que me está pasando algo, como morirme, por ejemplo. El pánico me atenaza las entrañas como un hierro candente, y el aire ya no llega a mis pulmones. El impacto del momento en el que tus peores temores cobran vida es tan brutal que te paraliza por completo. Nada se le puede comparar a esto.

Me pego al frío muro de piedra arenisca, justo en la esquina, cierro los ojos y rezo para que sea un delirio. Esto no puede estar pasándome. Él no es así. Él no me haría algo así. Yo lo conozco. Robert Black no es esa clase de tío. Y, sin embargo...

Ladeo el cuello, lo bastante como para ver lo que se esconde al otro lado de la esquina del edificio. Ha detenido un taxi y ahora sostiene la puerta para que la mujer pueda montar. Es muy guapa. Mayor. Más o menos de su edad. Muy sofisticada, con un traje de falda lápiz y chaqueta corta, muy ajustada, de un tono marfil que realza el toque bronceado que se ha aplicado en los altos pómulos. Parece una supermodelo. Lleva el cabello peinado en enormes bucles, y hay unas oscuras gafas de sol tapándole medio rostro. Robert se inclina sobre ella y le da un beso en la mejilla, y yo quiero morirme.

No soporto mirarlos más. Duele de modos inimaginables. Doy media vuelta y salgo corriendo en dirección contraria. Mis gafas de sol caen al suelo. No me detengo para recuperarlas.

Desearía volver a ser pequeña, como cuando me escondía en un armario para protegerme del estruendo provocado por el cristal resquebrajado. Desearía que Chris estuviera ahí, conmigo, que sujetara mi mano y me dijera lo que siempre me decía:

«Nunca vamos a sufrir como ella. Nunca. Porque nosotros tenemos nuestra norma. ¿Cuál es nuestra norma, Adeline?»

«Prohibido amar».

Él me sonreiría y me acunaría entre sus brazos. Apretaría los labios contra mi sien y me susurraría:

«Prohibido amar, cachorrillo. Recuérdalo siempre. Prohibido. Amar».

Pero Chris ya no está aquí. Ya nadie sujeta mi mano ahora. Nadie cuida de mí. No hay salvación, no hay caballeros de brillante armadura rescatando a doncellas. No hay nada. ¡Nada! Resulta que el único hombre que se ha preocupado por mí en toda mi miserable vida no es más que un mentiroso de mierda. Todo está destrozado ahora, y lo peor de todo es que me lo he hecho con mis propias manos. Todos los pasos que he dado, todas las decisiones que he tomado, han resultado ser erróneos. Se lo dije. Le advertí

que no estaba preparada para volver a perder a alguien a quien amo. Pero él no me hizo caso, y ahora toca pagar las consecuencias.

¿Morir por la persona que más amas? Eso es fácil. Mi hermano cogió la vía rápida y acabó con todo. Lo difícil es vivir sabiendo que no tienes nada y que nunca lo has tenido, que no ha sido más que polvo de ceniza; ceniza que ahora vuela arrastrada por el viento.

«Oh, amor mío. ¿Qué has hecho?»

Nunca debí romper mi norma. Las normas te mantienen a salvo.

No sé cuánto tiempo llevo caminando cuando el móvil empieza a vibrar en el bolsillo trasero de mis vaqueros. Salgo de mi ensoñación, lo retiro y lo miro con ojos mortecinos y expresión descompuesta.

«Robert».

Me siento loca de dolor al ver su nombre en la pantalla. Y, con todo, mi corazón pega un violento brinco entre las paredes de mi pecho, como pasa cada vez que él anda cerca. Es tan estúpido todo... ¡Soy tan estúpida! ¿Me destruye de este modo y yo aún me emociono por una simple llamada suya?

—¡Dios! —me grito a mí misma, atrayendo varias miradas no deseadas.

No debería estar haciéndolo, pero no puedo evitarlo: descuelgo con manos trémulas y rezo para que mi voz suene inflexible. No quiero su estúpida compasión. Nunca he soportado la idea de recibir compasión, y aún menos la suya.

—Dime.

—Buenos días, Adeline. ¿Qué tal estás?

Dejo de caminar y me apoyo contra el tronco de un árbol, pues no estoy segura de si los pies me aguantarán. Los dos parecemos recelosos, intentando calibrar al otro.

—¿Querías algo, Black? Pasemos de los formalismos. No estoy de humor.

Resopla.

—Sí. De acuerdo. Ya me lo figuro. En fin, yo... Tenemos que hablar sobre lo de anoche.

—¿Ah, sí? ¿Y qué tienes que decirme sobre lo de anoche?

—Verás, yo... —Se calla unos instantes, y mi rostro se contorsiona de dolor. ¿Qué mentira va a decirme ahora? No quiero escuchar ni una sola mentira suya. Ni un solo *te quiero* de mierda. Nada era cierto. «No era cierto...»—. No estoy pasando por mi mejor momento, Adeline, esa es la verdad —habla por fin, y mi expresión se tuerce aún más—. Sé que no es excusa, pero es cierto. Estoy trabajando en algo que me está afectando muchísimo, y cuando llego a casa, solo quiero desconectar y relajarme. Y anoche, yo... perdí un poco los papeles contigo y...

—No perdiste los papeles. Te marchaste.

«Para estar con ella».

Por un instante, sopeso la posibilidad de preguntarle quién es esa mujer, si es *Ella*, mi fantasma, el demonio más poderoso que me atormenta la mente. Pero no lo hago. No pregunto nada. No creo que esté preparada para recibir una respuesta afirmativa.

—Es cierto, me marché —vuelve a resoplar—. Lo siento, no ha sido muy maduro por mi parte. No quería dar lugar a una pelea entre tú y yo. Dios sabe que soy irascible últimamente. Supongo que lo que intento decir es que...

—Sigo sin entender por qué me llamas —lo freno con dureza—. Para confesar tu alma, están los confesionarios. Es gratis. Deberías probar de vez en cuando. En serio. Te vendría bien.

—Adeline, vamos, cede un poco. Este soy yo disculpándome por haber sido un capullo anoche. ¿No

podrías decir *te perdono* y hacer borrón y cuenta nueva?

Dios, quiero gritarle. Y hacerle daño. Mucho daño. Quiero que sufra como estoy sufriendo yo.

—Escúchame bien, Black, porque no pienso decírtelo dos veces. Al igual que tú, yo también detesto la redundancia. No me llames ni me busques, porque no me encontrarás. No quiero hablar contigo. No quiero saber nada de ti. Ni siquiera quiero respirar el mismo maldito aire que tú.

—¿Qué? —dice pasmado, y su voz vibra, a causa de la ira o de la emoción, no lo sé—. ¿De qué estás hablando?

—Por si no lo has pillado aún, capullo, lo que no quiero es volver a verte jamás.

—¿Pero qué dices? Estás...

—¡Sí, estoy loca, cabrón de mierda! ¿Aún no te has dado cuenta de ello?

Cuelgo el móvil, le retiro la batería y lo lanzo a un alcantarillado. «*Encuéntrame ahora, gilipollas*».

Apresuro el paso por la acera, sin saber hacia dónde dirigirme. ¿Adónde van las personas que no tienen nada?

«*Al Infierno*», susurra una voz dentro de mi cabeza, y yo suelto una carcajada. La chica del espejo tiene su gracia, hay que admitirlo.

Pego un brinco cuando un coche me pita para que me detenga. Levanto la cabeza y constato que, en efecto, el condenado muñeco está en rojo y yo casi me embarco en la suicida misión de cruzar un enorme paso de cebra, transitado por decenas de vehículos.

Miro a mi alrededor, a todas esas personas que corren por la acera de un lugar al otro. Me siento tan pequeña y tan insignificante aquí... ¿Qué saben todos ellos sobre mí? Nada. Ellos no conocen mi historia. Ni siquiera les importa. Para todo ellos solo soy una chica que camina sin rumbo. No pueden ver la angustia que batalla dentro de mi corazón, ni la expresión vacía que asoma en mis ojos. No saben el terrible error que he cometido al enamorarme de un hombre que no valía la pena.

Lo peor de todo es que me lo advirtieron desde el principio. «*Ese hombre es algo parecido a Satán*», me dijeron. Pero yo no me lo creí porque las llamas que consumían sus hermosos ojos seducían en lugar de aterrar. ¡Cuán ingenua! El Diablo nunca asusta. ¿Cómo es que no lo he sabido hasta hoy? Lo que hace es destruirte suavemente, pedazo a pedazo, siempre con tu consentimiento. A fin de cuentas, el Diablo tiene un lado angelical, muy oculto en las profundidades de su dañada y oscura alma, ¿verdad?

El muñeco se pone en verde, y yo cruzo, empujada por la avalancha de personas apresuradas. A mitad del cruce, mi hombro choca contra el hombro de un hombre alto y moreno que corre en dirección contraria.

—Eh, mira por dónde andas, capullo.

Levanta la mirada hacia mí, lo cual me produce un escalofrío a lo largo de la espalda. Esos intensos ojos verdes me miran como si quisieran consumir mi alma.

—¿Adeline?

—¿Hunter?

—Vaya, vaya. Interesante coincidencia. Hola, bombón. Me alegra verte.

No puedo reaccionar. Hunter, con una sonrisa de oreja a oreja, me coge por los hombros y me hace cruzar la calle en la dirección a la que se dirigía él. Sin decirme nada, entrelaza nuestros dedos y me conduce a un parque cercano, donde me insta a tomar asiento a su lado, en un banco cualquiera. Estoy paralizada, mirándolo estúpidamente. No puedo reaccionar.

—¿Estás bien? —habla por fin.

Trago saliva.

—Sí —me obligo a decir, al cabo de unos momentos.

Sus ojos me atraviesan como una daga, con una obstinación que me incomoda un poco.

—No pareces estar bien. Tienes el rímel corrido, y estás muy pálida. ¿Cuándo fue la última vez que comiste algo?

Intento hacer memoria. Ni siquiera sé muy bien qué día es hoy.

—Ayer, creo.

—¿Ayer? Está bien. Nos vamos.

Busco una respuesta en sus resplandecientes iris verdes, pero no hay nada ahí. Nada.

—¿Adónde vamos? —Lo miro interrogante, y él me sonrío como para tranquilizar mi más que evidente ansiedad.

—Sé un sitio cerca donde se come bien. Necesitas comer algo, Adeline.

Frunzo el ceño.

—¿Y a ti qué más te da si como o no?

Se toma un momento, y luego me sonrío con timidez.

—Me importas. Aunque seas suya, y aunque me rechazaras la última vez que te vi, no quiero verte sufrir. Y es bastante evidente que ahora mismo estás sufriendo como un perro.

Es curioso cómo encuentras bondad en las personas de las que menos te lo esperas. En este momento me doy cuenta de que Hunter no es tan malo como pensaba. Nunca acierto a la hora de calar a las personas. De un modo u otro, siempre acabo sacando conclusiones erróneas. Robert me parecía bueno, y noble. ¡Qué gilipollez! Creo que necesito una condenada brújula que me indique el bien y el mal, porque yo, claramente, carezco de la capacidad de descubrirlo por mí misma.

Hunter me coge por el codo y empezamos a caminar despacio hacia la ruidosa calle.

—¿Quieres decirme qué te ha pasado? Has cambiado desde la última vez que nos vimos, y no precisamente para bien.

Me encojo de hombros.

—Robert —es lo único que digo al respecto.

—¿Qué pasa con Robert? —se interesa Hunter. Parece preocupado.

No digo nada durante unos segundos. Él tampoco habla, se limita a caminar a mi lado, ahora con la mano encajada en la mía.

—Se ha ido.

El ceño de Hunter se frunce.

—¿Adónde?

Tuerzo los labios en un gesto de indiferencia.

—¿A quién le importa eso ahora? Solo quiero olvidarme de él de una vez por todas.

—Es curioso, porque vengo de un lugar donde la gente acude justo para eso. —Lo miro, y él me dedica una sonrisa tranquilizadora—. Para olvidar, preciosa —aclara en un susurro.

—Llévame —suplico, sin pensar.

—No, no creo que estés preparada aún. Además, el lugar le pertenece a tu amigo. Me mataría si te llevara.

Miro sus ojos, brillantes, intensos, cargados de toda clase de secretos; ojos llenos de promesas y peligro; ojos inteligentes que han visto más lo de que deberían.

—¿Qué amigo?

—Darrow. Espera... Nunca te ha hablado de sus negocios, ¿a que no?

Parpadeo confusa.

—Quieres decir que tiene más negocios, aparte de ser...

—¿El camello de la élite? —me interrumpe—. Oh, sí, tiene más negocios, pero no seré yo quién te lleve ahí. Se cabrearía conmigo. Será mejor que vayas sola.

—¿Y cómo puedo ir?

—Su socio, Eric, podría introducirte, si quieres.

¿Que si quiero que me lleven a un sitio que me hará olvidarme de Robert Black? Demonios, sí.
¿Dónde hay que firmar?

—¿Es peligroso? —Pongo un gesto ceñudo al comprender que eso parece demasiado bonito para ser verdad. Todo tiene un precio en esta vida.

Hunter baja la mirada hacia mí, me mira largo rato y luego me abre la puerta del restaurante mexicano delante del cual nos habíamos detenido.

—Oh, sí. Pero también es divertido.

No puedo evitar sonreír. Robert Black me habría dicho exactamente lo mismo. Robert Black, Robert Black. ¡Siempre el maldito Robert Black! Daría todo cuanto tengo por poder arrancármelo de la mente. Todo cuanto tengo para poder olvidar...

Parte 3
Oscuridad

*Abandonad toda esperanza,
aquellos que entréis aquí.*
(Dante Alighieri)

Capítulo 1

—Eric, necesito verte. Es muy importante.

La urgencia de mi tono no refleja ni la mitad de mi desesperación. Si alguien me viera ahora mismo, si se fijara en mis gestos, en mi impaciencia, en mi manera de pasearme por el piso de Hunter como una desquiciada, pensaría que he perdido la razón. Y supongo que estaría en lo cierto.

Al otro lado del teléfono, Eric hace una interminable pausa, y luego resopla, como con fastidio. ¿Acaso piensa que no sé que está sonriendo con la satisfacción de un saqueador que acaba de conseguir el botín más importante de todos? Puede que esté loca, pero no soy gilipollas. Sé cuánto significa mi llamada para Eric. Me he convertido en uno de esos jóvenes ricos y estúpidos, cuya falta de control engordará considerablemente su cuenta bancaria. Lo sé, pero no me importa. Ya nada me importa ahora.

—Del, Del, Del. Te advertí de que esto iba a pasar.

«¡Qué hijo de puta! ¡Como disfruta con esto!»

Lleva toda una semana atormentándome, siempre a base de pequeñas dosis. ¿No puede entender que lo quiero todo? O quizá se trate de una inteligente táctica para tenerme siempre enganchada y suplicando por más veneno.

—Maldita sea, Eric, no estoy para sermones. ¡Necesito verte ahora! ¿Dónde demonios estás? Llevo todo el día llamándote.

Mientras espero su respuesta (y mira que está tomándose su tiempo en contestar), observo el temblor de mis extremidades. Soy incapaz de controlarlo. No puedo controlar nada ahora mismo. ¡Claro que no! ¿Cómo podría alguien tan débil como yo mantener a raya toda esta oscuridad?

—La pregunta del millón es: ¿dónde está tu novio ahora, el que te empujó a esta vida? ¿Por qué no está aquí para salvarte?

El dolor se me clava en el corazón como una brutal puñalada. Robert. Mi único amor. No sabe nada de todo esto. Y nunca lo sabrá. No le importa. Se ha ido, y nunca volverá. Perder a Chris y a Giselle me destrozó; perder a Robert está matándome lenta, inexorable, cruelmente.

Llevo dos semanas sin verle. Me escondo en un pequeño piso de Hunter, en Tribeca. Jamás me encontrará aquí, y es mejor así. Yo no soy buena para Robert Black, ni Robert Black es bueno para mí. Nos hemos herido el uno al otro, nos hemos consumido hasta las cenizas, y luego hemos dejado que esas cenizas vuelen esparcidas por el aire. Nunca juegues con fuego. Debí haber hecho caso a su estúpida advertencia. Aunque, de ser así, nunca habría averiguado en mi propia piel que lo bueno siempre acaba destruyéndote. No sé qué es peor, si amar y dejar que eso te destruya, o no haber sentido nunca esa pasión tan desquiciante.

—Sabes más que de sobra que no está aquí. ¿Por qué te empeñas en recordármelo siempre?

—Porque soy mala gente.

—Que te den por el culo.

—Te voy a colgar si sigues insultándome.

—No, espera... Por favor, Eric, llevo tres noches sin dormir. Estoy hecha polvo. Necesito verte. Quiero más de lo que me diste la última vez. Eso... eso me deja inerte. Por favor...

Me paso las manos por el pelo y me lo echo hacia atrás con nerviosismo. No me puede colgar. Lo

necesito.

—Está bien —accede tras una larguísima pausa—. Mandaré mi limusina a por ti. Creo que ha llegado el momento de que salgas en sociedad. Ponte guapa.

Cuelgo y suspiro aliviada. Mi calvario va a acabar en breve. Con sorprendente serenidad, retiro del armario un vestido corto color rojo vino, de manga larga y espalda al descubierto. Me lo regaló Robert, y he elegido justo esta prenda porque quiero tenerle cerca de mí esta noche, aunque sea de este modo tan frío y patético. Hace unos cuantos días, cuando él no estaba, me colé en la que era nuestra casa y me llevé una bolsa de cosas. Supongo que necesitaba un recordatorio de mi anterior vida.

Me maquillo en el baño, usando tonos discretos para los ojos, y un rojo oscuro para los labios. Nunca he sido demasiado inspirada para los peinados, así que me dejo el pelo suelto, para que los rubios mechones me enmarquen el rostro y se ondulen ligeramente hacia las puntas. Antes de salir por la puerta, agarro la chaqueta negra de *cashmere* que me regaló mi padre hace dos navidades, cuando solo éramos una familia casi normal.

Delante del edificio, hay una limusina negra esperándome con el motor en marcha. Dentro, a la sombra del oscuro cristal, aguarda un hombre alto, atlético, de cabello rubio ceniza. No lo conozco de nada. Debe de tener alrededor de treinta años. Sus rasgos son duros, tan impenetrables como el azul de su mirada. Lleva traje oscuro y una especie de auricular en la oreja derecha. Parece un espía de élite. Más que guapo, es espectacular.

—Buenas noches, Adeline. Soy Jamie, el guardaespaldas de Eric. —Me tiende la mano y yo la cojo con nerviosismo—. Me ha pedido que venga a buscarte.

Le muestro una sonrisa vacilante mientras me acomodo enfrente de él. Jamie se saca un pañuelo negro del bolsillo y se me acerca.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —ladro al ver que pretende atarme los ojos.

—Lo siento, normas de la casa. Iremos a un sitio que nadie sabe dónde está, y he de taparte los ojos.

—¡De ninguna de las maneras! —grito consternada—. ¡Quítame las manos de encima ahora mismo!

Hace un gesto de desdén con los labios, deja caer la espalda contra el respaldo de su asiento y me abre la puerta. Me quedo mirándolo perpleja, intentando comprender de qué va. Por desgracia, sus ojos son un trozo de acero inaccesible destellando en un rostro congelado. Un rostro hermoso, pero tan terriblemente congelado. Me recuerda a... A nadie, supongo. En eso se ha convertido ahora. En Nadie.

—¿A qué estás esperando? Vete, Adeline. No te llevaré a ninguna parte.

Abro la boca para decir algo, pero no se me ocurre nada, así que dejo escapar un largo soplido de capitulación. Esta gente nunca te pone las cosas fáciles, ¿verdad?

—Está bien. Nunca pensé que le diría esto a un desconocido... —Pongo los ojos en blanco, un poco divertida por el asunto—. Jamie, por favor, ¿serías tan amable de vendarme los ojos?

Ríe entre dientes y se inclina de nuevo sobre mí. Me quedo inmóvil mientras coloca alrededor de mi cabeza un suave pañuelo que me impide ver del todo. Siempre que hay un pañuelo de por medio, acabo jodida, de un modo u otro.

—Buena chica —me susurra al oído, con un leve jadeo en la voz—. En marcha.

Supongo que se dirigía al conductor, puesto que el coche arranca de inmediato. Procuro prestar atención al trayecto. Giramos a la izquierda, luego a la derecha, luego volvemos a girar a la izquierda, y ahí es dónde me pierdo. El coche cambia de carril constantemente y ya no sé qué dirección hemos cogido. En algún momento salimos de Nueva York. Lo sé porque vamos cada vez a más velocidad y nunca nos detenemos. A no ser que pillemos todos los semáforos en verde (hecho que es imposible, según mis cálculos), hay pocas posibilidades de que sigamos dentro de la ciudad.

Pasada una media hora, el coche aminora la velocidad, hasta que por fin se detiene.

—Hemos llegado, bellezón. Déjame que te ayude a bajar.

Jamie me coge de la mano y me guía a través de la oscuridad, como Virgilio hizo con Dante mientras cruzaban las puertas del Infierno. Una parte de mí sabe que esta noche estoy adentrándome en el más profundo de los abismos, un lugar donde voy a enfrentarme a todos y cada uno de mis demonios personales. También sé que nunca voy a salir de aquí. Es lo que les suele pasar a las personas que han perdido la fe. No son capaces de encontrar el camino de vuelta. Se me viene a la mente el cuadro del pasillo de Robert Black: *Inferus*. Esta noche, el hombre caído al suelo soy yo.

—Ya estamos —informa Jamie—. Te desataré.

Cumple con su palabra y me concede unos momentos para que me ubique, antes de que nos pongamos en marcha por una antesala enorme, opulenta, de techos altísimos, que conduce a unas puertas con acabado de color oro. Las voluminosas arañas doradas y el intenso rojo de las alfombras que voy pisando mientras andamos me recuerdan al interior de un palacio de Oriente.

Nos detenemos delante de las dobles puertas, para que Jamie teclee algo en su móvil. Absorta en mi contemplación, recorro con las puntas de los dedos las representaciones bíblicas, bastante siniestras, incrustadas en la madera. Creo que representan la caída del Paraíso. Muy adecuado para estas circunstancias.

—Es escalofriante todo esto. —Busco los ojos de Jaime, y frunzo el ceño—. ¿Qué es?

—El día del Juicio Final. La caída de los pecadores al Infierno —me explica, como un guía turístico.

No puedo reprimir una sonrisa. Parece buen chico. Y es muy amable. Creo que vamos a ser muy buenos amigos. Presiento que mi estancia en este Infierno va a ser larga. Y poco agradable.

—Oh. Así se explican las llamas que los rodean —comento distraída, y vuelvo a mirar los grabados—. Ya decía yo que no hay fuego en el Paraíso.

—Claro que no —conviene él—. El fuego representa pecado.

—Y que lo digas... —murmuro para mí.

Antes de abrir, Jamie se gira de cara a mí y me sonrío. Es como si intentara envalentarme. Valoro el gesto, y me conmueve la tristeza que veo en sus ojos. ¿Cuánta gente como yo habrá cruzado estas puertas del brazo de Jamie?

—¿Estás preparada?

Hago un gesto afirmativo, y él me coge de la mano.

—Entremos, pues —y pulsa un botón que abre delante de nuestros ojos un escenario totalmente opuesto a esto.

Este nuevo espacio ya no es opulento, ni dorado, sino escaso de luz y, en cierto modo, decadente. Se trata de una especie de club, si por la palabra club se entiende un lugar con música, personas y zonas para sentarse. Aunque, por otro lado, nunca he visto ningún club que se le parezca a este. La mayoría de las personas que me rodean permanecen ausentes, no bailan, ni hablan, ni ríen. Sus cuerpos están aquí, sin embargo, sus mentes deambulan sin rumbo por solo Dios sabe qué lugares. Todos tienen la mirada perdida en el vacío, como si no nos vieran pasar a Jamie y a mí. Deben de experimentar algún tipo de trance.

La moralidad no tiene cabida aquí dentro, y este modo de divertirse, si bien podría resultar seductor para alguien que nada tiene que perder, he de admitir que raya en la demencia.

—Ahí está Eric.

Sigo la dirección de los ojos de Jamie, y entonces lo veo. Eric, como un auténtico rey, está sentado en una especie de trono, una silla cuyo respaldo sobresale por encima de su cabeza. Tiene el rostro inclinado hacia su acompañante, una mujer tan impresionante como él. Debe de sentirme llegar, porque levanta la cabeza y clava esos ojos azules, tan gélidos como el hielo, en los míos. Hago un gesto torpe

con la mano para saludar. Él se limita a fruncir el ceño, antes de girar de nuevo la mirada hacia su amiga.

—No vayas hasta que él te llame —me susurra Jamie.

Pasa casi un siglo hasta que, tras deshacerse de esa morena, Eric alza la mano y hace un discreto gesto con los dedos índice y corazón para indicarme que me acerque. Me despido de Jamie con la mirada, él me sonrío; y cruzo el club.

Me acerco y me quedo delante de su silla.

—Mmmm, estás apetitosa esta noche —me dice—. Ya no pareces tan hecha polvo.

Eric es un ser curioso. Siempre parece estar aburrido, como si nada le satisficiera ya. Su modo de expresarse denota infinito desdén, su mirada es completamente inexpresiva. Solo hace dos semanas que tengo trato con él, pero desde el principio he tenido la sensación de que Eric es la clase de persona que ha estado en todas partes, aprovechándose de todas las oportunidades que la vida puede ofrecerle a un hombre como él, y que ahora ya nada despierta su interés.

—¿Qué es este sitio? —le pregunto, al ver que él se mantiene en silencio.

Permanece pensativo. A escasos metros de nosotros, dos hombres están a punto de follarse a una rubia, y a Eric parece fascinarle el asunto, aunque no por demasiado tiempo. Ni siquiera esa depravación consigue mantener vivo su interés.

—Se llama *Madness* —responde, sin tan siquiera mirarme.

—*Madness*, desde luego, es el nombre más adecuado para definir esto.

—Siéntate a mi derecha.

Me siento en la silla que ocupaba antes la mujer morena. Intento seguir la mirada de Eric para averiguar qué es lo que está mirando con tanto aburrimiento, pero soy incapaz. Él está viéndolo todo sin ver nada en absoluto.

—¿Era necesario taparme los ojos? Pensaba que éramos amigos.

—Y lo somos —replica, desdeñoso—, pero según te habrás dado cuenta, lo que hacemos aquí es ilegal. Ninguno de nuestros socios conoce la ubicación exacta del *Madness*, lo cual hace que este sitio sea tan exclusivo. Y creerme, bella Adeline, nunca la conocerán. No me gustan las redadas. Además, soy demasiado joven y demasiado guapo como para acabar en la cárcel.

—Ya. Quiero ser socia —suelto, sin pensarlo—. ¿Puedo?

La esquina de su boca se alza en una sonrisa.

—Por un módico precio, por supuesto. Como ya te he dicho, somos amigos.

—Di tu precio.

—Diez. De los grandes.

Lo miro asombrada. Tendré que sacar dinero de la tarjeta que me dio mi padre al cumplir los dieciocho, y eso no me gusta demasiado. No quiero usar el asqueroso dinero de los Carrington.

—¿No hay descuento de amigos? —intento regatear un poco.

—Ya está aplicado.

Me humedezco los labios. Vaya basura. Aunque, por otro lado, ¿qué son diez de los grandes para alguien muerto por dentro? ¿De qué sirve el dinero sino para esto? Él estaba con *Ella*. Él la ama a *Ella*. ¿Qué son diez mil, si hacen que deje de sentirme tan herida, tan usada, tan hecha polvo? No le debo de importar una mierda. Yo solo podía verle a él mientras que él solo podía pensar en *Ella*.

—Trato hecho.

Eric sonrío lentamente. No me ha mirado en todo este tiempo. Si bien está hablando conmigo, sus ojos están mirando el club, controlándolo todo.

—Bien. ¿Pero estás segura de que quieres ser miembro del *Madness*? Piénsatelo bien. ¿Encajaría una niña tan dulce como tú aquí dentro?

Se produce una pausa. Miro a mi alrededor, hacia la depravación de este lugar. Cruzado este límite, no habrá vuelta atrás. ¿Pero por qué iba a querer yo volver hacia atrás? He estado llamando a las puertas del Paraíso durante toda mi vida. Nunca se abrieron. Ahora me he dirigido a las del Infierno. Aquí, por lo que veo, están haciéndome una fiesta de bienvenida.

—Este es el único lugar en el que encajo ahora.

Un atisbo de sonrisa acaricia la esquina izquierda de su boca.

—Entonces, bienvenida al *Madness*, el lugar donde la gente entra para olvidar —mueve sus gélidos ojos hacia los míos y añade—, y se queda eternamente.

Empiezo a alejarme de la oscuridad del sueño para acercarme a la ligera caricia que noto en el pelo. Sus manos son cálidas y suaves, y yo había echado tanto de menos su contacto...

—Estás aquí —musito, y sonrío. Me siento a salvo por fin. Por mucho que lo haya intentado estas semanas, no puedo poner nada ni a nadie por encima de él. Sin Robert, solo soy alguien fragmentado y falto de esencia. Un mero recipiente vacío.

Él se deja caer a mi lado en la cama, me abraza por detrás y me da un beso en la nuca.

—¿Te alegras de que haya venido?

Me incorporo de un salto al darme cuenta de que la voz no pertenece a Robert.

—¡Hunter!

Los estanques verdes brillan divertidos desde ese rostro tan salvaje y tan moreno.

—¿Y quién sino? ¿Cuánto llevabas durmiendo? Estás hecha una puta mierda.

—Gracias. Tú también estás muy guapo —grazno con un fastidio que le hace reírse.

Me froto los ojos con ambas manos para despertarme del todo. Tengo los nudillos negros del maquillaje que no me quité antes de dormirme. Hunter se levanta y sale por la puerta. Lo oigo trastear en la pequeña cocina. Al cabo de un rato, regresa con dos tazas rojas, humeantes, y me ofrece una.

—¿Qué es esto?

—Tienes pintas de necesitar un buen café.

Lo cojo y se lo agradezco con una sonrisa. Estoy en la cama, tapada con una sábana. Entretanto, me he puesto una camisa blanca que le quité a Robert. Espero que Hunter no haya reparado en que antes estaba en bragas.

—Ay, quema —protesto.

—Pues sopla —dice Hunter, mirándome como si fuese lerda.

Se deja caer en una butaca al lado de la ventana y empieza a tomar el café a sorbitos, mientras sus ojos se entretienen contemplando la bulliciosa calle.

—Echo de menos vivir aquí —comenta de pronto, sin mirarme—. La casa de Rita es demasiado para mí. Además, vivimos en una zona *tan* pija... No es mi estilo. Me gustan las cosas sencillas.

Me coloco la almohada y apoyo la espalda contra ella.

—A mí también me gustan las cosas sencillas. Siempre me han gustado.

Mueve toda la intensidad de sus ojos hacia mí.

—Eso es algo que tenemos en común —señala, con rostro imperturbable.

Me esfuerzo por dedicarle una sonrisa. En el fondo, es buen chico. Es el único amigo que tengo ahora.

—No voy a quedarme para siempre, ¿sabes? —mis palabras salen en un impulso impensado.

Una sombra de confusión cruza su bellissimo rostro, tapado por una oscura barba incipiente. Hunter Graham y Robert Black son los dos hombres más arrasadores que jamás he visto.

—¿A qué te refieres?

—A tu piso. No pretendo abusar de tu hospitalidad.

La comisura derecha de su boca se alza en una muy débil sonrisa.

—Aquí siempre serás bienvenida, Adeline. Y si duermes en bragas, aún más.

—¡Demonios! Así que te has dado cuenta, ¿eh?

—Era difícil no hacerlo —confiesa con una sonrisilla traviesa.

—Ya.

Coloco los tobillos por debajo del trasero y bebo un poco de café mientras lo evalúo con la mirada.

Como siempre, viste vaqueros oscuros y cazadora de cuero. Por lo que veo, esta ropa es como un uniforme para él, ya que siempre viste igual, no importa si estamos en invierno o en primavera.

—¿A Rita le parece bien que me quede aquí?

Esta vez, su sonrisa llega a materializarse del todo.

—Rita no lo sabe. Montaría en cólera.

Enarco una ceja.

—¿Y eso por qué?

Hunter se mueve el labio inferior y me lanza una mirada por debajo del ceño fruncido.

—Tiene celos. Piensa que me gustas.

—¿Y te gusto? —inquiero, sin que mi rostro registre reacción alguna.

El pecho de Hunter ensancha cuando coge una profunda bocanada de aire.

—No puedo contestar a eso.

—¿Y por qué no?

—No quiero presionarte, preciosa. El hecho de haberte ofrecido una mano cuando más la necesitabas no quiere decir que ahora vaya a aprovecharme de tu vulnerabilidad para obtener lo que quiero. Odiaría que te sintieras obligada a corresponder a nada solo porque yo haya sido bueno contigo.

Intento disimular la pequeña sonrisa que nace en mis labios.

—Tú realmente eres un buen chico, a pesar de todas esas pintas de malote, ¿verdad?

Suelta una carcajada ronca.

—¿Crees que soy un malote?

—Tienes los antebrazos tatuados. Y el cuello. ¡Claro que eres un malote!

Ríe entre dientes, levanta las mangas de la chaqueta y contempla con aire meditabundo esos oscuros dibujos que cruzan sus antebrazos.

—No, qué va. Es solo que me gustan los tatuajes. —Su ceño se relaja y sus ojos ascienden hacia los míos—. ¿Tú tienes tatuajes?

—Uno solo.

Arruga la frente en gesto de sorpresa.

—¿Puedo verlo?

Con una pequeña sonrisa traviesa jugueteando en las esquinas de mi boca, agito la cabeza.

—Me temo que no está en una zona a la que tú tengas acceso.

—¡Vaya! —Hunter parece impresionado, y un poco divertido—. Así que no eres tan buena como pareces, ¿eh?

Vuelvo a negarlo.

—Tengo un lado oscuro, por desgracia.

Con absoluta parsimonia, Hunter deposita su taza de café encima del suelo, se levanta y se me acerca, inclinando su fuerte cuerpo sobre el mío. Al estar tan cerca de mí, me doy cuenta de que huele muy bien.

—A mí me gustan las chicas oscuras —me susurra al oído.

Planta un beso justo debajo del lóbulo de mi oreja, y después se marcha. Ni siquiera sé a qué había venido. ¿A prepararme el café?

Nueva York, la ciudad que nunca duerme, no sabe lo que se esconde aquí dentro. Los neoyorquinos se van a la cama sin conocer la oscuridad de este lugar, el delirio que nos domina a los que ya no tenemos nada que perder porque nos lo han arrebatado todo.

Esta noche llevo mi mejor vestido, el más provocativo que tenía en el armario. Es negro. He regresado al negro. Nunca debí haberlo dejado.

Antes de salir de casa, me he sentado delante del espejo del pequeño baño del piso de Hunter, las tijeras en la mano, y me he cortado el pelo por la mitad. Ahora apenas me roza los hombros. Me he sentido liberada mientras los rubios rizos caían al suelo. Diferente, pero liberada. Acto seguido, me he echado un tinte tan oscuro como los dañados recovecos de mi alma. ¿Quién soy ahora? ¿La Barbie estúpida? ¿La chica *rockera*? ¿La sofisticada prometida de Robert Black? No lo sé. Supongo que soy una de esas chicas de alma camaleónica, que hoy parecen una persona y mañana se convierten en alguien completamente diferente.

Nadie me conoce ahí dentro, en este lugar tan oscuro como el alquitrán. Los decadentes no hacemos amistades. No venimos por nada de eso, sino para encontrar olvido. O, al menos, eso es lo que busco yo.

La música es seductora, el alcohol corre en cascada, y yo solo quiero cerrar los ojos y no tener que salir nunca más de este pequeño Infierno. Cuando era pequeña me ocultaba dentro de un armario. Ahora, mi armario se llama *Madness*.

—Eric quiere verte —me susurra mi amigo Jamie tan pronto como cruzo el umbral.

Ya no es él el que viene a recogerme, sino un chófer cualquiera que siempre me tapa los ojos. Sigo sin conocer la ubicación exacta del *Madness*.

Miro hacia la silla de Eric, pero está vacía.

—¿Dónde está? —le susurro a Jamie al oído.

—En un reservado. Sígueme.

Le sigo hacia la parte de atrás del club, una zona en la que nunca hasta ahora he estado. Luce igual de oscura que el resto del recinto, y la música apenas se escucha aquí, lo cual la convierte en un espacio mucho más íntimo que todo lo demás. No había reparado en estos reservados VIP, pese a que llevo cuatro semanas frecuentando este lugar.

Jamie mueve una oscura cortina de terciopelo y me indica que entre. Él se queda en la puerta. Me despido con una sonrisa atormentada, cojo aire en los pulmones y me pongo en marcha.

Encuentro a Eric sentado en un enorme sofá blanco. Hay otro hombre a su lado, un tipo rubio, más mayor que yo, al que no conozco. Parece el típico ejecutivo multimillonario, *playboy* y un poco capullo. Es guapo. Muy guapo. Tiene unos impresionantes ojos azules que me hacen evocar la imagen de George Peppard en *Desayuno con Diamantes*.

—¿Querías algo? —pregunto, de pie delante de ellos.

Los impactantes ojos del desconocido aceden por mis muslos desnudos, suben lentamente por mi torso y se clavan en mis ojos. Doy un respingo. No me gusta cómo me mira. No me gusta el deseo que consume sus pupilas.

—Ah, mi querida señorita Carrington. Siempre es un placer verte. Siéntate. Tómate algo. Este es mi amigo, Christian Baker.

Christian me ofrece su mano. La aprieto, al mismo tiempo que compongo una sonrisa tensa.

—Mucho gusto.

—El placer es mío, Adeline.

—Ya veo que sabe mi nombre.

—Tienes un nombre precioso. Jamás podría olvidarlo. Conozco a tu padre, por cierto.

Le dedico un gesto seco y tomo asiento a su lado, en el sofá. Eric desaparece, sin decir nada.

—Enhorabuena —le digo a Christian—. O el pésame, depende de si sois amigos o no.

Una ronca carcajada retumba entre las paredes de su fuerte pecho. Pese al traje gris que lleva, puedo apreciar lo atlético que es.

—Somos algo intermedio.

—¿Se ha tirado a su mujer? —me intereso, con toda la cortesía que requiere la situación.

Christian me mira risueño.

—De haber tenido una, seguro que se la habría tirado. Pero no estoy casado.

Hago un mohín con los labios.

—Cuánto lo siento.

Inclina su escultural rostro hacia el mío y me susurra al oído:

—Pero quizá eso vaya a cambiar. Resulta que hace unas semanas me encapriché con una chica, y ahora quiero conquistarla.

Cuando alarga el cuello para besarme, queda evidente que esa chica soy yo. Coloco un dedo encima de sus labios para detenerlo, lo cual hace que su rostro frene en seco a tan solo unos centímetros de mi boca.

—¿Tu amigo Eric no te ha dicho que yo no estoy aquí para follar? —susurro, tuteándolo de pronto, a pesar de que no me haya dado permiso para ello. Mis labios estarían rozando los suyos de no haber sido por el dedo que hace de barrera entre él y yo. A mi corto entender, eso me autoriza a hablarle de tú.

Christian medio sonrío, y se le arruga un poco la zona de los ojos al hacerlo. Echo de menos a Robert más que nunca.

—Algo mencionó, pero no me lo creí. Te he visto todas las noches por aquí. ¿Qué vienes a buscar, si no es sexo?

Me quedo mirándolo a los ojos, completa y absolutamente inexpresiva.

—Todo lo demás.

No parece comprenderlo, a juzgar por la expresión de confusión que brilla en sus ojos.

—¿Lo demás?

—El olvido, Christian, el olvido. —Desvió la mirada hacia el líquido verde que hay en una botella de cristal tallado, y sonrío levemente—. Quiero olvidarlo todo... ¿Qué es ese licor?

—*Absenta*. Deberías probar, si lo que persigues es el olvido.

—Aceptaré una copa, y luego pienso largarme. *Sin* acostarme contigo —enfático, lo cual le arranca otra sonrisa lenta.

—Está bien. Acataré tus normas, Adeline.

Exhibiendo una sonrisa un tanto astuta, se aparta un poco, se desabrocha el botón de la americana y me sirve con suma elegancia una copa del líquido verde. Cuando la termina de preparar, con agua y algo que parece ser azúcar, su color ha pasado del verde al blanco lechoso.

—Brindemos. Por nosotros.

Los dedos de Christian son largos y delgados, y me rozan cuando me ofrecen la bebida.

—Por el olvido —lo corrijo.

Sonríe, asiente y se toma toda su copa de golpe.

—Pensaba que la *Absenta* se bebía poco a poco —le digo, antes de tomar un sorbo. Esto es lo más

repugnante que he probado nunca. Sabe a algo, no lo sé... ¿anís?

—Y así es, pero lo mío no era *Absenta*. Yo no estoy aquí para olvidar.

Lo miro con el ceño fruncido.

—¿Y por qué estás aquí?

Me guiña un ojo, y sé que esa es la única respuesta que voy a recibir esta noche.

El ambiente que nos envuelve es sensual. Apenas hay luces encendidas, salvo por dos lámparas dispuestas en rincones opuestos. Aquí dentro todo tiene un aire decadente. La atmósfera está cargada de lujuria, sexo, pecado.

A lo lejos suena una versión lenta de *Knockin' on Heaven's Door*. Casi me río ante la paradoja. Yo, en realidad, estoy llamando a las del Infierno con tanta fuerza que me sangran los nudillos.

Madre, pon mis armas en el suelo

Ya no puedo dispararlas

Se acerca esa fría nube oscura

Me siento como si estuviera

Golpeando a las puertas del Cielo.

Tengo la sensación de que el tiempo se ha detenido esta noche, como si después del *tic* nunca fuera a llegar el *tac*. El humo escapa a través de mi voluptuosa boca, y yo observo ausente cómo se alza hacia el techo, dibujando una espiral. Me río. O creo haberme reído.

Apenas soy consciente de esos labios que están en mi cuello, o de esas manos que acarician mi cuerpo. Otro par de labios ardientes se acercan a mi boca y vierten un líquido dentro. Es *Absenta*. Sé que no debería beber más. Estoy demasiado borracha. Demasiado colocada. Ni siquiera recuerdo cómo he acabado así. Sé que debo parar antes de que sea demasiado tarde, el problema es que no encuentro la voluntad de hacer que el reloj reanude su marcha. He estado llamando a las puertas del Infierno durante todo este tiempo, y por fin estas se han abierto, desatando tanta oscuridad que me ha engullido el alma.

A medida que trascurren los minutos, sus caricias se vuelven cada vez más insistentes. No lo quiero a mi alrededor. ¿Quién es él? ¿Quiénes son ellos? Unos desconocidos. Una parte de mi cerebro, la que aún permanece lúcida, se pregunta por qué quieren tocarme, por qué intentan besarme. «*Aparta*», quiero gritarles, pero me cuesta demasiado esfuerzo separar los labios y dejar que los sonidos broten a través de ellos. Hago un esfuerzo.

—*Suel-ame... no... ¡suelame!*

—Lo que quieres decir es que folle, ¿verdad, nena?

Estoy tan mareada que veo su rostro a través de una oscura niebla. Me es familiar, pero no sabría indicar en qué lugar lo he visto antes.

—No... no... *suelame... no te acelques.*

Sus labios se posan sobre los míos y su lengua empuja para entrar en mi boca. No soy capaz de comprender cómo he acabado así. He perdido el control sobre todos y cada uno de los aspectos de mi vida. ¿Por qué mi hermoso desconocido no está aquí para impedirme hacer esto? Yo soy demasiado débil para conseguirlo sin él. Solo soy una chica asustada y herida. Tan débil... Y hay tanta oscuridad ahí dentro...

—Vamos, cariño. Ya sabes cuánto te deseo. Y Christian también te desea. ¿Verdad, Christian?

Quiero empujarle y pegarle, pero no poseo control sobre mi cuerpo ni sobre mi mente. Creo que no hay nada peor que no poseer el control sobre tu mente.

—Pues claro que la deseo. Es la chica más guapa que he visto nunca, ya se lo he dicho antes.

Observo horrorizada cómo Christian se quita la camisa para unirse a la fiesta. Se inclina sobre mí y su lengua dibuja una línea ascendente por mi estómago. Sus manos se hunden en mi pelo. La voz de esa mujer canta:

*Más vale que empieces a despreciar tu propia sumisión enfermiza,
porque estás solo.*

Y yo sé que ella lleva razón. Estoy sola ahora. No hay nadie aquí para ayudarme. Porque no hay salvación. No hay nada, salvo oscuridad.

—Vamos, nena. Ya sabes lo mucho que te gusta eso.

Las lágrimas empiezan a deslizarse por mi rostro cuando cobro consciencia sobre lo que está pasando, o mejor dicho, lo que está a punto de pasar.

—No... no... no...

—Solo nosotros podemos darte el alivio que necesitas. Por eso estás aquí, ¿verdad? Quieres tu medicina.

Yo solo le quiero a él. Pero ahora se ha ido. Se ha ido y nunca más volverá, y esa es la idea más terrible a la que he tenido que enfrentarme en toda mi vida. Nunca he sentido una agonía mayor.

Estallo en llanto. Siento que jamás podría dejar de llorar, tan desgarrador es mi dolor. «*Él la quiere a Ella, no a mí. Yo no soy, y nunca he sido, Ella*».

—Oh, no me jodas... Nena, vengas...

—¡Haz que se calle, joder! ¡No puedo follármela así! No te he pagado lo que te he pagado para tener que consolarla.

Alguien me abofetea, lo cual me hace llorar más alto aún.

—¡Que te calles, zorra!

Irritado por mis gimoteos, Eric me rodea el cuello con una mano y aprieta fuerte, para impedir que el aire entre en mis pulmones. Jadeo con fuerza y forcejeo con él todo lo posible para liberarme, pero no consigo que afloje el agarre. Poco a poco, todo lo que me rodea se difumina en la niebla, se vuelve indistinguible; yo abandono cualquier intento de forcejear, casi aliviada de que todo haya acabado, y me dejo flotar hacia esas sombras frías que tan seductoras me resultan esta noche. ¿Hay algo mejor que la quietud que te embarga antes de la gran tempestad?

Su mano aprieta hasta que empiezo a poner los ojos en blanco. La oscuridad se vuelve cada vez más densa, más tranquilizadora. Hay tanto sosiego aquí... ¿Sigo estando delante de las puertas del Infierno, o es que ahora me hallo llamando a las del Paraíso? No lo sé. Ni siquiera importa. Lo que cuenta para mí es que me he librado de ellos. Ahora, sus sucias manos y sus asquerosas bocas no contaminarán las huellas dejadas por Robert.

—¡Basta, tío! ¿Qué coño haces? ¡Te la vas a cargar! —apenas escucho la voz de Christian.

«*No me sueltes. No me sueltes, Eric. No me sueltes*».

Pero él me suelta, y de algún modo regreso, tosiendo y más débil que nunca. El aire vuelve a entrar en mis pulmones y la oscuridad se desvanece tan pronto como ha aparecido. Necesito un largo momento para recuperar el aliento, y cuando hablo, mi voz suena demasiado ronca.

—*Quielo a Ober.*

—No, no quieres a Robert. Me quieres a mí, Eric. —Me abofetea el rostro para captar mi atención. A duras penas consigo alzar la mirada hacia ese rostro tan distorsionado a causa de la bruma que me nubla la mente—. Eric, no Robert, ¿lo has entendido? Robert no está aquí.

—¿*Onde está Obert?*

Curva los labios en una sonrisa malévolas.

—¿A quién coño le importa? Robert no te quiere a ti. ¡Mírate! Solo eres una puta. ¿Por qué alguien amaría a una puta como tú? No eres nadie ahora. ¿Me has oído? ¡Nadie! Este es tu lugar.

—*Quielo a Ober.*

Ríe entre dientes.

—Oh, entonces deberías beber más *Absenta*. El *diablo verde* matará el recuerdo de Robert.

Sus manos se arrastran por mis hombros, subiendo y bajando. Bebe de una copa, tira de mí y me vierte todo el líquido dentro de la boca.

—No... *pala...*

Sin embargo, ellos no tienen pensado parar. Creo que voy a desmayarme.

—¡Eh, tú! Quítale las putas manos de encima. Ha dicho que no.

—Quién, ¿esta puta? Vamos, tío, no querrás que discutamos por ella. No sabe lo que está diciendo. Mírala. No es más que una zorra drogadicta.

El dueño de esa agresiva voz irrumpe aquí dentro y, sin decir nada más, empieza a repartirles puñetazos y patadas a Eric y a su amigo Christian. Las imágenes desfilan delante de mis ojos en *flashes*. No puedo centrarme en nada de lo que está pasando. Mi mente se niega a actuar. Trato de despejarme, pero mi cerebro se desplaza con tal lentitud de una imagen a otra que no consigo estabilizarme.

—¡Ven aquí, mamón! —ruge alguien.

Parpadeo, en un esfuerzo por mantenerme lúcida, y miro a mi alrededor. Christian está en el suelo, sujetándose el estómago con ambas manos. Eric parece estar inconsciente. Luego, la bruma regresa y no puedo ver nada más durante unos momentos.

—Para —musita Christian, con la boca llena de sangre.

—¿Parar? ¿Paraste tú cuando ella te lo pidió?

Me estremezco cuando el desconocido vuelve a descargar su inmensa furia contra él. Nunca he visto tanta agresividad en nadie, salvo en las bestias salvajes. Al cabo de unos segundos, se da cuenta de que Christian ha perdido el conocimiento. Entonces, se detiene y se encamina hacia mí, agachándose para poder mirarme a la cara.

—¿Estás bien, nena?

Miro aliviada esos ojos tan verdes. Yo, definitivamente, debo de estar en el Infierno, y él, sin duda, debe de ser un ángel enviado para sacarme de aquí.

—¿*Unt*?

—Sí, cariño. Soy Hunt. ¿Puedes andar?

Sacudo la cabeza. No estoy muy segura.

—O sé...

—De acuerdo. Te llevaré en brazos. Agárrate a mi cuello.

Sin fuerzas, hago lo que me pide. Hunter me envuelve con su cazadora de cuero y me levanta del sofá. Con el pie, mueve la cortina de terciopelo y camina conmigo en brazos por todo el club, hasta que alguien le abre la puerta de la entrada. Pese a lo descolocada que estoy, reconozco el rostro de Jamie.

—Gracias por avisarme —le susurra Hunter mientras desliza un billete en el bolsillo de su americana.

—Ocúpate de ella, tío.

—Estoy en ello. Hasta la vista.

Enseguida empiezo a notar el frío. Es curioso, porque siento que el cuerpo está ardiéndome en llamas, aun estando descalza y medio desnuda. Hunter me sujeta con una mano mientras que con la otra abre la puerta de su *Porsche* rojo. Me coloca en el asiento del copiloto y cierra la puerta deprisa. Tan solo trascurren unos instantes hasta que el coche se pone en marcha. A mí se me antojan siglos enteros.

Mis periodos de lucidez se alternan con periodos de semiinconsciencia. No puedo centrar mi atención

en nada por más de unos pocos segundos. Apenas me doy cuenta de que Hunter vuelve a cogerme en brazos y de que una puerta está abriéndose. En cuanto la cruzamos, noto calor. Ya no tengo frío. Ahora tengo demasiado calor.

—Hunt, qué coño...

—¡Rita, quita del medio!

—¿Hunt, qué coño le pasa a Adeline? ¿Está drogada?

Hunter camina a grandes zancadas, conmigo en brazos.

—¡Hunter! ¡Te estoy hablando, joder!

—¡Sí, joder, sí! Ayúdame a meterla en la bañera.

—No, ni hablar. Voy a llamar a emergencias.

—Rita, por una PUTA vez en toda tu PUTA vida, ¿podrías limitarte a hacer lo que te digo, joder?

Me río entre dientes, y Rita me lanza una mirada furiosa. No aguanto a Rita. Ya no.

—Trae hielo —ordena Hunter—. Está ardiendo.

—¿Es una sobredosis? —lloriquea ella.

Yo entorno los ojos. ¡Sobredosis! ¡Qué exagerados son algunos! Solo fue la estúpida *Absenta*.

—¡Rita, trae el puto hielo! ¡YA!

Estoy en la bañera, desnuda, y Hunter está arrodillado a mi lado, con las mangas de su camisa azul subidas.

—Estás...muy...*gupo*.

—¿Qué coño está diciendo?

La voz chillona de Rita me irrita los oídos. Quiero taparme las orejas, pero no coordino mis movimientos. Ojalá Rita dejara de llorar de una santa vez.

—Que estoy guapo. Echa más hielo.

—*Unt, ame a mano*.

Hunter, por alguna razón, entiende mis balbuceos. A eso se resume lo nuestro: Hunt siempre me entiende. Nadie más sobre la faz de la tierra me entiende como él. Me da la mano y yo la sujeto fuerte. Me agarro a él, a Hunter, mi único amigo ahora, mi única conexión con el mundo real. Espero que esto baste, pero no lo hace. Su mano no consigue retenerme ahí. Mis parpados pesan como si fuesen de plomo.

«*Voy a dormir, solo un ratito. Solo un poco. Necesito... necesito cerrar los ojos en este momento*».

Y los cierro. No voy a negar que una parte de mí deseara que fuera definitivo, como lo de Giselle.

Cuando me despierto, es de noche. Miro a mi alrededor, sin recordar ni dónde estoy ni cómo he acabado aquí. Maldita sea, esto pasa demasiado a menudo. Tardo unos instantes en dejar de parpadear. Miro en derredor mío y descubro que me hallo en una habitación que no conozco, tumbada en una cama que no es la mía. Hunter está durmiendo en un sillón.

—¿Hunt? —musito—. ¿Hunt?

Pega un brinco, se incorpora y se me acerca deprisa. Coge mi rostro entre sus fuertes, enormes, manos y me mira las pupilas como si fuera mi médico de cabecera.

—¿Estás bien? —dice, casi sin aliento.

—Sí, estoy bien. ¿Qué ha pasado?

Sacude la cabeza, apenado.

—Adeline, ¿qué has hecho?

Frunzo el ceño.

—¿De qué me estás hablando?

—¿Cuánto tiempo llevabas colocada?

Resoplo y hago una larga pausa. Es una buena pregunta.

—No sé. ¿Qué día es hoy?

Suelta mi rostro y se pasa ambas manos por su oscuro y grueso cabello.

—Dios mío... —sus turbios ojos se cruzan con los míos—. Ni siquiera sabes qué día es hoy. Es jueves, Adeline.

Abro los ojos de par en par.

—¿¡Jueves?! ¡Pero si hasta hace unos instantes era martes! O eso creo. ¡Dios, estoy tan confusa!

Hunter se arrodilla al lado de la cama.

—¿Qué es lo último que recuerdas?

Hago un esfuerzo por aclarar mi turbia mente.

—No sé... fui al *Madness*, y Eric quiso verme. Me llevaron a la parte de atrás, donde conocí a un amigo suyo, ahora no me acuerdo de su nombre, pero sí de sus ojos. Azules, muy bonitos. Siempre me han gustado los hombres de ojos azules, ¿sabes?

—Fascinante. ¿Qué más? —Hunter parece molesto por mis confesiones.

—Nada. Solo que Eric se marchó. Es lo último que recuerdo. Luego todo se volvió demasiado borroso.

—Cuando te hablé del *Madness*, no pensé que llegarías a esto. Creí que irías una o dos veces, te divertirías un poco, y que con esto te bastaría. Pero he hablado con Jamie y me ha dicho que eres socia del club y que vas todas las noches. ¿Qué es lo que pretendes hacer con tu vida, Adeline? Tú novio cortó contigo. ¿Y qué? Hay otros hombres que se morirían por hacerte suya. No eches tu vida por la borda. Esta no eres tú.

Esbozo un gesto de dolor. Hunter no lo entiende. Creí que sí, pero me equivocaba.

—En el *Madness* no hay relojes, Hunter —susurro lejana, con la mirada perdida en la nada—. No hay recuerdos, ni dolor. Nada de sentimientos... Lo bueno del *Madness* es que te lo da todo sin pedir nada en absoluto. Yo no voy por el sexo. Nunca me relaciono con los otros socios. Si voy al *Madness*, es por todo lo demás. Algo que nadie es capaz de concederme. *Olvido*. Perderme durante un par de horas, dejar que el mundo se desvanezca dentro de mi mente... *Madness* me da todo eso y mucho más.

—Jamie está muy preocupado por ti. Y yo también.

Jamie y yo nos hicimos amigos enseguida, en la misma noche en la que pisé por primera vez el *Madness*. Es como mi ángel guardián dentro del Infierno. Él siempre procura guiarme hacia la luz, pero yo me adentro cada vez más y más en la negrura.

—El bueno de Jamie siempre se preocupa por mí —susurro, sonriendo.

—Y con razón. Cuando te encontré, estabas medio desnuda, colocada, y Eric y su amigo intentaban follarte —coge mi mano entre las suyas y busca mi mirada—. Adeline, ¿por qué estás haciendo esto? Si necesitabas ayuda, ¿por qué no acudiste a mí?

Los sollozos se centran en mi garganta. Extiendo el brazo y rozo la áspera mejilla de Hunter. Él entrecierra los ojos y se queda muy quietecito, sin siquiera respirar.

—Hunt... no puedes ayudarme. Nadie puede, en realidad. Empecé a perder el norte hace meses. Cuando estaba sola en casa, tomaba somníferos para dormir porque era incapaz de conseguirlo de otro modo. Y las cosas se me fueron de las manos. Ahora soy incapaz de conciliar el sueño sin mis pastillas.

Hunter separa los labios como si se hubiese quedado sin aire.

—¿Y Black? ¿No se dio cuenta?

Sacudo la cabeza.

—Solía ser cuidadosa. Por norma general, cuando él estaba conmigo, no necesitaba estar tan colocada para dormir. Pero cuando se iba...

Mis lágrimas empiezan a desbordarse, pero Hunter no las deja caer demasiado. Enseguida las atrapa y las seca con el dedo.

—Oh, Adeline, ven aquí, preciosa. —Me abraza y me acaricia el pelo con su enorme palma—. ¿Por qué estás destrozándote de este modo? Está bien esnifar un poco y pasarse de la raya de vez en cuando, yo lo hago a menudo, pero lo de *Madness*, no sé, eso ya es otro rollo. Uno va un par de veces, se lo pasa bien, y ya está. No se hace socio.

Me aparto de él y lo miro con esa desesperación cercana al pánico a la que he sucumbido hace tiempo ya.

—No lo entiendes. ¡No tengo elección! Necesito sacar esas imágenes de mi cabeza como sea. La veo una y otra vez, veo sus demenciales ojos clavados en los míos, su rostro... la sangre a su alrededor. La sangre traspasa la tela de mis vaqueros y la siento en mi piel. ¡Escucho esa condenada canción, Hunter! Esa letra dando vueltas, una y otra vez, por mi mente. *He terminado, la pistola echa humo, lo hemos perdido todo* —tarareo, y luego me tapo los oídos con ambas manos y chilló—. ¡DIOS, NO PUEDO ARRANCARLA, HUNTER! —grito desesperada, mesándome el pelo con ambas manos, como si arrancándome el cabello fuera a conseguir arrancar esas macabras imágenes de mi madre muerta en un charco de sangre—. No puedo, Hunt. No puedo. No puedo... —llorando, me derrumbo entre sus brazos—. No puedo... Duele demasiado...

—¿De qué me hablas?

—¿Qué importa? —balbuceo, entre sollozos.

—Cariño, yo te ayudaré, ¿vale? Te ayudaré. Hablaré con Robert, si es lo que quieres.

Hago un gesto de negación. Nadie puede ayudarme. Estoy en el Infierno y nunca voy a poder salir de ahí.

—Hunt, él no puede saberlo. Me tenía sobre un pedestal. Si se enterara de esto, de lo que pasó en el *Madness*, me odiaría por lo que he hecho. La repulsión que mis actos le provocarían, borraría los recuerdos de lo que hemos vivido, y eso me mataría. Me mataría no seguir viva ni siquiera dentro de su mente.

Me aparta el pelo de la cara.

—Cariño, necesitas ayuda. Él lo entenderá.

—No... ¡Él no va a entenderlo! Hunt, estoy muy jodida. Estoy jodida y asustada. Estoy muy asustada. No sé qué hacer.

Intenta tranquilizarme con su abrazo y las palabras que me susurra, pero yo estoy cada vez más alterada. La simple idea de haber perdido a Robert me desquicia. ¿Y si nunca lo he tenido? ¿Y si todo no ha sido más que un engaño, como en un truco de magia barato? ¿Mentían sus ojos cuando él me susurraba que me amaba?

—Escúchame, Adeline, irás a rehabilitación. No eres ni la primera, ni la última. Necesitas la ayuda de un experto.

Muevo la cabeza enérgicamente.

—No puedo ir a rehabilitación. No *quiero* ir a rehabilitación. Por favor, no me obligues. Puedo dejarlo sola. No son más que somníferos y alcohol. No estamos hablando de heroína. Solo necesito un poco de tiempo. Te prometo que dejaré de ir al *Madness*.

Superado por la situación, Hunter me coge la cabeza con ambas manos y sus ojos bajan para clavarse en los míos.

—Adeline, ¿eres consciente de que tienes un problema con las drogas?

Entrecierro los ojos y respiro fuerte.

—Sí.

—¿Sabes que necesitas ayuda?

—¡Sí!

—¿Quieres curarte?

Me quedo callada. Entonces, me sacude con violencia.

—¡Adeline! ¿Quieres currarte? —repite, sin dejarme eludir su mirada.

Exhalo el aire que llevo varios segundos reteniendo en los pulmones.

—Sí, Hunter, quiero curarme.

—Bien. Entonces, harás lo que te diga. Yo te acompañaré. Sé de un terapeuta muy bueno. Hablarás con él y seguiremos sus consejos. ¿Trato hecho?

Me tomo unos instantes para reflexionar. Puedo ir ahí o puedo seguir ocultándome en ese decadente mundo de fantasía para eludir el dolor. He eludido el dolor durante toda mi vida. Quizá haya llegado el momento de enfrentarse a él.

—Trato hecho —asiento a regañadientes.

No me hace ninguna gracia ir a un loquero otra vez, pero supongo que es necesario que vaya a rehabilitación.

—Venga, levanta.

Miro hacia la ventana, hacia las sombras que reinan ahí fuera.

—¿Qué hora es? —pregunto, desplazando los ojos hacia los de Hunter.

—Las tres de la mañana. Llevas durmiendo quince horas. Vamos. Te llevo a casa. Mañana, a primera hora, te quiero duchada y vestida para ir a terapia. Te llevaré adonde llevé a Rita. A ella le hizo bien. Es todo rollo oriental. Te pincharán agujas por todas partes.

—Oh, estupendo. Me hace mucha ilusión —refunfuño mientras me levanto de la cama.

Hunter ríe entre dientes y me lanza una camiseta suya.

—Toma, ponte esto. Cuando te saqué de ahí, no me preocupé por tu vestido.

Bajo la mirada y veo que estoy en bragas. ¡Ay, mi madre! Realmente necesito ayuda.

Capítulo 2

Estoy con la cabeza metida en el váter cuando alguien llama al timbre de la puerta. Ya es de día, y debería estar preparada para ir a rehabilitación con Hunter, pero hoy me encuentro peor que nunca. No puedo ir a ninguna parte.

—Márchate —gruño, incapaz de dominar las arcadas. ¡Qué espanto!

Oigo pasos por el pasillo y el chirrido de la puerta al abrirse.

—¿Adeline? —hay preocupación en su voz, y al instante noto sus brazos rodeándome—. Oye, ¿estás bien?

—¿Parezco estar bien? —rezongo, llena de ira—. Vete. Voy a vomitar de nuevo.

—No pienso irme a ninguna parte. Me necesitas.

Me aferro a la tapa de plástico, suelto un gruñido inarticulado y respiro hondo. Quizá respirando pueda controlarme.

—¿Por qué los tíos hacéis esto? —digo entre respiraciones entrecortadas.

—¿Por qué hacemos el qué?

—Lo de... —No puedo seguir, las arcadas son insoportables. Toso e intento apartar a Hunter, pero él, arrodillado a mi lado, me sostiene el pelo hasta que termino de vomitar—. Rescatar doncellas —jadeo, cuando por fin ha acabado todo—. Ya estoy bien. Se me ha pasado.

Me incorporo, voy al lavabo, me enjuago la boca y me lavo la cara y la nuca con agua fría. Hunter baja la tapa del váter y se sienta encima.

—¿La *Absenta*? —insinúa, con una ceja en alto.

Sacudo la cabeza mientras me seco el rostro con una áspera toalla blanca. Ojalá fuera una simple resaca.

—No. Llevo así unas dos semanas.

La expresión de su rostro cambia súbitamente.

—¿Llevas vomitando dos semanas?

—No. Solo por la mañana. He debido de comer algo que...

—¿Llevas vomitando dos semanas todas las mañanas y no se te ha ocurrido hacer lo único que una mujer debe hacer en estas circunstancias?

Frunzo el ceño.

—¿Y qué es lo que, según tú, debe hacer una mujer en estas circunstancias?

Hunter me mira como si fuese lerda.

—Increíble. ¿Es que tu madre no te dio esta charla cuando eras pequeña?

Palidezco en cuanto entiendo lo que está insinuando.

—¿No irás a pesar que...? —Suelto una risa histérica. Estoy dispersa y aterrada—. No, eso no puede ser. ¡No puede ser! No me mires así. ¡No puedo estar embarazada!

—¿Acaso eres virgen?

Le dedico mi mejor mala cara.

—No digas chorradas.

—Entonces, iré a la farmacia. No te muevas.

Sale como una exhalación, y yo me dejo caer encima del váter, con la cabeza entre las manos. ¿Embarazada? No puedo estar embarazada. Sería un desastre.

Angustiada, me levanto de un salto, me acerco al espejo y me levanto la camiseta. No noto nada raro. Intento hacer cálculos. La última vez que mantuve relaciones sexuales fue hace seis semanas, antes de irme de casa. La última vez que tuve la regla fue... ¡Mierda, no me acuerdo! Nunca he estado pendiente de estas cosas. Como siempre he tomado la píldora...

¡Eso es!

No puedo estar embarazada porque tomo la píldora. Eso me tranquiliza un poco. ¿Un hijo de Robert Black? No, gracias. Me ataría al padre al menos durante los próximos dieciocho años. Tendría que verlo en las reuniones con el médico, y con la tutora, y en los partidos de baloncesto... o en los recitales de ballet. No soportaría verlo y saber que ya no es mío.

Cuando vuelve Hunter, estoy de nuevo sentada encima del váter.

—Bien. Salgamos de dudas.

Retira un test de embarazo de una bolsa de plástico y me lo ofrece. Lo rehúso con un gesto de cabeza.

—Tomo la píldora. No puedo estar embarazada.

—¿Y mientras tenías el colocón del milenio, te acordabas de tomarla? —repone, con ambas cejas en alto.

— Buena pregunta. No me acuerdo.

—Cojonudo. Haz la prueba.

Arranco la caja de entre sus manos, retiro el test del envoltorio y leo las instrucciones. Nunca me he hecho un test de embarazo.

—Tienes que hacer pis en el palito —gruñe Hunter en tono irritado—. Tampoco es tan difícil.

Lo miro con mala cara.

—Disculpa, ¿es que has estado embarazado alguna vez?

—Rita se hace al menos uno al mes —me explica mientras se sienta encima del lavabo—. Es un desastre esa mujer. Vamos. Haz pis. ¿A qué demonios estás esperando?

—¡No pienso hacer pis contigo aquí! —me escandalizo, ruborizada hasta las puntas de las orejas.

Hunter parece confuso, como si no entendiera el porqué del asunto.

—¿Por qué no?

—Pues porque no. Vete. Por Dios, Hunter. Sé más cortés. No todas somos tu novia.

Sus ojos giran sobre las órbitas en señal de pura exasperación. Se baja de un salto y camina hacia la puerta, refunfuñando algo que no consigo escuchar.

Cuando salgo, al cabo de unos minutos, me lo encuentro en el salón, hundido en el sofá rojo. Se pone en pie en cuanto asomo por la puerta.

—¿Y bien? ¿Estás embarazada?

Se le ve ansioso.

—No he podido hacer el test.

—Oh. Espera. He comprado tres. Toma. Haz este. A lo mejor ese no funcionaba.

—No, Hunter, no he podido hacer el test porque no puedo hacer pis. No tengo ganas.

Se queda sin reaccionar por un instante, como si estuviera meditando, y luego me da la espalda sin decir nada. A los diez segundos, regresa con una botella de agua de la nevera.

—Toma. Bebe.

La cojo de mala gana, la abro y me dejo caer en el sofá.

—No tengo sed —protesto, buscando el verdor de sus ojos.

—Me da igual. Bebe.

Entorno los ojos y empiezo a beber. Cuando antes beba, antes dejará de darme la tabarra con este asunto.

—¿Y si sale positivo? —pregunto cuando se sienta a mi lado, más tenso que nunca, con la firme mandíbula apretada y la mirada inflexible.

Se vuelve para encararme.

—¿Estás asustada?

—Muerta de miedo.

Coge mi mano y busca mis ojos.

—Yo te ayudaré. Se me dan bien los críos. Puedo buscar una casa más grande, con jardín y todo eso, en una zona que te guste. Podría ser divertido. Tú, yo, ella... o él, lo que sea.

—Se lo tendría que decir —prosigo distraída, obviando la cháchara de Hunter. ¿De qué diablos me está hablando? ¿Él, yo y el bebé? ¿Se le ha ido la olla?

—¿A quién se lo tendrías que decir?

—A Robert —contesto como si fuera obvio.

Parpadea azorado.

—¿Por qué?

—Tiene derecho a saber que va a ser padre, ¿no te parece?

—Te ha puesto los cuernos.

—¿Y eso qué tendrá que ver? Pero ¿cómo lo hago? ¿Aparezco sin más, después de seis semanas, y le digo: *enhorabuena, vas a ser papá*? ¿Tengo yo derecho a trastornar su vida de este modo? ¿Y si piensa que lo he hecho aposta, para encadenarlo a mí? No lo soportaría. En serio.

—Adeline, tranquilízate. A lo mejor ni siquiera estás embarazada.

—Ya. Pero ¿y si lo estoy? He llevado una vida nefasta en las últimas semanas. ¿Y si le pasara algo al bebé? Sería culpa mía. ¿Dios mío, cómo he podido ser tan jodidamente egoísta?

—Oye, tranquilízate. No le pasará nada al bebé. Te llevaré a las mejores clínicas del mundo. Ya lo verás. Todo va a salir bien.

Suelto una risa de pura incredulidad.

—¿Tú? Me llevarás a las mejores clínicas del mundo, ¿tú?

Hunter me mira como si lo hubiese abofeteado.

—Puedo permitírmelo, si es lo que te preocupa.

Dejo caer los párpados. ¿Pero qué diablos me pasa? Este tío se preocupa por mí, me deja vivir en su casa, me lleva a rehabilitación y me rescata de una posible violación, todo esto sin pedirme nada a cambio, ¿y a mí solo se me ocurre faltarle el respeto? Soy, en efecto, una persona nefasta y me merezco todo lo malo que me está pasando ahora.

—Lo siento. No era eso lo que pretendía. Has sido demasiado bueno conmigo. No tenía que haberte ofendido de este modo. He sido injusta.

—No pasa nada. Te perdono. Ven aquí.

Extiende los brazos para recibirme, y yo me acurruco contra su cálido cuerpo.

—Gracias por perdonarme.

Planta un beso en mi frente y me cobija con fuerza contra su costado.

—Las cosas van a salir bien. Ya lo verás cómo sí. Yo estaré ahí. Siempre podrás contar conmigo.

—No te merezco.

Levanto los ojos hacia los suyos y le sonrío. Él también sonrío.

—Eres muy bella —me susurra, acariciándome las mejillas con la fuerte palma. Hunter tiene las manos grandes y un poco ásperas a causa de los callos. A diferencia de Robert, realiza un intenso trabajo

físico.

Sin dejar escapar mi mirada, baja el rostro hacia el mío y me roza los labios, muy suavemente.

—Hunt... —advierto.

Se aparta y se muerde el labio inferior.

—Lo siento. No tenía que haberlo hecho. ¿Tienes ganas de hacer pis ya? —pregunta, en ademán de quitarle hierro al asunto.

—Lo intentaré.

—Me quedaré aquí, por si me necesitas.

—Puedo hacer pis yo solita, Hunter.

—Aun así, me quedaré.

Entorno los ojos y salgo. Mientas espero el resultado del test, me apoyo contra el muro del baño y recapitulo toda mi relación con Robert. No puedo evitar sonreír con ternura cuando esos recuerdos invaden mi mente. Antes de la muerte de Giselle, antes de que mi amor se volviera tan obsesivo, fui la mujer más feliz sobre la faz de la tierra. Ni siquiera sé si tenía derecho a sentirme así. Pero lo hice. Él era tierno, y divertido, y demasiado guapo. Lo era todo para mí. Y éramos felices juntos. Sé que lo fuimos durante una temporada. Y sé que él me amó en algún momento. Cuando bailamos en su oficina por primera vez, Robert Black me amaba. Cuando me lavó la sangre de Giselle con toda esa ternura, Robert Black me amaba. Cuando me sujetó fuerte entre sus brazos para ahuyentar todas mis pesadillas, Robert Black me amaba. ¿Cuándo dejó de amarme? ¿Por qué? ¿Fue culpa mía? ¿Se cansó de mi malhumor, provocado por los celos reprimidos? ¿Fue culpa suya? ¿Fue de *Ella*? ¿De quién demonios fue la maldita culpa?

Alguien llama a la puerta, y ya no puedo pensar más en ello.

—Adeline, ¿todo bien ahí dentro?

Me separo del muro, voy al lavabo y agarro las instrucciones.

«Una línea... dos líneas... *Está bien. Salgamos de dudas*»

Cojo el test y lo miro.

La puerta se abre al mismo tiempo que el test se escurre de mis manos. Mis dedos parecen demasiado torpes como para seguir sujetándolo. Levanto los ojos, enormes fosas vacías, hacia Hunter, y él deja caer los párpados. Lo sabe. Sabe cuál es el resultado del test.

No me muevo de la cama durante tres días seguidos. Hunter se niega a marcharse a su casa, pese a las histéricas llamadas de Rita. Me extraña que la estrella del pop no se haya presentado aún por aquí para liárnosla. Creo que no conoce la dirección exacta del piso.

—Te traigo zumo de naranja.

Levanto los párpados y lo miro. Está negligentemente apoyado contra el marco de la puerta. Lleva un jersey negro, ancho, unos vaqueros viejos, y está descalzo. Tiene un aspecto desastrado. El oscuro cabello le cae sobre la frente, y es obvio que duerme muy poco. Sin embargo, sigue estando tan guapo como un dios griego. Su mano sujeta un vaso de zumo. Quién me ha visto y quién me ve ahora. He pasado de la *Absenta* a los zumos naturales, y de los somníferos, a los frutos secos.

Me incorporo un poco para recibir el vaso.

—Gracias.

—De nada. ¿Cómo estás?

Se queda delante de mi cama, con las manos hundidas en los bolsillos.

—Físicamente, hecha un asco. Apenas cierro los ojos. Mentalmente... no lo sé. Estoy rara. Es decir, no estoy con el mono, ni nada de eso. Es solo que no sé cómo tomarme todo esto aún. No sé cómo encajarlo. Me siento feliz, a la vez que angustiada. No sé si me estoy explicando.

—No sientes ganas de tomar nada... ¿ilegal?

—Mmmm... Siento ganas de comer manzanas —declaro con aire pensativo—. Y de vomitar. Hunter lanza una risa.

—Eso es bueno. Deberíamos ir al médico.

—No, aún no. He estado meditando.

Hunter se deja caer en la cama, y su rostro adquiere un aire serio.

—¿Ah, sí? ¿Sobre qué?

Tomo unos sorbos de zumo mientras sigo cavilando.

—Voy a ir a ver a mi padre, Hunt —resuelvo por fin.

Sus verdes ojos se abren por la sorpresa.

—¿A tu padre?

Me quedo ausente, con el rostro contraído.

—Sí. Creo que ha llegado la hora de afrontar todos los demonios de mi pasado. Estoy convencida de que hablar con Edward me hará bien. Necesito dejar atrás esta oscuridad. No puedo seguir viviendo así. Ya no. Voy a convertirme en una persona mejor. Por él. Se merece a alguien mejor que esta Adeline, tan furiosa y tan atormentada.

—O por ella. Quizá sea una niña tan guapa como tú.

En la palidez de mi fisionomía nace una sonrisa tierna.

—Es un chico —digo acariciándome el vientre—. Sé que es un chico. Y sé que tendrá ojos azules. Le llamaré Robert, y será lo primero que me pertenecerá a mí y solo a mí en toda mi miserable vida.

«Será tan bueno y noble como mi hermoso desconocido. No se parecerá en nada a mí».

El taxi se detiene delante de la impresionante mansión de los Carrington. Se me había olvidado la opulencia de este lugar, las impresionantes columnas griegas que sostienen la entrada y los dos leones de piedra que la custodian. Cojo aire en los pulmones y me encamino hacia la puerta, con la barbilla alzada y la espalda muy recta. Esto es lo más difícil que he tenido que hacer en toda mi vida. Volver a casa. Para muchos es motivo de alegría. Para mí, volver a casa es una especie de tormento.

Pero he de hacerlo. Por Robert.

S sonrío y me vuelvo a rozar el vientre. Mío. Él será enteramente mío. Yo lo cuidaré, y lo protegeré, y nunca dejaré que tenga miedo de nada. Será valiente, y se sentirá amado. Él tendrá lo que yo nunca tuve.

Llamo al timbre, sin apartar mis manos de Robert. Me pregunto si él siente mis caricias, o mi amor. Espero que sí. Quiero que sienta todo ese aplastante amor y que sepa que siempre estaré a su lado.

—Hola, María —saludo en cuanto se abre la puerta.

—Señorita Adeline. —María, con ojos brillantes de emoción, me agarra entre sus brazos y me estrecha fuerte—. Qué sorpresa. Me alegro muchísimo de verla. ¿Está bien? ¡Pero qué flaca está! ¿No le dan de comer?

Tengo ganas de llorar de la emoción, pero me domino y, en vez de eso, suelto una carcajada.

—No mucho, la verdad. Pero no te preocupes. Engordaré en breve.

—Ya le digo que engordará. He hecho pavo asado para cenar. Se quedará a cenar, ¿verdad?

—Me encantaría, pero eso depende de...

—¿María, quién es? —escucho la voz de mi padre. Miro por encima de la cabeza de María, y ahí está Edward, de piedra, mirándome como si hubiera visto un fantasma—. ¿Adeline? —musita, inseguro.

—Hola, papá. Te veo bien.

—Adeline —repite sobrecogido, y se abalanza sobre mí y me envuelve en un abrazo muy fuerte—. Estábamos muy preocupados por ti.

Enarco una ceja y retrocedo un poco.

—¿Estabais?

—Robert me ha llamado. Lleva semanas buscándote como un desquiciado. ¿Dónde estabas, hija?

Me encojo de hombros como si nada de todo eso tuviera importancia ahora.

—Es una muy larga historia. ¿Puedo pasar?

La incredulidad y la alegría luchan en el rostro de mi padre.

—Es tu casa, Adeline. Claro que puedes pasar. ¿Te quedarás a cenar?

Asiento, y compongo una sonrisilla tensa.

—Claro. ¿Estás solo?

Me mira con ojos brillantes.

—No vive aquí. Solo vino a comer un día, y la prensa sacó las cosas de quicio.

Le sonrío.

—Entiendo. El abuelo debe de retorcerse en la tumba al ver todos los escándalos protagonizados por la familia en el último año. Mi madre se suicida, mi padre tiene una novia de veinte años, y yo... Bueno, yo soy la jodida joya de la corona.

—¡Oh, ese viejo gruñón! —exclama mi padre que, con la mano colocada en la parte baja de mi espalda, me guía hacia el salón—. Me extraña que no haya resucitado para darnos uno de sus sermones. ¿Te acuerdas de eso?

—¿Que si me acuerdo? *Adeline, junta las piernas. Las damas nunca se sientan así* —digo, intentando imitar la voz de barítono del abuelo.

Mi padre deja escapar una carcajada.

—Lo has clavado a la perfección.

Nos reímos los dos, hasta que, de pronto, el aire se vuelve incómodo. Nos miramos, un poco cortados.

—Lo siento —digo por fin.

Mi padre agita la cabeza.

—Yo lo siento más. Tenía que haberte protegido, y no lo hice. No hice nada. ¿Podrás perdonarme algún día?

—Sí, lo haré, papá. Ahora ya no me parece tan fácil ser padre.

Su rostro adopta una expresión de profunda tristeza.

—Algún día lo sabrás.

—Estoy embarazada —suelto abruptamente.

Los ojos de Edward se dilatan. Se afloja la corbata, como si de pronto le faltara el aire.

—Embarazada. —Baja la mirada al suelo, se toma unos instantes, y después me vuelve a mirar—. ¿Y él lo sabe?

Muevo la cabeza despacio para decirle que no.

—Aún no. Tengo miedo, Edward. No sé cómo va a encajarlo. Por eso quería hablarlo contigo. No tengo a nadie más.

Mi padre me abraza, y por un instante me siento pequeña otra vez. Pequeña, pero a salvo. Nunca me he sentido tan a salvo como ahora.

—Nunca dejaré que nada te haga daño, Adeline —me susurra al oído.

«*Nunca dejaré que nada te haga daño, Adeline...*»

Es curioso cómo a veces se desatan nuestros recuerdos partiendo de las cosas más sencillas, como una simple frase. La mente humana debe de ser como un enorme laberinto donde solo de vez en cuando los recuerdos reprimidos encuentran alguna salida.

Me aparto de mi padre, con el rostro torcido en una mueca de agonía, y me examino las palmas.

—No hay sangre —musito, con gesto distraído.

—¿Cómo dices?

Edward me mira interrogante, pero yo no consigo regresar al presente. Sigo ahí esa noche, impotente y asustada, presenciándolo todo sin poder moverme.

—Ahora sé a qué me recordaba ese olor. Era sándalo, ¿verdad? Olía como a sándalo. —Aterrada y con todo el cuerpo temblando, levanto la mirada hacia la de mi padre, al mismo tiempo que me rozo el abdomen—. Papá, ¿por qué me hizo tanto daño aquella noche?

Mi padre mira más allá, con ojos relucientes y mortecinos. Luce como si hubiera recibido un impacto que lo ha dejado demasiado devastado.

—¿Lo recuerdas? —musita, tragando saliva.

—Recuerdo el miedo. Y el dolor. Y la sangre. Recuerdo que me cogiste entre tus brazos y me susurraste *nunca dejaré que nada te haga daño, Adeline*. Lo recuerdo todo. ¿Cómo he podido olvidarlo?

—Elegiste olvidarlo. Eso fue lo que nos dijo el psicólogo. Que era como un mecanismo de defensa y que lo mejor que podíamos hacer era no forzarte ni hablarte nunca de ello.

—Ya. Siempre ha sido esa mi especialidad: aislar mis emociones. ¿Sabes?, durante toda mi vida he creído que eras un monstruo. Recordaba los escándalos, el armario en el que Chris y yo nos ocultábamos, los añicos y los gritos. Todos esos llantos... Lo que no recordaba era que no los provocabas tú, sino ella.

Mi padre se deja caer al sofá y me arrastra con él.

—No siempre fue catatónica, Adeline. Antes era... frenética. Y agresiva. Esa noche, tú estabas llorando porque Chris te había roto un libro. Teníais cinco años, tu hermano y tú. Giselle perdió el control, cogió el cuchillo y te lo clavó aquí —me roza ese lugar, por encima de la camiseta—. Pretendía hacerte callar. Yo estaba en el salón, pero gracias a Dios llegué a tiempo. A raíz de eso, hice que la ingresaran en una clínica de Austria. Se ausentó durante medio año. ¿No te acuerdas?

Lo niego.

—Austria... —repito meditabunda—. No íbamos a esquiar las navidades pasadas, ¿verdad?

Mueve la cabeza para decirme que no.

—Iba a ingresarla de nuevo. Después del parto, Giselle nunca volvió a ser la que era. Tuvo aquella terrible depresión. Os odiaba, al principio, a tu hermano y a ti. Os culpaba de toda su infelicidad. Después, se recuperó un poco. La llevé a esa clínica donde la dejaron casi como nueva. Sin embargo, cuando murió Chris, ella se vino abajo. Dejó de tomar las pastillas y... bueno, hizo lo que hizo.

—Oh, Dios mío, papá... —Coloco una mano encima de la suya—. ¿Cómo lo aguantaste tantos años?

—No tenía elección. Ella me necesitaba. Era tan frágil...

—¿La amaste? —pregunto, escudriñando su ausente rostro con la mirada.

Se encoge de hombros.

—No como él te ama a ti, pero sí, la amé. Antes de que te hiciera... lo que te hizo. Después, ya no pude amarla. Una parte de mí la odiaba. Tú siempre has sido mi niña bonita, y la mera idea de que ella te hiriera de ese modo me enfermaba.

Me vuelvo a rozar la zona de la cicatriz.

—Él siempre dijo que parecía una puñalada, ¿sabes? —acoto, sin venir a cuento.

—Porque es un tipo listo —comenta mi padre, aún perdida su mente en ese lejano momento de nuestro

horrible pasado.

Frunzo la boca para retener una sonrisilla, que se empeña en hacerse notar pese a las lágrimas que nublan mi visión.

—Vaya. ¿Un cumplido hacia Robert Black? Asombroso. ¿Ya no es un granjero de Alabama o Arizona? Mi padre, de vuelta al presente, me dedica una sonrisa de burla.

—No seas absurda. Sé que es de Georgia.

Suelto una carcajada.

—Hiciste que lo investigaran, ¿verdad?

—Eres mi única hija —es la explicación que recibo, y yo sé que eso significa que sí—. ¿Por qué lo has dejado? ¿Qué ha pasado?

Mi corazón se encoge dolorosamente cuando la imagen de Robert Black besando la mejilla de aquella mujer acude a mi mente.

—¿No te lo ha dicho?

—No lo sabe. Dice que solo fue una pelea de escasa importancia. Está desesperado por encontrarte. Ha contratado a un detective. Ha rastreado tus cuentas bancarias, pero cuando llegaron al banco, te habías marchado. El gerente dijo que no dejaste dirección de contacto. Por cierto, ¿para qué te han hecho falta diez mil dólares?

Hago un gesto despreocupado.

—Las drogas.

El semblante de Edward se torna horriblemente pálido.

—¿Qué?!

—Tranquilo, lo he dejado. Ahora tengo una razón para querer vivir —musito, y vuelvo a acariciar a Robert. Me imagino sus manitas, y sus piecitos. Y su sonrisa. Va a tener una sonrisa espectacular. Él no necesita veneno. Solo necesita amor, y yo pienso dárselo—. ¿Te importa si me quedo aquí esta noche? No quiero volver... bueno, adonde vivía.

—Es tu casa, Adeline. Este siempre será tu hogar —dice con una débil sonrisa.

Me levanto del sofá y empiezo a arrastrar los pies hacia la biblioteca.

—Voy a tocar un rato. Hace tanto que no toco...

—Tómame el tiempo que necesites. Después, avísame para cenar.

Asiento, de espaldas a él.

—¿Papá? —me detengo en seco.

—¿Adeline?

—¿No vas a desheredarme por ser madre soltera?

Se toma un momento, y cuando contesta, percibo un toque risueño en su voz.

—No digas tonterías. Estás prometida. Te casarás antes de que nazca el bebé. Le llamarás Edward, ¿verdad?

Me giro de cara a él y le sonrío. Está de pie, con las manos en los bolsillos de su pantalón de sastre, y me mira con los ojos chispeando diversión.

—Le llamaré Robert.

—¿Qué espanto! —protesta consternado, aunque yo sé que solo lo está haciendo para hacerme sonreír—. ¿Como el granjero?

Me río y mi padre se ríe, y las nubes se disipan.

Horas más tarde, sigo sentada delante de enorme piano de cola de la biblioteca, donde, con los ojos cerrados, toco una triste melodía que me recuerda a algo que una vez tuve y no supe cómo conservar. Hacía tanto que no tocaba el piano que creí que se me había olvidado cómo hacerlo. Antes de la muerte de Chris, soñaba con ir a Canadá y convertirme en una famosa concertista. Pretendía ver el mundo y hacer que todos los demás sintieran lo que yo sentía al tocar, esa alegría, esa melancolía, incluso esa nostalgia que me embargaba a veces. Pero entonces, mi hermano me dejó y ya no tuve más sueños. Se truncaron y murieron en unas profundas aguas de Nebraska.

Mientras mis dedos se pasean a lo largo del teclado, produciendo sonidos de tal tristeza que se clavan en mi alma como un hierro al rojo vivo, empiezo a cantar en voz baja una melodía que me hace evocar todo, a Chris, a Giselle, a Robert, a la Adeline que solía ser...

—*Cúbreme los ojos, cúbreme los oídos, dime que estas palabras son una mentira. No puede ser cierto que te esté perdiendo. El sol no puede caer del cielo...*

—Es muy bonito —susurra una cálida voz a mis espaldas. Dejo caer los párpados, aunque no consigo que las lágrimas se detengan en las esquinas de mis ojos—. Nunca la había escuchado antes. ¿Qué es?

Me tomo un momento, sin dejar de tocar. Las lágrimas, cristalinas y silenciosas, se derraman por mi rostro y se me juntan por debajo de la barbilla. Sin embargo, yo no puedo dejar de tocar. Si lo hago, me vendré abajo.

—*Tears of an Angel.*

—Muy adecuado. Deberías cantar más a menudo. Tienes una voz preciosa.

—Gracias.

—Sigue cantando, por favor.

El dolor de este momento es devastador. Aun así, aprieto los párpados con fuerza y continuo. El *show* debe continuar, ¿verdad? Cojo aire en los pulmones y empiezo de nuevo, con voz baja y suave:

—*Detén cada reloj. Las estrellas están en shock. El río correrá hacia el mar. No te dejaré volar. No te diré adiós...* —No puedo proseguir, me derrumbo encima de las teclas y rompo a llorar como nunca hasta ahora había llorado. Lloro por todo, la impotencia, el dolor, la pérdida... todos los sueños que murieron instantes después de cobrar vida...

Sus brazos me rodean desde atrás y sus labios me besan el pelo, y yo lloro, y lloro, y lloro. No puedo más. Necesito llorar para que las lágrimas suplan al desahogo.

—Tranquila. Te tengo. Nunca te dejaré marchar.

—Están muertos... Están muertos y nunca volverán...

Me siento tan pequeña, tan frágil. El momento en sí es de una agonía desgarradora.

—Lo sé, cariño, lo sé.

—He tenido tantos sueños a lo largo de mi vida —balbuceo—, y todos murieron. Se desvanecieron como la niebla. Ahora no tengo nada.

—Eso no es cierto. Me tienes a mí. Siempre me tendrás a mí.

Sus palabras congelan mi llanto. ¿Le tengo a él? No. Yo no tengo nada.

Levanto la cabeza y mis ojos se pierden en la nada, con una lejanía terrible. Tenía que haberme imaginado que mi padre le llamaría para que se hiciera cargo de la situación.

—Robert, estoy embarazada.

Espero a que retroceda y me mire atónito. O que me pregunte si es suyo. Sin embargo, él me estrecha entre sus brazos aún más fuerte. Dejo escapar un sollozo cuando sus labios me rozan la nuca.

—Te quiero, Adeline —susurra en mi oído—. Me has hecho el hombre más feliz sobre la faz de la tierra. Gracias por volver a mí.

Me giro de cara a él, para que vea el vacío que asoma a mis retinas.

—Embarazada y loca —subrayo, mirándolo con la angustia de quien necesita que lo rescaten—. Estoy loca. ¿Eres consciente de ello?, ¿Eres consciente de que hago todo lo que hago porque estoy loca?

—Desde el principio tuve claro que estabas un poco chiflada...

—Deja de mofarte. No es un buen momento. Hablo en serio. Estoy loca. No soy buena para ti. Tienes que saberlo. Tienes que...

Coge mi rostro entre las fuertes manos y busca mis ojos, acallándome con una simple mirada. ¿Por qué sus ojos parecen tan tiernos?, ¿tan comprensivos? ¿Acaso no me ha escuchado?

—Te quiero —repite esas palabras que vibran por mis venas y se incrustan en lo más hondo de mi ser.

Furiosa, lo sacudo para que entre en razón. ¿Cómo puede hablar de amor ahora?

—¿Me has oído, Robert? ¡Estoy loca!

—A mí me gustan las chicas locas —resuelve, tan tranquilo.

Mi rostro se congestiona en un gesto de tormento.

—No, no tan locas como yo. No lo entiendes. Estoy más jodida de lo que piensas. Los Van Buren, la mayoría perdieron la razón. Lo llevo en la sangre. Mi madre lo llevaba en la sangre. Chris lo...

—Lo sé.

Me detengo y lo miro.

—¿Lo sabes? ¿Cómo puedes saberlo?

—Me lo dijo tu padre hace tiempo ya. Cuando regresé de Los Ángeles, después de esa pelea y la fiesta y... el pañuelo —susurra, y se le ruborizan las mejillas, supongo que por el recuerdo relacionado al pañuelo—. Fui a verle. Hablé con él. Le expliqué por lo que estabas pasando, y me habló sobre tu abuela Lilian. Me dijo que era esquizofrénica con delirios religiosos. Me habló de tu madre, de cómo acabó perdiendo la razón.

Dios mío... ¿Lo sabe todo? ¿Lo sabía todo este tiempo? No me lo puedo creer. Nunca dijo nada. Se comportó con total normalidad, como si lo ignorara.

—¿Y aun así, estás aquí?

Sus ojos se clavan en los míos.

—¿Y dónde iba a estar sino? ¿Es que no te dije que siempre me sentaría a tu lado?

Rechazo esa idea con un enérgico gesto de cabeza. ¿Por qué no vuelve con *Ella*?

—Tienes que marcharte. Tienes que... ¡Tienes que buscar a otra persona, Robert! ¡Va en serio! Márchate y olvídate de mí.

El agarre de sus manos se endurece tanto que por un momento pienso que lo que pretende es hacer que mi cráneo estalle entre sus palmas.

—Escúchame. No quiero a ninguna otra. Te amo a ti. Te amo tal y como eres, con todos tus demonios y tus traumas. ¿Me has oído? Ahora deja de llorar y vuelve.

Con expresión desesperada, estudio en busca de pistas el azul más puro que jamás he visto. Siempre intento descifrarlo y entenderlo, pero casi nunca lo consigo. Robert Black es un enigma demasiado complejo para mí. ¿Por qué está aquí?

—¿Volver? ¿Adónde?

—Al único lugar donde debes estar. *A casa*. Conmigo.

Sacudo la cabeza con desesperación,

—No puedo volver a casa contigo.

Frunce el ceño.

—¿Por qué no?

—¿Es que no es evidente? ¡Mírame!

Tiene que mirarme. Tiene que verme, tan loca, tan decrepita, tan frágil. Él no quiere esto. No quiere a

esta Adeline. Quiere a la Adeline que piensa que soy, pero yo nunca he sido esta mujer. Ella no era sino mi sombra. Mi máscara. Hoy es la primera vez que me la he quitado estando con él, para que vea a la persona que soy en realidad. Ojalá lo hubiese hecho desde el principio. Nos habríamos ahorrado mucho dolor.

—Mírame... —suplico en un murmullo desesperado.

Me muestra esa sonrisa bondadosa, tan suya.

—Llevo mirándote desde que he cruzado esa puerta —me susurra con mucha suavidad, rozándome la mejilla con los nudillos para arrastrar los últimos vestigios de lágrimas—. No puedo quitarte los ojos de encima.

Está arrodillado a mi lado, y su rostro muestra una increíble expresión de ternura. No hay reproches, no hay gritos, no demanda explicación. Él solo me mira, tal y como me miró la primera vez, tal y como cada chica desea que la miren.

—Entonces, si me estás mirando, dime, ¿qué ves?

Me contempla impertérrito, y luego me dedica su sonrisa tímida, mi favorita.

—Lo que he visto desde que clavé mis ojos en ti por primera vez: a una chica que necesita que la salven.

Y eso me derrumba completamente. Rompo a llorar de nuevo, y Robert me abraza, sin añadir nada más. Dejo caer los hombros en un gesto de derrota, y me tomo bastante rato antes de abrir la boca y hablar.

—Tú me quieres, ¿verdad? —musito, casi aterrada. ¿Cómo puede quererme, sabiendo quién soy?

—Más que a nada en el mundo.

Quiero creérmelo. Una parte de mí lo cree, pero hay una terrible duda cerniéndose sobre este momento, como las oscuras nubes de una tempestad que amenaza con arrasarlo todo desde los cimientos. No consigo frenar a tiempo los celos que corroen toda la pureza, toda la bondad de este amor, convirtiéndolo así en un sentimiento aborrecible.

—¿Quién es ella?

Robert parpadea desconcertado.

—¿Ella? —repite, sin saber a quién me refiero.

—*Ella*. La mujer rubia. Os vi juntos esa mañana.

Cierra los ojos, y me parece tan vulnerable, tan herido ahora. Ojalá pudiera despojarle de todo su dolor. Ojalá pudiera él despojarme del mío.

—¿Por eso te marchaste? —susurra.

Asiento lentamente. Abre los ojos, relucientes, tristes, y me observa.

—No podía seguir a tu lado sabiendo que no me amas. Nunca he soportado esa idea. El mundo se puede ir a la mierda, siempre y cuanto tenga tu amor.

Lleno de desesperación, sacude la cabeza una y otra vez.

—¡Te amo! ¿Cómo puedes no saberlo aún? Ella es Monique. La tercera socia de *Brooks & Sanders*. No hay nada entre Monique y yo.

—Pero ella salía de tu casa...

—Porque vive ahí.

Lo miro con horror.

—¿En tu casa?!

Suelta una suave risa, que desvela su perfecta dentadura y acentúa sus seductores hoyuelos. Sé que está riendo a causa del nerviosismo, pues sus ojos no parecen para nada divertidos.

—No, princesa. En el edificio. La planta treinta y dos. No hay nada entre Monique y yo, te lo prometo.

Para mí solo existes tú. Siempre que cierro los ojos, no veo a nadie más que a ti. Tienes que confiar en mí, Adeline. ¿Confías en mí?

Me llevo la mano al vientre y vuelvo a acariciar al bebé.

«Él nos quiere. Papá nos quiere...»

—En este momento no confío en nadie más que en ti.

Coloca las manos por debajo de mi trasero y me levanta de la silla.

—Entonces, quédate conmigo.

Rodeo su cuello con los brazos, sabiendo que nunca más lo soltaré.

Regresar a casa se me antoja raro. ¿Alguna vez hemos vivido aquí? Voy a la parte de atrás y me siento en un banco blanco, de cara a la bahía. Robert se deja caer a mi lado, con los ojos perdidos a lo lejos.

—Lo voy a llamar Robert.

—¿Lo? ¿Ya sabes que es un él?

La diversión en su tono de voz me arranca una sonrisa.

—Las madres sabemos esa clase de cosas.

—¿Ah, sí?

Asiento lentamente, y Robert tira de mí para acurrucarme contra su costado. Es una tarde cálida, la brisa que nos acaricia el rostro es reconfortante, y el agua se muestra tan azul como los ojos de mi amado. Unas cuantas gaviotas sobrevuelan nuestras cabezas, atrayendo mi atención por un instante.

—¿Quieres hablarme de estas seis semanas? ¿De dónde has estado y lo que has hecho?

Muevo la cabeza despacio.

—Nunca preguntes.

—Tan malo es, ¿eh? —afirma con un profundo suspiro.

Coloco la mano encima de su estómago y mis labios dibujan una sonrisa mortecina al descubrir que aún le afectan mis caricias, ya que sus tensos músculos se contraen bajo mi roce.

—Piensa en todo lo malo que puedas imaginar —le concedo un momento para que lo consiga—. ¿Lo tienes?

Sus dedos juegan acariciándome el cuello.

—Sí.

—Bien, pues déjame que te diga que es mucho peor.

Vuelve a suspirar y baja la intensidad de sus ojos para evaluarme.

—¿Me lo contarás algún día?

Pienso en ello durante largo tiempo.

—Cuando deje de afectarme, te contaré toda la historia —resuelvo, y él me sonrío, conforme con mi propuesta.

—Trato hecho. ¿Qué quieres cenar?

Me lo pienso durante unos segundos.

—Tailandés —respondo por fin.

Robert finge un gesto de absoluto fastidio.

—Pronto empezamos con los antojos.

Me río y él se ríe. Y ahora lo sé: no habrá más oscuridad para Adeline.

—Adeline... —musita Robert, con el pulgar acariciándome el labio inferior.

—¿Sí?

—¿Puedo besarte?

Es la pregunta más tierna que me ha hecho nunca. Me derrite.

—¿El *playboy* más versado de Upper East pide permiso para robar un beso?

Sonríe con ternura.

—Cuando está a tu lado, el *playboy* más versado de Upper East solo es un chico al que le gusta una chica.

Mis labios exhiben una sonrisa apenas perceptible.

—¿Te gusto?

—Ya lo sabes, Adeline. Me gustas muchísimo.

—¿Y cuando pese treinta kilos más?

—También.

—¿Y cuando ronque como un camionero borracho?

Su risa es tan suave que parece flotar en el aire como una ligera pluma.

—También.

—¿Y cuando sea más vieja y menos bella? —musito, mirándolo con repentina seriedad.

Se toma un momento, y después esboza una sonrisilla que acentúa sus hoyuelos.

—En *cada* instante de *cada* hora de *cada* día de los próximos cincuenta años.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué solo cincuenta?

Ríe y me abraza con más fuerza.

—Bueno, algún día tendré que morir, ¿o no?

Esa idea me aterra más que nada en la vida. Puede morir el día para convertirse en noche, puede morir el otoño para convertirse en invierno, puede morir el fuego para convertirse en cenizas, sin embargo, Robert Black no puede morir para convertirse en nada. Sencillamente, es una idea inaceptable para mí.

—No lo soportaría —hablo con precipitación y cierta ansiedad, mientras me aferro a sus muñecas—. Prométeme que nunca morirás.

Me mira divertido.

—Está bien. Viviré para siempre, si es lo que deseas —cede, con demasiada rapidez.

—Y prométeme que nunca me dejarás, que siempre verás en mí a esa chica que necesita que la salven.

—Eso puedes darlo por hecho.

Lo miro y me embarga un sentimiento de absoluta felicidad. Robert, con labios entreabiertos y sonrientes, acerca su hermoso rostro al mío, y yo siento una especie de sacudida eléctrica cuando estampa nuestras bocas en un beso tan tierno y tan intenso que me olvido de todo. Entre sus brazos, las tinieblas se extinguen y la luz brilla más resplandeciente que nunca.

Cenamos sentados en la alfombra de la buhardilla, contemplando el cielo sin estrellas a través del tragaluz. De postre, Robert ha comprado fresas, y me alimenta él mismo, con sus propias manos. Necesitamos mirarnos y tocarnos en todo momento, para asegurarnos de que este no es ningún sueño que se desvanecerá al alba.

—Estás preciosa con el pelo así, oscuro y más corto. Tienes el aspecto que tenías cuando te conocí.

Me ruborizo un poco. Sí, tengo el aspecto que solía tener cuando no estaba tan obsesionada con él.

—Gracias.

—¿Estás bien? —me susurra.

Sus ojos devoran mi rostro con una mirada terriblemente intensa. Asiento y planto un beso en su suave palma. Sus manos son tan cálidas y tan fuertes, y yo quiero sentir las recorriendo mi piel con esa devoción tan suya. Jamás podría decirle lo mucho que lo he echado de menos.

—Creo que deberíamos irnos a la cama —vuelve a susurrarme.

Esa idea me hace cobrar absoluta consciencia acerca de mi propio cuerpo, siento el aire entrar en mis pulmones pausadamente, y también siento su cosquilleo sobre mis labios al ser expulsado; siento el estómago contrayéndose, los ojos oscureciendo...

—De acuerdo —musito, cogiendo la mano que me ofrece. De un modo u otro, siempre acabo cogiendo la mano de Robert Black.

Sin soltarme, me hace bajar la escalera y me conduce a nuestra habitación.

—Te dejaré un poco de intimidad para que te cambies —dice, y se encamina hacia la puerta.

La expresión de mi rostro se altera. Atrapo su muñeca de paso y lo detengo.

—Vas a... ¿irme? —Ni siquiera intento enmascarar mi ansiedad. ¿Para qué? A estas alturas, ya sabe que estoy loca.

Vuelve el rostro y me mira con ojos indecisos.

—¿No quieres que me vaya?

—Yo... —No sé qué decir. ¿Por qué iba a querer que se fuera?

—Pensé que quizá necesitarías un poco de tiempo. Ya sabes. Antes de que volvamos a... lo que teníamos.

—¿Lo necesitas tú? —pregunto con voz trémula. Esa idea se me antoja inaguantable. Quizá sea egoísta al pretender que, después de todo lo que ha pasado, las cosas vuelvan a ser igual, pero no puedo evitar querer lo que quiero.

Robert me coge el rostro entre las manos y me evalúa con los ojos azules nublados.

—Yo solo te necesito a ti —musita, y su vulnerabilidad me lacera.

—Entonces, bésame, Robert Black. Bésame como nunca antes.

Sus labios se estrellan contra los míos, y esta vez realmente me besa. Me besa tal y como le he solicitado. Me mete la lengua dentro y toma todo el control, mientras sus brazos me rodean la espalda y me estrechan contra su pecho. El mundo empieza a girar tan deprisa como un carrusel fuera de control. Jamás podría vivir sin esta sensación; la sensación de nada más importa.

Con urgencia, las manos de Robert me desnudan y me tumban encima de la cama. Estoy ebria de amor, y el corazón se me acelera más y más con cada segundo que pasa. Su mano se desliza bajo mi barbilla y me alza el rostro para poder así evaluar mis ojos.

—Te quiero —me susurra.

Miro su hermoso rostro sin afeitado y le sonrío.

—Yo también te quiero, Robert.

Su boca húmeda baja por mi torso y se centra en la zona del estómago, que empieza a acariciar y a besar.

—Hola, soy papá —dice, y a mí me entran ganas de llorar—. A ti también te quiero, ¿sabes? Y tengo muchas ganas de conocerte.

Aprieto los párpados y los estrecho con fuerza, pero las lágrimas caen igualmente. Al advertir que estoy llorando, Robert sube el rostro hasta quedar a la altura del mío y me enjuaga las pequeñas gotitas con sus cálidos labios.

—No llores, princesa. Nunca llores tú.

—Es que soy tan feliz ahora...

Su sonrisa es el gesto más tierno que he visto nunca. Su fuerte mano baja y me vuelve a acariciar el

estómago en círculos.

—Yo también.

Me abraza, hunde el rostro en mi cuello y me sujeta fuerte durante toda una eternidad.

—No me dejes ir —le susurro al oído.

—Nunca.

Alza la mirada y nos sonreímos. Y enseguida, sus labios se aplastan contra los míos, y me besa, y me besa, y me besa, como si nunca fuera a saciarse. Cojo el bajo de su camiseta y tiro de él hasta quitárselo por encima de la cabeza. Acto seguido, mis labios toman posesión de su bien cuidado cuerpo, hasta detenerse en su pecho, en la parte derecha, un poco por encima de su corazón.

—¿Qué demonios es esto? —pregunto, buscando una explicación en su semblante.

Robert baja la mirada hacia mí y me sonrío con esa sonrisa burlona que lo vuelve irresistible.

—Se llama tatuaje. Lo hice pensando en ti.

—Ya veo que es un tatuaje, pero... ¿el símbolo del infinito? —escruto sus ojos en busca de respuestas—. ¿Por qué?

—Ya sabes que me gustan las cosas que nunca acaban.

—¿Cuándo te lo hiciste?

—La noche en la que me marché de casa. Es lo que hice. Salí furioso, me fui a un bar, me emborraché como nunca antes y después me fui a hacer el tatuaje. Ahora no estoy muy seguro de haber actuado bien. Lo de los tatuajes, como que no me pega, ¿no crees?

Con ojos divertidos, muevo la cabeza despacio.

—Oh, créeme, señor Black, este tatuaje te hace completa y absolutamente irresistible para mí.

Frunce el ceño.

—¿Insinuáis que antes del tatuaje, yo no era completa y absolutamente irresistible para ti? —alza el tono, contrariado.

Le doy una palmadita cariñosa en el estómago desnudo, y su cuerpo se tensa.

—Oh, cállate.

—Lo haré —se vuelve a estremecer cuando mi dedo empieza a dibujar círculos por la parte baja de su vientre—. Por cierto, creo que lo que buscas está más abajo.

Le lanzo una mirada divertida y prosigo con lo que estaba haciendo. Lo hago gemir con una lenta pasada de la lengua por encima de su tatuaje y unos cuantos movimientos circulares. Sus manos se hunden en mi cabello y me acercan hasta que nuestras bocas están encima la una de la otra.

—Eres mía —gruñe, como siempre, para demostrarse a sí mismo que aún posee todo el control.

—Soy tuya.

Me da la vuelta en un abrir y cerrar de ojos, y se coloca entre mis rodillas, inclinado sobre mí, con los labios tan cerca de los míos. Su rostro se me antoja extrañamente hermoso, bañado por los dorados rayos de la luna, que se deslizan por la ventana abierta para iluminar parte de esas facciones tan rectas y tan simétricas.

—¿Crees que se puede enloquecer de amor? —expongo, analizando su mirada con ojos febriles.

Robert me sonrío muy apesadumbrado.

—Claro que se puede enloquecer de amor. ¡Mírame! ¿Acaso no ves que he perdido la razón por ti?

Hundo los dedos en su cabello y atraigo su rostro hacia el mío.

—Entonces, no quiero que te recuperes nunca.

Ríe suavemente.

—Eso es muy egoísta por tu parte, señorita Carrington. —Se hunde en mí interior mientras me mordisquea los labios—. *Muy, muy egoísta...*

Parte 4
Terrible, terrible veneno

*Todas las familias felices se parecen;
las desdichadas lo son cada una a su modo.*
(Anna Karenina)

Capítulo 1

He descubierto lo mucho que me relaja contemplar la bahía desde la parte trasera de nuestra casa. No tengo demasiado qué hacer cuando Robert trabaja, de modo que paso mucho tiempo aquí, sumida en mis propios pensamientos. La primavera se ha instalado para no marcharse nunca más. La ligera brisa que acaricia mi rostro es tibia, y su olor me llena de una reconfortante serenidad. La terapia empieza a dar sus frutos, tanto que empiezo a superar por fin las sangrientas pesadillas y los celos insensatos que me corroían por dentro. Supongo que a esto llaman estar en paz consigo mismo.

Mi embarazo avanza lenta, pero favorablemente. Estoy de nueve semanas. Me inquieta, a la vez que me hace experimentar una extraña felicidad. Mil preguntas giran por mi cabeza, la mayoría relacionadas con mi inminente maternidad. Apenas sé nada acerca de los bebés. Robert dice que con un poco de amor bastará. En tal caso, el bebé será la criatura más dichosa sobre la faz de la tierra, porque amor tengo más de lo que nunca le hará falta.

Estamos en mayo, y la naturaleza, recién devuelta a la vida tras un largo y cruel invierno, exhibe una belleza indescriptible, deshaciéndose en tonos de verde musgo salpicados de puntos multicolores, esparcidos a lo largo de todo el jardín. Aún nadie se ha hecho cargo del exterior de la casa, así que entre el césped que plantaron los anteriores dueños, se han abierto camino toda clase de florecillas cuyo nombre desconozco. Robert sugirió contratar a un jardinero, pero no he querido ni oírlo. Me gusta la casa y tal como está: salvaje, indomable, tan estoica como un enorme trozo de roca. Por fin empiezo a percibir la belleza de este *Edén*. Creo que los dos Robert y yo vamos a ser muy felices aquí.

Una fantasía surrealista en la que él corta el césped descamisado (mientras yo sirvo té de melocotón en el porche) me hace curvar la boca en una sonrisa bobalicona. Sí, vamos a ser muy felices aquí.

Sentada en mi banco de madera blanco, con un libro abierto encima del vientre, miro a lo lejos el enorme globo de fuego que parece fundirse con el agua. Es lo más hermoso que he visto nunca. Curiosamente, prefiero los atardeceres a los amaneceres. Debo de ser una de esas personas que eligen siempre la oscuridad.

No me había dado cuenta de que me he quedado dormida hasta que noto unos cálidos labios rozando los míos. Abro los ojos y miro su delgado rostro, inclinado sobre el mío y tan sonriente que se le marcan los hoyuelos de las mejillas. Es viernes, eso quiere decir que no va a marcharse hasta el lunes por la mañana. Esa simple idea me llena de alegría.

—Hola, desconocido —le susurro, de lo más sonriente.

Robert, llevando traje negro, camisa blanca y corbata gris aflojada, sujeta un enorme ramo de rosas blancas entre las manos.

—Amor eterno —me susurra, y yo vuelvo a sonreír y cierro los ojos por unos momentos, para ahuyentar el cansancio.

Desde que estoy embarazada, me paso el día durmiendo. Es inquietante. Robert se burla diciendo que me he convertido en una de esas personas que se dormirían incluso durante una pelea.

—Gracias —musito, rozándole los labios.

—¿Cuánto llevas aquí fuera? —su voz es un dulce susurro que siempre tranquiliza mi ansiedad. Me encantaría que me hablara durante horas enteras. Nunca me cansaría de escucharle.

Me encojo de hombros.

—No lo sé. Un par de horas. Estaba enfrascada en una historia tan bonita que...

—Te quedaste dormida —concluye él con tono burlón.

Le pongo mala cara y cojo la mano que me ofrece para ayudarme a levantarme. A sus espaldas, el reflejo del sol poniente fulgura sobre el océano, convirtiéndolo en un llameante espejo anaranjado.

—Esto es el Paraíso —comento mientras, agarrada a su brazo, paseamos en dirección al porche trasero.

—Te lo dije. Por cierto, ¿cómo es que no estás aún preparada?

Lo miro con el ceño fruncido.

—¿Preparada para qué?

—La fiesta de Nathaniel —contesta como si fuera obvio.

Mi expresión se trueca en una mueca de espanto.

—¡Ay, mi madre! Se me había olvidado el cumpleaños de tu hermano.

Robert no es capaz de contener la risa.

—Suele pasar. No te preocupes, estás a tiempo. Por suerte, hoy he llegado un poco antes.

—¿Y eso?

Me observa con aire de apreciación, como asombrado por la felicidad que ve en mi rostro.

—¡Mírate! Estás preciosa, tan joven y tan desenfadada y tan ruborizada. ¿Puedes culparme por desear pasar todo mi tiempo libre a tu lado?

Sonrío, sin embargo, en contra de mi voluntad, algo se altera en mi expresión, algo que Robert percibe de inmediato. Frena en seco, me coge por la barbilla y me alza el rostro.

—¿Eh, qué pasa? ¿Qué he dicho?

Intento componer una sonrisa tranquilizadora. No quiero quejarme ahora de su escaso tiempo libre, ni recordarle que es lo bastante rico como para dejar el trabajo. No quiero ser una de esas personas que absorben la esencia de los demás, privándolos de aquello que más les gusta en la vida. Es solo que no me gusta que Robert trabaje tanto, sobre todo porque hay casos que le afectan más de la cuenta, casos que le entristecen y contaminan ese limitado tiempo libre que, en teoría, debería dedicármelo a mí y solo a mí. Supongo que todos estos pensamientos y deseos me convierten en alguien tremendamente egoísta.

—Nada. Nada. No me pasa nada. ¿Por qué no entramos y nos preparamos para la fiesta?

Me devuelve la sonrisa, me ofrece el brazo con cortesía y entramos por fin en casa.

—Se nos ha hecho tarde. ¿Qué tal sí, para ahorrar tiempo, nos duchamos juntos?

Sonrío ante esa propuesta que, a juzgar por el brillo travieso que desvelan sus hermosos iris, nada tiene que ver con el tiempo.

—Claro. ¿Por qué no?

Entramos en el baño y, mientras yo abro la ducha, Robert lanza las rosas al lavabo y se entretiene trasteando en la estantería de los CD.

—¿Qué has hecho con el CD de Darren Hayes? —Se vuelve de cara a mí y me contempla interrogante—. No, apaga eso —señala la ducha con un impaciente gesto de la mano—. He cambiado de opinión. Nos bañaremos.

—Vamos a llegar tarde —le recuerdo. Aun así, acato sus instrucciones y apago el grifo de la ducha. Me gusta complacerle en todos sus caprichos.

—No pasa nada. Los Black nunca somos puntuales.

—¿Pero qué dices?! —me río—. Tú siempre eres puntual.

—Hoy no. ¿Dónde decías que estaba el CD?

—No lo dije.

Le señalo la habitación con la cabeza, y él se precipita sobre la puerta y regresa en un abrir y cerrar

de ojos. Pone la música, antes de encaminarse hacia mí. He abierto el grifo de la bañera, he echado sales y ahora estoy sentada en el borde, esperando a que suba el nivel del agua.

Insatiable, de Darren Hayes suena por lo bajo, y Robert se me acerca con ojos brillantes.

—Estás en plan romántico hoy —comento con una irreprimible sonrisa—. Rosas blancas, Darren Hayes... ¿Quieres algo de mí?

Una sonrisa torcida le ilumina el rostro.

—Si quisiera algo de ti, te habría regalado cualquier cosa de *Tiffany's*. —Se lleva la mano al bolsillo de su chaqueta y sonrío como el que guarda un secreto travieso—. Uy, no, espera un momento. ¿Qué es esto?

Y saca una cajita de terciopelo negro en la que pone claramente *Tiffany's*. Le pongo una mala cara que hace que su sonrisa se intensifique.

—¿Por qué me regalas algo de *Tiffany's*? Cuando un hombre regala *Tiffany's*, es porque ha hecho algo malo. Así que ¿qué has hecho?

Esboza una sonrisa de autosuficiencia que le hace parecer absurdamente sexy en este momento. Muy seguro de sí mismo, se detiene a mi lado y me devora con la mirada.

—Lo que tenía que haber hecho hace mucho tiempo ya. —Se arrodilla, abre la caja y alza los ardientes ojos azules hacia los míos—. Adeline Carrington, ¿quieres despertar a mi lado todos los días de tu vida?

Con ojos rebosantes de lágrimas, miro el hermoso anillo de compromiso que saca de la caja para ofrecérmelo.

—Robert... —musito, completamente sobrecogida.

—No, no hagas eso. No quiero hacerte llorar —me susurra—. Quiero que seas feliz.

Río y lloro al mismo tiempo. Es todo muy extraño. No sé si quiero reír o llorar.

—Soy feliz. Soy indecentemente feliz en este momento. —La emoción me impide hablar por unos segundos. Me trago las lágrimas y me esfuerzo en componer una sonrisa—. Me haces muy feliz.

—¿Eso significa que vas a casarte conmigo?

—Robert, ya te he dicho que sí.

Se me forma un nudo en el estómago cuando miro su cara, tan salvaje y tan llena de ansia.

—No formalmente —me contraría.

—De acuerdo. Entonces, formal, definitiva, irrevocablemente, me casaré conmigo. ¿Contento?

Sus ojos destellan un regocijo casi malicioso. Siempre pone esa expresión cuando obtiene algo que cree que se merece.

—Oh, sí. Ahora sí.

Me coge la mano y desliza el anillo por mi dedo.

—¿Cómo es que encaja a la perfección? —pregunto, contemplando la enorme piedra que absorbe toda la luz.

Alza las cejas tres veces seguidas en un gesto de lo más pícaro, lo cual me arranca una suave risita.

—Porque soy muy listo.

En cuanto se levanta del suelo, me lanzo a su cuello, y él me besa. De un modo íntimo y especial, sella nuestras bocas, hasta que advierto que el agua ha subido tanto que vamos a provocar una inundación en breve, y entonces lo aparto y corro para cerrar el grifo.

Hago ademán de quitarme la ropa, pero Robert me lo impide.

—Quiero hacerlo yo —expone a modo de explicación.

Asiento despacio.

—Vuélvete loco —apremio divertida.

—No llevas sujetador —susurra afectado cuando, nada más despojarme del suave vestido blanco, se encuentra con que solo llevo bragas por debajo.

—No tengo ninguno de mi talla.

—Lo que pasa es que eres una desvergonzada, Carrington —dice, masajeándome los pechos con las palmas, pasando suavemente las puntas de los dedos por encima de las duras cimas.

—No lo sabes tú bien, Black.

—No obstante, hay algo que me inquieta —repone con aire meditabundo.

Su dedo dibuja una línea recta y lenta a lo largo de mi vientre, y yo me encojo ante su roce.

—¿El qué?

—Parece que se te ha olvidado la norma de nunca llevar bragas.

Suelto una carcajada provocada por su fingido desconcierto.

—No, no se me haya olvidado, es solo que te ignoro.

—¿Me ignoras? Vaya. ¡Cuánto atrevimiento! Si no estuvieras embarazada, te castigaría ahora mismo.

Me mira a los ojos mientras desliza un dedo en mi interior. Entrecierro los párpados, lo cual le hace sonreír satisfecho.

—No digas chorradas —murmuro, moviéndome deliciosamente despacio contra esa invasión—. No me ponen los castigos.

—Pero a mí sí me pone, y bastante además, aplicártelos.

Mi gesto se tuerce en una mueca cómica.

—Me invade la terrible sospecha de que eres un perverso, Black.

—No lo sabes tú bien, Carrington —se burla—. Ven. Quiero tomarte en la bañera hoy.

—¿No vas a quitarte la ropa? —pregunto, con una ceja alzada.

—Esperaba que eso lo hicieras tú.

—Oh.

—Vamos, angelito. Desnúdame. No temas. No te haré nada malo. O sí... —añade maléficamente.

Riéndome, le quito la americana, le aflojo la corbata y se la saco por la cabeza. Acto seguido, me centro en los botones de su camisa. Cuando ya los tengo todos desabrochados, me distraigo acariciando los tensos músculos de su estómago.

—Te he dicho que me desnudes, no que me toques.

Hago otra mueca mientras le quito los gemelos plateados y los dejo caer al suelo. Pasa un brazo por la parte baja de mi espalda y me pega contra su torso desnudo. Deslizo las manos por debajo de la camisa desabrochada y le acaricio la espalda. Noto cómo, a través de su pantalón, su miembro se mueve expectante, empujando contra mi cadera.

—¿Por qué no me besas? —musita.

—Has dicho que te desnude, no que te bese —se la devuelvo.

Gruñe una obscenidad y estampa la boca contra la mía. Su lengua se abre paso en círculos y se cruza con la mía, aunque por un corto lapso de tiempo. Después, se aparta y baja la mirada hacia su pantalón, para indicarme que se lo quite.

Sonrío, coloco la mano encima del botón y levanto los ojos hacia los suyos, en un acto de fingida sumisión. Él también sonrío mientras pone la mano encima de la mía y me ayuda a desabrocharlo.

Cuando ya está desnudo, me coge de la mano y nos metemos juntos en la bañera, cada uno en un extremo. Gimo de puro placer al notar la templada caricia del agua.

—Me relaja mucho bañarme contigo —le susurro.

—Lo sé. A mí también —sonríe y me guiña un ojo—. Cuéntame, ¿qué has hecho hoy?

—¿No es obvio?

—¿Lo es? —se asombra.

—He pensado en ti —. «*He ido a terapia con Hunter por la mañana. He hablado con el psicólogo acerca de los celos sin fundamento. Te acabo de mentir. Pero mientras hacía todo eso, pensaba en ti*»—. Nada más que pensar en ti —recalco, y le sonrío.

—Curiosamente, lo mismo que yo. Cuántas cosas tenemos en común, Carrington.

—Ya lo ves. Es asombroso.

—Lo es.

Mi pie sube por su muslo y se coloca un poco por encima de su sexo, rozándolo. Robert deja caer los párpados, y su expresión se llena de un aplastante y carnal deseo.

—¿Qué le vamos a regalar a Nate? —quiero saber.

—¿Qué se le regala a una persona que lo tiene todo? —repone, sonriendo misteriosamente.

Me quedo meditabunda.

—Mmmm. Siempre planteas excelentes preguntas.

—Un piano —responde, acertando así mis reflexiones.

Abro los ojos de repente.

—Un... ¿qué?

—Quería impresionar a Catherine y ha tomado muchas clases con un tal Jean Pierre, un tipo de lo más excéntrico, aunque excelente pianista. Un piano le vendrá bien para ensayar en casa. Cualquier día de estos veremos a Nate tocando en el *Madison Square Garden*.

Me rio por lo bajo, ya que es obvio que Robert se está burlando.

—Sois una caja de sorpresas, los Black. ¿Tú ocultas algún *hobby* del que yo no tenga ni idea?

Juraría que una expresión tensa oscurece sus pupilas por unos pocos segundos.

—No. Ninguno —murmura, y yo siento que me está mintiendo ahora. No puede ser mi imaginación. Algo ha cambiado en él.

—¿Robert?

Levanta la cabeza y me sonrío.

—Mi *hobby* eres tú —vuelve a murmurar.

Decido dejarlo estar. Quizá sean imaginaciones mías. No saber lo que es real y lo que no lo es, resulta desquiciante.

Al cabo de un rato, cuando el agua se ha enfriado casi del todo, Robert se me acerca, se coloca encima de mí y cubre mi boca con la suya, mientras sus manos, por debajo del agua, se entretienen acariciándome.

—Necesito hacerlo ahora —me susurra.

—Pues hazlo.

—Oh, sí, voy a hacerlo. Desde luego que voy a hacerlo.

Me toma despacio, deliciosamente despacio y tierno, me besa una y otra vez, me susurra cosas al oído. Desde que volví, me trata como si tuviera miedo a romperme. Siempre es cuidadoso, siempre es tierno, casi nunca se mosquea por nada. Parece todo perfecto. Quizá, demasiado perfecto.

Cuando llegamos a casa de los Black, la fiesta está en su apogeo. Hay muchísima gente aquí dentro, y yo no conozco a casi nadie, lo cual es extraño. Suelo conocer a muchas personas. La explicación se debe a que Nathaniel no está bien considerado en los círculos en los que yo solía moverme antes de conocer a su hermano, de modo que todos sus amigos pertenecen, al igual que los Black, a la categoría de *intrusos*.

Es la primera vez que veo a Catherine y a Nathaniel desde mi huida, y me preocupa un poco el asunto. Sin embargo, ellos actúan como si nada. Se nos acercan, cogidos del brazo y alarmantemente guapos, los dos vestidos de negro, y me besan las mejillas, antes de disponerse a saludar a Robert, que aguarda a mi lado, con un esmoquin negro que le hace parecer demasiado atractivo. De hecho, es tan atractivo que me saca de quicio. Me doy cuenta de todas las mujeres que lo miran furtivamente cuando entramos, y me mosqueo, como suele pasar. Las mujeres tan inseguras como yo no deberían salir con tíos tan guapos. En serio. Te hacen vivir un Infierno.

—Estás guapísima —me dice Nathaniel con una sonrisa larga—. Si no estuviera tan enamorado de mi mujer, esta noche tu virtud estaría en serio peligro.

Robert le pone mala cara.

—Bonita fiesta —cambia de tema de inmediato.

—Ah, un rollo —se queja Nate con los ojos entornados—. Pero es lo que hay. Ven. Quiero presentarte a un amigo muy cercano, toda una eminencia de las leyes. Deja a las chicas a su bola un rato.

Robert se despide de mí con un fugaz beso, y se marcha con su hermano. Los sigo con la mirada, molesta por todas esas mujeres que giran la cabeza para verlos mejor. Catherine, lejos de mostrarse afectada por los celos, me coge del brazo y empezamos a caminar en dirección al porche, donde la fiesta está en su mejor momento. Han hecho venir a camareros de uniforme blanco, han llenado el jardín de mesas y sillas blancas, que destacan sobre el verdor del césped, y hay una enorme fuente de champán aguardando bajo un cerezo en flor, cuyo maravilloso olor perfuma la cálida noche.

—Qué *fitzgeraldiano* todo —comento, mirando la histeria que domina a la gente. Un ritmo como este no se ha visto desde los tiempos de Gatsby.

—Sí, bueno, mi marido es un experto en fiestas. ¿Cómo estás, cielo? —me pregunta, y antes de que yo pueda contestar, me arrastra hacia una familia que intenta convencer a sus tres niñas, tan rubias como sus padres, de soltar un gato que no parece muy a gusto en su compañía—. ¡Chicas, dejad al gato ahora mismo! —ordena, y las tres diablillas obedecen de inmediato, antes de salir corriendo hacia la casa.

—¿Tenéis gato? —pregunto, tan ceñuda que Catherine suelta una suave risa.

—*Catzilla*. Sí. Bueno, no es nuestro. Es que lo tengo en acogida hasta que le encuentre un hogar.

Recuerdo que una vez Catherine mencionó algo de una protectora de animales que fundó hace años, pero no presté demasiada atención en aquel momento. Ahora sí me interesa el asunto.

—Me gustaría colaborar con tu proyecto —le digo súbitamente—. Estoy en una etapa de mi vida en la que necesito hacer algo con mi tiempo. Algo útil, quiero decir.

Mi propuesta complace a Catherine, a juzgar por su expresión.

—Eso sería maravilloso. Me vendría muy bien un poco de ayuda. Tú conoces a mucha gente en Nueva York. Gente influyente, me refiero.

—Y tanto. Podemos organizar una gala benéfica para el mes que viene. ¿Te parece?

Dominada por un entusiasmo incontenible, Catherine se precipita sobre mí y me rodea en un fuerte abrazo.

—Oh, sería estupendo. Gracias.

—Oye, y *Catzilla*...

Catherine carraspea y retrocede un poco.

—¿Qué pasa con él?

—¿Me lo puedo quedar yo, ya que no tiene familia? Siempre he querido tener un gato, pero a mi padre nunca le gustaron. Es más de perros.

Me mira con una sonrisa radiante.

—Claro. Claro. —Luego parece caer en la cuenta de algo que hace que su gesto ensombrezca

bruscamente—. Pero estás segura de que en tu... quiero decir...

Carraspea de nuevo, y no me hacen falta más indicios para saber que está al tanto de todo.

—Sabes que estoy embarazada —afirmo, y Catherine se sonroja.

—Robert estaba tan entusiasmado que se le escapó la semana pasada —expone, alejándose del alboroto de la fiesta—. No le culpes. No pudo callárselo más. Y yo se lo conté a Nate, así que ahora lo sabe toda la familia, porque Nate no pudo aguantarse de la emoción y telefoneó a su madre, que se lo dijo a sus tías de Charleston, unas viejas muy gruñonas, por cierto. En fin... —Me mira y sonrío incómoda—. El caso es que se nos ha ido de las manos, y ahora lo sabe todo el mundo. De hecho, Bud, el marido de nuestro suegro, ya está tejiendo patucos de ganchillo.

—Estarás de coña.

—En absoluto. Estamos todos *tan* encantados con esta noticia, en serio, Adeline. Nos hace muchísima ilusión tener a un nuevo bebé en la familia. ¿Has pensado ya en nombres?

No digo nada, y Catherine parpadea, supongo que mi expresión de sorpresa le resulta desconcertante. Mi perplejidad, en realidad, no va dirigida al asunto del embarazo, sino a algo que me inquieta un poco.

—Mmmm... no —digo, evasiva—. No sabía que Robert estuvo en tu casa la semana pasada.

Ya está. Lo he dicho, porque iba a estallar de habérmelo guardado. Me inquieta que Robert no me haya dicho nada acerca de este asunto, cuando se supone que nos lo contamos todo el uno al otro. ¿Por qué quedar con Catherine y mantenerlo en secreto? ¿Por qué no llevarme con él, si los Black solo viven a dos casas de distancia?

—Oh, no, no lo estuvo. Es que tenía recados que hacer en la Gran Manzana, y aproveché el viaje para tomar una copa con él. ¿No te lo dijo?

—No, la verdad es que no.

Mi disgusto va en aumento. Mientras yo esperaba como loca a que volviera a casa, ¿él se iba de copas? ¿Qué ha sido del *prefiero pasar todo mi tiempo libre contigo*? A veces me siento como si fuera una carga para él. ¿Y si él se siente igual? ¿Y si le agobia un poco lo del bebé? ¿Se fue a tomar una copa con Catherine porque necesitaba escapar un rato de la intensidad de lo nuestro?

—No le des más importancia —aconseja Catherine al verme tan meditabunda—. Se le habrá olvidado.

Compongo una sonrisa tensa y para nada convincente.

—Claro. A veces uno se olvida de lo que hace a lo largo de un día, ¿verdad? —replico con mordacidad, y ella sonrío como dando por zanjado el asunto.

Me vuelve a coger del brazo y me conduce a una zona de butacas blancas, en su pequeña playa privada, ya lejos del barullo de la fiesta.

—¿Conoces a Emma y a Gage?

—Solo por el nombre.

—Ven. Te los presentaré. ¡Las lenguas donde las pueda ver, hacer el favor! Hay niños delante. Ella es Adeline, mi cuñada. Estos son Emma y Gage —me señala a una pareja más o menos de su edad, muy atractivos, que están acurrucados en una sola butaca, pese a que hay más asientos libres.

Los dos, vestidos de blanco, se ponen en pie y me sonrían. No parecen avergonzados por haber sido pillados en actitud tan pasional.

—Encantada —digo ofreciéndoles mi mano, que ellos pasan por alto, prefiriendo besarme las mejillas.

—He oído hablar mucho acerca de ti —comenta Emma.

—¿Todo era malo? —quiero saber.

Gage suelta una carcajada.

—Al contrario. Extremadamente bueno. Nos han dicho que encajas a la perfección con el pequeño de los Black.

Eso, por supuesto, me resulta halagador.

—Y ahora que me conoces, ¿compartes esa teoría? —pregunto con la sonrisa que siempre empleo en eventos sociales.

—Ahora más que nunca —me contesta él, igual de cortés.

Los dos me parecen muy simpáticos. Emma es la mejor amiga de Catherine. Gage, el mejor amigo de Nate. Y ambos forman una pareja sentimental.

Me siento a su lado y me sumo a su conversación acerca de los veleros. Gage defiende que deberíamos irnos todos de vacaciones en su velero. Son muy *fitzgeraldianos* los dos.

—Podríamos dar la vuelta al mundo —ríe Emma, con una risa alegre y cristalina—. Sería maravilloso.

Todo el mundo parece disfrutar de la fiesta, el champán y la conversación. Todos, menos yo, que soy incapaz de sacarme aquello de la cabeza. En cuanto veo a Robert y a Nate acercándose, mi corazón empieza a latir desbocado, aunque no tanto por la proximidad de Robert, como por la tensión que me embarga.

—Hola —Robert se inclina sobre mí y apenas me roza los labios—. Disculpa que haya tardado tanto. ¿Estás bien?

Se deja caer en la butaca de al lado y me escruta con una mirada concentrada. Me resulta molesto que no compartamos butaca, como hacen Nate y Catherine y Emma y Gage. Creo que estoy tan susceptible en este momento que cualquier cosa me resultaría molesta.

—Cojonudamente —rezongo, malhumorada.

—Sabes, he notado que siempre que dices esa palabra, algo va mal —remarca, frunciendo el ceño.

—No pasa nada. Estoy cansada.

Coge mi mano y se la lleva a los labios, pero su ternura no aplaca mi malestar.

—Entonces, nos iremos a casa. ¿Te parece?

Asiento, sin demasiadas ganas. Nos despedimos de los demás, y él me coge de la mano y me insta a ponerme en marcha por un atajo que lleva hacia la verja de hierro. La propiedad de Nate y Catherine es más grande que la nuestra, y hay que andar un buen trecho hasta alcanzar la salida. El caminito está franqueado por una fila de cerezos en flor, y la luz no penetra hasta aquí, de modo que Robert y yo andamos sumidos en la penumbra. El paisaje es majestuoso, con las ramas de los árboles tan cubiertas de flores blancas.

—Lamento no haber bailado contigo esta noche —me susurra.

—Supongo que estarías ocupado.

Por supuesto, capta a la primera mi tosquedad, pero elige no tomársela muy a pecho.

—Aun así, me hubiese gustado mucho.

—Mmmm.

Caminamos en silencio, y aunque intento despojarme del mal humor, no lo consigo, de modo que mantengo una actitud fría y distante durante todo el paseo.

—No me dijiste que viste a Catherine y que te has ido de copas con ella —suelto con cierta brusquedad.

A Robert se le escapa un suspiro hondo.

—Así que estás cabreada por eso. Menos mal. Pensaba que sería por algo peor.

Le lanzo una mirada irritada.

—¿Acaso puede haber algo peor que mentirme?

—¿Mentirte? Vamos, Adeline, no te pongas así. Que se me haya olvidado mencionártelo no quiere decir siempre que te esté mintiendo.

Ojalá pudiera confiar en esos ojos tocados de dolor. Pero no puedo.

—No me gusta que se te olvide mencionarme cosas de esta índole. Me inquieto pensando en qué más cosas se te *olvidan*.

Me detiene, me coge la cabeza entre las manos y busca mis ojos a través de las sombras.

—Escúchame, Adeline. No tienes nada por lo que preocuparte, ¿de acuerdo? Para mí solo existes tú.

—Me gustaría creerte —musito, evaluando sus ojos, tal y como hago siempre que intento descifrarlo.

—Tienes que entender que todo lo que te inquieta solo pasa en tu cabeza. Yo *te amo*. ¿Me has oído?

Te amo. No sé qué más tengo que hacer para demostrártelo. Salvo... —Me hace retroceder hasta apoyar mi espalda contra la áspera corteza de un cerezo. En sus ojos resplandece un destello maligno cuando se inclina sobre mi rostro y me susurra, con los labios tan cerca de los míos—... hacerlo a la antigua usanza.

Frunzo el ceño.

—¿Antigua usanza?

—Ya sabes, follándote hasta que entres en razón.

Mi corazón pega un brinco, embargado por una emoción casi culpable.

—¿Aquí?

Robert me dedica un gesto travieso.

—Ese lugar es tan válido como cualquier otro, pequeña —me susurra al oído—. Quiero hacerte cosas que nadie te ha hecho nunca... cosas que nadie más que yo te hará nunca...

El sábado amanece tan apacible como cualquier otro día normal. Mayormente soleado, baja probabilidad de precipitaciones, humedad alta, viento suave; un día perfecto de primavera. Robert y yo dormimos hasta casi mediodía. Cuando me levanto, él está a mi lado en la cama, incapaz de dejar de sonreír.

—¿Qué pasa? —Sonrío yo también, ya que su alegría es contagiosa. Me encanta su sonrisa de *tengo un secreto y me muero por compartirlo*.

—Nada. Es que aún me cuesta acostumbrarme a ti. Estás preciosa cuando duermes.

Finjo contrariedad.

—¿Solo cuando duermo?

Entorna los ojos.

—Tú ya me entiendes.

—Sí, lo cierto es que sí.

Me coge el mentón con una mano y me roza suavemente los labios.

—¿Qué tal si hoy salimos? —me propone.

Frunzo el ceño.

—¿Adónde?

—Conozco un lugar perfecto para ir a comer.

Dicho eso, salta fuera de la cama y se dispone a vestirse. Lo contemplo ensimismada. Me fijo en la anchura de sus hombros, en la fuerza de sus brazos desnudos, en los huesos de la pelvis...

—¿Adónde vas con tantas prisas? —quiero saber, molesta al ver que se está vistiendo, por lo que ya no puedo disfrutar de esa gloriosa vista de su cuerpo.

—A organizarlo todo. Tú no te muevas de ahí. Le diré a Maggie que te traiga el desayuno a la cama.

Hago un gesto cómico.

—¿Desayuno en la cama? ¡Vaya! Me tienes demasiado mimada.

Me guiña un ojo.

—Quiero tenerte feliz y complacida.

—Oh, y me tienes muy complacida —me río, y él, al entender a lo que hago mención, suelta una carcajada.

—De eso se trata, señorita. De tenerte complacida para que no me reemplaces por otro tío.

—Eres el único para mí. No podría reemplazarte jamás.

—Más te vale.

Ya vestido, se inclina sobre mí y me da un beso tierno.

—Ahora vuelvo.

Unos diez minutos después, mientras yo sigo remoloneando en la cama, se abre de nuevo la puerta. Cuando miro, me asombro al ver a Robert y no a Maggie.

—Hora de desayunar —anuncia.

Me incorporo sonriendo.

—¿Qué ha sido de Maggie?

Me mira sin entenderlo.

—¿De Maggie?

—¿No me iba a traer ella el desayuno?

—Oh, sí, pero resulta que he acabado antes con la organización, y he decidido hacerlo yo mismo.

—¿Y qué traes ahí?

Baja la mirada hacia la bandeja. No tiene ni idea. Obviamente, le ha quitado la bandeja de las manos a la pobre Maggie, quizá la haya interceptado por la escalera.

—Melón. Queso. Nueces. Una tostada. Unos huevos revueltos. Un vaso de zumo.

Dejo escapar un silbido.

—Vaya. ¿Te has propuesto engordarme o qué?

Sus preciosos ojos se alzan hacia los míos.

—Has perdido bastante peso desde... bueno... últimamente.

Muestro la expresión atormentada que se empeña en hacerse notar siempre que sale el tema de toda la oscuridad que viví durante nuestra separación. Para despojarme de esos recuerdos, sacudo la cabeza, me esfuerzo por sonreír y golpeo el colchón para que se siente a mi lado.

—¿Has desayunado tú? —quiero saber.

Sacude la cabeza.

—Aún no.

Con una sutil sonrisa, cojo un trozo de melón y lo acerco a sus labios.

—Entonces, déjame que te alimente yo.

Es incapaz de apagar la sonrisa mientras mastica.

—¿Qué tal el melón? —me intereso, cuando se lo traga.

Con gesto ansioso, coge el zumo de naranja y le da un buen trago.

—Asqueroso. Detesto el melón.

Abro los ojos de par en par.

—¿Y por qué diablos no lo has dicho?! —alzo el tono.

—Querías alimentarme. No podía desilusionarte.

Sacudo la cabeza con reprobación, y abro la boca para morder el trozo de queso que me ofrece.

—¿Qué tal el queso? —pregunta al cabo de unos momentos.

Entorno los ojos.

—Soy alérgica a los lácteos, así que...

—¿Qué?! —grita.

Suelto una risotada malévola.

—¡JA! Me estaba quedando contigo.

Resopla aliviado.

—¡Por Dios! ¡Qué susto!

Me río de nuevo.

—Sí, tenías que haber visto la cara que has puesto. Todo un poema.

—Conque te burlas de mí, ¿eh? Ya lo verás.

Coge la bandeja, la coloca encima de la mesilla y se abalanza sobre mis pies.

—¡Ay! —chillo, intentando apartarle—. No me toques los pies. Me haces cosquillas.

Pero él sigue atormentándome mientras yo chillo, río y me revuelvo.

—¡Robert!

—El reglamento dice que no puedo follarte duro mientras estás embarazada, pero en ninguna parte he leído nada sobre las cosquillas, así que este será mi nuevo método de disciplina favorito.

—Por favor. Por favor. Para. No puedo más.

Se ríe y me suelta, y yo me seco las lágrimas. Dios, nunca me había reído tanto.

—Te doy un cuarto de hora para que te prepares. Luego, nos vamos. Estaré en el despacho. He de hacer un par de llamadas.

—Es sábado —protesto.

—Lo sé. Lo siento. Si no fuera tan urgente, no lo haría.

Pongo los ojos en blanco. No soporto verlo tan enganchado al trabajo. ¿Es que no puede desconectar ni siquiera durante el fin de semana?

—Está bien. Iré a prepararme.

Planta un beso en la punta de mi nariz y sale por la puerta.

Después de ducharme, maquillarme y ponerme un ligero vestido blanco, muy veraniego, bajo a la planta baja. Voy a su despacho y llamo suavemente a la puerta, pero nadie contesta, de modo que me deslizo dentro.

Robert está de espaldas, delante del enorme cristal, contemplando con mirada lejana la belleza del océano. Como siempre, habla por teléfono.

—Monique, ya te lo he dicho —parece irritado—. Hazte cargo de ello... Bien, no lo sé... No, a mi casa no... Pues porque no. Busca un club o algo así... De acuerdo. Ya me contarás... Sí, yo también.

Y cuelga.

—¿Tú también, qué? —suelto en tono hosco.

Se gira de cara a mí con una suave sonrisa.

—Yo también tengo muchas ganas de que acabe el caso en el que Monique y yo estamos trabajando —explica, sin perder la paciencia conmigo. Está más que acostumbrado a mis interrogatorios.

—¿Y qué es eso del club?

—Hay que organizar una fiesta. Uno de esos estúpidos eventos de trabajo, ya sabes.

Avanzo por el despacho y me apoyo contra el escritorio de madera maciza.

—¿Y por qué no quieres organizarlo aquí?

—No quiero contaminar nuestra casa con esta chorrada. Para eso están los locales.

—¿Cuándo es la fiesta?

—Dentro de tres semanas.

—Ya veo.

Suspira, y luego su rostro se ilumina en una sonrisa.

—¿Preparada para irnos?

—Supongo...

—Con un supongo me basta.

Me coge de la mano y nos encaminamos hacia la puerta.

—Qué buen día —comento al salir a la calle.

Robert se coloca unas gafas oscuras encima de la nariz. La suave brisa agita la tela de su camisa azul cielo y la parte baja de sus pantalones blancos. Está guapísimo.

—Sí, hace un día perfecto para estar fuera —coincide.

Me abre la puerta del coche, espera a que me instale y luego lo rodea. Busca un CD dentro de la guantera, lo pone y arranca.

—¿*Love Kills*? —Lo miro divertida, cuando empieza a sonar la primera canción—. ¿En serio?

—Me gusta la letra —se justifica, y yo agito la cabeza, mas no digo nada. Sé que solo lo hace para provocarme.

De manera asombrosa, Robert conduce despacio hoy, con las ventanillas bajadas, para que disfrutemos de la brisa que se estrella contra nuestros rostros.

—¿Adónde me llevas?

—A cualquier parte...

Sonrío. Un poco después, descubro que sus planes incluyen el *Brooklyn Bridge Park*.

—Un clásico —me mofa—. Vas a llevarme al parque y alimentarme de perritos calientes como a cualquier turista que visita por primera vez Nueva York, ¿verdad?

Sonríe misteriosamente.

—Erróneo. Como siempre, te has precipitado a sacar conclusiones, y te equivocas.

Aparca el coche, me coge de la mano y nos adentramos juntos en el parque. Caminamos bastante rato hasta que descubro qué tiene en mente.

—¡Oh, Dios mío! ¿Eso es para nosotros?

Robert ríe entre dientes.

—Oh, sí.

Corro hasta la manta y me quedo contemplándolo todo con ojos rebosantes de alegría.

—¿Señor Black? —pregunta el camarero.

—El mismo.

—Su *pack* de picnic, señor.

—Gracias.

Retira dinero de la cartera y le ofrece una propina que hace que el chico, muy joven, quizá un estudiante, se ruborice.

—Adeline, cuando quieras.

Me quito las manolinas y me siento encima de la enorme manta gris con rayas blancas. Estoy fascinada. Nadie ha hecho nunca nada igual por mí. Hay varias mesitas pequeñas de madera, llenas de bandejas con fiambres, tortillas, ensaladas, fruta, postres, pan; hay copas y bebidas, un enorme ramo de rosas blancas y una sombrilla japonesa de papel beige, encargada de aportarle un toque exótico a la decoración.

—¿Pero cómo se te ha ocurrido esto? ¡Y con vistas al Downtown y al East River!

Su rostro no expresa más que alegría.

—Bueno, hacía un buen día hoy, y me he dicho a mí mismo: *oye, Robert, a lo mejor a Adeline le gustaría que hicieras algo bonito y romántico*. Y aquí estamos.

Cojo su rostro entre las manos y le beso los labios.

—Es increíble.

—Tú eres increíble —susurra, mirándome ensimismado.

Una sonrisilla tiembla en las esquinas de mi boca.

—Gracias.

—¿Por?

Me encojo de hombros.

—Por ser tú —musito, sin más.

Me besa suavemente.

—No hay que darlas.

—¿Vino, señor? —pregunta el camarero.

—Es sin alcohol, ¿verdad?

—Sí, señor. Tal y como lo solicitó.

—De acuerdo. Entonces, sí. Dos copas. Del blanco.

Frunzo el ceño.

—¿Dónde has encontrado un vino sin alcohol?

—¿Qué más da? Brindemos. ¡Por nosotros!

Sonrío y choco mi copa contra la suya.

—¡Por nosotros!

—Ya me hago cargo yo —le dice Robert al camarero.

—Pero usted ha contratado el *Pack Platino*, eso quiere decir que un camarero tiene que...

—Te doy permiso para que te marches —lo interrumpe con impaciencia—. Nos gustaría estar solos.

Seguro que lo entiendes.

El chico se ruboriza.

—Oh. Claro, señor. Bien, adiós. Que lo pasen bien.

—Gracias por todo.

—Adiós —lo despido yo, con una sonrisa—. Lo has intimidado —le susurro a Black en cuanto el chico está lo bastante lejos como para que no me escuche.

—No era esa mi intención.

—Lo sé, pero tú sueles ser así. Intimidadas a las personas.

Baja los ojos hacia mí.

—¿Te intimidó a ti?

—Siempre.

—Lo siento. No pretendo intimidarte.

—Lo sé —dejo caer la cabeza hacia atrás y me quedo contemplando el cielo—. ¡Qué azul es! Túmbate conmigo.

Coloca la copa de vino encima de una de las mesitas, se tumba a mi lado y coge mi mano para colocarla encima de su pecho.

—Es un día maravilloso —dice, llevándose mi mano a los labios.

—Lo es.

—¿Eres feliz, Adeline? —La pregunta parece salir en un impulso impensado—. ¿Yo te hago feliz?

—¡Dios, soy tan feliz ahora que podría morirme! —exclamo, asombrada de que no lo sepa aún.

Su pecho se mueve bajo mi mano cuando él suelta una carcajada ronca. Coloca la palma encima de mi vientre y me acaricia.

—¿Crees que él también es feliz ahora?

Sonrío, con los ojos clavados en la inmensidad azul del cielo. No hay nubes hoy. Ni un solo jirón.

—Estoy segura de que sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Las mamás sabemos esa clase de cosas.

Vuelve a reírse y me aprieta la mano con más fuerzas.

—Tener un hijo contigo es lo mejor que me ha podido pasar en la vida.

—Claro, como tengo unos genes tan buenos... —señalo con sorna.

—Va a ser maravilloso. Pienso tenerle muy mimado. Voy a hacerle una casa en un árbol.

Muevo el cuello para lanzarle una mirada confusa.

—¿Por qué una casa en un árbol?

Se encoge de hombros.

—Bueno, yo siempre he quise tener una casa en un árbol. Seguro que él también va a quererlo.

Me río.

—¿Y qué más vas a hacerle? —me intereso, con aire soñador.

—Voy a llevarlo a pescar, y a conducir, y a jugar al béisbol.

—Oh, Dios mío, me lo vas a convertir en un salvaje. Pensaba que dirías algo así como: *lo llevaré a ballet, y a clases de francés, y a la academia de buenos modales.*

—¡Ballet! —escupe—. ¡Pero qué chorrada! Lo llevaré a pescar porque eso es de tíos. Y tú vendrás con nosotros y te quedarás en la orilla protestando por los mosquitos.

Suelto una risa al descubrir que no soy la única de por aquí que tiene fantasías surrealistas.

—¿Y por qué iba yo a protestar por los mosquitos?

—Porque digo yo que te estarían picando.

Estallo en carcajadas.

—¿Quieres unas uvas? —pregunta Robert al cabo de un rato, pero yo lo ignoro.

Seguimos tumbados, con los ojos clavados en el cielo. Esto es mágico. Nunca antes había disfrutado tanto de la ciudad. La sensación de estar tumbada, mirando las hojas de los árboles, es alucinante. Te relajas, y conectas y sientes la naturaleza como si fuera parte de ti. No cambiaría la felicidad de este momento por nada en el mundo.

—¿Adeline?

—¿Mmmm?

—Que si quieres unas uvas.

—Leí un libro recientemente sobre orgías romanas —comento, sin venir a cuento—. Había una escena con las uvas.

Robert suelta una carcajada.

—¿En serio? ¿Y qué decían?

Cierro los ojos y curvo la boca en una sonrisilla picarona.

—Esta noche te lo explicaré, Black. Tú tranquilo. Lo sabrás en breve.

Su risa me hace volver a sonreír. Hay días que son sencillamente maravillosos. El clima, la gente, la brisa, la comida, todo es magnífico. Todo es apacible, y nada presagia nunca que algo malo pueda estar a punto de suceder. Los peores días de la vida de uno empiezan siempre así: con un hermoso y puro rayo de sol.

Me despierto por la noche con la idea de *me he hecho pis encima*. ¿Cómo es posible? No lo sé. Pero ha

pasado.

Adormilada, voy al baño, tropezando con varios muebles de camino. Enciendo la luz, arrastro los pies hasta la ducha y me quito la camisa, dejándola caer al suelo. Abro el grifo y me meto dentro, y es entonces cuando lo veo.

—¡Robert! ¡ROBERT! ¡Dios mío, Robert!

Oigo un golpe seco, y al instante Robert entra corriendo, con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —sus ojos se dilatan aún más al ver mis dedos llenos de sangre—. Oh, Dios. Tranquila. Seguro que no es nada. No te muevas. Llamaré a una ambulancia.

Sale corriendo hacia la habitación y, mientras, me quedo ahí, de pie, paralizada y sin poder pensar, escucho su voz como algo muy remoto.

—Sí, una ambulancia... No lo sé. Está sangrando... Embarazada de nueve semanas... ¿Quiere dejarse de preguntas y venir de una vez? ¡Joder!

Regresa, con el rostro pálido, y me cobija entre sus brazos.

—Tranquila. Ya vienen los médicos. No pasa nada.

—¿Y si muere? —suelto por fin las tres terribles palabras que me atenazan la mente.

—No, no va a morir. No te preocupes. Solo es un poco de sangre.

Aterrada, levanto la mirada hacia sus ojos. Está preocupado, por mucho que intente tranquilizarme. Lo veo en su mirada, en la arruga de su frente. Está tan asustado como yo, solo que intenta fingir normalidad para que yo me calme.

—He llevado una vida nefasta —murmuro con los ojos repletos de lágrimas y el labio inferior tembloroso—. Todo esto es culpa mía.

—Calla. Nada es culpa tuya —susurra, rodeándome entre sus brazos con más fuerza aún—. Nada es culpa tuya, cariño.

Para cuando llega la ambulancia, la hemorragia ha cesado. No he sangrado demasiado. Aun así, estoy muerta de miedo. Robert viaja conmigo, sujetándome la mano en todo momento. Ya en el hospital, me hacen tumbarme en una camilla y un médico muy joven me hace una ecografía mientras me interroga acerca de mis malos hábitos.

—¿Está vivo? —pregunto, incapaz de seguir aguantando esta ansiedad.

—Sí —dice sonriendo, y yo rompo a llorar de puro alivio—. ¿Quiere escuchar los latidos de su corazón?

Robert me da un beso en la frente. Él también tiene los ojos cargados de lágrimas.

—Sí, estaría genial —sonrío a través de mis sollozos.

Escuchar el primer *pum* despierta un aplastante torrente de emociones en mí. Nada se le puede comparar al momento en el que escuchas por primera vez el corazón de tu hijo. ¡Nada!

—¿Lo oyes? —le digo a Robert.

—Sí —musita ensimismado, con una sonrisa de oreja a oreja—. Es increíble.

Lo cojo de la mano y le sonrío.

—Lo es.

—Todo parece en regla —sentencia el médico—. No obstante, me gustaría que guardara cama un par de días, para asegurarnos de que no hay complicaciones.

Asiento con fervor.

—Por supuesto. Lo que usted diga.

—No se altere, no se inquiete por nada, coma bien y descanse. ¿Podrá hacer eso?

Vuelvo a asentir. Se quita los guantes, dando por zanjada la consulta, pero yo lo agarro de una muñeca.

—¿Doctor?

Baja los ojos verdes hacia mí.

—¿Sí?

—¿Tengo uno de esos embarazos de riesgo, por el uso de los somníferos y alcohol cuando no sabía que estaba embarazada? ¿Por eso he tenido la hemorragia? ¿Voy a perderlo?

—Una hemorragia no siempre es causa de aborto involuntario —me tranquiliza—. En su caso, se debe a una sensibilidad cervical, nada más. Durante el embarazo, el volumen de la sangre ha aumentado y su cuello uterino se ha hecho más sensible. En cuanto a los embarazos de riesgo, permítame que le diga que no hay embarazo sin riesgo. No hay una garantía de que todo vaya a salir bien al cien por cien. Usted tiene un riesgo medio, ni alto ni bajo. *Medio*. Cuidándose y acudiendo a todas las revisiones, conseguirá que todo salga según lo previsto, ¿de acuerdo?

—Sí, gracias.

Me dedica una sonrisa amable antes de irse. Robert se acuclilla al lado de la camilla y me examina con el azul de sus ojos un poco más reluciente de lo habitual.

—¿Estás bien?

Asiento.

—Sí. Es solo que me asusté al ver la sangre y... —no sé qué más decir. ¿Que soy una neurótica que no soporta la idea de volver a perder a alguien a quien ama con tanta intensidad?

—Lo sé. Yo también, pero ya ha pasado. Ahora todo va a salir bien, ya lo verás. Cuidaré de ti y me aseguraré de que no te falte de nada. ¿Nos vamos a casa?

*Así vamos adelante,
botes contra la corriente,
incesantemente arrastrados hacia el pasado.*
(El Gran Gatsby)

Capítulo 2

Mujeres sin rostro. Siempre hay mujeres sin rostro a su alrededor. ¿Quiénes son? ¿Qué quieren? ¿No saben que él es mío?, ¿que yo soy suya?

Me llevo el vaso de zumo a los labios y tomo un sorbo mientras lo contemplo como cualquier depredadora contemplaría a su presa.

Mi única debilidad. El veneno que alimenta mis venas. Lo único que me hace sentir viva...

Está en el otro extremo de la sala, rodeado de mujeres sin rostro con las que parece tener mucha familiaridad. Una de ellas le toca el brazo y suelta una carcajada. Mis dedos, aferrados en torno al largo talo de mi copa, se crispan. Mi respiración se vuelve cada vez más rápida, delatando el esfuerzo que estoy haciendo por no perder el control. Es peligroso perder el control, ya lo he comprobado en otras ocasiones.

¿Qué siente un depredador en esos momentos, cuando lo que tiene se está tambaleando? Para empezar, inquietud. Le preocupan los demás depredadores que pretenden obtener lo que es suyo por derecho. Por encima de esa zozobra, siempre prevalece el deseo, un deseo de dominar, de subyugar, de absorber; de hacer que esa presa sea suya; de conseguir que se rinda, sin más, a cualquier precio.

Aunque, el sentimiento más poderoso de todos es la ira. La ira siempre domina a los depredadores. Los mantiene alerta. La ira los hace sentirse vivos.

—Tú debes de ser la bella Adeline —comenta un hombre enmascarado, que se detiene a mi lado.

—Debo de serlo, si todo el mundo me llama así —replico distraída.

No lo miro ni por un segundo. Mis ojos, oscurecidos de celos, solo pueden enfocar a ese hombre, peligrosamente atractivo, que sigue charlando con *ellas*. «¿Por qué siguen ahí, zumbando a su alrededor?»

—Soy Jordan McGregor, el socio de Robert.

Dejo escapar un suspiro airado cuando me ofrece una mano. Con expresión de fastidio, muevo ligeramente el cuello, lo miro un segundo y después estrecho su mano.

—Adeline Carrington, su...

—Prometida —contesta él por mí—. Sí, me lo ha dicho.

—Maravilloso.

—También me ha dicho que me mantenga alejado de ti —acota divertido, llevándose la copa de champán a los labios.

Enarco una ceja por debajo de mi máscara negra.

—¿Y eso?

—A Black no le gusta la competencia. Y, por lo visto, tampoco le gusta compartir. —Suelta una carcajada, como si hubiese escuchado algún chiste—. Esa sí que es buena. ¡No le gusta compartir! —exclama, y sigue riéndose, tan alto que acaba atrayendo la atención de Robert, el cual, al advertir mi presencia, solo tarda unas milésimas de segundo en atravesar el espacio que nos separa y plantarse entre Jordan y yo.

Parece furioso, a juzgar por los fulminantes destellos que desprenden sus ojos.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, todo tenso.

No sé si se lo dice a Jordan o a mí.

—Acabo de conocer a tu prometida —responde Jordan, convencido de que la pregunta iba dirigida a su persona—. No puedo creer que la mantuvieras tan escondida. Pensaba que éramos amigos.

—No... te... acerques... a... Adeline —rezonga entre dientes, antes de cogerme del brazo para sacarme a la terraza.

¿Pero qué diablos le pasa? ¿Por qué se ha puesto hecho un basilisco con su socio? ¿Y por qué no lleva máscara como todos los demás? Este hombre siempre quiere destacar por algo.

—No sabía que fueras a venir —me dice cuando estamos fuera, hablándome con voz tranquila, nada que ver con el tono empleado con su socio.

—Quería... sorprenderte.

—Oh, y lo has hecho. Sin duda.

Desde luego, no se esperaba que viniera, ya que dije claramente que iba a quedarme en casa, mirando la tele que ha hecho instalar en el dormitorio, para así moverme lo mínimo posible.

Han pasado ya tres semanas desde el episodio que me hizo acudir a urgencias en plena madrugada y, si bien el embarazo parece desarrollarse con total normalidad, no quiero correr riesgos innecesarios, de modo que iba a ceñirme al plan de pasar la noche en casa, tranquila.

Sin embargo, cuando he mirado en internet las noticias sensacionalistas, cuando he visto la cantidad de mujeres guapas que acuden a un “aburrido evento de abogados” (palabras textuales de Robert), me han poseído todos los demonios del Inframundo y he venido lo antes posible para tranquilizar mi ansiedad y para comprobar que él sigue perteneciéndome a mí y solamente a mí. Mi posesividad no conoce límites.

—¿Te molesta mi presencia? —planteo la pregunta como con coquetería, para enmascarar mis verdaderos sentimientos.

Frunce el ceño, me coge la barbilla con dedos fríos y me levanta el rostro hacia el suyo.

—¿Por qué iba a molestarme tu presencia? —repone, tan mortalmente serio.

—No lo sé.

—Nunca me molesta tu presencia, preciosa mía. Me alegra que estés aquí.

—¿En serio?

Me observa con una leve sonrisa en su hermoso rostro.

—Por supuesto. Ven aquí. Necesito tocarte. Y besarte. Siempre necesito tocarte y besarte.

Sujetándome por las muñecas, me apoya contra el gélido muro y se pega a mí.

—Tenemos que hablar —le digo mientras su boca se arrastra por mi mandíbula.

—Oh, sí, hablaremos, pero no ahora.

Su respiración se altera, su sexo cobra vida y me roza el estómago. Mis ideas empiezan a perder contorno. ¿Qué iba a decirle? Ah, sí. Las mujeres sin rostro. Tenemos que hablar de las mujeres sin rostro. Me inquietan.

—Robert...

Su barba de un par de días se frota contra mi rostro, y las mujeres sin rostro se esfuman por completo.

—Di que me quieres —susurra cuando sus labios encuentran los míos.

Sin embargo, no espera mi respuesta, se pierde en mi boca y me besa fuerte durante un tiempo.

—Robert... —mi voz no es más que un débil, casi inaudible, suspiro.

—Di que me quieres, Adeline. Tienes que decírmelo. Hoy necesito oírtelo decir más que nunca.

—Te quiero —musito, con su cabeza entre las manos—. Te quiero hasta la locura.

Su lengua se hunde entre mis labios y da vueltas por toda mi boca, lenta, lánguidamente. Sabe a alcohol. Mis ojos se entrecierran, y su respiración pasa a ser brusca cuando mi cuerpo se pega a él,

intentando traspasar todas las barreras, la de su piel, la de sus huesos... intentando llegar a su alma, para absorberla también.

—Y yo te quiero a ti del mismo modo.

Me sujeta la nuca con la palma, pasa los dedos por mi pelo y su boca vuelve a estrellarse contra la mía. En ese preciso instante, los fuegos artificiales estallan en el cielo nocturno, iluminando todo el Upper East Side.

—Prométeme que esto es para siempre —le suplico, ahí, debajo de las chispas que se encienden y se apagan por encima de nosotros dos, como una lluvia de fuego en el cielo.

Pasa el pulgar por mi labio interior, me mira a los ojos y sonrío.

—Esto es para siempre. Sabes que esto es para siempre.

Y me vuelve a besar.

Después de toda una eternidad, encontramos las fuerzas para separarnos y regresar a la fiesta.

—Saludo a un par de personas y te llevo a casa —me susurra Robert al oído—. Por cierto, estás guapísima. ¿De dónde has sacado el vestido negro y el antifaz?

—De Catherine.

Me enloquece la admiración que leo en sus pupilas.

—Ah. Muy bien. Ven. Acompáñame. Ahí está el gobernador. —Cogidos de la mano, atravesamos el local y nos detenemos al lado de un grupo de gente ruidosa, donde un hombre de cabellos blancos cuenta un chiste verde—. Señor —se entromete Robert cuando el gobernador se calla.

Se vuelve hacia nosotros con una sonrisa bonachona.

—¡Robert Black! —Se dan la mano—. Vaya, vaya. Cuánto tiempo.

—Sí, desde aquella noche...

El gobernador, de rostro rubicundo y risueños ojos azules, ríe estrepitosamente, lo cual hace que su prominente pecho se agite por dejado de su traje de etiqueta.

—Oh, sí, desde aquella noche. ¿Y quién es tu hermosa pareja?

—Conozca a Adeline, mi prometida.

—Adeline Carrington-Van Buren —le digo, ofreciéndole la mano con esa distinción asignada a las clases altas.

El gobernador parece impresionado.

—Oh. Eres la hija de Edward.

—En efecto.

—Y os vais a casar —afirma, un poco asombrado por tal extraña noticia. Los de sangre azul no nos solemos casar con los *intrusos*.

—Bueno, ¿qué se le va a hacer, señor? Este me ha dejado embarazada —le susurro, conspirativa, y el gobernador se desternilla—. Lo escandaloso sería no casarnos.

—Tiene chispa esta muchacha. Deberías traerla a más fiestas.

—Lo haré, señor —contesta Robert entre risas—. Encantado de saludarle.

—¿Es que os vais tan pronto?

—Adeline no se encuentra demasiado bien. La llevaré a casa y luego regresaré a dar el discurso.

¿Cómo que regresará a dar el discurso? Pensé que se iría conmigo.

Cabreada, muevo la mirada hacia la derecha, ya que he percibido de soslayo algo que ha captado mi atención. Y ahí está ella: esa rubia amiga suya, embutida en un espectacular vestido rojo vino, que combina a la perfección con el antifaz dorado que le tapa medio rostro.

—En realidad, me encuentro estupendamente, gobernador —rebato, lanzándole otra mirada furtiva a aquella criaturademasiado bella como para estar cerca de Robert—, y me gustaría charlar con usted

acerca del servicio militar obligatorio. ¿Qué es esa bobada de que hay políticos que afirman que debería implantarse?

El robusto pecho del gobernador se agita de nuevo.

—Ah, está usted bien informada para ser tan joven.

—Solo acerca de los temas de interés general.

Robert me mira ceñudo, y yo le sonrío como una niña adorable. Él nunca ha visto aún esta faceta mía. Creo que la mayoría de las veces ni siquiera es consciente de quién soy en realidad, pues yo disto mucho de ser una Carrington en el verdadero sentido de la palabra. O, al menos, me esfuerzo para no serlo. Aunque, hay que admitirlo, los genes están ahí, me guste a mí o no, de modo que si la ocasión lo requiere, puedo ser la Adeline que mi padre desea.

—¿Nos disculpas un segundo, Black? El gobernador y yo vamos a sentarnos un rato y aclarar este asunto.

Robert, aún más ceñudo, mueve la mirada entre el gobernador y yo.

—¿Eh? —Me mira atónito, y yo vuelvo a sonreír—. Claro. Por supuesto. Entonces, ¿te quedas?

Alzo la barbilla en un gesto que solo denota frialdad y soberbia.

—En ningún momento te dije que me encontraba mal. Fuiste tú el que llegó a tamaña conclusión. De modo que, sí, pienso quedarme.

—Vaya. De acuerdo. Entonces... ¿me voy?

Está completamente descolocado, nada que ver con el dios del aplomo que suele ser.

—Por favor —apremio con una sonrisa.

Con el ceño peligrosamente fruncido, da media vuelta y se encamina hacia la zona de las bebidas. Cojo al gobernador del brazo y lo hago girarse de tal modo que puedo seguir a la perfección a Monique. Lo primero que hace es recibir una copa por parte de un camarero y encontrarse con Jordan. Acto seguido, los dos se encaminan hacia Robert.

El gobernador empieza un monólogo que me cuesta horrores seguir, así que desconecto por completo, limitándome a los habituales «claro» y «por supuesto» cada vez que me doy cuenta de que la conversación lo requiere.

Monique le besa las mejillas a Robert. Él, bastante tenso, me busca con la mirada. No disimulo, me quedo mirándolo abiertamente, para que sepa que los he visto. Sus ojos son oscuros, no sé si de ira o por cualquier otro sentimiento. Los míos deben de lucir de igual modo. Dos depredadores como nosotros, enfermos de los celos y el control, enfrentados el uno contra el otro. La velada promete mucho.

Al cabo de un rato, cuando ya no soporta la situación, Black se despide de Monique y de Jordan y se encamina hacia nosotros. El gobernador me habla ahora sobre un puente que uniría no sé qué zonas comerciales de Asia. Ni siquiera sé cuándo hemos dejado de charlar acerca del servicio militar obligatorio.

—¿Adeline?

El gobernador se gira, sorprendido.

—Ah, Black. Disculpa. Estoy aburriendo a tu prometida con mis ideas. Es una excelente oyente. Debería usted encaminarse hacia la política, señorita Carrington.

—Sí, mi padre opina lo mismo —coincido, sonriendo.

—Ha sido un placer conocerla —coge mi mano y la besa—. Espero volver a verla.

—Lo mismo le digo. Es usted un hombre admirable. Hará historia. Sin duda.

Parece muy halagado.

—Oh, qué amable. Bueno, pues adiós.

Estrecha la mano de Robert, me dedica una última sonrisa y se marcha.

—¿Ya ha aclarado tus dudas acerca del servicio militar? —quiere saber Robert, sin tomarse la molestia de disimular el toque sarcástico.

Le sonrío como una niña buena.

—Oh, sí, todas.

—¿Ahora puedo llevarte a casa?

—Por supuesto que no. Pienso escuchar tu admirable discurso.

No parece demasiado conforme con eso.

—Adeline...

Sonrío ante la advertencia que hay en su voz.

—¿Por qué te empeñas tanto en que me vaya? ¿No me quieres cerca de Monique?

Me mira como si lo hubiese abofeteado.

—No digas tonterías. ¿Por qué no iba a quererte cerca de Monique?

—Entonces, no hay razón para que me vaya —resuelvo, con sorprendente buen humor.

—No, no la hay.

Por el contrario, su humor no es tan bueno como el mío. Baila conmigo unos cuantos bailes y después se marcha para dar el discurso. Aprovecho el momento para sentarme cerca de Monique. Quiero conocerla.

—Hola —le digo con una sonrisa—. Soy Adeline.

Mueve los ojos hacia mí y me dedica una sonrisa radiante. De cerca, parece incluso más atractiva.

—Oh, sí, lo sé. Robert me ha hablado sobre ti. Soy Monique.

Me besa las mejillas en un gesto muy amistoso. Saber que él le ha hablado sobre mí me deja más tranquila. Empiezo a dejar de percibir a Monique como una posible amenaza. Él me ha dicho que solo son amigos y compañeros, así que quizá sea cierto.

Robert sube al escenario y comienza el discurso. Derechos humanos, como no. Es lo que más le gusta a él en el mundo. Podría hablar horas enteras acerca de este tema, y nunca se cansaría. Yo tampoco me cansaría de escucharle.

—Es un hombre brillante —comenta Monique, mirándole ensimismada.

Mi sonrisa se apaga de manera súbita. No me gusta el destello que capto en sus ojos.

—Lo es. ¿Hace mucho que os conocéis?

—Desde que empezó a trabajar para nosotros. Antes solo estábamos Jordan y yo. Después, llegó Robert, y la cosa se volvió más divertida.

—¿La cosa? —puntualizo, confusa.

—El trabajo, quiero decir —aclara Monique, sin mirarme. Parece que solo tiene ojos para él.

—¿Hace cuánto que os acostáis? —suelto abruptamente.

Mueve el cuello hacia mí con tanta rapidez que escucho un chasquido.

—¿Cómo dices?

—No soy estúpida, ¿sabes? He visto cómo lo miras.

Pese a su intenso maquillaje, que hace que su cara luzca lisa, luminosa y bronceada, puedo percibir un cambio en su expresión, cierta lividez en sus rasgos.

—No me acuesto con él, Adeline.

Me inclino hacia ella, como si fuera una amiga a la que tengo intención de susurrar un suculento secreto.

—Está bien desearle. Yo también lo hago, Monique. No voy a condenarte por ello. Solo quiero que me digas la verdad.

—No sé lo que te habrá contado...

—Me lo ha contado todo —miento, para tirarle de la lengua.

—Entonces, te habrá dicho que lo nuestro acabó en cuanto te conoció a ti.

Esta vez soy yo la que se queda lívida. ¿Fueron pareja y Robert no me lo dijo? ¿Cómo voy a confiar en él si no hago más que averiguar cosas acerca de su pasado, cosas de las que nunca me enteraría de otro modo?

—Me lo dijo —me obligo a decir, pues es evidente que ella espera una respuesta—. Pero no sé si creérmelo o no. Tú lo miras como si aún estuvieras enamorada de él.

—¿Enamorada? —bufa—. A mí no me va el romance, Adeline. La nuestra no fue una de esas relaciones convencionales, como lo es la vuestra. Los admiro, a él y a Jordan, los encuentro absolutamente brillantes a nivel profesional, los deseo, sexualmente hablando, claro que sí, pero nunca los he amado, a ninguno de ellos, ni ellos me amaron a mí. Tan solo lo pasábamos bien. Después, tu prometido regresó a Nueva York, y ahora solo quedamos Jordan y yo. Y lo seguimos pasando bien, sin ninguna necesidad de hacer romance. Te garantizo que lo de Robert ya es historia. Ahora solo te desea a ti. Está enamorado, y contra eso yo no puedo competir.

Por algunos momentos intento comprender qué demonios tiene Jordan que ver en todo este asunto. ¿Se acostaba con los dos? ¿Y ellos lo sabían? Entonces, recuerdo el ataque de risa de Jordan y sus palabras, que al principio no entendí.

«Por lo visto, tampoco le gusta compartir. Esa sí que es buena».

Y lo entiendo todo. Entiendo que Robert me ha estado mintiendo desde el minuto uno, al decirme que lo primero que debo conocer acerca de él es que no le gusta compartir. Me ha estado engañando desde la misma noche en la que nos conocimos.

Asqueada a causa de mi descubrimiento, pego un salto de la silla y le lanzo una mirada cargada de repugnancia a Robert, que sigue hablando en el escenario. Se da cuenta de que algo marcha mal porque interrumpe su discurso de inmediato cuando me ve precipitándome hacia la puerta. Solo pasan unos segundos hasta que una fuerte mano me agarra del hombro y me gira hacia atrás.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta, incapaz de dominar la ansiedad.

Una contracción de dolor recorre su rostro al ver las lágrimas que se derraman por mis mejillas.

—Adeline —insiste—. ¿Qué te ha contado Monique?

—¿Os la follabais a la vez? —musito, consciente de que la voz se me va apagando.

Robert deja caer los párpados. Durante un instante, lo único que se mueve es el tenso músculo de su mandíbula. Mi corazón se ha detenido por completo.

—¡Joder! No se lo podía callar, ¿verdad? —musita para sí, al mismo tiempo que abre los ojos para mirarme.

—¿Es cierto?

—Yo ya no soy ese hombre, te lo dije. He hecho cosas, cosas de las que no me enorgullezco ahora, pero ya no soy así. Tienes que creerme. Tú me has convertido en alguien mejor.

Asiento mientras me sorbo las lágrimas. Dios mío, lo nuestro va de mal en peor. ¿Qué más ha hecho y con quién? ¿Así va a ser toda mi vida? ¿Descubriendo fragmento a fragmento su tumultuoso pasado?

—Esta noche no vengas a casa, Robert —le digo en tono cansado.

Se le dilatan los ojos.

—¿Qué?!

Agito la cabeza para reiterárselo.

—No vuelvas, por favor. Quédate en tu piso. Yo... no lo soportaría. Necesito un tiempo para pensarlo, ¿vale? Cuando haya tomado una decisión, te avisaré. Entretanto, creo que deberíamos estar lejos el uno del otro durante un tiempo. No puedo aclarar mi mente cuando tú estás tan cerca de mí.

—Adeline... —suplica, pero yo vuelvo a negarlo.

—No. No puedo verte. No hoy. No después de esto.

Se pasa las manos por el pelo como un hombre desesperado.

—Adeline, vamos...

—¡No me vengas con *Adeline, vamos!* —estallo, y le empujo el pecho con el dedo índice para que retroceda—. ¿Sabes lo que más me cabrea de todo esto? No el hecho de habértela follado y haberla compartido con tu amigo. No. Sino el hecho de que hayas estado mintiéndome. Creía que mentirnos el uno al otro no era lo nuestro.

—Nunca te he mentido —recalca entre dientes.

—¡Ocultar cosas es mentir, Black! —le grito, enervada—. Es el modo políticamente correcto de contar trolas, y es lo que tú has hecho conmigo desde el mismo comienzo. Nunca me has contado la verdad. ¡Nunca me has contado nada, joder! *No me bloquees, Adeline. Déjame entrar, Adeline. ¿Por qué me estás bloqueando, Adeline?* —me burlo, imitando su voz—. ¿Te suena? Ahora dime, ¿cuándo coño me has dejado entrar tú a mí, para variar? ¿Quieres que te lo diga? Solo cuando estás borracho. ¿Es que tengo que emborracharte para conocerte?

—Te diré lo que quieras, pero, por favor, no te alteres.

Por un instante pienso en lo mucho que me gustaría hacerle daño. Físico. *Mucho* daño físico.

—¿Que no me altere? —repito perpleja—. ¡Que no me altere dice! BUENAS NOCHES, BLACK —trueno, dándole la espalda.

—Adeline... ¿Qué voy a hacer ahora? —musita, como un niño al cual acaban de abandonar a su suerte en un aterrador bosque.

Me detengo, me giro y lo miro durante unos segundos. Tan guapo y tan... ¡hijo de puta! Tuerzo los labios en señal de desdén.

—Queda con ella. Por los viejos tiempos.

—¡Adeline! —se escandaliza.

—Me voy, Robert. Tengo sueño. Tu hijo quiere dormir, y yo estoy cansada de gritarte. Haz lo que te plazca, pero no vuelvas a casa. Buenas noches.

Vuelvo a darle la espalda y camino con mesura hacia la limusina que me espera delante. No, ¿qué demonios? Se merece algo peor que mesura. Así que hago lo único que se me ocurre.

—¡Adeline! —ruge Robert a mis espaldas cuando levanto la mano en el aire para dedicarle una bonita peineta.

Sonrío con sorna, me meto dentro del coche y le cierro la puerta en las narices. Sé que le hubiese gustado desquiciarse y gritarme hasta hacerme entrar en razón, pero como estoy embarazada y tengo un embarazo de riesgo medio, no puede hacerlo, para no estresarme. Suelto una carcajada histérica, me arrellano en mi asiento y me sirvo una copa de champán. Acto seguido, recuerdo que no puedo beber alcohol, y mi rostro se arruga en una mueca. Mierda. ¿Y ahora qué? ¿Cómo se enfrenta una a estas cosas sin beber alcohol?

—¿Mario, podemos pasar por esa tienda de bombones de chocolate que han abierto cerca del Metropolitano?

Mario me mira a través del espejo y me sonrío.

—Por supuesto.

—Maravilloso. Pienso comprar una tonelada.

Suelta una carcajada.

—¿Estás con los antojos?

—Oh, sí. Y deberíamos comprar también un cubo de pollo frito. De esos grandes. Enormes. Quince

piezas, solo para mí.

—A la orden.

Suspiro, me quito el ridículo antifaz y lo lanzo al suelo. Ya ni siquiera estoy cabreada. ¿Cómo puedo sentirme tan tranquila ahora, sabiendo que a mi prometido le gustaban los tríos antes de conocerme? Debo de ser una muchacha de lo más retorcida. ¿O, quizá, esta insensibilidad que me cubre el corazón se deba a que, en mi fuero interno, sé que él ya no es así? Porque lo sé. A mí nunca me compartiría. Solo pasaría algo así por encima de su gélido cadáver.

Cuando Robert Black ama, amar de verdad, es posesivo y controlador. Jamás dejaría que los demás hombres miraran siquiera su juguete favorito. Si la ha compartido a ella, es porque nunca la ha amado. Con todo ello, es un tanto molesto saber que se han acostado. Da igual la forma. El simple hecho de saber que él se ha acostado con otras personas aparte de mí me saca de mis casillas.

La limusina se interna en las sombras de la noche, en la radio suena una canción acerca de un hombre al que se le ocurren un millón de modos de herir a su novia, sin sentirse culpable por ello, y yo suelto un prolongado suspiro de rendición. Mañana le diré que vuelva. Se me ha pasado el berrinche. Aun así, está noche está castigado. A ver si así aprende que hay que contarme siempre la verdad. O, mejor dicho, a ver si aprende a no volver a ocultarme las cosas.

No me da tiempo a llevar a la práctica mis planes. Cuando abro los ojos, me cruzo con los de Robert Black. Está sentado en la butaca, aún vestido con su traje de gala, y me contempla con el rostro pétreo y la mirada inexpresiva. Se ha deshecho la pajarita, que ahora le cuelga a ambos lados, haciéndole parecer ridículamente sexy.

—Sé que he hecho mal en no hablarte sobre esa época de mi vida —dice, al advertir que me he despertado—. Vivía en Los Ángeles antes de conocerte a ti. Conservaba el piso de Manhattan, pero casi nunca estaba en la ciudad. Cuando tú me conociste, estaba en Nueva York por ti, en realidad. Tú padre se había empeñado en que hicieras las prácticas conmigo y no con cualquier otro abogado del bufete. Quería lo mejor de lo mejor para su hija, así que tuve que volar a Nueva York para complacerle. La gente como yo siempre procura complacer a los políticos. Sobre todo a un político tan influyente como lo es Edward Carrington. En ese momento, cuando tú y yo coincidimos en esa fiesta, yo estaba con Monique. Y sí, la mayoría de las veces, Jordan y yo la compartíamos, porque a los dos nos ponía mirar cómo el otro se la follaba.

—¿Lo echas de menos? —musito, mirándolo a través de la oscuridad.

Parece confuso.

—¿El qué?

—Ese modo de vida. Todo eso que yo no puedo darte.

Sacude la cabeza.

—Tú me das todo lo que necesito. *Todo* lo que deseo. No echo nada de menos del pasado. Tienes que entender que lo hacía porque no quería nada estable. Solo era follar. Un juego, nada más. Contigo es diferente. A ti te amo.

—¿Monique es *Ella*?

Vuelve a negarlo.

—No. *Ella* es algo que, en realidad, nunca tuve. Simplemente, me enamoré y... ya está. *Ella* nunca fue mía.

—¿Aún la amas?

—Adeline... —advierte en un gruñido que no consigue que mi rostro se altere.

—Contesta, por favor —le pido con voz serena.

—No. Te amo a ti.

—Bien. ¿Qué más?

—Nada más. No he hecho nada más. Es decir, he hecho muchas cosas, pero ninguna fuera de lo normal.

—¿Con cuántas mujeres has estado antes de mí?

—¡¿Qué?!

—¿Cuántas? Di tu cifra.

—No puedo decir una cifra.

—¿Por qué no?

—No te gustará.

Resoplo con fastidio.

—Tantas, ¿eh?

—Piensa en un número, Adeline. El mayor que se te ocurra.

Me tomo un momento para reflexionar.

—Treinta.

—Más.

—¡¿Más?! —me escandalizo.

—Más —corroboro, apesadumbrado.

—Vaya mierda.

—Tú has preguntado.

—Sí, yo he preguntado. Nunca aprendo. De un modo u otro, siempre juego con fuego.

—Y siempre te quemas.

—Y siempre me quemó —coincido con voz tosca.

Nos quedamos en silencio durante un tiempo incalculable. Escucho el *tic tac* del reloj y la tormenta primaveral que descarga sus rayos a lo lejos.

—¿Dejaste a Monique por mí? —suelto en un impulso que soy incapaz de reprimir.

—Sí.

—¿Y le pareció bien a ella?

Se toma un momento, limitándose a mirar los rayos que iluminan el cielo nocturno.

—A ella le dio igual, Adeline. Ella no me amaba.

Yo también me tomo unos instantes para contemplar la tormenta que se desata cada vez más cerca.

—Ven a la cama, anda —cedo en tono cansado.

Resopla y desplaza la oscura intensidad de sus ojos hacia mí.

—¿Seguro que me quieres en tu cama esta noche?

—En realidad, te quiero dentro de mí esta noche. No me gustan las tormentas. Me hacen sentirme frágil.

Se pone en pie y, con todo su aplomo, se quita la pajarita, se desabrocha los botones de la camisa y se deshace de los gemelos metálicos, que lanza encima de la mesilla. Su rostro se mantiene inexpresivo. Quizá tan solo las esquinas de su boca desvelen cierta sonrisa astuta.

—Así que dentro de ti, ¿eh? Eso creo que puedo ofrecértelo.

—Más vale que sí. De lo contrario, no me sirves para nada esta noche.

Baja la mirada, se desabrocha el botón del pantalón y luego vuelve a alzar los ojos hacia mí, con infinita parsimonia.

—¿Me echas una mano con esto? —musita.

Sonrío, me incorporo y le hago un gesto para que se me acerque. Cuando está lo bastante cerca, introduzco dos dedos bajo el borde de su pantalón y lo arrastro aún más cerca de mí. Está bastante empalmado, y eso me arranca otra sonrisa.

—Veo que me has echado de menos —susurro.

—Demasiado.

Me muerdo el labio, le bajo el pantalón y hago lo que ambos sabemos que desea ahora mismo. Robert, con el rostro enardecido y los labios entreabiertos, hunde las manos en mi cabello y me guía suavemente, mostrándome el ritmo exacto que necesita. Mis ojos no se apartan de los suyos ni por un segundo. Es un terrible veneno, pero no puedo ni imaginarme mi día a día sin todos estos chutes de Robert Black. Sería una existencia demasiado aburrida. Y yo no soy una de esas chicas a las que les gusta aburrirse.

Parte 5
Mil pedazos de invierno

Capítulo 1

El verano se marcha con la misma languidez con la que llegó. Robert y yo no hacemos gran cosa. No vamos a ninguna parte porque quiero tener cerca al ginecólogo por si pasara algo con el bebé. No puedo evitar ser tan paranoica. Aunque el embarazo marcha según lo previsto, prefiero ser precavida con este asunto. Soy consciente de que las primeras semanas me pasé de la raya bastante, de modo que ahora pretendo compensarlo con una vida tranquila y saludable.

Para eludir el calor, Robert compra una pequeña lancha, y pasamos sus vacaciones navegando por la bahía. Cuando acaba agosto y tiene que marcharse a trabajar, me cuesta adaptarme al nuevo ritmo de la vida sin su presencia en casa en cada instante, pero acabo lográndolo. Me centro en los estudios. Pienso tomarme muy en serio este asunto cuando el bebé cumpla un año, por lo que me paso los días leyendo libros y tratados de derecho. Así no me costará demasiado ponerme al día llegado el momento.

Septiembre se instala, y nada cambia para nosotros. Mi padre viene a verme de vez en cuando, casi siempre cuando Robert no está. También Catherine pasa mucho tiempo conmigo, planificando la boda. La hemos aplazado hasta abril, a pesar del disgusto de Edward, al que le gustaría verme *felizmente casada* antes del nacimiento del bebé. A mí, en cambio, no me apetece casarme de este modo. Estoy ya gorda, y lenta, y quiero tener una noche de bodas memorable, y sé que en mi estado, lo único que haré será babear encima de la camisa de marca de Robert Black.

A Robert tampoco le hizo demasiada gracia aplazarlo, sin embargo, se ha conformado sin rechistar. A todo me dice que sí. Es casi molesto a veces, sobre todo cuando me apetece discutir y él se niega a darme ese gusto.

«*Cómo quieras, amor*». «*Lo que tú digas, amor*» ¡Qué aburrimiento!

Tan solo queda una semana para despedir el mes de septiembre y acoger el de octubre, con sus sofisticados tonos de dorado y carmesí, y sus temperaturas aún suaves. El aire arrastra un olor a otoño que me hace evocar la mejor época de mi vida: el pasado otoño, cuando lo vi por primera vez. Lo recuerdo perfectamente. Recuerdo lo mucho que me atrajeron sus ojos, lo guapo que me pareció con su traje elegante y su ceño fruncido; recuerdo la lluvia de chispas que caía a nuestro alrededor mientras él me besaba. Demonios, recuerdo incluso la canción que sonaba cuando nuestros ojos se encontraron por primera vez. *Can't Get You Out of My Head*, muy adecuada, teniendo en cuenta las circunstancias.

«*Y ahora, aquí estamos*», pienso mientras, tumbada bajo la frondosa sombra de un castaño, me acaricio el vientre. Una ráfaga de viento otoñal desprende unas cuantas hojas color cobrizo y las hace danzar por el aire. Una se enreda en mis cabellos, sueltos y ondulados hacia las puntas. Robert da una patadita, y yo sonrío. Ya está confirmado: es un niño. Siempre lo he sabido. Desde el principio he deseado que lo fuera. Un niño tan estoico como su padre, tan guapo y tan inteligente, un niño que jamás conocerá el dolor. No si yo puedo evitárselo.

El sonido del móvil me hace dar un respingo. Miro la pantalla y sonrío. Es Robert padre.

—Hola —descuelgo, con esa estúpida sonrisa de persona enamorada que nunca abandona mi rostro cuando él está cerca.

—Hola, preciosa. ¿Qué haces?

—Mirar el cielo... —contesto con voz melódica, mis ojos clavados en ese azul surcado de blancos jirones que vuelan de un lado al otro. Las hojas del árbol se mecen suavemente, susurrándole algo al viento, quizá alguna especie de secreto.

Al otro lado del teléfono, Robert suelta una carcajada.

—¿En serio? ¿Y qué ves en el cielo?

—A ti...

Hace una pausa.

—Esta noche no me esperes despierta.

El silencio del crepúsculo flota en la atmósfera, poblándola de cierta angustia, mientras en mi corazón se instala un terrible y gélido invierno.

—Oh. ¿Y eso? —pregunto temblorosamente.

—Tengo muchísimo trabajo. Prefiero quedarme en Manhattan y trabajar desde aquí. Así mañana, viernes, podré regresar a casa con los deberes hechos.

—Está bien...

Se produce otro silencio.

—Te quiero —susurra al cabo de unos segundos.

—Yo te quiero más.

—Imposible.

—Sí que lo es.

—Vale. Tú me quieres más.

—Me estás dando la razón como a los niños —me enfurruño.

—Es que eres una niña. Cena bien, por favor. Y no te acuestes tarde. Mañana te quiero descansada.

Sonrío.

—¿Vamos a hacerlo?

Llevamos dos semanas sin hacerlo. La última vez sangré un poco, así que Robert se niega ahora a tocarme, lo cual es frustrante para mí.

—No, no vamos a hacerlo. Pero hay otras formas de que pasemos el tiempo juntos.

Resoplo hastiada.

—Supongo...

—Con un suponer me basta. Adiós, ángel.

—Adiós... —musito desganada.

Cuelgo, dejo caer el móvil al suelo y coloco las manos por encima de la nuca, sin dejar de contemplar el cielo. Los rayos del sol poniente juegan a través de las hojas del árbol, y yo empiezo a tener frío aquí fuera. Decido entrar y prepararme para irme a la cama. No hay mucho que hacer cuando Robert no está. A veces me parece que nunca está conmigo.

Ceno rápidamente la tortilla que Maggie me ha dejado en el microondas antes de marcharse, y después me doy un largo y relajante baño. Cuando salgo, son las nueve y media de la noche. Me encamino hacia la cama, para nada contenta de tener que dormir sola. La cama me parece demasiado grande y demasiado gélida sin él.

Mientras aparto la sábana, una idea se cruza por mi mente con tanta obstinación que me hace dejar de lado lo que estaba haciendo y precipitarme hacia el armario que Robert y yo compartimos. Iré a verle. Le daré una sorpresa. Seguro que se alegrará. Puedo quedarme a dormir en Nueva York. No paso por ahí desde que nos mudamos. Echo de menos esa casa, todos los rincones dónde Robert y yo nos amamos, la chimenea artificial que encendía para mí, el enorme ventanal de la cocina, las vistas de Manhattan...

Entusiasmada por la perspectiva de verle, me visto rápidamente con unos vaqueros anchos y una

sudadera suya. Las mías me quedan demasiado pequeñas. Le he dado la noche libre a Mario, de modo que, antes de salir de casa, llamo a una compañía de taxis de la zona. Cuando tocan el timbre, salgo, toda contenta.

De camino a Nueva York, pienso en la cara que va a poner Robert cuando abra la puerta y se encuentre conmigo en el umbral. Una risita tonta, que escapa la barrera de mis labios, hace que el chófer me lance una mirada a través del espejo.

—¿Ha estado alguna vez enamorado? —le digo sonriendo—. ¿Pero enamorado de verdad? ¿Como cuando el tiempo se detiene, el mundo deja de importar y el corazón late tan fuerte que por un instante tiene miedo de que estalle?

—Una sola vez —me contesta, él también sonriendo.

—Oh, ¿y no es maravilloso?

Se pasa la lengua por los labios.

—Mientras dura, lo es. El sentimiento más extraordinario del mundo. El problema es que solo se trata de un instante de plena felicidad y toda una vida de amargura.

—¿Pero vale la pena! —rebato en tono pasional—. Vale la pena haber ardido en llamas si lo ha hecho para sentir la caricia del fuego, ¿no le parece?

El hombre agita la cabeza lentamente.

—Hay cosas más importantes que el amor. Es usted demasiado joven, pero algún día lo averiguará.

Lo miro disgustada. ¿Qué sabrá él? Seguro que su amor no fue ni la mitad de intenso que el mío. Seguro que para él el reloj nunca se detuvo para dejarlo prisionero en un momento especial, como si después del *tic* jamás fuera a llegar el *tac*.

Cegada por mis recuerdos, apoyo la nuca contra el respaldo, cierro los ojos y vuelvo a sonreír.

«¿Cómo van a entenderme ellos? ¿Qué saben ellos acerca de mí?, ¿de nosotros? Nada. Ellos no saben nada. No saben lo que es el amor, o la pasión. ¡Infelices! Viviendo toda una vida sin haber conocido ese deseo tan insoportable. ¡Toda una vida sin haber enloquecido de amor! Pobres, pobres infelices. ¿Qué sabrán ellos?»

Cuando por fin llegamos a Manhattan, bajo y camino deprisa por la acera, aturdida a causa de la emoción y el urgente deseo de verle y tocarle. Mientras subo en el ascensor, apenas soy consciente del mundo que me rodea. Delante de la puerta, llamo, sin que la sonrisa de estúpida enamorada deje de iluminar mis rasgos.

La puerta se abre y yo aguanto la respiración, con el ruido de mi propia sangre palpitándome en los oídos.

—¿Adeline? ¡Qué sorpresa! No te esperábamos. Creía que era el repartidor de pizza.

Todo mi mundo se derrumba al ver a Monique en el umbral de la puerta. No va vestida para ir a trabajar, sino que lleva una especie de pantalón de chándal y una sencilla camiseta. Ni siquiera está maquillada. Al punto, el pulso empieza a latirme tan fuerte que tengo la sensación de que ella lo está escuchando. De pronto, empiezo a ser consciente del peso del edificio, como si estuviera cayéndose encima de los hombros con la única intención de aplastarme bajo los escombros.

Miro a Monique en silencio, con ojos desorbitados. Todo da vueltas, y dentro de mi mente las palabras se atracan. No puedo abrir la boca para decir nada.

—¿Monique, por qué tardas tanto? —escucho la voz de Robert.

No me puedo mover. Estoy paralizada. Congelada. Rota en miles de pedazos. Apenas consigo mover la mirada del rostro de ella al de él.

—Adeline... —musita, sobrecogido, con los ojos azules dilatados.

Con toda la agonía del mundo clavándose en el corazón, muevo la cabeza despacio.

—¿Por esto no podías venir a casa? —susurro con pesar.

—No es lo que piensas.

Su negación me provoca un dolor aún mayor, que me deja tan débil que siento la necesidad de desplomarme en algún lugar.

—Y una mierda —mi voz suena diferente, gélida y demasiado engolada. Ni siquiera sé cómo lo consigo.

—Adeline, Robert te está diciendo la verdad —se entromete Monique.

Suelto una risa vacía. Me siento dispersa en este momento, tan dispersa y tan frágil...

—Claro, porque yo me voy a creer cualquier cosa que salga de su boca. O de la tuya.

Robert avanza hacia la puerta con cautela, como si fuera yo un animalillo herido al que teme espantar. Sus ojos son sombríos, y no se apartan de los míos ni por un segundo. Tengo la sensación de que el tiempo transcurre de modo diferente, más lento que nunca; que el mundo entero muere en derredor nuestro; que las luces se apagan; que solo estamos Robert y yo, cara a cara, mirándonos mientras todo empieza a derrumbarse bajo su propio peso.

—Adeline, escúchame. No ha pasado nada. Solo estamos trabajando. Monique, ¿nos das un momento?

—Claro. Estaré en mi casa.

Pasa por mi lado, llama al ascensor y desaparece tan pronto como se abren las puertas. Entre Robert y yo se abate un silencio casi mortuorio. Quisiera irme, pero no encuentro las fuerzas para moverme.

—Adeline... —Robert alarga el brazo, y yo retrocedo cuando intenta tocarme.

—No me toques.

Me mira con desamparo.

—Por favor. No vuelvas a huir de mí. Por favor. Yo te quiero. Te quiero más que a mí mismo. ¿Por qué no puedes comprenderlo? Te estoy diciendo la verdad.

Hundo la cabeza entre las palmas y me quedo así por unos momentos.

—La verdad... —alzo el rostro y le lanzo una mirada repleta de desesperación, la mirada de alguien que realmente quiere creer lo que le dicen, pero es incapaz—. Ya no sé lo que es verdad y lo que no, Robert. Estoy loca, ¿es que no lo ves? Ojalá supiera distinguir el bien del mal, la luz de la oscuridad, la verdad de la mentira. Pero no sé hacerlo, de modo que no sé lo que es verdad ahora mismo.

—Mi amor por ti lo es —susurra con muchísima suavidad.

Cierro los ojos y curvo la boca en una sonrisa atormentada.

—Monique es *Ella*, ¿verdad? —musito, devastada.

—No.

Muevo la cabeza despacio para rechazar esa idea.

—Mientes.

—No. Te estoy diciendo la verdad. *Siempre* te he dicho la verdad.

Abro los ojos y lo miro con fiereza. Descompuesto, se pasa ambas manos por la sombra que le cubre la mandíbula.

—¡Mientes! Eres un jodido mentiroso —me abalanzo sobre él y empiezo a golpear contra su pecho con toda la ira reprimida—. No has hecho más que mentirme y jugar conmigo desde el principio. ¡Eres un mentiroso y un traidor!

—Adeline, para. Tranquilízate.

Sollozando, lo golpeo con más fuerzas. Sin embargo, él se mantiene tan impertérrito como una roca.

—Me estás mintiendo. ¡Me estás mintiendo!

—Oh, por el amor de Dios —me agarra por las muñecas y hace fuerza para detenerme—. Te estoy diciendo la verdad. Monique no es *Ella*, ¡porque *Ella* es Catherine! —ruge.

Me detengo en seco y lo miro con los ojos fuera de las órbitas. Tengo la impresión de que el mundo entero gira a cámara lenta.

—¿Qué has dicho?

Cierra los párpados con fuerza. Me siento anonadada, y mi rostro lo delata.

—La mujer de la que te hablé, de la que me enamoré... Es Catherine.

Rota en mil pedazos, me aparto de él y me quedo con la mirada perdida en la nada.

—*Ella* es Catherine... Por eso compraste una casa en East Egg... —balbuceo para mí, con los ojos convertidos en terribles y lejanas fosas vacías—. Querías estar cerca de ella...

—No. Compré una casa en East Egg porque quería darte el estilo de vida al que estabas acostumbrada. No quería que te faltara de nada.

Pero yo ya no lo escucho. Mi mente es una ventisca de recuerdos de ellos dos. Cómo él la miraba, lo tenso que se ponía cada vez que ella estaba cerca, lo mucho que se desatendió de nuestra boda cuando ella se puso al mando. La ha amado en todo momento a ella, no a mí. Cuando bailábamos en su despacho, él la amaba a ella. Cuando me lavaba la sangre del pelo, él la amaba a ella. Cuando me sujetaba entre sus brazos para ahuyentar mis pesadillas, él la amaba a ella.

«¡Y yo no soy *ella*! No soy *ella*...»

Completamente vencida, por el mundo, por el amor, por la vida en sí, giro sobre los talones y arrastro los pies en dirección al ascensor. Robert me sigue de cerca.

—Adeline, por favor. Deja de obsesionarte con *Ella*. Estuve enamorado de Catherine antes de conocerte a ti, pero ya no lo estoy. Te amo a ti y solo a ti. Nunca te he sido infiel, ni siquiera con el pensamiento.

Ausente, aprieto al botón del ascensor y, mientras espero a que llegue, me giro de cara a él, con ese terrible vacío en las retinas.

—Me lo advertiste, Black. Dijiste que lo nuestro sería como una bonita tragedia romántica —digo con una voz que nada en absoluto refleja. Me siento demasiado casada, demasiado devastada como para exteriorizar cualquier emoción humana.

Los ojos de Robert se vuelven de pronto vidriosos.

—No sabía lo que estaba diciendo —musita con infinita ternura—. Las cosas han cambiado mucho desde esa noche. Yo ya no soy el hombre que era entonces.

Permanezco unos instantes estudiándolo en silencio, aunque sin verlo en realidad. Lo miro a él, pero veo más allá, veo el pasado, cada maldito momento en el que me he sentido feliz, y amada, y a salvo. Creí que tenía fuego, pero en realidad nunca tuve nada, aparte del humo y las cenizas, vestigios de unas llamas que jamás me pertenecieron a mí. Él no ha sido más que otro sueño que ha muerto con el primer rayo de sol. Por alguna razón, todos mis sueños perecen al alba.

—Llevabas razón, ¿sabes? —murmuro distraída—. No tenía que haber jugado con fuego. Llevabas razón al decir que tú no eres un buen hombre y que no tienes mucho que ofrecerme. Tú llevaste razón en todo momento, mientras que yo me equivocaba. Lo siento. Siento haber sido tan estúpida. Siento haber sido un incordio para mí.

—Pero ¿qué estás diciendo? —Se tapa la boca con el puño y agita la cabeza—. ¿Cómo puedes decirme algo así? ¿Es que todo lo que hemos vivido no significa nada para ti? ¿Todas las promesas, todos los *te quiero*, todas las veces que te besé...?

El ascensor llega y yo me meto dentro. Intenta seguirme, pero lo detengo con una mano en alto.

—Quédate. En este momento no soportaría compartir nada contigo, ni siquiera el ascensor. Tengo que estar sola un momento.

—Adeline, por favor, entra en casa y lo hablaremos. Arreglaremos esto.

Sacudo la cabeza despacio.

—No quiero arreglar nada. Quiero respirar. Quiero... perderme. Dejar de mirarte, porque eso me duele de un modo que tú ni siquiera serías capaz de imaginar.

—Adeline... por favor.

Las puertas empiezan a cerrarse mientras él y yo nos seguimos mirando a los ojos.

—Adiós, mi hermoso desconocido —musito para mí, cuando la puerta se cierra por completo sin que él haga nada para impedirselo.

Me pego al espejo y me quedo así, congelada. Cuando llego abajo, echo a correr hacia la calle. Nunca me he sentido tan asfixiada como ahora. Incluso el cielo que se alza por encima de mi cabeza parece asfixiarme. ¿Por qué el aire ha dejado de llenar mis pulmones? ¿Por qué el mundo parece tan grande ahora? ¿Por qué yo parezco tan horriblemente pequeña, tan frágil?

—Adeline —escucho a mis espaldas, y entonces corro aún más. No había contado con que él cogiera el otro ascensor.

Salgo a la calle, la cruzo de prisa, y corro por la acera, de vez en cuando volviendo la cabeza hacia atrás. Robert corre detrás de mí, abriéndose paso entre la gente.

—¡Adeline! ¡Vuelve!

Aumentando la velocidad para que no me alcance, me lanzo a la calzada. El semáforo está en rojo y los coches se han detenido. Durante un segundo, todos los sonidos de Nueva York se disuelven en la oscuridad, y solo queda el sonido del silencio. Entonces, oigo su voz gritándome, arrastrándome hacia ella.

—¡Adeline, cuidado!

Aturdida, me giro hacia la derecha. Un coche rojo se acerca a mí a cámara lenta. Los labios de Robert se mueven demasiado despacio, articulando de nuevo la palabra *¡cuidado!*, sonidos que apenas alcanzan mis oídos. La gente a mí alrededor ralentiza el paso. Es como si el tiempo se hubiera detenido, como si el reloj de arena se hubiese vaciado sin previo aviso.

Por puro instinto, sé que este es mi *tic* y que jamás llegará el *tac*. Y ahora lo comprendo todo. Ahora sé cómo fueron los últimos instantes de Chris.

Siempre me he preguntado qué se siente al saber que vas a morir, en qué piensas, a quién añoras. La respuesta es sencilla. No hay nada más que oscuridad dentro de tu mente. Un velo que te cubre y te deja insensible, sumido en un espantoso sopor. No piensas, solo cierras los ojos y esperas ese impacto. No son más que milésimas de segundo, pero, por alguna razón, se te antojan eternas.

—¡Dios mío! —grita alguien.

Y, entonces, un chirrido de ruedas reanuda la marcha del reloj.

Pasan los instantes y no hay nada más que oscuridad. Hasta que, de nuevo, su voz me trae de vuelta.

—Adeline, por favor, abre los ojos. Por favor, cariño, abre los ojos. Abre los ojos. Dios mío, Adeline...

Por un momento, solo soy consciente de mi respiración, que trabajosamente entra y sale a través de mi boca entreabierta. El silencio se vuelve tan reconfortante... Trascurren unos momentos lentísimos hasta que consigo fuerzas para levantar los párpados. Mi visión está distorsionada. El mundo entero desaparece, y yo solo le veo a él. Pero no a él de este terrible presente, sino a él del pasado, a ese hermoso desconocido apoyado contra el alfeizar de una ventana. Está mirándome y sonriéndome. ¿Por qué no puedo regresar a ese pasado ahora?

—Oh, Dios —Robert se viene abajo y rompe a llorar cuando abro los ojos y lo miro—. Todo va a salir bien. Todo va a salir bien —repite, aferrado a mi mano—. La ambulancia está de camino. Todo va a salir bien. Yo estoy contigo. Yo nunca me iré. Nunca. Por favor, no cierres los ojos. No te vayas ahora

cuando más te necesito. Te lo suplico, quédate conmigo. Por favor.

Ni siquiera sabe lo que está diciendo. Nunca le había visto tan aterrado, tan desesperado, tan perdido. Intento alzar el brazo para rozar su mandíbula y secar sus lágrimas, pero es un esfuerzo demasiado grande para mí.

Voces de antaño resuenan en mi mente.

—*Adeline, ¿dónde estás?*

—¿Chris? —baluceo, sin creérmelo.

Visiones segmentadas de mi pasado se intercalan con la crudeza de este presente. ¿Soy pequeña otra vez? De lo contrario, ¿por qué estoy correteando con Chris por el bosque del abuelo?

—*Chris, cuidado* —le grito, dentro de la visión—. *Te vas a golpear contra la rama* —Chris ríe y yo río también. ¿Por qué no puedo quedarme para siempre atrapada en este instante de felicidad?

—Adeline, vuelve a mí, por favor.

¡Oh, es por esa voz! Esa condenada voz que me arranca de mi momento feliz para devolverme a este cavernoso instante de oscuridad.

—El bebé —musito.

Robert se inclina hacia mi oído.

—No hables, por favor, estás demasiado débil.

—Escúchame... —exhalo, y mi rostro se tuerce en una expresión de agonía—. Elije... al bebé...

Robert, con enormes lágrimas corriendo por sus mejillas, sacude la cabeza.

—No digas eso. Por favor, no me digas eso.

—Elije... al... bebé... —insisto, empleando todos mis esfuerzos en formular las tres palabras.

—No, mi ángel...

«*El ángel...*» De pronto, una avalancha de recuerdos me inunda. Veo a Edward. Me sonrío. Parezco tan pequeña, y él parece tan grande; más joven.

—¿*Adeline, quieres poner tú el ángel? Si no, lo pondrá Chris, y Chris ya lo puso el año pasado.*

—¿*Yo quiero poner el ángel!* —Chris parece a punto de montar un berrinche.

Giselle ríe.

—*Chris, deja que tu hermana lo haga este año. No puedes hacerlo tú siempre.*

—¿*Pero yo quiero hacerlo!* —se empeña el pequeño Chris.

—*Chris, Papá Noel se enfadará contigo si no dejas que lo haga Adeline* —le explica Edward con una sonrisa bondadosa.

—*Vale. Pues que lo haga ella* —cede mi hermano, sin demasiadas ganas, y se cruza de brazos como el niño mimado que es.

—*Adeline, vamos, pon el ángel. Ven con papá. Te levantaré en brazos, ¿vale? ¿Preparada?*

Noto las lágrimas escurriéndoseme por las mejillas. Fuimos felices. Esas navidades, fuimos felices. No todo fue tan terrible. ¿Cómo es que no me acordaba de eso? ¿Elegí olvidar?

—Mi ángel... vuelve...

¡Oh, estúpida, estúpida voz! ¿Por qué tiene que interferir siempre? ¿Por qué no me deja marchar?

Regreso al presente, una vez más, y noto la presión de sus dedos sujetando los míos. Una bici se detiene cerca de mí. Una bici, que me vuelve a arrastrar al pasado.

—*Adeline, ven conmigo. Yo te enseñaré a montar.*

Me giro y veo a Chris a través de los rojizos rayos del sol poniente. Debe de tener unos ocho años. Es el niño más guapo que jamás he visto, rubio, de ojos almendrados. Extiende el brazo y me sonrío.

—*Él te dejará caer* —me dice—. *No vayas con él, Adeline. Ven conmigo. Sabes que yo siempre te sujetaré.*

—Chris... —musito, embargada por una aplastante felicidad.

—No, no, no. Quédate conmigo. Adeline, quédate conmigo.

El sol poniente desaparece. Las nubes lo envuelven, lo engullen, tan amenazadoras como unas oscuras y profundas aguas. Muevo el cuello hacia la oscuridad, y ahí está él: el hermoso desconocido que se empeña en que me quede con él. Pero él me dejará caer, una y otra y otra vez. Sé que lo hará. ¿Cómo podría quedarme con él?

—*Adeline, vamos. Ven conmigo.*

Los rayos dorados regresan, y con ellos, también lo hace la voz de Chris.

—*Vamos, Adeline, ven hacia mí, despacio. Despacio. Eso es. Vamos. Solo te queda un poco. Puedes conseguirlo. No dejaré que te caigas.*

—¡Adeline! —grita Robert, y yo noto cómo me coge de la mano para retenerme en su oscuridad. Una parte de mí quiere quedarse. Sin embargo, otra parte quiere regresar a ese momento en el que Chris me enseñó a montar en bici. Lo necesito desesperadamente. Le echo de menos más que a nada en el mundo.

—Adeline, ya viene la ambulancia, mira. Ya están aquí los médicos.

Lo miro, lo miro un momento prolongado, me empapo en él mientras las lágrimas se desbordan por las esquinas de mis ojos. Es lo que debo hacer, lo que debí haber hecho desde el principio. Despedirme y nunca volver a verle.

—Adiós, mi hermoso extraño... —musito con voz apenas audible.

—¡No!

—*Vamos, Adeline. Ven aquí* —apremia Chris, extendiendo ambos brazos en ademán de cogerme justo antes de que me precipite al suelo.

El bosque... el ángel... la bici... Fui feliz. ¡Lo fui! Y quiero volver a serlo. Pero para conseguirlo, he de romper los lazos. Voy a hacerlo. Nunca he estado más segura de nada en toda mi vida. Voy a hacerlo. Solo quería a alguien a quien amar, y ahora lo tengo. Tengo a Chris, y esta vez no se marchará. No volverá a dejarme sola y tan asustada, tan pequeña en un mundo tan horriblemente grande. Un mundo de gigantes y monstruos. Sobre todo de monstruos.

—Adeline, te quiero —me susurra el desconocido al oído—. Te quiero, y sé que tú también me quieres a mí. Por eso vas a quedarte conmigo. ¿Recuerdas el Flatiron? No te precipites. Te necesito.

¿El Flatiron? Nada fue real. Me lo he imaginado todo. Mi mente ha creado una hermosa fantasía, pero no era real. Ni el Flatiron, ni *Insatiable*. Esa noche cuando yo giraba y giraba entre sus brazos como si no hubiera un mundo más allá de ese despacho, no era más que mera fantasía tejida por mi enfermiza mente.

Al comprenderlo, suelto sus dedos. La mano de un desconocido ya no puede retenerme ahora. Todo se resume a una sola elección. Libre albedrío, lo que siempre he deseado; lo que nunca he tenido...

—*Vamos, Del. Acércate* —ríe Chris.

Y yo pedaleo hacia él.

Capítulo 2

Estoy de cara a la ventana, molesta por los rayos que me acarician con suavidad la piel del rostro. Puedo ver los árboles. Sus ramas están casi desnudas, y las pocas hojas que quedan, exhiben un enfermizo tono de amarillo.

—¿Te has preguntado alguna vez por qué sigue saliendo el sol?

Robert, sin afeitarse, sin peinar y con los ojos rojos de cansancio, me mira en silencio. Es lo primero que le digo en dos semanas. De hecho, es lo primero que sale de mi boca en dos semanas.

—Para ponerle fin a la oscuridad —dice por fin.

—Nada puede ponerle fin a la oscuridad —rebato con voz inflexible.

Se levanta de su sillón y se acerca a la silla de ruedas en la que estoy. Puedo andar, pero no quiero hacerlo. No quiero moverme. No quiero comer. Ni siquiera quiero abrir los ojos.

—Adeline —empieza, y se pasa la lengua por el magullado labio inferior, como si no supiera qué más decirme.

Desvío los ojos hacia sus manos, hacia el pequeño rosario que retuerce entre los dedos, casi obsesivamente.

—¿Has estado rezando?

Me mira con ojos turbados.

—Quizá lo haya hecho. ¿Qué tiene eso de malo?

—No eres creyente.

Bufa una sonrisa atormentada.

—Ya no sé en lo que creo y en lo que no.

—Yo no creo en nada, lo cual es terrible. Necesito algo en lo que volver a creer.

—Cree en nosotros. Yo lo hago.

—Nosotros...—repito como si estuviera sopesando la palabra—. No hay un nosotros, Robert. No ahora.

Dicho eso, me vuelvo a sumir en mi melancolía.

—Tienes que comer, cariño —me susurra, con los ojos clavados en la bandeja que ni siquiera he tocado.

—Cuando era pequeña, mi madre se comportaba como una loca —le digo, ausente—. Rompía todo, vasos, platos... tiraba las estanterías. Perdía el control muy a menudo, y eso nos asustaba a Chris y a mí. Para protegernos de ella, mi hermano y yo nos escondíamos en el armario de nuestra habitación. Yo cogía la mano de Chris e intentaba tranquilizarlo. Él siempre le tuvo más miedo que yo a Giselle, pese a que ella siempre me castigaba a mí. Chris era su favorito. Sin embargo, la temía. Yo no tanto, por eso me tocaba a mí sosegar a mi hermano. En ese armario pasaron muchas cosas. Nuestra vida entera se desarrolló dentro de ese armario. Fue ahí donde Chris y yo juramos que nunca íbamos a amar a nadie, más que el uno al otro. Pensábamos que la infelicidad de Giselle se debía al amor. No sabíamos que estaba loca. Solía decirle a Chris, para tranquilizarlo: *no llores, Chris. Si nosotros no la vemos a ella, ella tampoco puede vernos a nosotros.* Ese escondite era nuestro refugio, el único lugar sobre la faz de la tierra dónde nos sentíamos a salvo. Yo estaba convencida de que, si me ocultaba en ese armario, el

mundo entero dejaría de existir más allá de mí y Chris. Era tan ingenua...

—Solo eras una niña —susurra Robert con ojos vidriosos, cogiéndome de la mano.

Bajo la mirada y miro esos dedos enroscados con los míos. No siento nada.

—Desearía tener un armario ahora —le digo, antes de dejar caer su mano.

Robert baja su hermoso y macilento rostro al suelo y se toma un momento.

—No sé qué decir...

—¿Por qué has de decir algo? ¿Por qué ibas a interrumpir el sonido de este hermoso silencio?

Su respiración es lenta, pausada y, durante un momento, es lo único que se escucha.

—Adeline, yo...

—Haz que entre Catherine —lo interrumpo con dureza—. Sé que está ahí fuera. He escuchado su voz.

No se mueve durante unos segundos. Después, se levanta, me da un beso en la coronilla y sale. Al cabo de unos pocos instantes, entra Catherine. Tiene los ojos hundidos. Sin duda, ha estado llorando. Camina con sosegada dignidad y toma asiento en una silla, al lado de la mía, las dos mirando ausentes por la ventana. Se hace el silencio, hasta que Catherine reúne valor suficiente como para abrir la boca.

—No pretenderé fingir que sé por lo que estás pasando. Porque no lo sé —titubea un segundo, insegura.

—No, no lo sabes. ¿Has estado alguna vez en el Infierno, Catherine?

Mi voz es completamente inexpresiva. Catherine alza la mirada y observa mi rostro con atención. No puede detectar nada en él, ninguna clase de emoción o sentimiento. Me siento de piedra en este instante.

—Una sola vez, pero mi pérdida no se puede comparar con la tuya. Yo lo recuperé.

Miro esos estanques verdes y solo puedo ver bondad y una enorme compasión en ellos. Precisamente ella, de todos los seres humanos, ¡precisamente *Ella!*, me muestra compasión. ¿Cómo voy a poder odiarla ahora? ¿Cómo aborrecer a una mujer que no ha hecho más que ser buena conmigo? No puedo. Y si ni siquiera puedo odiar, ¿qué otra cosa me queda? Nada. No me queda nada, aparte del interminable hielo que cubre mi alma. El mundo no es sino un gélido abismo plagado de impasibilidad.

—Él dijo una vez que si has perdido la esperanza dentro del Infierno, ya no tienes nada a lo que agarrarte. Y yo la he perdido, ¿sabes?

Catherine coloca una mano encima de la mía. No hago nada para apartarla.

—Entonces, quizá, debas encontrarla.

Una esquina de mi boca se alza en una sonrisa mortecina.

—Lo haría si me importara. Pero no me importa.

—¿Recuerdas *Inferus*?

—Lo pintó pensando en ti —comento con acento helado.

Parpadea para retener las lágrimas y al instante desvía la mirada, intentando ocultármelo. Veo cómo evalúa mis palabras. Evidentemente, ella nunca supo lo que ese cuadro significa para Robert. Yo tampoco lo sospeché hasta hace dos semanas. No sospeché que ese *algo* que él quiso y nunca tuvo, su mayor pecado con creces, era Catherine, la mujer de su hermano. Si tan solo hubiese prestado más atención... Si tan solo no hubiese estado tan cegada por mi estúpido y enfermizo amor...

—Lo siento —balbucea.

Su intento por conseguir una voz sin modulaciones me hace sonreír.

—No es culpa tuya, Catherine. Dime, ¿qué pasa con *Inferus*?

Necesita unos momentos para recuperar la compostura. Aun así, su voz parece vulnerable cuando vuelve a hablar.

—Ese hombre caído al suelo y rodeado de demonios se parece a ti ahora. Te han destrozado, pequeña Adeline, y tú te has rendido. No tienes fuerzas para seguir adelante, así que te has doblegado ante el

desinterés. En un sentido metafórico, estás en el suelo, permitiendo que te apuñalen y te pisoteen. Pero debes levantarte de ahí. Debes levantarte y luchar, ¿me has oído? Es el único modo de salir de esa, y las dos lo sabemos. No puedes rendirte ahora. Tienes que encontrar la forma de salir de tu infierno personal.

¿Por qué iba a hacerlo? No me queda nada por lo que preocuparme. No hay nada que me interese. ¿Qué tiene de malo quedarse en el Infierno para siempre?

—Puede que lo haga, puede que mi mente consiga salir de este abismo algún día, pero... —Muevo los ojos hacia ella, lo cual la hace estremecerse— ¿Y mi corazón? ¿Crees que alguna vez va a recuperarse después de todo lo que ha pasado? ¿Cuánto dolor crees que puede aguantar el corazón humano, Catherine? Dime, ¿qué voy a hacer con el corazón? ¿Acaso puedo juntar todos los pedazos rotos, pegarlos y fingir que nunca lo han despedazado?

Sacude la cabeza para negarlo.

—Hace poco aprendi que fingir no es la solución. Hay que enfrentarse a la realidad. Tienes que plantar cara. La vida no es más que un juego, Adeline. Un juego absolutamente letal, y tú has de ganar esta partida. Juegas o mueres. Es así de fácil. Así que juega. Álzate por encima de todos. Sal adelante —aconseja, antes de caer en un silencio contemplativo—. En cuanto a tu corazón, no lo sé, déjalo arder. Deja que el fuego purificador lo calcine, y luego usa esas mismas cenizas para construirte uno nuevo. Uno más fuerte. Duro. ¡Mejor! *Inquebrantable*.

—¿Cómo? ¿Cómo voy a hacer todo eso? —pregunto con desesperación.

—Déjalo arder —musita con aire ausente—. Tú solo... apártate y deja que todo arda. ¿Quieres mi consejo? Agárrate siempre a la ira, no a la indiferencia. La ira te mantendrá con vida, alimentará el fuego en tus venas. La indiferencia, en cambio, te congelará hasta que tu corazón deje de latir. He pasado por fuego y hielo. Créeme, sé de qué estoy hablando. El fuego es mejor.

—¡El fuego quema!

—Y el hielo congela, y no es un modo agradable de acabar. Da igual lo que te digan. No lo es.

Se levanta, me da la espalda y sale por la puerta, dejándome sola en mi infierno personal.

No pasan más de unos pocos segundos hasta que Robert regresa.

—¿Estás aquí de nuevo? —digo, sin tan siquiera mirarle.

Cuando se sienta a mi lado, en el sitio que Catherine acaba de dejar libre, veo que su mandíbula está tensa.

—¿Y dónde iba a estar si no? —rebate, con tono gélido.

—No voy a suicidarme, si es lo que te inquieta. Morir es fácil. No me merezco una salida fácil. Me merezco el tormento de abrir los ojos cada maldita mañana sabiendo que lo he perdido.

Coloca la palma encima de la mía, entrelaza nuestros dedos y aprieta fuerte.

—Adeline, si pudiera quitarte todo ese dolor...

—Sí. Pero no puedes, así que vete a casa.

—No.

—Llevas aquí dos semanas.

—Me da igual

—Robert.

—No. No voy a irme. No te voy a dejar aquí sola.

—No te quiero aquí.

—Entonces me quedaré apoyado contra la puerta.

—No eres un perro.

—No voy a irme.

Dejo caer la cabeza, con los ojos cerrados.

—Necesito estar sola. Con mis pensamientos —le susurro, al cabo de toda una eternidad.

—Por favor, no me apartes ahora —suplica.

—He de hacerlo —abro los ojos y lo miro. Lo miro directamente. Es la primera vez que lo miro desde esa noche; es la primera vez que las fosas vacías en las que se han convertido mis ojos se clavan en las tuyas—. Es el único modo, Black.

Verle cavilar acerca de eso me hace sentir un poco mejor. Es reconfortante saber que, en alguna parte de su interior, ese Robert al que conocí, el Robert calculador, sigue vivo.

—Recuerda que te quiero —me susurra.

Se levanta, me besa el pelo de la sien y se marcha.

A primera hora de la mañana siguiente, Robert está aquí. Se ha duchado y se ha cambiado de ropa, aunque no parece haber pegado ojo en toda la noche. Está hecho polvo. Necesita descansar. Y yo también necesito hacerlo, pero para conseguirlo, he de pasar página, y eso es lo más complicado que he tenido que hacer en toda mi vida. No suelo pasar página después de nadie, porque me aterra admitirme a mí misma que se han ido y que nunca más volverán.

—Llama a la funeraria —le digo nada más cruzar la puerta.

Frena en seco, y yo me pierdo en sus ojos, locos de turbación.

—¿Qué?

—Quiero rosas blancas. Simbolizan amor eterno —prosigo, con voz igual de inexpresiva que antes.

Me mira pasmado.

—Adeline... —resopla, y deja caer la cabeza, como si se hubiese rendido—. ¿Qué vamos a enterar, una caja vacía? —frunce el ceño, se me acerca y coge mi mano entre las tuyas—. Cariño, el bebé se ha ido, y sé lo mucho que te duele eso, ¡siento lo mismo que tú! Yo también le he perdido, ¿sabes? Pero tenemos que aceptarlo.

—Llama a la funeraria —insisto con obstinación—. Quiero rosas blancas. Simbolizan amor eterno. Consígueme un vestido negro y llama a mi padre. No llames a nadie más. Solo quiero a Edward. Él también ha perdido a un hijo. Entenderá por lo que estoy pasando.

Cuando sus ojos encuentran los míos, su confusión se trueca en dolor.

—Está bien. Llamaré a la funeraria.

—Bien. Hazlo.

Se saca el móvil del bolsillo de los vaqueros y sale por la puerta. Regresa al cabo de unos minutos.

—El entierro será mañana —me informa.

Asiento.

—Bien. Ahora quiero ir a casa.

—No te han dado el alta aún.

—No te he preguntado si me han dado el alta. Te he exigido que me lleves a casa.

Suspira despacio.

—Está bien. Te llevaré a casa.

—Cojonudo. Vamos.

Me levanto de la cama, pongo los pies descalzos encima del gélido suelo y camino hacia la puerta. Los primeros pasos que doy después de haberle perdido. Nada me parece igual ahora. ¿Por qué no morí esa noche?

—¿Crees en Dios? —le digo a Robert, que se empeña en ponerme su chaqueta por encima del camisón

blanco.

Sacudo los hombros y la dejo caer al suelo. ¿Es tan ingenuo que piensa que un estúpido trozo de tela aplacará el hielo de mi corazón?

—No lo sé. Ya no sé nada. Por favor, ponte la chaqueta.

—No. No quiero tu estúpida chaqueta. Sabes, me pregunto por qué sigo aquí. Debe de ser alguna especie de juego retorcido, algún tipo de venganza personal. Antaño, solía sentirme más poderosa que el mismísimo Dios. Pero la Biblia dice que nadie puede alzarse tanto sin ser castigado por su desmesurada vanidad. Yo no iba a ser la excepción, ¿verdad? Claro que no. Ahora está dándome una expiación ejemplar y muy cruel. Me arrebató lo único que valía la pena conservar. Sí, debe de ser eso —digo, agitando la cabeza con ferviente convicción—. Dios debe de ser real.

—No lo hizo Dios, Adeline. Lo hizo un capullo que conducía borracho, y al que habían retirado el carné la semana anterior al accidente. Y lo hice yo. Si necesitas a alguien a quien culpar, culpame a mí. Todo ha sido culpa mía.

—No puedo culparte a ti. Ni siquiera puedo culpar a Dios. Solo me culpo a mí misma. Todos los pasos que he dado me han conducido hasta dónde estoy ahora. ¿Sabes cuándo perdí el camino? Cuando cogí tu mano. Ojalá nunca lo hubiese hecho.

Robert encaja el golpe entrecerrando los ojos.

—Siento mucho que pienses eso.

—Dejemos de hablar del pasado, Black. En realidad, ya ni siquiera me importa. Llévame a casa. Tengo cosas que hacer. ¡Dios mío, tengo tantísimas cosas que hacer! ¿Hace frío? ¿Hace calor? No sé nada. ¿Cómo puedo no saber estas cosas?

—No hace temperatura para que salgas en camión, desde luego que no —me dice con una paciencia que contrasta fuertemente con mi comportamiento neurótico.

—No importa. No me asusta ni el frío ni la oscuridad. Salvo, por supuesto, aquellos que se ocultan en mi interior. ¿Pero por qué seguirnos aquí? ¿Piensas que tengo todo el día? ¿Es que no te he dicho que hay muchas cosas que necesito hacer?

Intenta cogerme la mano, pero yo la sacudo para que no me toque. Mi rechazo lo está matando, y lo siento por él, pero no puedo volver a ser quién era. Ya no.

Conduce en silencio, más despacio que nunca, como si quisiera retrasar eternamente el momento de llegar a casa.

Cuando por fin aparca delante del *Edén*, todo me resulta extraño y carente de vida. A ambos lados de los blancos muros de piedra, el sol juguetea en el océano, convirtiéndolo en un espejo brillante y gélido; muy hermoso. Sin embargo, esa imagen no me produce ninguna clase de alegría.

Miro en derredor mío, a la marchita naturaleza, y mis labios registran un remoto amago de tristeza. El césped está casi seco. Los árboles conservan muy pocas hojas ya. Este año, el otoño se ha instalado demasiado pronto.

—Incluso la naturaleza muere a mi alrededor —musito, y Robert entrecierra los ojos de nuevo.

Se adelanta para abrirme la puerta de casa. La del coche la he abierto sola. Entro con pasos vacilantes y la respiración contenida.

—Estaré en su habitación —informo, ya que me observa con mucha atención, absorbiendo cada gesto, cada mirada, cada expresión de mi rostro.

Me dispongo a irme, pero él me coge por la muñeca para detenerme. Me vuelvo para mirar sus ojos relucientes.

—¿Estás segura de ello?

—Sí. Lloraré mi pérdida hasta mañana. Avísame cuando haya que ir al cementerio.

Su mirada parece tocada de dolor. Deja caer mi mano y asiente.

—Estaré aquí. Grita si me necesitas.

—No lo haré. Puedes irte. Y si no vuelves, mejor aún.

—Estaré aquí igualmente.

—Entonces, haz lo que te plazca, Black. ¿Por qué sigues entreteniéndome? Tengo mejores cosas que hacer y mejores sitios en los que estar.

Le doy la espalda y atravieso el vestíbulo en dirección a la escalera. En la primera planta, paso por delante de nuestro dormitorio y continúo por el pasillo hasta la habitación que habíamos elegido para el pequeño Robert. No está acabada aún. Su padre la pintó de azul celeste con nubes blancas hace tan solo un mes. Me parece que aún huele a pintura. Le dije a Robert que había que ventilar, pero nunca me hace caso. Se cree muy listo este tío, lo bastante como para no aceptar sugerencias.

Abro la puerta y me quedo apoyada contra el umbral. El dolor de este momento es inhumano. Mirarlo todo, los juguetes que nunca tocará, la cunita en la que nunca dormiré, me resulta devastador. ¿Cómo he podido amarle tanto? Quizá le amara porque sabía que sería mío y solamente mío. Me equivoqué al pensar que la chica que nunca tuvo nada podría ahora tenderlo todo.

Derrotada, cojo un enorme peluche azul y, abrazada a él, me acurruco en el suelo, encima de la alfombra con motivos infantiles. Los momentos se preceden con una lentitud desesperante. Incluso mis propios pensamientos son lentos y faltos de coherencia. La quietud de esta habitación es aterradora. Todo cuanto me rodea se vuelve indistinguible. Se apaga todo salvo mi dolor.

Al cabo de un rato, enciendo el móvil que me ha dejado mi padre para poder llamarme al hospital. Con dedos adormecidos, busco una canción en *YouTube* y cierro los ojos, mientras esos versos devoran el mortuorio silencio de esta casa.

*He terminado
La pistola echa humo
Lo hemos perdido todo
El amor se ha ido.
Ella ha ganado
Ahora no es divertido...*

Así es como se combaten los monstruos: enfrentándose a ellos. Fue mi locura lo que me arrebató todo. Ahora he de luchar contra la locura. Este es el único modo de hacerlo.

Estrecho el peluche más fuerte entre los brazos y tarareo:

—*Y nosotros teníamos magia. Y esto es trágico. No pudiste contener tus manos... Siento que nuestro mundo se ha infectado...*

Antes de que me dé tiempo a reaccionar, una mano arranca el móvil de entre mis dedos y lo estrella contra la pared.

—¡No vuelvas a hacer eso nunca más! —ruge, con los ojos en llamas.

Me levanto del suelo con perfecta parsimonia.

—¿Por qué no? ¿No sabes lo que dicen sobre mí? —me inclino por encima de él, para poder susurrar en su oído—. Se rumorea que, a raíz de ese accidente, he perdido la razón por completo. Esto es lo que hacen los locos y, si te molesta, deberías largarte de una santa vez. —Con una sonrisa demente impresa en mi rostro, retrocedo, bajo la mirada hacia mi camisón y tiro de la tela, como si de repente me sorprendiera lo que llevo puesto—. Oh, cielos. ¿Por qué no me has dicho que este camisón no me pega?

—¿Qué? —pregunta, completamente pasmado.

—El amor ha muerto. Debería ponerme un vestido negro, ¿no te parece, Black?

Me mira rabioso, con los ojos desorbitados y las aletas de la nariz dilatadas.

—No te va a funcionar —gruñe, apuntándome con su dedo índice.

—¿El qué? —pregunto con fingida inocencia.

—Actuar como una loca para que me aleje de ti. Hagas lo que hagas, voy a estar aquí. Cada vez que llores, yo estaré ahí para ofrecerte un jodido pañuelo. Cada vez que te desquicies, yo estaré ahí para sosegartarte. Cada vez que te derrumbes, estaré aquí para atraparte entre mis brazos. ¡Porque tú eres mía! Mézetelo en la cabeza de una vez por todas. Facilitaría mucho las cosas.

Suelto un soplido de irritación. Es demasiado listo y siempre va un paso por delante de mí.

—No te quiero aquí, Robert —le digo, esta vez comportándome como una persona cuerda—. Quiero que sigas con tu vida donde la habías dejado. Que al menos uno de nosotros sea feliz. El dolor es mío y solo mío. No quiero compartirlo.

—¿Te he preguntado yo lo que quieres? —repone, mosqueado.

—No... —contesto, dubitativa.

—Porque me importa una mierda lo que quieras o dejes de querer. Estaré aquí, *contigo*, porque no quiero estar en ninguna otra parte. Y si tienes un problema con eso, pues te jodes y te aguantas. ¡Porque no pienso dejarte! Estás pasando por el peor momento de tu vida adulta, por mi culpa, así que, NO, Adeline, ¡no pienso irme a ninguna PUTA parte!

Antes de franquear la puerta, le da un puñetazo a la pared. Me quedo ahí, en mitad de la habitación, sin saber qué hacer. Tengo que apartarle de mí. Es todo cuanto sé. Yo no soy buena para él, nunca lo he sido.

No era para tanto. Podía haberme quedado esa noche. Haberme quedado y haberlo hablado con él. Haber intentado comprenderle, dejar que se explicara; que me explicara que su amor por Catherine forma parte de un pasado anterior a lo nuestro y que ahora ya no existe. Tenía que haber dejado que me convenciera de que me ama a mí y no a ella. Pero no hice nada de eso. Elegí huir, porque ese ha sido siempre mi problema. Siempre he tenido miedo a enfrentarme a las verdades empíricas.

De modo que huí, *una vez más*, y di un paso en falso. Un solo maldito paso en falso. Con eso fue suficiente para conseguir que todo se derrumbara por encima de mi cabeza. Mi castillo de naipes era demasiado endeble. ¿A quién puedo culpar ahora? ¿Culparle a él? ¿Culpar a Dios? ¿Culpar a Catherine? ¿Cómo podría hacerlo? Yo soy la única culpable; yo y mis malditas inseguridades y obsesiones. Ahora lo sé, ahora entiendo que Robert Black siempre me ha amado, pero es demasiado tarde. No puedo retroceder para cambiar las cosas. Solo puedo intentar hacerlas mejor a partir de ahora. Y eso es lo que voy a hacer.

Cuando amas a alguien con tanta intensidad como yo le amo a él, has de encontrar las fuerzas para liberarlo, incluso si la simple idea de perderlo te está matando.

«*Tengo que apartarlo de mí. Es todo cuanto sé...*»

Siempre he pensado que los peores días de la vida de una empiezan con un hermoso amanecer. Hoy me doy cuenta de que me equivocaba también en ese aspecto. Chocante. Me he equivocado una vez más. ¿Quién lo habría adivinado?

Y es que el día del entierro amanece diluviando. Hay culturas que sostienen que si llueve ese día es porque el difunto no deseaba morir. Debe de ser cierto, porque hoy llueve como si el cielo fuera a caerse a causa del peso de las oscuras nubes.

No he pegado ojo en toda la noche. ¿Cómo iba a poder dormir en una noche así? Estoy delante de la ventana de su habitación, vestida con un sombrío traje negro. Tengo el cabello recogido en un peinado severo. No llevo joyas. Nunca se deben llevar joyas si estas de luto. A veces me parece haber estado de

luto durante toda mi vida. Quizá no deba volver a quitarme la ropa negra. Así estaré preparada para la próxima vez que me haga falta.

Mientras tomo la quinta taza de café que se encargará de mantenerme alerta, contemplo las gotas que se deslizan por el cristal. El mundo luce completamente apagado.

—Adeline —Robert carraspea a mis espaldas, para sacarme de mi ensimismamiento—. El coche está preparado.

Me giro de cara a él, con el rostro por completo congelado, y lo miro. Está guapo. El negro siempre ha sido su color.

—Gracias —musito.

Dejo la taza encima de una cómoda y paso por su lado, haciendo caso omiso de la mano que me ofrece.

—No prolonguemos más la agonía —le digo, consciente de lo devastador que le resulta mi rechazo—. Lo nuestro está muerto. No intentemos resucitarlo haciendo manitas.

No dice nada. Tan solo un hondo suspiro se encarga de expresar lo que debe de pasar por su mente.

Bajo por la escalera, agarro la chaqueta que me ha dejado preparada en el perchero, y salgo por la puerta con él siguiéndome de cerca. Intenta abrirme la puerta del coche, pero me adelanto y la abro sola. Vuelve a suspirar irritado mientras nos acomodamos los dos en la parte de atrás de la limusina. Sí, las limusinas solo deberían usarse para ir a entierros. Son coches demasiado solemnes.

—Buenos días, Mario.

—Adeline, lo siento mucho.

—Gracias.

Me coloco unas enormes gafas de sol encima de la nariz, pese a que está lloviendo y no hay ni un solo rayo de sol brillando en el cielo.

—Bueno, al cementerio —digo, intentando mostrar un poco de entusiasmo.

El coche se pone en marcha despacio. Miro por la ventanilla durante todo el trayecto. Ojalá pudiera llorar. Empiezo a envidiar a las personas que lloriquean por cualquier cosa. El llanto alivia el dolor.

Cuando nos detenemos, bajo antes de que a alguien le dé tiempo de abrirme la puerta. Robert me ofrece el brazo para ayudarme a caminar. Hay muchos charcos y mis tacones son muy altos. Sin embargo, rehúso su ayuda con un gesto de cabeza.

—Ya no soy esa chica que necesita que la salven —es la única explicación que le doy.

Veo a mi padre, de pie delante de una tumba abierta, oculto bajo un deprimente paraguas negro. Me acerco y me abrazo a él. Huele muy bien. Me recuerda a mi infancia, a los pocos momentos buenos que él y yo compartimos, como cuando me llevó a pescar y casi me ahogo. Por muy curioso que eso parezca, aquello fue un buen momento.

—Gracias por venir —le susurro al separarnos.

Edward fuerza una sonrisa compasiva.

—No hay que darlas. Siento mucho todo lo que ha pasado. Sé lo entusiasmada que estabas con el bebé.

Me encojo de hombros.

—A la vida le dio igual mi entusiasmo, padre. Se encargó de jodérmelo, como siempre.

Me quedo ahí de pie, entre Edward y Robert, mientras el sacerdote formula un par de plegarias. No escucho nada. Mi mirada se pierde en el horizonte gris. Habría estado bien tener a un bebé a quién amar. Supongo.

Cuando acaba todo, me despido de Edward, que se marcha hacia su limusina en compañía del padre Robinson.

—¿Qué ha sido de su cuerpo? —le digo a Robert cuando quedamos solos.

Este hace una pausa.

—No lo reclamé. Lo siento. Estaba... estaba hecho polvo. No sabía si ibas a salir con vida o no, y eso era todo cuanto me importaba en ese momento: que tú vivieras. Les dije a los médicos que hicieran con él lo que fuera menester. Espero que algún día encuentres las fuerzas para perdonarme por eso.

Inexpresiva, contemplo la lápida y las rosas blancas que he depositado al lado.

—Me elegiste a mí.

Mueve la cabeza con pesar.

—Cariño, no pudieron hacer nada para salvarlo.

—Ni siquiera lo intentaron. Porque tú me elegiste a mí. Yo fui tu prioridad, no él. Te pedí que eligieras al bebé, pero me defraudaste.

Me coge de la mano en un impulso desesperado, y esta vez no hago nada para apartarle de mí.

—No soportaba la idea de que te fueras, ¿lo entiendes? —Tiene los ojos vidriosos y sacude la cabeza una y otra vez mientras se muerde el labio inferior, me imagino que para retener las lágrimas—. No podía dejarte morir.

—Pero si pudiste dejarle morir a él.

Deja caer los párpados.

—Lo siento. Tendremos más hijos —musita con voz rota.

—No quiero más hijos. Le quería a él.

—Lo siento tanto...

—No dejas de decirlo. Sin embargo, eso no cambia el hecho de que me trajeras de vuelta.

—¡No puedo vivir sin ti! —ruge, con los ojos dilatados.

Me quedo mirándolo hasta que estallo en carcajadas, tan vacías, tan carentes de sentimiento como lo es mi mirada. Dios mío, a veces parezco el Joker, igual de loca.

—¿No puedes vivir sin mí?! —me mofo, con todo el sarcasmo del que soy capaz—. ¡Por Dios! ¡No vas a poder vivir conmigo! ¡Mírame cuando te hablo! —rujo, y le cojo la barbilla violentamente para obligarle a que me mire a los ojos—. ¡Mira lo que has traído de vuelta! ¡Mira el recipiente vacío en el que me he convertido! ¿Te gusta? ¿Esto es lo que quieres? ¿Esta es la Adeline a la que amas?

Su mandíbula se mantiene tensa. Sus ojos lucen igual de apagados que los míos.

—Me da igual la forma, mientras estés aquí.

Por completo derrotada, le suelto y me vuelvo a girar de cara a la tumba.

—Somos absolutamente tóxicos el uno para el otro —señalo en un suspiro, al cabo de toda una eternidad—. Lo sabes, ¿verdad?

Robert resopla hastiado.

—Me importa una mierda. Lo que cuenta es que yo te quiero a ti y tú me quieres a mí.

—El amor no debería ser tan enfermizo como el nuestro.

—Nuestro amor no es enfermizo, Adeline. No es más que amor.

Un gesto acerbo tiembla en las esquinas de mi boca.

—¿Amor? Lo que yo sentía por ti era tan monstruoso que traspasaba los límites de la misma locura.

—Las cosas más hermosas nacen de la locura —rebate, distraído.

Nos sumimos en el silencio, mientras el ceniciento mundo se deshace en amargas lágrimas a nuestro alrededor. Debemos de parecer dos figuras fantasmales, envueltas en negro, velando la tumba de nuestro hijo.

La lluvia se derrama por nuestros imperturbables rostros y se desliza por nuestras pestañas. Sin embargo, ni él ni yo nos movemos. Es como si no nos molestara en absoluto el frío y la humedad que nos

cala hasta el tuétano.

—No habría dejado que nada ni nadie lo hiriera —abro por fin la boca, sin apartar los ojos de esas rosas blancas, ahora salpicadas de gotas de barro—. Yo lo habría cuidado, y lo habría amado, y lo habría protegido de todas las adversidades de la vida. Nunca le habría dejado vivir como viví yo. Se lo habría dado todo, mi amor, mi alma, todo lo bueno que había en mí. Quizá lo hubiera encerrado en una alta torre, como intentaste tú hacer conmigo; una torre para protegerlo del mundo entero, incluso de mí misma. Ni siquiera le conocí, pero le amaba más que a nada, porque él era la primera persona que de verdad me pertenecía. A mí, la chica que nunca tuvo nada. Y ahora se ha ido —mis ojos secos buscan los suyos—. Todo lo que yo amo muere, Robert. No puedo impedirlo.

Una pequeña lágrima se escurre por su mejilla, y yo extendiendo el brazo y la atrapo con la punta del dedo.

—Lo siento, cariño —musita—. Lo siento muchísimo.

—No llores, Black. Los hombres como tú nunca lloran.

—Dios, no sabes cuánto lo siento... —balbucea.

Mi boca tiembla en una sonrisa. Él me mira como si deseara abrazarme, aunque no lo hace. Se limita a pasear sus ojos azules, tan inocentes y tan hundidos de dolor, por todo mi rostro. Parece tan perdido que resulta desgarrador. Debe de ser la primera vez en toda su vida que no sabe qué hacer, ni cómo comportarse. Él, que siempre tiene una respuesta para todo, ahora no puede decir más que lo siente, una y otra vez, como si sentirlo arreglara algo.

—Sé que lo sientes. No es culpa tuya. No es culpa de nadie. Solo mía... Me lo advirtieron. Esto es lo gracioso de todo, que siempre lo supe. Me dijeron que llegaría un día en el que todos mis sueños arderían, porque el destino siempre gana. Me lo dijeron, pero jamás me lo creí. Jugué con fuego durante demasiado tiempo. Hice todo lo malo que puede hacer una persona a lo largo de su vida. ¡Todo! Ahora he de enfrentarme a las consecuencias, y ni siquiera sé cómo hacerlo.

—Nos enfrentaremos juntos. Yo estaré contigo. Todos los días de mi vida. Juntos, encontraremos un modo de...

—¿¡Juntos?! —lo interrumpo, incrédula—. ¡Mira a tu alrededor! ¡Lo único que nos mantenía juntos ha muerto!

—Mi amor por ti no ha muerto, Adeline. Es cien mil veces más fuerte que antes.

Miro su hermoso rostro a través de todas las gotas que me pesan encima de las pestañas. Ojalá pudiera conservarle al menos a él. Ojalá pudiera decirle que mis sentimientos no han cambiado. Que nunca cambiarán. Pero no debo. Por primera vez en mi vida, voy a hacer las cosas bien. Los dejaré marchar, a todos ellos, todos los sueños que murieron al alba. Conservar a Robert supondría condenarlo a una existencia llena de soledad y amargura. Y yo soy incapaz de condenar a algo así a la persona a la que más quiero en el mundo. Sé lo que es la soledad y la amargura, y sé que él no se merece algo así.

—¿Y a quién le importa tu estúpido amor ahora? —gruño.

Y, sin más, giro en redondo y camino hacia el coche.

Cuando ya estoy instalada en la parte de atrás, reúno bastantes fuerzas para volverme y mirarlo a través del oscuro cristal. Está ahí, le ha dado la espalda a la tumba para poder verme marchar.

El mundo se deshace en llanto a su alrededor, pero Robert no parece consciente de ello. Mantiene los ojos cerrados y ese terrible tormento que lleva semanas enteras impreso en su elegante rostro. Nunca he visto una expresión tan desgarradora en nadie. Parece tan vulnerable en este momento, tan débil, tan herido... Ni siquiera se percata de las gotas que se deslizan desde su cabello hasta su cara. Sencillamente, permanece impertérrito, clavado en el suelo. La fragilidad de su figura, su cabeza bajada en gesto de derrota, la agonía que contrae sus facciones, todo eso deja adivinar la batalla que se libra en

su interior en este momento. Dios, lo daría todo por arrancarle ese dolor. Pero no puedo. Ni debo.

—¿Nos vamos, Mario? —musito, sin dejar de mirar a ese hombre tan vencido en el que he convertido a mi hermoso desconocido.

—Pero, ¿y Robert?

—Robert se queda —rezongo mientras se alza el panel que nos separa. Necesito estar sola en este momento. Una ha de estar sola para poder despedirse de sus seres amados.

El coche se pone en marcha lentamente, y yo me giro para seguir mirándolo por el cristal trasero. No puedo apartar la mirada de él. ¿Cómo iba a poder dejar de mirarlo ahora? Es el fin de algo que ni siquiera había comenzado del todo, algo maravilloso que ahora ha de morir.

Así que miro, y miro, y miro, ese sueño que se desvanece delante de mí a medida que me alejo de él. Ojalá pudiera conservarlo. Ojalá las cosas no fueran tan complicadas.

Al cabo de unos segundos, cuando se da cuenta de que me estoy marchando, Robert abre los ojos y los clava directamente en los míos. Él no puede verme a mí, pero yo sí puedo verle a él. Puedo ver toda su agonía, su desesperación, su derrota.

Y no lo aguanto más.

El dolor que me produce mirarle es tan intenso que me desgarran el corazón como los colmillos de una bestia. Me cojo el estómago con una mano, dejo caer la frente contra el respaldo del asiento y rompo a llorar. Lloraré ahora para poder pasar página mañana. Porque mañana será como si nada de todo esto hubiese sucedido.

Con enormes lágrimas deslizándose por mi rostro, me saco del bolsillo el anillo de compromiso y lo miro largo tiempo, fascinada por su belleza y su fragilidad. Tenía pensado devolvérselo después del entierro, pero no encontré las fuerzas para hacerlo. Necesitaba un recordatorio de lo nuestro, así que me lo quedé. Ahora me alegro de haberlo hecho.

Cierro los ojos y aprieto los párpados con mucha fuerza para evitar que las lágrimas sigan cayéndoseme por las mejillas. Robert y yo encendimos la chispa de algo que nunca pudimos controlar, y ahora la llamarada se ha vuelto tan imparable que, inevitablemente, arrasará con todo el mundo que él y yo construimos, sin siquiera tener derecho a hacerlo. ¿Qué derecho teníamos a amarnos por encima de todas las demás cosas? Ninguno.

Nos hemos equivocado, y hoy, aquí, toca pagar el precio. Tuvimos un instante de felicidad y ahora nos espera toda una vida de amargura. ¿Valió la pena? ¿Si pudiera retroceder el tiempo, volvería a amarle a él? Supongo que sí. Supongo que seguiría el mismo camino, una y otra vez. ¿Cómo no iba a amarle a él cuando es el único para mí?

Con un suspiro de rendición, deslizo el anillo por el dedo. Volveré a colocarlo en su sitio porque, mirando esos pozos azules tan turbios de dolor, he comprendido que yo estoy preparada para dejarlo ir. Pero Robert no lo está. No aún. Y eso es terrible para él. He averiguado en mi propia piel que perder a alguien y no estar preparado para ello resulta devastador, por lo que le ofreceré algo que a mí nunca me ofreció la vida: la posibilidad de despedirse. Regresaré con él y me quedaré hasta que tenga fuerzas para dejarme volar.

Lo haré por él, no por mí. Por los viejos tiempos. Por esos momentos que yo atesoré en las profundidades de mi ser, para recordarlos cuando las cosas se tornaran difíciles entre él y yo; por esos gestos suyos que me recordarían al hombre que es en realidad. Por cómo me miró esa noche cuando me pidió matrimonio, por cómo me besó apasionado bajo la lluvia torrencial, por cómo me hizo sentir cuando me enseñó a conducir; por todo lo que hizo por mí, se merece que yo siga a su lado hasta que esté preparado para admitirse a sí mismo que lo nuestro ha muerto.

«*Nunca juegues con fuego*», me dijo esa primera noche. ¿Por qué ninguno de los dos hicimos caso a

esa advertencia? ¿Fue inconsciencia? ¿Arrogancia? ¿Quizá, amor? Ya no importa ahora. Cuando llega el fin, ya nada importa.

Lo gracioso es que, desde el principio, he sabido que acabaría ardiendo, solo que nunca me ha importado demasiado. Arder me parecía un precio razonable, si de ese modo conseguía unos cuantos instantes entre sus brazos. Siempre he sido una criatura ingenua, fascinada por un fuego que no significaba más que devastación.

Hoy las llamas se han apagado por fin para concederle un poco de descanso a mi atormentada alma. Mi amor por Robert Black ha muerto. No siento nada en este instante. No hay nada dentro de mí. Quizá sea mejor así.

Me engañé a mí misma pensando que él y yo tendríamos una oportunidad. Nunca la tuvimos. Yo no sé amar. Jamás supe cómo hacerlo. Yo solo sé atormentar, enloquecer, absorber. Robert se merece algo mejor que yo. Ahora todo cobra sentido para mí. Él dijo una vez que los peores villanos empiezan siendo caballeros. Ojalá hubiese sospechado en aquel momento que el villano de esta historia iba a ser yo misma, la chica que nunca tuvo nada pero que fue tan arrogante como para creer que se lo merecía todo; que ella se merecía ser feliz. ¡Feliz! ¿Qué es la felicidad, en el fondo? ¡Nada! La felicidad solo es nada, mera palabrería.

Mantengo los ojos cerrados mientras fantasmas del pasado se agolpan dentro de mi cabeza. Por unos instantes, me pierdo en el recuerdo de aquellos momentos cuando él me besó, bailó conmigo, su áspera mejilla contra la mía; me protegió, me hizo el amor... Fue maravilloso estar a su lado. Él me mostró un mundo con el que yo ni siquiera soñaba. Me abrió la jaula y me liberó. Algún día me tocará devolverle el favor.

Lo he amado tanto que deseé poder quitarle su dolor para sufrir yo en su lugar. Ahora tengo la oportunidad de hacerlo. El dolor de esta pérdida ha de ser enteramente mío. Quizá sea egoísta por mi parte. Siempre he sido así. Aquellos que nunca han tenido nada suelen desearlo todo. Y por fin podré tenerlo; tener *todo* el dolor del mundo. Al menos, eso nadie me lo arrebatará jamás.

Con absoluta parsimonia, abro los ojos, levanto la cabeza y contemplo mi propio rostro reflejado en el oscuro cristal, miro a la chica del espejo, la chica que soy en realidad; la que siempre he sido, en las profundidades de mi ser. Esa despreciable Adeline a la que tanto he intentado mantener oculta ha sido por fin liberada, y ahora, poco a poco, está tomando el lugar de la persona que fingía ser. La transformación está casi completa. Puedo sentirla, puedo sentir cómo muere el dolor, cómo muere el amor, ¡cómo muere el maldito mundo en torno a mí! Se apaga todo, las luces, cada uno de mis sentimientos; desaparecen a medida que la gelidez se propaga por mi alma.

Es una paradoja; una bonita y estúpida paradoja. Nada sino el hielo puede completar la destrucción que inicia el fuego. Perfecta simbiosis, ¿verdad?

El tiempo parece moverse con una lentitud desesperante esta noche. En los momentos más oscuros de la vida de uno, el tiempo nunca se da prisa. Los instantes parecen larguísimos y casi absurdos.

Estoy oculta entre sombras, sentada en el suelo de mármol. Tengo las rodillas dobladas, pegadas al pecho, una botella de *bourbon* al lado de mis pies y la mente demasiado nublada como para ser capaz de concentrarme en una idea firme.

El estrépito de la puerta de la entrada me arranca de mi sopor. Miro el reloj. Son casi las cuatro de la madrugada, y Robert regresa a casa absolutamente borracho.

De hecho, se encuentra en tal estado de embriaguez que apenas se mantiene en pie mientras camina

hacia el salón. Tan pronto como entra, suelta las llaves del coche encima de una mesilla, deja caer la chaqueta al suelo y se quita los zapatos de una patada. En silencio, se desabrocha todos los botones de la camisa negra. Después, la baja por los hombros y la tira al lado de la chaqueta. A lo mejor le asfixia el peso de su propia ropa, por eso tiene tanta prisa por librarse de ella. Ahora, al verle con el torso desnudo, es cuando me doy cuenta de que ha perdido algo de peso, al igual que lo he hecho yo estas últimas semanas. Los pantalones cuelgan sobre sus delgadas caderas de un modo bastante sugerente.

Con movimientos torpes, se dirige al equipo de música y baja un poco el volumen, aunque no demasiado. Quizá a él también le guste esta canción. Espero que sí, porque la he puesto en bucle.

Lo contemplo callada mientras da media vuelta y escudriña la oscuridad con la mirada. Tarda unos instantes en distinguir mi silueta detrás del sofá.

—¿Adeline? —musita inseguro, y yo no sé qué es lo que me parece mayor, si su asombro o su alivio.

Se encamina hacia mí tambaleándose y chocando con varios muebles de camino. Suelta un juramento entre dientes y se agacha para frotarse la espinilla. Supongo que ha ido a emborracharse para no encontrarse en la necesidad de verme marchar. Después de cómo acabó nuestra conversación en el cementerio, había quedado claro que lo nuestro ha acabado y que voy a dejarle. Maldición, de no haber sido por esa mirada que me lanzó y ese aire tan vulnerable que mostraba, lo habría hecho. Me habría largado a la otra punta del mundo con tal de no volver a verle. Pero tuvo que mirarme, tan herido, tan perdido como un niño, y echar por los suelos mis planes. Después de todo, sigue siendo mi única debilidad.

—Tienes un aspecto espantoso —señalo con indiferencia.

—¿Y piensas que tú estás guapa ahora, tan borracha y con los ojos tan hinchados de llanto?

Me encojo de hombros con desdén.

—No me importa.

—Ni a mí. Me gustas de cualquier modo.

Con dificultad, se deja caer a mi lado, suspira hastiado y apoya la palma en mi rodilla desnuda. Solo llevo una camisa blanca, suya. Su ropa es lo único que me reconforta en mi soledad.

—Pásame esa botella —me dice.

—Has bebido bastante por hoy, ¿no te parece?

Suelta una carcajada ronca.

—Eso pensaba yo, pero luego resulta que regreso a casa y te encuentro aquí, cuando estaba convencido de que te habías marchado. Por lo que he llegado a la conclusión que no he bebido lo bastante. Anda, sé buena chica y pásame ese *bourbon*. Me hace falta más que nunca.

Con parsimonia, agarro la botella, le doy un buen trago y se la ofrezco.

—Todo tuyo. Vuélvete loco.

Sus manos tiemblan sin control, y las venas que las cruzan están más hinchadas que nunca.

—Gracias —murmura, llevándosela a los labios.

Nos quedamos los dos quietos. Tan solo la voz de Amy Winehouse rellena el terrible silencio de esta casa.

*Él se marcha
El sol se oculta
Él se lleva el día,
Pero yo soy madura.*

—¿Crees que nos pasará algo así?

El murmullo de Robert acaba con la quietud que se había instalado dentro de mi cabeza. Todos mis sentidos están entumecidos esta noche.

—¿El qué? —pregunto con aire ausente, al mismo tiempo que agarro la botella de sus manos para recibir otro chute de veneno.

Siempre he tenido este problema, la necesidad de emplear venenos para salir adelante. Después de la muerte de Chris, me volví adicta a Black. Después de la muerte de Giselle, me volví adicta a muchas cosas, pero, sobre todo, a Black. Como después de la muerte de Robert no puedo volverme adicta a Black, tendré que buscarme nuevas adicciones. El *bourbon* me parece una interesante opción.

—Que si piensas que nuestras lágrimas se secarán por sí solas —aclara, pasada toda una eternidad.

Tuerzo la boca en plan indiferente.

—¿A quién coño le importa eso, Black?

Suelta un interminable suspiro.

—Supongo que a nadie —se calla y levanta sus preciosos ojos azules hacia los míos. No dice nada durante un buen rato—. Sabes que te quiero y que siempre te he querido, desde el mismo comienzo, ¿verdad? —musita con voz cálida.

Ahora sí lo sé, ¿pero de qué sirve saberlo ahora, cuando todo ha ardido?

—Y tú sabes que me importa una mierda, ¿verdad?

Bufa una sonrisa.

—Oh, sí. Te has esmerado mucho en dejármelo bien claro esta mañana.

—Bien.

—Sin embargo, no logro entender por qué sigues aquí.

—Para atormentarte...

Se produce una pausa. Robert me quita la botella con suavidad, bebe de ella y luego me la devuelve. Estamos los dos al borde de un coma etílico, arrastrando las palabras porque articular bien supone demasiado esfuerzo para nuestros cerebros paralizados a causa del alcohol. Aun así, nos pasamos la botella del uno al otro constantemente.

—Adeline...

—¿Black?

Otro interminable silencio.

—Me alegro de que hayas decidido quedarte conmigo.

—¿Aunque solo sea para atormentarte?

—*Sobre todo* si es para atormentarme —enfatisa después de un tiempo—. Mi vida sería demasiado aburrida sin ti y los tormentos que me produces.

—Eso es cierto. Te pasarías el día trabajando y bebiendo.

—En efecto.

—Mmmm. Aunque, por el otro lado, conmigo aquí también te pasarás el día trabajando y bebiendo. Solo que estarás mucho más amargado de lo habitual.

—Prefiero el alivio de la amargura al agarre de la soledad. Me sentía solo antes de conocerte a ti. Terriblemente solo. Será mejor que sienta amargura y dolor, para variar.

—Muy bien. Si es lo que te hace feliz...

—Lo es.

Saca un paquete de *Marlboro* rojo del bolsillo del pantalón, retira un cigarrillo y se lo lleva a los labios. Con él colgándole de la esquina izquierda de la boca, empieza a rebuscar el mechero por los bolsillos y a jurar entre dientes cuando este no aparece. Decido apiadarme de él y ofrecerle uno que he dejado antes bajo el sofá, para tenerlo a mano.

—Toma, anda.

Lo coge, enciende el cigarrillo y le da una ansiosa calada.

—Gracias —murmura, soltando el humo hacia arriba.

Es la primera vez que lo veo fumar, y he de decir que su imagen en este momento es lo más atrayente que he visto en toda mi vida. Esta noche está tan hermoso, tan atormentado y tan borracho que me hace compararle con un James Dean moderno, aún más rebelde que el original y endiabladamente más apuesto.

Después de unas cuantas caladas más, me pone una mano en la nuca, acerca su rostro al mío y coloca el cigarrillo en mi boca, sin preguntar si me apetece o no fumar. Agradecida, hago ademán de cogerlo con la mano, pero Robert se empeña en sujetármelo él mismo mientras fumo.

—Gracias —le digo cuando lo retira para que pueda soltar el humo.

—De nada. ¿Quieres más?

—¿No me vas a regañar por acercarme a los venenos?

—No, ya no.

—Entonces, dame más. Me calma mucho fumar.

Vuelve a acercar el cigarrillo a mis labios y espera paciente hasta que doy una interminable calada.

—Llevas el anillo —señala de pronto—. ¿Por qué? ¿Qué significa eso para nosotros?

Tomo un buen trago antes de ofrecerle la botella a él, pero en esta ocasión Robert no bebe. Se mantiene muy quietecito, evaluando ansiosamente la inexpresividad de mi mirada, con lo que recupero la botella, ya que el señorito le hace ascos. Me quedo callada, con la mirada enfocada en un punto abstracto.

—Para ser el primero de tu promoción en Harvard, no eres demasiado perspicaz, Black. Significa que me casaré contigo solo para atormentarte. Si yo no puedo tener felicidad ni amor, por qué iba a dejar que los tuvieras tú, ¿eh? ¿Acaso no te mereces el mismo destino que yo? ¿Consideras que no te mereces sufrir como yo?

En un gesto lleno de ternura, me quita la botella de las manos y la deja encima del suelo. Sus manos se enroscan alrededor de mi nuca y su rostro se acerca al mío.

—No me importan tus razones, mientras sigas aquí. Mientras pueda verte y tocarte, me conformo con cualquier castigo —susurra, con los labios a punto de rozar a los míos—. Puedes hacer conmigo lo que te plazca. Puedes herirme de cualquier modo. Soy todo tuyo. Siempre estaré a tu lado.

«*Nunca se va a rendir*», pienso, no sin cierto horror.

—¿Crees que me importa lo que hagas o dejes de hacer? —digo con áspero desprecio.

En las esquinas de su boca tiembla una sonrisilla muy atormentada.

—De ser eso cierto, ¿podría besarte ahora sin que eso te importara? —propone, mordiéndose el labio inferior.

Mi semblante se mantiene tan glacial como antes, pese a que, en alguna parte de mi pecho, mi congelado corazón late un poco, embargado por una extraña exaltación.

—Podrías...

Las yemas de sus dedos se arrastran por mis labios, apenas tocándome, pero yo me tenso de cabeza a pies igualmente. Sigo sin entender por qué todavía me afectan de este modo sus caricias.

—Ciertamente. Podría. Pero no voy a hacerlo. Aún no. No estás preparada para eso —deja caer la mano y suspira. Su rostro luce devastado, con los ojos mucho más vidriosos de lo habitual. Parece demasiado cansado en este momento, no solo a nivel físico, sino cansado de todo cuanto le rodea, hastiado de la vida misma—. Dormiré en el sofá del despacho —resuelve en un susurro.

Se levanta, con la misma dificultad con la que se ha sentado, y se marcha arrastrando los pies.

—¿Black?

Se detiene, de espaldas.

—¿Qué?

—No te hagas ilusiones. Nunca voy a estar más preparada de lo que estoy ahora. Si fueras inteligente, empezarías a salir con otra mujer. Con Monique, por ejemplo. Ella te conviene más que yo.

Se vuelve sobre los talones y me mira, con el rostro exhibiendo una rigidez cadavérica. Camina hacia mí lo más deprisa que su avanzado estado de embriaguez le permite, me agarra por el mentón para alzarme la cara y se hunde en mi boca con una rabia impresionante. Cuando me suelta, me doy cuenta del daño que me ha hecho con su agarre y esa manera suya tan feroz de poseer mi boca.

—No eres quién para decirme lo que me conviene y lo que no, así que no te atrevas a hacerlo. No quiero a Monique, te quiero a ti. Dicen que el tiempo lo cura todo. También curará tus heridas. Además, según tu amiga Amy, las lágrimas se secan por sí solas, ¿no es así?

Y se aleja mientras yo permanezco en el suelo, vaciando esa botella de *bourbon* sorbo tras sorbo.

Capítulo 3

Durante cuatro interminables meses, Robert y yo nos anegamos en la miseria, culpándonos el uno al otro de nuestra desgracia, aunque nunca con palabras. Somos demasiado testarudos y demasiado orgullosos como para hablar de ello, de modo que apenas cambiamos dos frases al día. Por lo visto, ahora ya no tenemos mucho que decirnos.

El tiempo transcurre sin que nuestras heridas cicatricen. Al contrario, las cosas se vuelven cada vez más y más complicadas.

Podría decirse que nos ignoramos el uno al otro por completo. Aun así, ninguno se atreve a tomar una decisión definitiva respecto a nuestra situación. Él no tiene el valor de ponerle fin a este amor moribundo, y yo no tengo el valor de abandonarlo. Me digo a mí misma que lo hago porque no está preparado para dejarme ir, pero tengo días en los que dudo seriamente acerca de mis razones. ¿Soy del todo altruista? ¿O, acaso, la que no está preparada para dejarlo ir soy yo misma? Procuro no reflexionar demasiado, y vivir el día a día. Es mejor así.

Cuando Robert está en casa, apenas salgo de la habitación del bebé. Él nunca entra aquí. Lo prefiero así. Se me hace raro tener delante a un desconocido que me evalúa con esos ausentes ojos azules, por completo despojados del fuego que tanto me seducía. Ahora sus ojos no son más que valles vacíos, por lo que empleo todo mi empeño en evitar coincidir con él. Por razones que mi mente no consigue comprender del todo, aún me duele verlo tan hecho polvo. Su sufrimiento aún me produce dolor. Estoy tan congelada... ¿Por qué iba a sentir dolor?

Empiezo a pensar que me he equivocado al quedarme. He intentado darle tiempo, he intentado arreglar lo que he destrozado, pero las cosas distan mucho de ser tan fáciles. Más que arreglar a Robert Black, lo que hago es romperlo aún más. No parece haber superado lo nuestro ni parece haber encontrado fuerzas para pasar página. Al contrario. Lo que hace es arrastrarse por la vida, todo desgastado, y conformarse con lo que hay. Tengo la sensación de que, con cada día que pasa, algo muere dentro de él, se apaga, tal y como se apagó dentro de mí.

Trabaja más que nunca. Apenas está en casa. No tiene ni idea de que, tan pronto como su coche abandona la propiedad, llega el de Hunter para tomar su lugar. Hunt es la única persona con la que realmente puedo hablar; el único que me entiende. Desde el primer momento tuve claro que él y yo podríamos ser buenos colegas. Ahora, que Robert ya no está de por medio, lo somos.

Todas las mañanas, Hunter me lleva a terapia, espera a que acabe y después me devuelve a mi casa. Los *paparazzi* parece que ya no están interesados en mi persona, se limitan a seguir a Robert por toda la ciudad. Yo prácticamente ya ni existo, lo cual me viene de maravilla para poder llevar esta doble vida.

De no haber sido por Hunter, su sorna y su constante apoyo, no sé cómo me habría enfrentado al infierno de ver morir al hombre al que más amo en el mundo. Solo Hunter me distrae del dolor que eso me provoca.

—¿Qué vas a hacer el Día de los Enamorados? —me interroga Hunter, tumbado a mis pies, de costado y con la cabeza apoyada en un codo. Parece muy interesado en averiguar mis planes. Siempre parece muy interesado cuando se trata de mí.

—¿Quieres levantarte de ahí? —ordeno sin levantar los ojos del libro que me estoy leyendo—.

Pareces un perro.

Yo estoy en el sofá, sentada con máxima elegancia, mientras Hunter holgazanea en el suelo. No me siento tranquila sabiéndole a mis pies, en el sentido más literal de la palabra.

—Parezco un perro *cómodo*, así que no, no quiero levantarme de aquí. Estoy bien así.

Suspiro y paso página.

—Haz lo que te plazca, entonces.

—Siempre hago lo que me place, preciosa. Y bien, ¿qué planes tienes? ¿Quieres que hagamos algo juntos?

Suelto una carcajada desdeñosa.

—Ya, claro, como si pudiéramos. Tú tienes que estar con tu novia, y yo, seguramente, tenga que ir a alguna ridícula fiesta con Robert. No me ha dicho aún sus planes, pero supongo que me conciernen, ya que aún soy su pareja formal.

—¿Por qué sigues con él, Adeline? Entre vosotros ya no hay nada. ¿Por qué no te vas?

—No tengo adónde ir —miento.

Hunter me mira tan intensamente que desvío los ojos hacia mi libro, sin ser capaz de leer ni una sola palabra. Siempre me digo lo mismo. «*No está preparado para dejarme ir. No puedo dejarle ahora. Se vendrá abajo. ¿De todos modos, adónde voy a ir? No quiero regresar a casa*». Pero lo cierto es que todas esas no son más que excusas baratas. Como siempre, la que no está preparada para pasar página soy yo misma. Porque, pasar página significaría admitirme a mí misma que lo he perdido todo, y no puedo hacerlo. Soy demasiado cobarde como para enfrentarme a eso ahora. Así que sigo aquí, día tras día, viendo cómo Robert muere poco a poco y cómo el mundo entero se apaga con él.

—Podrías venirte conmigo. Puedo dejar a Rita, ¿sabes? Yo no amo a Rita. Comprariamos una casa. Aún mejor que esta. Podría ser increíble. Tú y yo. ¿Te lo imaginas?

Finjo tomármelo a broma, porque tampoco estoy preparada para enfrentarme a los sentimientos de Hunter hacia mí. Es mi amigo, y lo quiero como tal. No quiero perderlo, así que si admitiera que su amor es cierto, *cierto y no correspondido*, sé que se marcharía para siempre, al igual que se han marchado todos los demás. Y no quiero que se marche. Hunter me distrae de mi dolor. Con él merodeando por los alrededores, me siento casi normal.

—Sería una puta mierda, Hunt. Tú y yo somos las personas más opuestas sobre la faz de la tierra. A mí me gusta el tailandés y a ti el chino. Nuestra casa sería un moderno Purgatorio.

Y con toda parsimonia posible, paso otra página, fingiendo estar muy ensimismada por la historia.

—Deja esa mierda —se enfada Hunter—. ¿Quieres hacerme caso? Yo estoy hablando en serio y tú no haces más que burlarte. Te propongo una salida de aquí, así que deja de tomarme el pelo y dedícame unos instantes de tu valioso tiempo.

¿Qué? Por Dios, ¿cómo hemos llegado a esto? La conversación está tomando un rumbo que no me gusta en absoluto. ¿No podemos volver al momento en el que solo éramos amigos y él no admitía tan directamente sus sentimientos? ¿Por qué los hombres sienten la necesidad de declararse y estropearlo todo?

—Lo siento, pero no puedo —sigo en tono de broma, para restar hierro al asunto—. Me fascina la historia de esta chica que se enamora de un perfecto extraño, sin saber los oscuros secretos enterrados en su pasado.

Me lo he inventado todo. La historia va de un médico del Viejo Oeste, y es la cosa más insípida que he leído en toda mi vida.

Hunter, irritado, se incorpora un poco y me arranca el libro de las manos.

—Oye, ¿qué haces? —protesto—. Estaba en la mejor parte, a punto de descubrir si el chico es un

villano o un héroe.

—Guárdate la puta lectura para cuando estés con el aburrido de tu novio —espeta, mosqueado—. Yo no vengo para verte leer. Vengo para hablar contigo.

Emito un profundo suspiro. Al ritmo al que avanza esto, mucho me temo que nuestra amistad no verá el atardecer. Pues bien, si es lo que hay, habrá que enfrentarse a ello.

—Está bien. Soy toda tuya.

Hunter alza una ceja con gesto travieso.

—¿En serio?

Mis ojos giran sobre sus órbitas.

—Ya me has entendido, Hunter. Ve al grano de una santa vez.

—Vaya. ¿Siempre tienes que ser tan desagradable y estropear los momentos bonitos?

—¡Sí! Y si eso no te complace, ahí tienes la puerta.

—Yo nunca me iré —declara con la voz ronca.

Se estira un poco, me rodea el tobillo con los dedos y empieza a subir lentamente por mi pierna. Como siempre, solo llevo una camisa de Robert, mi atuendo favorito en el mundo entero.

—Hunter. ¿Qué haces? —pregunto, obligándome a mí misma a tener paciencia con él.

Bajo la mirada hacia esos ojos verdes, turbios como lagos de montaña.

—Acariciarte —musita con voz sumisa, su mirada fija en la mía—. Estás muy tensa.

Y sigue subiendo hasta llegar casi a la rodilla. Con brusquedad, coloco una mano encima de la suya y le detengo.

—NO me acaricies. No me gustan las caricias. NO me gusta que me toquen.

Se queda mirándome con la mandíbula tensa y ese brillo de absoluta excitación en las pupilas.

—Porque no te han acariciado bien, preciosa. Pero yo podría sacrificarme y mostrarte lo que se siente al ser acariciada como es debido.

—¡Qué encomiable actitud! —exclama una voz repleta de sarcasmo—. Lamento haberos interrumpido. ¿Me voy? ¿Me quedo? ¿Qué hago? Estoy absolutamente confuso.

Tengo que admitir que nunca me he alegrado tanto de verle. De un modo u otro, Robert Black siempre acaba salvando a las damiselas en apuros, aunque salvarlas no sea su actividad predilecta y le resulte mucho más excitante corromperlas.

—Robert —exhalo un suspiro de fingido fastidio, antes de desplazar la mirada hacia los pozos azules incendiados de ira.

Está de pie, bajo el arco que separa el salón del pasillo. Viste una camisa gris plomo que le sienta como un guante, y su rostro es la pura definición de la palabra ferocidad. No recuerdo haberle visto jamás tan guapo como hoy. Cuando está tan furioso como ahora, me parece soberbio. Su imagen, con los labios magullados, el rostro tapado por la barba incipiente y ese aire peligroso, resulta tan arrasadora que me quedo sin aliento por algunos segundos.

—En carne y hueso. ¿Y este es...?

—Te presento a Hunter.

—¡JA! ¡Hunter! —se mofa—. Nunca mejor dicho.

Aprieto los labios para ahogar una sonrisa. Esta es la conversación más larga que hemos tenido en meses. Y la más divertida. Se me había olvidado lo divertido que resulta provocar sus celos.

—Sí, *Hunter* —se cabrea el aludido—. ¿Tiene algo de malo llamarse Hunter?

Robert le muestra su sonrisa más cortés. Fingida, sin duda alguna.

—No. Pero llamarse Hunter y dedicarse a *cazar* a las mujeres de los demás, sí que la tiene.

—He de darle la razón, Hunt —admito entre risas sofocadas.

—¡Hunt! —se irrita Robert, a gritos—. ¡Así que ahora es Hunt para ti! Dios mío, me siento como Charles Bovary.

Hunter frunce el ceño en un gesto de confusión.

—¿Quién?

—¡El marido estúpido! —ruge Black—. ¿Es que tú nunca lees?

Hunter no se ofende en lo más mínimo. No le importa que le tachen de ignorante. Ser culto no es lo suyo. De hecho, aún no sé qué es lo suyo, aparte de escalar montañas, ponerse hasta las cejas de coca y, por supuesto, yo, su mayor obsesión, con creces.

—Pues no. Tengo mejores cosas que hacer.

—Ah, sí. Ligarte a las mujeres de los demás. Se me olvidaba.

—Chicos —advierto, aburrída—. No me acuesto con ninguno de los dos, así que no veo razón para esta disputa.

—Gracias, Adeline, por exponer nuestros trapos sucios —me fulmina Robert con la mirada.

A modo de respuesta, le dedico mi sonrisilla de niña desagradable.

—Anda, cielito, sé buen chico y dale la mano a Hunt —le digo con dulzura.

—Preferiría cortármela —escupe, tan malhumorado como un crío.

Hunter suelta una carcajada.

—Vale, creo que será mejor que me vaya antes de que este tío empiece a autolesionarse.

—¡Eso! ¡Largo de aquí antes de que te parta la nariz! ¡Y ni se te ocurra volver! Tengo una pistola en mi despacho. Alegaré allanamiento de morada. Ningún jurado me condenaría.

—Sí, sí, lo que tú digas, abogado.

—¡Lláname, Hunter! —grito yo, para que el susodicho, ya de camino hacia la puerta, me escuche.

—Sí, mañana te llamo.

Pasa por delante de Robert, se miden con la mirada el uno al otro, como dos perros agresivos, y por fin se marcha. Tan pronto como nos quedamos solos, Robert se gira de cara a mí.

—Te confiscaré el teléfono —me avisa, tan tranquilo.

—No pasa nada. Me localizará igualmente. Sabe dónde vivo —repongo, igual de tranquila.

—Cojonudo.

Lleno de ira, se afloja la corbata con gesto brusco, se la saca por la cabeza y la lanza contra la pared.

—Mal día, ¿eh? —me aventuro a deducir.

Me mira inflexible y serio.

—Los he tenido mejores. No es muy agradable llegar a casa un poco antes de lo previsto y encontrar a tu mujer con otro tío.

Se quita la camisa y también la lanza al suelo. Con aplomo, se desabrocha el botón de los pantalones y los deja deslizarse por sus fibrosas piernas. Se me seca la boca, y el corazón me late como loco dentro del pecho.

—No soy tu mujer —me obligo a gruñir. Me odio a mí misma por sentir lo que estoy sintiendo ahora; por mirar tan ensimismada esos bien trabajados abdominales y esos brazos de músculos tensos y duros, que una vez me sostuvieron para no venirme abajo.

—Para mí, sí —contesta mientras, con toda tranquilidad, se echa un vaso de *bourbon*.

Levanta el brazo, se acerca la copa a los labios y bebe. No puedo dejar de mirarlo, dejar de mirar su carnosa boca, la expresión de alivio que se apodera de su rostro cuando el alcohol se desliza por su garganta.

—¿Por qué estás en calzoncillos?

—Ya sabes que me gusta estar desnudo y presumir de ello.

—Mmmm. Conque un exhibicionista, ¿eh? ¿Tienes más defectos, aparte de ese?

—Tengo incontables defectos, y será mejor que nunca me preguntes por ellos. Por el bienestar de nuestro matrimonio.

Suelto una risa completamente vacía.

—¿Matrimonio? ¿Qué matrimonio?

Se acaba ese vaso y se echa otro, antes de volver la rigidez de su rostro hacia mí.

—Yo me siento casado contigo, Adeline. Lamento que tú no te sientas igual y que tengas necesidad de que *Hunt* te acaricie por mí. Sabes perfectamente que yo te podría acariciar mucho mejor de lo que él jamás lo hará.

Eso no se me ocurriría ponerlo en duda.

—Yo no tengo ninguna necesidad. Estoy muerta. Aun así, con vida. Viva, y sin embargo, tan absolutamente muerta. —Me quedo con mirada perdida, el ceño fruncido en señal reflexiva—. Todo es una jodida paradoja, ¿no te parece, Black?

Apura la copa, deja el vaso encima de un mueble y viene hacia mí.

—Sé que odias la idea de haberle sobrevivido al bebé —susurra, tan pronto como se instala a mi lado en el sofá y coge mi mano entre la suyas.

—No te figuras cuánto. Los padres no deberían vivir más que sus hijos.

—A mí también me duele haberlo perdido, aunque te cueste creerlo. Yo también quería tener un bebé contigo.

—Él y yo solo hablábamos —digo, sin venir a cuento. No quiero abrir ahora el cajón en el que he guardado mis sentimientos acerca del bebé. No estoy preparada. Pese a toda la terapia de estos cuatro meses, aún me siento demasiado débil para hablar de ello con Robert—. No hay nada entre él y yo. Solo somos amigos. Necesito a alguien con quien hablar, ¿sabes?

La expresión de dolor que exhibe su rostro me resulta sobrecogedora.

—Antes no tenías necesidad de hablar con nadie aparte de mí. ¿Cuándo ha cambiado eso? ¿Por qué? ¿Por qué ya no hablamos como solíamos hacer? ¿Te acuerdas de esas noches en las que nos quedábamos hablando hasta las tantas de la madrugada acerca de los libros que leíamos? Porque yo sí. Yo sí me acuerdo de ello todos los días de mi vida, Adeline. Me acuerdo de lo mucho que me reí cuando dijiste que Catherine Earnshaw no era más que una zorra egoísta que solo se amaba a sí misma y que se merecía todo lo malo que le estaba pasando. ¿Te acuerdas de eso? Porque, joder, Adeline, yo no puedo quitarme de la mente el sonido de nuestras risas.

No sé qué decir. ¿Que me acuerdo, pero que no quiero acordarme? ¿Que lo mejor sería olvidar todo eso? ¿Debería aconsejarle que no permanezca atrapado en el pasado, porque yo no soy buena para él? ¿Acaso no es eso cierto? Soy el peor villano que un héroe como él ha podido encontrar. Todo lo que yo toco, se rompe. Todo lo que yo amo, muere.

—No, no me acuerdo —le digo con frialdad, antes de erguirme.

Le doy la espalda con gesto indiferente y me encamino hacia la escalera.

—Adeline.

Me detengo, sin volverme para encararle. No quiero ver su dolor ahora. Quizá eso me haga ceder terreno. Quizá sus ojos consigan derretir mis bloques de hielo. Él no se merece que esos bloques se derritan. Él se merece a alguien que le haga feliz. Y, por devastador que resulte, ese alguien no soy yo. Nunca le he hecho feliz. Lo he consumido. Lo he roto. Lo he hundido, y luego le he dado la espalda. Porque yo soy así. No sé ser de otro modo. No sé amar. Le he dado unos pocos momentos felices a cambio de toda una vida de miseria.

—Vamos a salir esta noche —susurra al cabo de toda una eternidad—. Ponte guapa.

Muevo ligeramente el cuello para poder mirarlo de soslayo.

—¿Salir?

—Hoy se cumple un año desde que te pedí matrimonio. Feliz aniversario.

De espaldas a él, cierro los párpados. Así que por eso ha llegado pronto del trabajo, porque es nuestro aniversario. No quiero ni pensar en su dolor o en la turbación que le ha debido de invadir al encontrar a Hunter acariciándome. Esto ha ido demasiado lejos. Soy una cobarde. ¡Una estúpida cobarde! Tenía que haber cortado el mal de raíz, haber acabado esta relación hace meses. ¿Qué esperaba obtener al quedarme? ¿Que las cosas volviesen a ser como antes? ¿Que recuperásemos lo que teníamos al principio?

Eso es imposible, y yo debería saberlo mejor que nadie. Debería saberlo porque, en mi fuero interno, no puedo perdonarlo por lo que nos ha sucedido, si bien soy consciente de que nada de eso fue culpa suya. Pero ¿cómo conseguir suprimir todo ese dolor? No puedo coger un borrador y eliminarlo sin más. No puedo vivir a su lado, y eso no es lo terrible de esta situación. Lo terrible es que no le permito que siga con su vida sin mí. No hago más que aferrarme a Robert como una sanguijuela, chupando la vida de él. Conmigo aquí, lo único que recibe es miseria. En absoluto soy mejor que Catherine Earnshaw.

—¿Me has oído, Adeline?

—Sí. Pero me parece que no tenemos nada que celebrar.

—Aun así, te llevaré a cenar. Ponte guapa.

No digo nada. Retomo mi caminata hacia la escalera, y cuando llego por fin a la habitación del bebé, cierro la puerta con dedos trémulos y me desplomo contra ella. Dios mío, ¿cómo hemos podido acabar así? ¿Qué nos hemos hecho el uno al otro? ¿Qué le he hecho yo a él? Todo esto es culpa mía. Yo he desatado todo su dolor, de modo que ahora es mi deber acabar con él. No hay marcha atrás. Tengo que hacerlo, y tengo que hacerlo cuanto antes.

Me enjuago las lágrimas y me giro hacia la cunita del bebé. Una sonrisilla atormentada tiembla en mi boca.

—Mamá está aquí —musito, y otra lágrima se escurre por mi rostro al entender que nadie me está escuchando. Porque esa cuna está tan deprimentemente vacía como mi corazón.

Me he puesto el vestido más escandaloso que tenía en mi armario. Seda roja, escote imposible... Como no llevo sujetador por debajo, ya que se notarían los tirantes, mi pecho se insinúa por debajo de la fina tela de un modo bastante indecente. Si voy a ser tan zorra como Daisy Buchanan, Catherine Earnshaw o Scarlett O'Hara, entonces debería vestir como tal.

Me quedo delante del espejo del baño y me contemplo por unos instantes, antes de disponerme a pintarme los labios de un brillante tono burdeos. Llevo el pelo oscuro peinado en bucles que caen sobre la desnudez de mi hombro derecho, y una sola joya colgando de mi cuello: la cadena que la bisabuela de Robert trajo desde Irlanda.

—Estás horrible —le digo a la chica del espejo. Ella ni se inmuta.

Me echo *Chanel n°5* detrás de las orejas y en las muñecas, me doy un último repaso y salgo del baño. Nunca me he sentido tan tranquila ni tan segura de mí misma como me siento esta noche. Supongo que este sosiego se debe a que, por primera vez en la historia, estoy dando los pasos correctos.

Robert, arrasador con traje negro y camisa blanca de cuello desabrochado, está de pie en el salón, apurando una copa de *bourbon*. Me he dado cuenta de que últimamente bebe más que nunca.

Se queda paralizado al verme inmóvil en lo alto de la escalera. El azul de sus ojos se eleva con

lentitud por mis piernas. Siento una descarga cuando su mirada cae sobre mis labios y se entretiene ahí por un tiempo bastante largo, antes de seguir subiendo hacia las vetas marrones que nada desvelan.

Como atraído por un imán, deposita el vaso encima de la mesita redonda, traga saliva y camina hacia mí, al mismo tiempo que yo empiezo a bajar los escalones.

Sus ojos no se apartan de los míos, y veo en su mirada que a él le embarga esta misma extraña sensación que se ha apoderado de mí. Me muevo, con la barbilla alzada y gesto inflexible, y me detengo frente a él. Nadie dice nada. El silencio es asombroso.

—Hola —es todo cuanto consigo susurrar, pasada la eternidad en la que no hemos hecho más que mirarnos.

—Hola, desconocido —murmuro, seducida por su mirada. Por primera vez en meses, hay fuego ardiendo en sus ojos, devastadoras llamas consumiendo la oscuridad de sus pupilas, y ese brillo tan candente me recuerda a tiempos muy buenos.

—¿Preparada? —vuelve a susurrar, con esa voz suya tan suave y, aun así, rasposa.

Asiento en silencio, y él me ofrece su brazo con gesto muy cordial. Me aferro a él, sin echarme hacia atrás cuando coloca la mano encima de la mía. Me produce escalofríos su contacto. Aún surte el mismo efecto en mí. Es curioso, porque estoy tan entumecida que pensé que no sería capaz de sentir nada. Y, sin embargo, ahí está la corriente; la maldita electricidad estática.

Robert extiende el brazo para abrir la puerta de la entrada. La inminente tormenta ilumina de vez en cuando el cielo nocturno con algún que otro relámpago.

Ha pasado un año y cuatro meses desde que acudí a una fiesta cualquiera, en una noche de muchas, y mi mirada se perdió en la de un misterioso y apuesto desconocido. Cogí su mano, dejé que me besara y arruiné su vida. Ahora tengo que soltar esos dedos a la que tanto me aferré.

—Conque un año prometidos. Vaya. ¡Quién lo habría dicho! Cómo pasa el tiempo, ¿eh? —comento con una sonrisa melancólica al ver que él no dice nada.

Robert me abre la puerta del coche y aguarda a que me asiente.

—Vuela —coincide con aire distraído.

Rodea el coche, ocupa su asiento y arranca. Salimos de Long Island sin intercambiar ni una sola mirada, sin que ni una sola palabra traspase la barrera de nuestros labios.

—¿Adónde vas a llevarme?

—A cualquier parte...

Esbozo un atisbo de dolor y muevo la mirada hacia mi ventanilla para contemplar con aire ausente el mundo que dejamos atrás. No veo nada. Todo se desdibuja a causa de las lágrimas que brotan de mis ojos. Empezó *tan* intensamente... El mundo estaba en llamas. ¿Por qué ha de acabar todo de este modo tan glacial?

El coche se detiene delante del *Bemelmans Bar*, y yo no puedo reprimir una sonrisilla. Black es un hombre de gustos fijos. Siempre me lleva al mismo sitio. Se baja, me abre la puerta y me ofrece una mano que no puedo hacer más que coger. Me vuelvo a estremecer cuando nuestros dedos se rozan. Robert no dice nada hasta que entramos y ocupamos la misma mesa de la vez pasada. Aquella mujer afroamericana sigue sentada en el piano, aunque esta vez no toca nada de Lana del Rey, nada de deseos ardientes, sino el *Fallin* de Alicia Keys. También muy acertado.

—¿Qué te parece este sitio para tomar una copa antes de cenar?

Sentada en frente de él, muevo la mirada hacia la suya y susurro:

—Me parece aceptable.

Durante algunos momentos, me evalúa de ese modo suyo tan concentrado, como si yo fuera todo cuanto tiene, todo cuanto le importa; lo más valioso en el mundo entero.

—Baila conmigo —me susurra, con los ojos clavados en los míos.

La idea de estar entre sus brazos me turba.

—No se puede bailar aquí.

—Me la suda. Baila conmigo. Por favor.

Me habla con tal suavidad, es tan intensa su mirada que acabo poniéndome en pie y cogiendo la mano que me ofrece. Me lleva al sitio más apartado y más oscuro, y ahí me abraza. Mañana se va a sentir devastado. Pero lo superará. Sé que sí. Es un hombre fuerte. Quizá beba demasiado durante un tiempo, quizá se vuelque en su trabajo, o en follar duro, no lo sé. Lo único que sé es que acabará pasando página y olvidándose de lo nuestro. Todo lo contrario a mí. Yo nunca cerraré el capítulo. Si tan solo pudiera... Tengo demasiados capítulos abiertos.

«*Yo nunca me olvidaré de ti, amor mío*».

Ojalá pudiera comprar unas pesadas cadenas y atarlo a mí para siempre. Ojalá no fuera este el fin de todo lo que una vez conocí. De todo lo que una vez amé.

—Te quiero —me susurra, y me abraza con mucha fuerza, como para transmitirme que nunca me dejará marchar.

La mujer cambia el repertorio, y ahora suena el *Bang Bang* de Nancy Sinatra. Robert me pone una mano en la nuca, acerca su rostro al mío y me besa, al principio con muchísima suavidad y cierta timidez, como si temiera romperme.

A medida que la canción se vuelve más dramática, nuestro beso se intensifica. Robert va perdiendo la timidez, volviéndose tan locamente agresivo como solía ser en el pasado. Me aferro a los bordes de su camisa y fundo mi boca con la suya, mientras esa mujer de voz rasgada grita:

¡Bang, bang!

Yo te abatía.

¡Bang, bang!

Tú caías al suelo.

¡Bang, bang!

Ese horrible sonido.

¡Bang, bang!

Solía abatirte a tiros.

Las lágrimas empiezan a deslizarse por mi rostro, pero yo no puedo detenerme. Cada vez necesito más de su boca, más de su alma. Parece que nunca tengo suficiente. Por mucho que lo absorba, siempre voy a necesitar más y más.

Las luces se apagan, el mundo muere en derredor nuestro. Y yo sigo girando entre sus brazos una y otra vez, mientras nuestras bocas chocan la una contra la otra con esa insaciabilidad tan típica en nosotros.

«*Yo nunca me olvidaré de ti, amor mío. Tú sí lo harás*».

Robert me coge la cabeza entre las manos, se aparta un poco para poder mirarme a los ojos y mueve los pulgares por mi rostro muy suavemente, para arrastrar mis lágrimas.

—Nunca llores tú, amor. Nunca —me susurra.

Pero yo necesito deshacerme en lágrimas, porque me siento tan frágil, tan increíblemente vulnerable en este momento.

—Siempre te he querido —le digo, aferrándome con desesperación a su hermoso, adorable rostro—. Desde el primer momento. Desde que me miraste por primera vez y yo te miré a ti. Siento haber tardado tanto en decírtelo.

Su sonrisa es demasiado tierna, demasiado comprensiva.

—Nunca es demasiado tarde para hacerlo.

Yo también sonrío, solo que mi gesto resulta abarrotado de dolor.

—Supongo.

—Con un suponer me basta.

Vuelve a ladear la cabeza y sus labios se estrellan contra los míos en otro beso, igual de intenso.

—Esto, lo que tú y yo tenemos, es para siempre —me dice al oído.

¡Bang, bang!

Yo te abatía.

¡Bang, bang!

Tú caías al suelo.

¡Bang, bang!

Ese horrible sonido.

¡Bang, bang!

Solía abatirte a tiros.

—Para siempre —miento yo.

Robert retrocede para analizar mi rostro. Esta noche no parece capaz de quitarme los ojos de encima. Me pregunto si en su interior sospechará que esto es el fin de todo. *El fin*. Es el fin de algo que había comenzado tan bien...

He elegido el momento perfecto. La noche perfecta. El lugar perfecto, con la canción perfecta de fondo. Todo ha de terminar en el sitio exacto donde comenzó, porque las historias siempre son así. Todo comienzo ha de tener un fin.

La canción se acerca a su dramático final, al igual que lo hace nuestra relación. Coloco la palma en la mejilla de Robert y presiono contra ella con fuerza, consciente de que será la última vez. Esto es lo más doloroso que he tenido que hacer en toda mi vida. No volver a verle. No volver a tocarle. No volver a escuchar su voz. Sus ojos, sus caricias, sus susurros, se perderán en recovecos de mi interior donde nunca podré encontrarlos. Poco a poco, se apagará, morirá todo, carecerá de sentido. ¡Dios mío, qué espantoso resulta todo!

¡Bang, bang!

Él me abatió.

¡Bang, bang!

Caí al suelo.

¡Bang, bang!

Ese horrible sonido.

¡Bang, bang!

Mi chico me abatió a tiros.

Cariño, me abatiste a tiros.

Y así es como termina la historia de la chica que se enamoró de un chico. Su corazón no era más que un puñado de pedazos, hasta que él empezó a pegarlos el uno detrás del otro, meras piezas de puzle. Él hizo que ese maltrecho corazón latiera con más fuerza que nunca. Hizo que sintiera el amor. Hizo que sintiera el dolor. Hizo que sintiera la obsesión.

Viva. La hizo sentirse *viva*.

Robert Black ha sido la única persona en toda mi vida que me ha hecho sentirme viva. Ni Chris, ni Giselle, ni siquiera el bebé. Nadie, nunca, ha conseguido que me sintiera tan viva como él solía hacerme sentir.

Sin embargo, todo lo que nace ha de morir, y yo estoy preparada para morir esta noche. Estoy

preparada para desaparecer por completo, hasta no quedar viva ni siquiera dentro de su recuerdo.

Le pongo una mano en la nuca, inclino su rostro hacia el suyo y le doy un beso desesperado. Lo estoy besando como si fuera la última vez. Porque lo es.

Robert me corresponde de igual modo, con su pecho subiendo y bajando a toda velocidad sobre el mío. Al despegarse nuestros labios, no se aparta. Apoya la frente contra la mía y cierra los ojos, en todo momento acariciándome el centro del labio inferior con la yema de su pulgar.

—Te quiero tanto —me susurra, casi con ira.

«¡Bang, bang!, amor mío».

El inclemente reloj corre con el único fin de recordarnos que el tiempo se nos está acabando.

—Yo te quiero más.

—Imposible. Yo estoy loco por ti.

—Letrado...

—¿Adeline?

—Si supieras que se te está acabando el tiempo, ¿qué harías?

Abre los ojos y me mira, me mira de un modo terrible. Veo su debilidad, su vulnerabilidad, su inmenso amor, tan enfermizo como el mío.

—Encerrarte en algún lugar remoto y ponerte a salvo del mundo entero.

Aprieto la frente contra la suya y le acaricio la mejilla, tan rasposa a causa de la barba.

—Yo haría exactamente lo mismo —musito—. Ponerte a salvo. Protegerte de todo. Incluso de mí misma.

Retrocede un poco para estudiar mis ojos. Hace ademán de sonreírme, pero le sale un gesto tan torcido que me produce un dolor desgarrador.

—Lo sé. Lo sé, pequeña. Lo sé.

Estoy sin aliento. Robert inclina su hermoso y atormentado rostro sobre el mío hasta que nuestros labios se tocan un poco. No me besa, solo me absorbe. Cada soplo de aire, cada suspiro, él lo saborea. Es la noche más maravillosa de toda mi vida, y, aun así, la más dramática. Las lágrimas vuelven a desbordarse por mi rostro, y Robert sigue respirándome. El mundo se ha desdibujado por completo. No hay tiempo. No hay espacio. No hay nada. Estamos él y yo, como siempre, solos en este lugar.

—No me dejes nunca —me susurra, sus labios casi pegados a los míos.

—Nunca —vuelvo a mentir.

Su boca choca contra la mía, milésimas de segundo después del gruñido que escapa su garganta. Su lengua traspasa las barreras para encontrarse con la mía, y unas intensas oleadas de calor recorren todo mi cuerpo. Echaré de menos esto, el fuego. Por mucho que queme, es infinitamente menos aterrador que el hielo.

—Tengo que ir al servicio —le susurro a Robert.

Asiente, me besa los labios con dulzura y me suelta. Sin embargo, su mano sigue aferrada a la mía.

—¿Quieres que te acompañe? —dice con suavidad.

Sacudo la cabeza.

—Puedo hacer pis yo solita, Black. Tú siéntate y pídetes un *bourbon*. Muy pronto estaré de vuelta.

Al igual que Chris, hago promesas que nunca cumpliré.

«Pronto, muy pronto. ¡Jodidos mentirosos!»

Intento marcharme, pero Robert se niega a soltar mi mano, y tira de mí hacia él.

—Adeline...

Me detengo y busco su mirada. Tiene que dejarme ir. Solo tiene que liberar mi mano. ¿Por qué no lo hace? ¿Por qué después de todo este terrible año, sigue aferrado a mí?

—Desearía hacerlo todo contigo —musita—. Siempre ha sido ese mi mayor deseo. Sacarte de Nuevo York algún día. Mostrarte el mundo entero. Ponerlo a tus pies, amor mío. No hay nada que no haría contigo.

Conforme asimilo sus palabras, me siento cada vez peor, cada vez más frágil.

—Lo sé. Yo también lo desearía.

Dejo caer su mano, le doy la espalda y camino hacia el baño. Imágenes de antaño regresan a mi mente y me atrapan como una red de pesca. Me veo riendo con él, besándolo, haciendo el amor, llorando encima del suelo del baño... Hemos tenido una vida plena. En serio. Solo ha sido un año y cuatro meses, pero en ese tiempo hemos vivido más que la mayoría de las personas en toda una vida. Me quedaré con eso, con esos recuerdos incrustados en las raíces de mi ser con tanta fuerza que nunca desaparecerán de ahí. El primer beso, nuestra primera vez, el primer *te quiero*, la primera casa, Edén y Purgatorio a la vez. Pudimos haberlo tenido todo. Pudimos haber tocado el cielo. Pero nadie puede alzarse tan alto sin pagar un precio, ¿verdad? Supongo que no.

Doy un paso después del otro conforme el mundo empieza a oscurecerse por encima de mí. Soy el ratón que ha quebrantado el círculo; ha roto los esquemas y ahora se está alejando de todo lo que una vez formó su vida. Un paso después del otro, tal y como se adentró en el lado salvaje, ahora está retirándose. «*Es mejor así*», se dice el ratón a sí mismo mientras da la espalda a lo que solía importarle, a todo lo que solía amar.

Giro la cabeza hacia atrás y veo que Robert se ha sentado en una mesa, de espaldas a mí. Giro bruscamente hacia la izquierda y me precipito hacia la puerta.

«*Bang, bang. Es mejor así*».

Fuera me espera una noche oscura, atravesada por los gélidos vientos del invierno. La tormenta desata fuertes ráfagas de viento, crueles y cortantes, y yo me deshago en amargas lágrimas que el aire seca apenas brotan de mis ojos. No hay nadie que me vea. Nadie a quien le importe. Giro la cabeza hacia atrás y lo miro por última vez, antes de salir corriendo hacia la carretera. Me siento minúscula, destrozada.

Un coche frena a escasos centímetros de mí, y yo, aturdida, alzo la mirada del suelo. La puerta del copiloto se abre. Corro hacia ahí y me monto sin vacilar.

—¿Por qué has tardado tanto? —me dice él—. Habíamos quedado hace diez minutos. Es la quinta vez que doy la vuelta a la manzana. ¿Dónde estabas?

A través de la oscuridad del coche, busco esos ojos tan increíblemente verdes. Lo veo distorsionado a causa de las lágrimas.

—Hunter, llévame lejos.

—¿Lejos?

—De él. No lo soporto más.

Hunter coloca una mano encima de mi rodilla.

—¿El qué, preciosa?

Muevo la mirada hacia el bar y veo que Robert ha salido fuera. Muestra una expresión de lo más ansiosa, ojos brillantes e inquietos, movimientos desesperados. Se ha debido de dar cuenta de que me he marchado.

El teléfono se ilumina dentro de mi mano. Bajo la ventanilla y lo dejo caer al suelo. El desconocido de ojos azules no puede retenerme ahora. Ya no, porque, por fin, he soltado su mano.

—Verle morir hasta convertirse en nada... —musito para mí.

Nada de esto hubiera pasado de haber confiado *realmente* en él. ¿Pero cómo confiar en un desconocido con el que crucé una mirada en una fiesta cualquiera?

Epílogo

Actualidad, Austin, Texas

Nos quedamos los dos en absoluto silencio al acabarse mi historia, como si hubiésemos caído en un sopor abisal. Mi mente viaja hacia aquellos días de extremo calor en los que nada se mueve, *nada* parece estar vivo bajo el ardiente sol. Ahora nos envuelve la misma desidia que suele envolver a uno en un día así.

Al cabo de un rato, busco sus ojos con la mirada, pero no hay nada reflejado en ellos. Ni dolor, ni amor. No son más que dos globos mortecinos, despojados de toda emoción.

—¿Por qué? —musita, distraído.

No sé el tiempo que ha podido pasar. Minutos, horas, milenios... El tiempo siempre carece de sentido.

—Lo gente no deja de preguntar eso. No lo sé. No lo recuerdo. ¿Cuántas veces tengo que decirlo? Me desperté confusa, él estaba en un charco de sangre, yo llamé a emergencias...

Sus ojos se alzan con asombrosa lentitud y desgarran los míos. Han perdido su inexpresividad. Ahora muestran un increíble toque de dureza.

—No me refiero a eso. Me refiero a aquella noche. ¿Por qué?

Me encojo de hombros con desdén.

—Era lo que él necesitaba. Yo no era buena para él.

Da un furioso puñetazo en el colchón y se pone en pie como un resorte. Por fin se ha desatado su ferocidad. Por fin parece haber vida en él.

—¿Pero no era lo que yo *quería*, Adeline! ¿Quién coño eres tú para tomar esa decisión por mí?

Lo miro sin que ninguno de los músculos que componen mi expresión se altere.

—Ahí lo tienes —le digo con total aplomo—. La razón por la cual no puedes llevar la defensa de este caso: estás demasiado involucrado. Eres incapaz de controlar tus emociones cuando se trata de mí. No puedo permitir que mi abogado tenga estas salidas de tono delante de un juez. ¿Crees que será un juicio bonito y sencillo? Pues te equivocas. Será sórdido. Dirán cosas terribles sobre mí. Sobre *nosotros*. Y tú te vendrás abajo. No puedo permitir eso. Hay demasiado en juego. Gracias por venir y por intentarlo, pero no eres lo que yo necesito. Adiós, letrado.

El afilado brillo de sus ojos me trasmite que le gustaría hacerme algo espantoso ahora mismo.

—¿Estoy harto de tus jueguitos mentales! —ruge—. No has hecho más que jugar conmigo desde que me senté en esa silla. Trastornar mi mente, como siempre. Solo tú eres capaz de volverme tan completa y absolutamente loco.

—Es no es cierto. No he estado jugando contigo. Tan solo te he contado la historia, para que sepas a qué nos estamos enfrentado. He obviado nuestro vínculo sentimental y te he tratado como a un abogado cualquiera. Eso fue lo que dijiste, ¿no? Que estabas aquí en cualidad de abogado, no como mi ex novio, por lo que he fingido que tú no eres *él*, porque yo, a diferencia de ti, puedo mantenerme bajo control.

Se revuelve el cabello oscuro y alborotado que cae sobre su frente. Necesita un corte de pelo.

—¿En serio? Conque me has tratado como a un abogado cualquiera. Vaya. Asombroso —baja la mirada y se queda inmóvil unos segundos, antes de volver a mirarme con la misma mezcla de dureza e ira—. ¿Le hubieses dicho a un abogado cualquiera lo que me has dicho a mí? ¿*Todo*? ¿Cómo te besaba, cómo te tocaba? ¿Cómo te *follaba*? ¿En serio? ¿Se lo habrías dicho?

Me quedo mirándolo, tan gélida como siempre.

—Por supuesto que sí. Tal cual.

Esboza una sonrisa de pura incredulidad.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? No es relevante para el caso.

—Te equivocas profundamente. Es *muy* relevante para el caso. En el pasado está la clave de todo, todas y cada una de las respuestas a este enorme rompecabezas. Un buen abogado debe conocer todos los pasos que me han conducido hasta aquí, por eso he expuesto todos los trapos sucios. Mi devastadora pasión hacia ti, que un buen fiscal sabrá usar en mi contra. ¿Cuáles crees que serán las armas de la acusación? Todo crimen ha de tener una razón. El motivo, ¿verdad, letrado? Nadie mata sin razón.

—Ya veo que te has vuelto profunda últimamente —acota en tono seco y sarcástico.

Hago caso omiso de su interrupción, y prosigo.

—Indagarán en mi pasado para encontrarlo. Interrogarán a todos los que formaron parte de nuestra vida. Averiguarán, tarde o temprano, que durante todo un año lo antepuse todo, y a todos, a ti. Dirán que lo hice para volver contigo, porque, en el fondo, siempre te he amado a ti y no a Hunter.

—¿Lo hiciste? —pregunta despacio, añadiéndole peso a cada palabra.

—¿Matarle?

—Amarme solo a mí —aclara, sin dejar de evaluar mi mirada con esos ojos suyos que consiguen llegar hasta las raíces de mi ser.

No puedo reprimir una sonrisa. Es todo cuanto le importa. Saber si lo he amado a él mientras me acostaba con mi marido. Por encima de mi cadáver le daré la satisfacción de saberlo.

—No pienso contestar a esa pregunta.

—Lo interpretaré como un sí —resuelve, tan tajante como siempre—. Muy bien. ¿Qué más piezas del pasado consideras que son importantes para el abogado de la defensa? ¿El sexo? ¿Cómo "él" te follaba contra las paredes de la ducha? ¿O las del salón? —sugiere con sorna.

Está equivocado si piensa que voy a alterarme a estas alturas. Lo he visto todo, he hecho de todo. El mundo no guarda ningún secreto para mí. Ya nada me impresiona ahora. Por desgracia, me he convertido en alguien como Eric.

—He hablado de la *breathplay*, porque es un ejercicio sexual extremo. Creo que dice mucho sobre el estado mental en el que se encuentran las personas que lo ponen en práctica. Solo alguien demente haría algo así, Black, admitámoslo.

—Se nos fue un poco la olla, eso es todo.

Sonrío. Se nos fue la olla un montón.

—He hablado sobre mi adicción a los somníferos —continúo impaciente—, porque inclinará la balanza en favor mío y respaldará mi afirmación de *no lo recuerdo, estaba durmiendo profundamente, no escuché ningún disparo*. Mencione mi breve estancia en el *Madness* porque, si eso sale a la luz, será mi condena o mi salvación, depende de cómo lo interprete el jurado. Oh, y, por supuesto, tenemos la joya de la corona: mis problemas mentales, decisivos a la hora de emitir veredicto. Es un caso complicado, Black. Yo soy una mujer complicada. Tengo demasiados trapos sucios. El abogado de la defensa ha de conocerlos todos y estar preparado para encajar los golpes, porque serán muchos y tan fuertes que harán que todo se tambalee.

—Soy el mejor abogado que la fortuna de tu padre jamás podrá comprar, y te ofrezco mis servicios de forma completa y absolutamente gratuita.

—Pero yo no quiero ni necesito tus jodidos servicios. Solo quiero que te marches y que nunca mires atrás. ¿Alguna vez has leído la Biblia, letrado?

Una oleada de exasperación contrae su hermoso rostro.

—No empecemos con los juegucitos mentales, Adeline.

—¿Conoces la historia de Sodoma y Gomorra? —insisto, pasando por alto su advertencia.

Hunde la cara entre las manos. Sé que está al borde de un colapso mental.

—No más historias, por favor —suplica hastiado.

Parece muy cansado. Harto de todo esto.

—¿Recuerdas a la mujer de Lot?

Alza el rostro y me mira con el ceño fruncido a causa de la confusión.

—¿Qué?

—No seas la mujer de Lot, Robert —le susurro con muchísima suavidad, agitando la cabeza para dar más enfoque a mis palabras—. ¿Recuerdas qué le pasó por detenerse y mirar hacia atrás? Se convirtió en estatua de sal y nunca pudo salvarse. No hagas eso, por favor. No lo soportaría. Márchate sin mirar atrás. Pon fin a esta agonía. Libérate de las pesadas cadenas que aún te retienen aquí.

Lo niega con gesto lento. Tiene los ojos brillantes y el pelo alborotado, el rostro devastado y los labios magullados. Es arrasador incluso así, tan hecho polvo.

—No pienso marcharme. Estás metida en un buen lío, Adeline, y a estas alturas deberías saber que solo yo puedo salvarte. No seas terca. Acepta mi ayuda. No te estoy pidiendo nada a cambio. Solo quiero ayudarte. Por... —hace una pausa, en la que un gesto de dolor recorre sus facciones— Por los viejos tiempos —añade, con voz rota.

Lo rechazo muy despacio.

—No quiero que me salves. No *necesito* que me salves. Ya no.

Viene hacia mí, y su proximidad me corta el aliento. Se arrodilla al lado de la cama y extiende el brazo hacia mí. A él le tiemblan los dedos, y yo no me atrevo a moverme, por miedo a que se desvanezca como muchos otros sueños que he tenido a lo largo de todos estos meses. ¿Esto es real? ¿Realmente está aquí? ¿O es otro sueño que morirá al alba?

—Adeline, por favor —susurra—. Déjame que te eche una mano. Te lo suplico. —Me coge un mechón de pelo, me lo alisa y me lo coloca detrás de la oreja. Es tan tierno que, de haber podido hacerlo físicamente, me habría echado a llorar ahora mismo—. Así. Estás perfecta —musita, ensimismado.

Mis parpados caen despacio. No tengo fuerzas para mirarle.

—Ni siquiera tú puedes ganar esta batalla —señalo con absoluto desapego—. Es el fin de todo. Acéptalo y márchate. Aléjate de esto antes de que te salpique. Por tu propio bien, Robert: aléjate de mí. No soy la persona que tú piensas que soy.

No quiero que vaya a juicio conmigo, porque ahí hablarán sobre mi relación con Hunter. Sobre *todo* lo que él y yo hicimos. Y hay tanto que decir sobre mi relación con Hunter... Robert se vendrá abajo al conocer la verdad. Necesito que se marche y esté a salvo. Él es todo cuanto me importa.

Como no dice nada, abro los ojos y lo miro en silencio. Mueve la cabeza con desesperación y me aferra por las muñecas.

—No puedo alejarme, estoy demasiado involucrado, ¿es que no lo ves? Y no puede ser el fin de algo que aún no ha comenzado. He ganado casos más difíciles, Adeline. Aplastaré a la acusación. Déjame que lo haga. Sabes que soy capaz de ganar.

Me siento débil, agotada. Un poco aturdida. Está demasiado cerca de mí, y me está tocando. Es la primera vez que me toca, y me asombro al notar ese cosquilleo que solo el contacto de su cálida piel podría provocarme. Soy tan insensible, estoy tan congelada. ¿Cómo puedo sentir todas estas llamas ascendiendo por mis venas? El hielo no puede arder. ¿O sí?

—Robert, no te quiero aquí.

—¡Pues te jodes! —brama entre dientes, y me parece tan amenazador, tan intimidante su modo de estallar—. Te jodes, porque no pienso irme a ninguna parte. Y ahora sigue hablando. Si finalmente esto concluye en un juicio, y a estas alturas todo apunta a que sí porque la policía ha dado el caso por cerrado,

vas a tener que contármelo todo, Adeline, para que pueda estar preparado y contraatacar.

—Ya te he contado más de lo que debía, letrado —acoto con fingida tranquilidad. En realidad, estoy turbada. Completa y absolutamente enloquecida por su presencia.

—Y eso debe seguir así —me aconseja en tono letal—. Quiero saber qué pasó aquel día. *Todo*. Lo que oíste, lo que sentiste, lo que te pareció ver. ¡Todo! Recapitularemos otra vez lo que hiciste, quizá recuerdes más cosas. Recapitularemos los días anteriores, quizá haya pasado algo sospechoso en lo que en ese momento no reparaste. ¡Recapitularemos los últimos jodidos veintidós años, si hiciese falta!, pero no van a declararte culpable, ¿me has oído? No dejaré que te declaren culpable. *Nunca*.

—¿Podrías soltarme? —Para mi desesperación, la voz me sale tan débil como un delgado hilito a punto de romperse, lo cual delata lo mucho que me afecta el tenerle así de cerca de mí.

Sonríe tan maliciosamente como un gato, y sus hermosos ojos bajan para contemplar cómo sus manos siguen aferradas con fuerza en torno a mis muñecas.

—¿Te molesta que te toque? —Su pulgar dibuja un par de círculos encima de mis venas, consiguiendo que me estremezca incluso en las profundidades de mi alma—. Que yo recuerde, eso no solía ser así, Adeline. Solía gustarte que yo te tocara. Solía gustarte mucho.

Su voz es baja e increíblemente suave. Alza los ojos con lentitud, para estudiar los míos, y me doy cuenta de que ahora parecen tan turbios como las indomables aguas del océano.

—Eso era antes —mascullo, en un tono similar al de un perro rabioso—. Muchas cosas han cambiado desde entonces, y tú lo sabes.

Una ira casi dolorosa tuerce su rostro.

—Nunca vas a perdonármelo, ¿verdad? —musita.

Un leve dolor empieza a florecer en mis entrañas. Dolor... Durante mucho tiempo no he sentido dolor. Durante mucho tiempo no he sentido nada. Me tomo un momento para acostumbrarme a esta sensación, a esta maravillosa sensación, y luego le digo:

—No fue culpa tuya, Robert. Nunca te he culpado por lo que pasó. No *realmente*.

—Y, sin embargo, te has alejado de mí. Eras todo cuanto tenía, y tú...

Se le quiebra la voz, y la agonía que se apodera de su rostro es casi palpable. Me parece increíblemente vulnerable en este momento, con la cabeza inclinada sobre la mía, la frente arrugada y los labios lívidos. No recuerdo haberle visto nunca tan débil como ahora. Por un momento, pienso en alargar un poco el cuello y rozar sus labios con los míos. Pero no lo hago. No debo.

—No quiero hablar de eso ahora. Por favor, suéltame. No me gusta que me toquen. Por favor...

Me mira dolido. Busca mis ojos y sacude la cabeza.

—Nunca te haría daño.

—No me gusta que me toquen —repito, obstinadamente.

Me desborda tenerle tan cerca. Me desborda que me esté tocando. Aún es pronto. Demasiado pronto. Hay heridas que no cicatrizan tan rápido. Durante unos instantes, me pregunto si algún día lo harán. Sospecho que no.

—¿Qué te han hecho, preciosa mía? —musita.

Alarga el brazo para acariciarme el rostro, pero yo me echo hacia atrás como un animalillo asustado. Eso sería demasiado ahora mismo. Sé que si me rozara el rostro acabaríamos besándonos, y me asusta que luego no pueda parar; me asusta lo que pueda sentir si él me besa, esa explosión de sentimientos que sé de antemano que me invadirá.

—Por favor, *no me toques* —recalco entre dientes.

Suspira antes de dejar caer la mano.

—Está bien. —Se aparta de mí, se pasa una mano por el cabello y me contempla con un rostro que

nada en absoluto desvela—. No te tocaré, a no ser que me lo pidas expresamente.

Dejo caer los párpados y los mantengo así durante algunos segundos.

—Gracias.

—Ya.

Hay un momento de silencio. Sé que hay algo rondando por su mente, algo que se muere por preguntar.

—¿Adeline?

Abro los ojos para mirarlo. Me siento devastada al cruzarme con esos iris tan brillantes. Estaba tan rota después de dejarle que diseñé un caparazón de sólido hielo para mantenerme a salvo. Y ahora no quiero que nada, nunca, pueda penetrar esos sólidos bloques. Ni siquiera el desconocido de ojos azules. Quizá vaya a congelarse también al descubrir a la Adeline que oculto detrás.

—¿Sí? —musito, al cabo de un tiempo.

Traga saliva, vacila y se echa el pelo hacia atrás. En completo silencio, me quedo contemplando abstraída todas las luces y las sombras que se reflejan en los ángulos de su rostro.

—¿Qué te dio Darrow para el insomnio? Tú y sabemos que no tomabas somníferos. ¿Te drogabas durante nuestra relación? ¿Te hacían falta las drogas mientras tú y yo estábamos juntos? ¿Es eso lo que no quieres que averigüe?

—¡Qué aburrido! De todas las cosas escandalosas que podías preguntar, vas y eliges precisamente esta.

—Contesta, Adeline.

—No, la verdad es que no. Solo fumaba hierba para poder dormir —contesto con voz neutra.

Resopla hastiado.

—Adeline —advierte en un gruñido—. Pensaba que habíamos acordado no mentirnos mutuamente.

No puedo frenar una sonrisa. Me divierte verle en plan paternal conmigo.

—Cierto. Lo hicimos.

—¿Entonces?

Busco sus ojos y susurro:

—*Quaaludes*. Tomaba *quaaludes* bastante a menudo.

Una parte malvada que no sabía que tenía disfruta un poco a causa del impacto que mi respuesta produce en él. Por completo descolocado, se frota con ambas manos la barba incipiente de las mejillas, me lanza una mirada de incredulidad y luego, al ver mi estúpida sonrisa, sacude la cabeza.

—¿En serio?, ¿*quaaludes*? Has ido a lo grande desde el principio, ¿eh?

—Ya me conoces, letrado. No me gusta andarme con tonterías. *Quaaludes*, polvo de ángel, Absenta, y eso no es más que el comienzo. Lo cierto es que lo he hecho todo.

Incapaz de recuperarse, se deja caer en la silla y se queda inmóvil, mirándome mientras lo niega con la cabeza una y otra vez.

—No me gusta oír eso. ¿Crees que Darrow testificará en tu contra?

Me encojo de hombros con indiferencia.

—No lo sé, no me importa.

—Pues debería. Si Darrow abre la boca, tenemos un problema. La idea era demostrar que aquel día estabas colocada, que Hunter te dio algo para el insomnio, pero no que siempre fuiste una *yonki*. A los jurados no les suelen gustar los drogadictos. Comparten la creencia de que la gente enganchada a las drogas es capaz de cometer un asesinato por un gramo de cocaína. No nos interesa dar esa imagen.

Mis carcajadas retumban entre las paredes blancas que nos cercan.

—Mi querido Robert Black, no has prestado ninguna atención a lo que te dije ayer, ¿verdad? —Me mira tan confuso que me veo obligada a explicárselo—. Cuando solo tienes nada, entonces no hay *nada*

que puedan arrebatarte.

—Te estás jugando más de lo que piensas.

—¡He perdido *todo* cuanto me importaba! —le grito, mis ojos fulgurando un destello de demencia—.

Te equivocas si piensas que algo de lo que vaya a pasar podría afectarme a estas alturas.

—Eres la jodida reina de la incoherencia, Adeline. Aclárate de una puta vez porque me estás volviendo loco. Hace dos minutos me dijiste que no podías permitirte un abogado subyugado por sus sentimientos hacia ti. Y ahora vienes a decirme que en absoluto te importa tu futuro.

—Porque es cierto. No me importa. No me importa el juicio, si gano o pierdo, ¿qué más da? No me importa la condena que vaya a dictaminar el *honorable* juez del estado de Texas —enfático en tono de burla—. Ni siquiera me inquieta la pena de muerte. Las personas que están ya muertas, no temen morir. Te dije lo que te dije porque quería que te marcharas.

Quería que se marchara. Ahora ya no sé lo que quiero. Después de que él me haya tocado, todo lo que una vez creía saber ha desaparecido por completo de mi mente. Robert Black provoca en mí cosas inaceptables. No soporto el contacto humano. ¡Lo aborrezco! Sin embargo, eso cambia por completo cuando el que me toca es él. No sé por qué, pero Robert es el único que puede entrar. Siempre ha sido así.

Y ser consciente de ello me hace sentir algo, algo terrible que no debería sentir; algo como... ¡¿esperanza?!

—Querías que me marchara... —repite para sí, con muchísima pesadumbre reflejada en el rostro—. Muy bien.

Se yergue, deja la silla en su sitio, debajo de la pequeña mesa escritorio, y se encamina hacia la puerta. Las cenizas de mi corazón vuelven a removerse de un modo casi doloroso. Va a marcharse, y eso me turba. Soy consciente de que no debería quedarse. Estoy a punto de derrumbarme tan estrepitosamente como la torre de Babel, y no quiero que él se hunda conmigo.

Con todo ello, una parte de mí no quiere que se vaya, porque me horroriza la idea de no volver a verle; de que no vuelva a ver esos hermosos e intensos ojos azules estudiándome con tanto empeño. Estoy tan confusa a veces... Ojalá las cosas no fueran tan complejas. Ojalá fuera todo tan sencillo como la muerte.

—¿Ya te vas? —musito, y, por primera vez, en mi voz se distingue un débil toque de vulnerabilidad. Mi escudo de hielo se resquebraja más y más con cada momento que transcurre.

Robert se detiene, se toma un momento y después se gira de cara a mí, mostrándome esa expresión tan imperturbable y tan suya. Su mandíbula firme y cuadrada se mantiene completamente rígida.

—Si a ti no te importa, ¿por qué ha de importarme a mí, Adeline? Soy un hombre extremadamente ocupado. No tengo tiempo que dedicar a causas perdidas. Y me parece que esta lucha la he perdido antes de comenzar, gracias a tu actitud. Así que, *sí*, Adeline, me voy. Buenas noches.

Repantigada en la cama, coloco las manos por debajo de la nuca, cierro los ojos y curvo la boca en una pequeña sonrisa. Podría quebrantarme. Suplicarle que se quedara. Pero no voy a hacerlo. No, porque la ira que destilan sus ojos me dice que esto no es definitivo; que él está igual de confundido que yo. Que él también tiene esperanza...

—Volverás.

—No, no lo haré.

Mi sonrisa se intensifica. Ha tomado la decisión de alejarse de mí. Pero ¿por cuánto tiempo conseguirá mantenerse al margen? Caerá en la tentación una vez más. Todos lo hacen, tarde o temprano. ¿Acaso no lo he hecho yo misma?

«¡Mírate! Oh, claro que lo has hecho. Eres la misma muchacha débil y patética de siempre».

La crueldad de mi otro Yo me hace sonreír.

—Admítelo, letrado. Eres como un adicto enganchado a un nuevo y poderoso veneno.

—Te equivocas.

—Sabes que yo siempre tengo razón.

—Esta vez no la tienes, Adeline —expone con parsimonia.

Abro los ojos y le lanzo una mirada feroz.

—¿Crees que no me doy cuenta de lo que provoco en ti? Veo tus pupilas dilatándose cada vez que me miras de ese modo tan tuyo. Veo tus manos temblando cuando las mías están a tan solo unos centímetros de distancia de ti. Apostaría mi alma a que tienes la polla dura y expectante ahora mismo.

—¡Adeline! —se escandaliza. Cabe mencionar que también se ruboriza, lo cual no hace más que confirmar mi teoría.

—¡Oh, vamos! No intentes ocultármelo, porque percibo el intenso deseo que te consume la mirada. Soy el único veneno que hace que te sientas vivo, y lo sabes. No puedes mantenerte apartado de mí, Robert Black. Hagas lo que hagas, te alejes cuanto alejes, el camino siempre te arrastrará de vuelta. Eres como un ratón eternamente encerrado en un enorme círculo que gira y gira, una y otra y otra vez. No tienes elección.

—Claro que sí. La tengo, y elijo marcharme. ¡Jones! ¡Abre!

Los pasos apresurados se acercan por el pasillo. Las rejas chirrían al ser empujadas. Robert se gira de cara a mí, con un aire de ansiosa desesperación contrayendo su rostro.

—¿Crees que estoy encerrado en un círculo, obligado a regresar siempre a ti? Mírame, Adeline, mírame bien, porque este soy yo reduciendo el jodido círculo a pedazos.

Me da la espalda y cruza la puerta sin volver a mirar hacia atrás.

La llave metálica hace un ruido un tanto siniestro al ser echada en la cerradura. Las luces del pasillo se apagan, y yo quedo de nuevo sumida en la oscuridad a la que siempre he pertenecido. Lo que ha nacido en las profundidades de la oscuridad, solo puede morir enterrado en sombras. Cierro los ojos y empiezo a cantar con voz suave:

*Ahora se ha ido y no sé por qué
Y hasta este día a veces solía llorar
Ni siquiera se despidió
No tuvo tiempo ni para mentir...*

¡Bang, bang!

Él me abatió.

¡Bang, bang!

Caí al suelo.

¡Bang, bang!

Ese horrible sonido.

¡Bang, bang!

Mi chico me abatió a tiros.

Mataría por tener un *iPod* ahora.

Querido lector,

Muchas gracias por adquirir esta novela. Espero haber cumplido tus expectativas. Si deseas continuar la historia de Robert y Adeline, puedes hacerlo a partir del **23 de septiembre**. No habrá preventa, no quiero seguir alargando la espera. Si no me sigues en las redes sociales, es probable que no sepas que, por comprar el libro el día del estreno, te ahorrarás un 30% respecto al precio habitual. Así que corre y aprovecha los descuentos de otoño.

Un beso y, de nuevo, muchas gracias por acompañarme en esta aventura.

Isabella.